
El Corazón del Diablo
Hermanas Straton
E. J. Black

El corazón del Diablo.

Hermanas Straton I .

Amelia.

Contenido.

El corazón del Diablo

Contenido

Agradecimientos.

Advertencia para el lector.

Sinopsis

Prólogo I

Prólogo II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo Final

Epilogo.

Nota de la autora

© 2025 E.J. Black. Todos los derechos reservados.

Título original: El Corazón del Diablo.
Trilogía Hermanas Straton I
1ª Edición: Septiembre 2025
Portada y Edición: Evia Jennifer.
Aviso Legal: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización previa del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Agradecimientos.

Ante todo: La trilogía Hermanas Straton nació a partir del segundo libro de la saga *Amores Encadenados*: *Lazos del pasado*.
Aunque todo está bien explicado en estas páginas, si en algún momento surgen dudas o quieren recordar ciertos momentos, pueden leer *Lazos del pasado* y *No querías lastimarme*.

No es obligatorio leerlos, pero sí lo recomiendo para comprender mejor a las hermanas y a esta pareja.

Ahora sí, quiero dar las gracias a todas las personas que esperaron con paciencia la historia de Alex/Pierce y Amelia (porque sé que demoré). Para mí ha sido un verdadero placer escribirla, y se ha convertido en una de las más especiales, no solo por el cariño que le tengo a estos personajes, sino porque me permitió descubrir aún más sobre el fascinante mundo histórico. Espero que, al leerla, ustedes también vivan una aventura tan emocionante como la que yo experimenté al darle vida.

Advertencia para el lector.

Aquí encontrarás un protagonista moralmente cuestionable, decisiones difíciles, dolor, sufrimiento… y aun así, un final feliz.

Los datos históricos mencionados son reales. Aunque es un romance histórico, la narración está escrita con un estilo moderno, fresco y fácil de leer. Para una mejor comprensión, he dejado notas aclaratorias donde lo consideré necesario.

Si no disfrutas de historias que te hacen sufrir junto a la protagonista o de esos romances en los que puedes llegar a odiar al héroe antes de amarlo… quizá este libro no sea para ti.

Pero si decides seguir adelante, bienvenida a esta trilogía de Dark Romance histórico, donde se demuestra que el género no tiene por qué girar siempre en torno a duques y marqueses.

Sinopsis

Las hermanas Straton huyeron de Londres buscando libertad, sin imaginar que esa libertad les costaría más de lo que creían.

Amelia Straton dejó atrás su hogar para evitar el escándalo que provocaría su embarazo… y más aún cuando su esposo, Alex Howell, desapareció sin dejar rastro.

Tres años después, ha perdido la esperanza de volver a verlo. No sabe si está muerto o si la abandonó. Pero el destino le juega su carta más cruel cuando, en Nueva Orleans, se cruza con Pierce Dankwroth, el temido Diablo de Nueva Orleans, quien resulta ser su esposo desaparecido… y su nuevo jefe en la fábrica donde trabaja.

Lo más doloroso para Amelia no es que él haya cambiado de nombre, sino que no la recuerda y la trata como a una oportunista cazafortunas cuando intenta decirle la verdad: que es su esposa… y la madre de sus hijos.

Prólogo I

Océano Atlántico Norte, noviembre de 1824.

Alex Howell estaba desesperado. Cada vez se encontraba más lejos de Inglaterra… y de Amelia, su esposa. Todo por culpa de su padre, el conde de Warwick. Aún no entendía cómo los había encontrado en Escocia, y justo el día en que planeaban huir de Inglaterra.

Ahora estaba atado a un grueso mástil en lo que, sin duda, era un barco pirata. A su lado había tres prisioneros más y, por lo que había escuchado de la tripulación, había otros encerrados en las bodegas. Llevaba más de una semana en ese infierno flotante, alimentado solo con pan duro y agua rancia. Los mantenían débiles a propósito, para evitar cualquier intento de rebelión.

—Mis hombres vendrán pronto —murmuró con voz ronca el prisionero a su izquierda.

Alex giró apenas el rostro. Era un anciano con una barba larga y descuidada, y harapos que colgaban de su cuerpo como trapos húmedos.

—No tienes hombres, viejo demente. Llevas repitiendo esa mentira desde que nos ataron aquí —replicó otro hombre, joven, pero con los ojos enrojecidos por la rabia. La discusión entre ambos era ya costumbre, tanto, que los guardias solían interrumpirla a golpes.

—Ya lo verás… cuando lleguen, me rogarás clemencia. Como todos los demás.

Pero esa vez ninguno siguió la pelea.

Alex dejó caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos unos segundos. Pensaba en el futuro, en lo que le esperaba, aunque no tenía muchas esperanzas. Cuando el conde lo encontró, lo golpeó con furia y ordenó a sus hombres que lo desaparecieran. No lo

mataron. En cambio, lo vendieron como si fuera ganado. Y ahora estaba allí, atado en un barco pirata, junto a dos locos que hablaban de rescates y fantasías.

∞∞∞

Dos semanas después, Alex se encontraba en la bodega del barco junto a los mismos dos hombres y, con ellos, al menos una veintena de prisioneros más. El aire allí era pesado, mezclado con humedad y el hedor del pescado podrido.

—Hoy sí vendrán —murmuró una vez más el anciano.

—¡Por el amor de Dios, cállate! —estalló el otro hombre, perdiendo la paciencia. Se abalanzó sobre él, dándole un golpe en la cara—. ¡Entiéndelo de una vez, viejo iluso! ¡Nadie vendrá! Somos mercancía. Nada más. ¡Te voy a sacar de aquí yo mismo a patadas!

Alex observó la escena por un momento, hasta que el agresor se dispuso a golpear nuevamente al anciano. Fue entonces cuando se levantó con firmeza y lo sujetó por el brazo.

—Eso es suficiente —dijo con tono sereno pero autoritario—. Si continúas, seré yo quien te saque de aquí… pero muerto.

Todos se quedaron en silencio. Incluso el agresor retrocedió, intimidado por la fuerza y la presencia de Alex, que sobresalía entre todos los prisioneros por su tamaño y actitud.

Con calma, extendió la mano al anciano y lo ayudó a levantarse.

—¿Se encuentra bien?

—Sí… gracias —respondió el viejo, algo sorprendido, y se incorporó con esfuerzo.

Alex se dio la vuelta para volver a su rincón, pero el hombre lo siguió y se sentó junto a él.

—Te estoy en deuda —dijo con tono más amable—. Mi nombre es Emerson Dankwroth.

Alex lo miró con curiosidad. Aquel nombre sonaba más noble de lo que su aspecto sugería.

—Alex. Alex Howell —respondió escuetamente, sin devolver la mirada.

—¿Eres escocés? ¿Qué hacías antes de llegar aquí? ¿Estás casado? —preguntó sin parar, con curiosidad.

Alex alzó una ceja, ya incómodo. Pero se tensó cuando Emerson señaló su mano.

—Lo digo por tu anillo.

Alex miró el anillo en su dedo. Era sencillo, sin adornos, pero para él significaba todo. Lo había conseguido con esfuerzo y representaba el amor entre él y Amelia. Sentirlo allí, aún en medio de esa oscuridad, lo hacía querer seguir adelante. Pensar en ella lo desarmaba. Imaginársela sola, tal vez pensando que él la había abandonado, o peor, creyendo alguna mentira inventada por el conde… lo llenaba de una rabia silenciosa. Apretó el puño con fuerza, sintiendo cómo la angustia se le alojaba en el pecho.

—¿Murió? —preguntó Emerson, bajando la voz.

—No. Pero... es complicado.

—Puedo escucharte, si necesitas hablar.

Alex dudó un momento, pero finalmente cedió.

—Se llama Amelia, es mi esposa. El amor de mi vida. Su padre, el conde de Warwick, jamás aceptó nuestra unión. Cuando nos encontró, ordenó que me mataran. No sé qué pudo haberle hecho a ella… pero lo conozco. No será nada bueno. Todo lo que deseo es salir de aquí, buscarla y salvarla de ese infeliz.

Emerson asintió lentamente y, por un momento, su mirada cambió. Se volvió más aguda, más sabia.

—Lo harás —dijo Emerson con una seguridad sorprendente—. Solo tienes que esperar el momento adecuado.

En ese instante, el barco se sacudió violentamente hacia un costado. Un cañonazo hizo temblar toda la estructura. Los gritos

estallaron y un segundo disparo atravesó la bodega, haciendo que el agua comenzara a entrar con fuerza.

—¡Están atacando el barco! —gritó Emerson.

Alex corrió hacia la puerta cerrada que daba a la escotilla. Comenzó a forzar la cerradura con desesperación.

—¡Hay que salir de aquí! ¡Nos vamos a ahogar!

Después de varios intentos, la puerta se abrió desde afuera. Dos hombres armados, vestidos con uniformes limpios y de buena calidad, aparecieron.

—¿Milord, está usted bien?

Alex frunció el ceño, confundido, hasta que vio que hablaban con Emerson.

—Lamentamos la demora, milord.

—Más vale tarde que nunca —expresó Emerson, dándole una palmada en el hombro a Alex—. Siempre dije que vendrían, ¿o no?

Sin más, salió de la bodega como si nada.

Alex, aún sorprendido, reaccionó rápido y comenzó a ayudar a los demás prisioneros a escapar, dando prioridad a mujeres, niños y ancianos. Al llegar a la cubierta, la escena era un verdadero infierno: gritos, disparos, cuerpos luchando y, a lo lejos, el otro barco que los había rescatado.

—Debemos irnos. Mis hombres acabarán con ellos —afirmó Emerson.

Un pirata se lanzó sobre él con una daga, pero Alex se interpuso con rapidez. Tras un breve forcejeo, lo arrojó por la borda.

Otros se acercaron con espadas. Alex se agachó, tomó una del suelo y se preparó para luchar.

Luchó como un soldado entrenado. A pesar de su gran tamaño, era ágil y fuerte. Sus movimientos eran precisos y no dudaba. Hería, bloqueaba, atacaba. Venció a uno, luego a otro. Una hoja le cortó el brazo, pero él respondió hundiendo su espada en el estómago de su oponente. El cuerpo cayó de rodillas y luego de bruces.

—¡Vamos! —le gritó Alex a otro—. ¡Aquí estoy!

El pirata se lanzó con furia. Alex lo venció con unas cuantas estocadas bien dirigidas y terminó con un corte limpio en el cuello.

Emerson lo observaba, asombrado. No solo por su habilidad, sino por su temple.

—Vámonos —ordenó Alex, justo antes de ver cómo un pirata, escondido entre los cuerpos, apuntaba directamente a Emerson. No lo pensó. Se lanzó sobre él, cubriéndolo con su propio cuerpo. El disparo resonó con fuerza y el impacto lo atravesó como una ráfaga helada. Sintió un dolor seco en el costado, luego otro golpe más fuerte cuando su cuerpo cayó contra la barandilla.

Todo se volvió borroso. El dolor lo nubló todo y luego… la oscuridad.

∞∞∞

Alex despertó con un punzante dolor en la cabeza. Instintivamente llevó una mano al vendaje que la rodeaba, grueso y firme. La luz del día, que se filtraba por una ventana cercana, lo obligó a entrecerrar los ojos y tardó algunos segundos en enfocar con claridad.

Cuando al fin logró distinguir lo que lo rodeaba, notó que no estaba solo. Frente a él, tres figuras lo observaban con atención: dos hombres y una mujer. Uno de los hombres era mayor, de cabello blanco y barba corta perfectamente arreglada; su porte era distinguido y su vestimenta hablaba de riqueza y estatus.

—Al fin despiertas —expresó con voz grave pero serena.

El segundo hombre, más joven, se acercó con cuidado. Le tomó el pulso y luego se inclinó para examinar sus pupilas.

—¿Siente usted mareo o algún dolor persistente? —preguntó con tono bajo—. ¿Recuerda lo último que ocurrió?

Alex negó con lentitud; el gesto le provocó otra punzada de molestia en las sienes.

—¿Y su nombre… lo recuerda?

—No… —respondió con voz áspera, apenas un susurro—. No recuerdo nada. Ni siquiera… mi nombre.

El médico miró al hombre mayor, que se aproximó con calma. Se detuvo a su lado, lo observó unos instantes con detenimiento y, finalmente, esbozó una leve sonrisa.

—Mi nombre es Emerson Dankwroth, y el suyo es… —hizo una pausa breve, como si pesara bien sus palabras antes de pronunciarlas— Pierce Dankwroth. Mi hijo.

Prólogo II

Londres, abril de 1825.

La noticia llegó a primera hora de la mañana y el silencio se apoderó de Warwick House. El conde de Warwick, Jacob Straton, había muerto. Para Amelia, Brianna y Clariss Straton, sus hijas, era como si el tiempo se hubiera detenido. No sabían cómo reaccionar. Aunque la relación con su padre había sido difícil, seguía siendo el único lazo de sangre que les quedaba. O al menos eso creían. Porque, semanas después, había un nuevo conde de Warwick.

Lord Ian Dunmond, un primo segundo del difunto conde, había heredado el título al ser el único hombre en la línea de sucesión, ya que Jacob no tuvo más hijos y ninguna de sus hijas estaba casada ni tenía hijos varones.

El día que el nuevo conde llegó a Warwick House, parecía que una sombra se había apoderado del lugar. Amelia, la mayor, observó en silencio cómo su nuevo tutor y guardián explicaba con simpleza su nuevo modo de vida.

La situación de las hermanas cambió por completo. Según las órdenes del rey, una de ellas debía casarse con el nuevo conde para asegurar la sucesión y la estabilidad de la familia. Ian aceptó la responsabilidad de inmediato y eligió a su esposa entre las hermanas. Después de considerar la situación, eligió a Brianna, la segunda de las Straton, dado que Amelia, la mayor, arrastraba consigo aún el escándalo que había surgido tras huir de Londres junto a la antigua condesa, Lady Jayne.

Semanas después, las campanas de la iglesia anunciaban la unión de Brianna e Ian. Ahora Brianna era la nueva condesa de Warwick, y con el título venía la inevitable presión de dar un heredero al condado.

Amelia observaba a su hermana desde un rincón de la habitación. El matrimonio había sido un silencio constante y, aunque Brianna no lo decía, estaba claro que algo no iba bien. Sentada junto a la ventana, Brianna frotaba nerviosamente las manos sobre su vestido azul celeste, mientras su mirada se perdía en las sombras de la chimenea.

—Él ni siquiera me mira —susurró Brianna, rompiendo el silencio—. ¿He hecho algo mal?

Amelia, con su delicado vestido de muselina marfil, el cual ocultaba su ya abultado vientre, se arrodilló junto a ella, tomando sus frías manos.

—Por supuesto que no, Anna —le dijo suavemente, usando el diminutivo que solo ella y Clariss solían utilizar—. Solo necesitan tiempo, apenas llevan casados un par de semanas.

Brianna respiró hondo, pero no desvió la mirada de la chimenea.

—Lo sé —habló en voz baja—, pero... ni siquiera ha organizado un baile para mi presentación en sociedad. Y desde que consumamos el matrimonio, no ha vuelto a... tocarme.

Amelia se tensó. La frialdad de Ian había sido tema de conversación en Londres desde que llegó. Era distante, reservado, pero Amelia había pensado que al menos cumpliría con su deber de dar un heredero. Sin embargo, parecía que ni siquiera eso le importaba.

—Dale tiempo. Tu esposo está abrumado con su nuevo título. Se está adaptando, eso es todo —intentó tranquilizarla, aunque ni siquiera ella estaba convencida de sus propias palabras.

Brianna asintió lentamente, esbozando una sonrisa triste antes de levantarse. El crujido de su falda llenó el silencio de la estancia y, tras un suspiro, se retiró a su habitación.

Amelia se quedó en el mismo lugar, con la mano descansando sobre su vientre. Pronto no podría ocultarlo más. Su hijo no tardaría en ser evidente, y eso la aterraba. No quería que su hijo naciera marcado como un bastardo ante los ojos de la sociedad.

Tu hijo no es un bastardo, estás casada —le recordó una vocecita en su cabeza.

Pero eso no le quitaba el miedo.

—No te preocupes, mi tesoro. Mamá va a protegerte —susurró, cerrando los ojos mientras acariciaba su vientre con suavidad.

Las semanas pasaron rápidamente y el clima de Londres se volvía cada vez más sofocante. Brianna y Clariss se preparaban una mañana para un paseo en Hyde Park.

—¿Segura que no quieres acompañarnos? —preguntó Clariss.

Amelia solo negó con la cabeza. Clariss aún no quería entender que prefería evitar el escándalo de su embarazo y la supuesta desaparición del padre de su hijo, y tampoco podía permitir que notaran su repentina subida de peso.

Las dos se colocaron los guantes y ajustaron los lazos de sus sombreros de ala ancha cuando, de repente, el sonido de la puerta principal abriéndose resonó en el vestíbulo.

Amelia se giró, sus ojos encontrándose con una imagen desconcertante: Lord Ian cruzaba el umbral seguido de una mujer. La tomaba de la mano y, detrás de ellos, dos lacayos cargaban baúles de viaje.

Brianna palideció.

—¿Qué está pasando? —preguntó con voz temblorosa pero firme—. ¿Quién es ella, milord?

Ian, con su porte altivo y el rostro inexpresivo, se limitó a mirar a Brianna sin emoción alguna. Su postura recta y elegante contrastaba con la tensión palpable en el aire. Llevaba una casaca de paño negro perfectamente ajustada, y su sombrero de copa aún cubría parte de su rostro, dando sombra a sus ojos, que no reflejaban nada más que frialdad.

—Ella vivirá aquí a partir de ahora —respondió sin más explicaciones, mientras cruzaba el vestíbulo con la mujer a su lado.

Brianna tragó saliva; su pecho, junto al corsé apretado, parecía no permitirle respirar. A pesar de todos sus intentos por ganarse el

afecto de Ian, ahora entendía cuán inútiles habían sido.

Amelia, quien se mantuvo de espectadora, notó el cambio en su hermana, el brillo de lágrimas contenidas que Brianna se negaba a dejar caer. Con un gesto rápido, Amelia rodeó a Brianna con sus brazos.

—Anna... —susurró, atrayéndola hacia su pecho—. No debes llorar, verás que todo se resolverá.

—Quizás sea solo una prima o una amiga cercana. Estoy segura de que todo se aclarará pronto. —Clariss, con su habitual tono optimista, trató de aportar algo de luz a la oscura situación.

Amelia no pudo contradecir a su hermana menor. Clariss, siempre la más soñadora de las tres, aún veía el mundo color de rosa.

Días después, Amelia estaba más que furiosa con el conde, pero no podía reclamarle; ellas tenían que hacer lo que él ordenara, aunque ganas de ponerlo en su lugar no le faltaban. Resultaba ser que aquella mujer que había traído consigo días atrás era su amante.

«*¡¿Cómo se atrevía a meter bajo el mismo techo a su esposa y a su amante?!*»

En ese momento, Amelia se encontraba en su habitación, pensando qué podría hacer para ayudar a su hermana. En ese instante, la puerta se abrió, llamando su atención. Frunció el ceño al ver a Brianna con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa, Anna? —preguntó, intentando contener su propia preocupación.

—Ian me ha dicho que no tendrá hijos conmigo. Los tendrá con ella, su amante... y yo los criaré para que el rey crea que son nuestros, que el heredero legítimo ha nacido. Después, nos enviará a vivir al campo, lejos de Londres. A mí y a ti, Amelia... nos quiere desterrar para siempre.

El corazón de Amelia se detuvo por un segundo. El plan que llevaba semanas madurando en su mente ahora cobraba más fuerza que nunca.

Las tres hermanas debían abandonar Londres. Y no volver jamás.

Capítulo 1

El puerto estaba cubierto de niebla, y el aire frío que venía del mar se colaba por entre los pliegues de sus abrigos. Amelia, Brianna y Clariss subieron al barco con paso rápido, cargando solo unas pocas pertenencias, lo justo para no llamar la atención. Habían empacado lo esencial: algo de ropa, objetos personales y algunas joyas. No eran muchas, pero sabían que en América podrían marcar la diferencia entre la supervivencia y la miseria.

Amelia miraba hacia adelante, con la mano apoyada sobre su vientre. Brianna, en cambio, no levantaba la cabeza. Sus ojos estaban fijos en el suelo, como si cada paso le costara. El silencio entre ellas lo decía todo, al menos entre las dos mayores. Pero entonces, como siempre, Clariss rompió el silencio con su entusiasmo habitual.

—He oído que América es un lugar lleno de oportunidades. Vamos a estar bien allí, lo sé. Podremos empezar de nuevo, sin el peso de las estrictas reglas de Londres —expresó Clariss, sonriendo.

Amelia la miró, sonrió suavemente y asintió.

—Tienes razón, Clariss. América suena como lo que necesitamos —respondió, aunque su mente estaba en otro lugar.

No podía dejar de pensar en su futuro, en el bebé que crecía dentro de ella, en lo que haría cuando llegaran al otro lado del océano. ¿Cómo iba a cuidar de su hijo en un país desconocido? Por otro lado, Alex, su esposo. ¿Dónde estaría él ahora? No quería creer en las palabras de su padre; quería tener la esperanza de que Alex no la había abandonado por dinero. Un amor como el que vivieron no podía ser olvidado tan fácilmente. Alex sabía cuánto lo amaba ella,

pero Amelia comenzaba a replantearse si ese amor era recíproco como él siempre le mostró.

El barco comenzó a balancearse levemente cuando se alejaron del muelle, y la sensación de dejar Londres atrás de verdad, por primera vez, empezó a asentarse en Amelia. Brianna seguía en silencio, caminando sin decir una palabra, y Amelia podía sentir su dolor. Sabía lo mucho que Ian la había herido, y que la carga de su matrimonio fallido le pesaba más de lo que ella misma se atrevía a admitir.

Uno de los encargados del barco las condujo hasta la sección de segunda clase. Ya no eran las mujeres que vivían rodeadas de lujo. Ahora cada moneda importaba, y por eso habían decidido viajar en segunda clase. Las habitaciones eran pequeñas y sencillas, una realidad muy distinta de lo que habían conocido en Warwick House.

Cuando entraron al camarote, Amelia miró alrededor. Era estrecho, con dos pequeñas literas pegadas a la pared, apenas lo suficiente para moverse entre ellas. Las camas eran simples, con colchones finos que crujían con el más mínimo movimiento, y una pequeña ventana redonda dejaba entrar una luz grisácea que apenas iluminaba la habitación. Había una mesa de madera vieja, con la pintura saltada en los bordes, y una pequeña lámpara de aceite. Nada más.

—Es... pequeño —comentó Clariss, aunque su tono no era de queja, sino de aceptación—. Pero bueno, será acogedor si sabemos organizarnos bien.

Amelia dejó su pequeño baúl junto a la litera inferior. Brianna no dijo nada, solo se subió a la litera superior sin ni siquiera quitarse el abrigo. Parecía sumergida en su propio dolor, una sombra de la mujer que había sido. Amelia sabía que Brianna intentaba sobrellevarlo, pero el rechazo de Ian la había destrozado.

—Tendremos que adaptarnos a esto por un tiempo —murmuró Amelia, mientras su mano volvía a su vientre, acariciándolo de forma protectora. ¿Cómo iba a manejar todo sola? Las dudas sobre el

futuro la agobiaban, pero tenía que mantenerse fuerte por su hijo y por sus hermanas.

—¿Creen que habrá bailes en el barco? —preguntó Clariss de repente, como si con su voz pudiera espantar toda la tristeza del ambiente—. Podríamos divertirnos un poco antes de llegar.

Amelia sonrió, agradeciendo el intento de su hermana por animarlas. Clariss, siempre tan llena de vida, parecía no entender del todo lo complicado que sería el futuro. Sin embargo, esa chispa de esperanza era lo único que en esos momentos las mantenía a flote.

—Quizá lo haya —respondió Amelia.

Clariss rió suavemente y empezó a colocar sus cosas en la pequeña mesa. A pesar de todo, ella seguía siendo el rayo de luz en medio de todo lo que estaban viviendo.

Mientras el día comenzaba a apagarse y el barco se adentraba en el mar, Amelia se recostó en la litera inferior y cerró los ojos, pensando en Alex. Siempre volvía a él, incluso cuando intentaba concentrarse en lo que tenía frente a ella. Pero en la soledad de esa litera, con el leve movimiento del barco, sus pensamientos se desbordaban. Ella también sufría, igual que Brianna, aunque de un modo diferente. Brianna, al menos, sabía dónde estaba su esposo, por cruel que fuera la realidad. Sabía que Ian no la amaba, que su indiferencia y desprecio eran claros como el agua. Brianna había sido rechazada, pero al menos tenía certezas, por dolorosas que fueran.

Amelia, en cambio, solo tenía dudas.

La incertidumbre la devoraba por dentro. No sabía dónde estaba Alex, ni siquiera si estaba bien. Hacía meses que sus caminos se habían separado y, con el paso del tiempo, la esperanza de volver a verlo se hacía cada vez más tenue. Amelia apretó los ojos con fuerza, tratando de ahuyentar la angustia que la oprimía. Lo peor de todo era no saber si él había aceptado el dinero de su padre y huido, si la amaba realmente, si alguna vez lo había hecho.

Habían compartido tanto en tan poco tiempo… un amor que la había consumido por completo. Alex era su refugio, su escape del mundo rígido y frío de la nobleza. Pero, ¿acaso para él había sido

igual? A ella nunca le importó que él fuera un sirviente, y siempre se lo hacía saber, aunque ahora no sabía si eso había sido suficiente para él.

¿Me habrás olvidado, Alex? —Esa pregunta era como una daga que se clavaba una y otra vez en su corazón.

Amelia se movió un poco en la cama, buscando una posición más cómoda, pero no era solo el colchón delgado lo que le hacía difícil encontrar descanso. Su mente seguía trabajando, incansable. Su amor por Alex la había consumido, lo había sido todo para ella, pero ahora se preguntaba si había sido ingenua al entregarse de esa manera, si había idealizado lo que tenían.

Te extraño.

La palabra resonó en su mente; lo extrañaba como se extraña una parte de uno mismo, como si sin él algo estuviera incompleto dentro de ella. Y ahora, con su hijo creciendo en su vientre, esa sensación de vacío se hacía más grande. No solo por ella, sino por lo que vendría.

Alex no sabía que iba a ser padre. La idea le oprimía el pecho, no porque dudara de su capacidad para cuidar a su hijo, sino porque deseaba que él estuviera ahí. ¿Qué pensaría si lo supiera? ¿Querría estar a su lado? ¿O sería uno de los hombre que la abandonara a su suerte?

Amelia sintió un nudo en la garganta. Los recuerdos de Alex seguían invadiendo su mente, como flashes de otro tiempo: su risa, sus caricias, la manera en que la miraba como si ella fuera lo único que importara en el mundo.

Con un suspiro largo, abrió los ojos y observó el techo del camarote. La luz que entraba por la pequeña ventana circular se estaba desvaneciendo, mientras el barco seguía meciéndose suavemente.

Brianna, desde la litera de arriba, seguía en silencio. Amelia la escuchaba respirar: era lenta, casi como un susurro. Ella estaba inmersa en su propio dolor, en su propia realidad rota, y aunque Amelia deseaba consolarla, no tenía fuerzas para hacerlo. A veces, el

peso de su propia tristeza la hacía incapaz de cargar con la de los demás. Era injusto, lo sabía, pero no podía evitarlo.

En ese instante, sintió un suave movimiento a su lado. Clariss había bajado de su cama y se acercó, sentándose en el borde de la litera de Amelia. Le tocó el brazo con suavidad.

—Todo va a estar bien, ¿sabes? —murmuró Clariss en voz baja, casi como si no quisiera despertar a Brianna—. En América vamos a encontrar un nuevo comienzo. Y sé que todo saldrá bien.

Amelia le sonrió, agradecida por su optimismo.

—Lo sé, Clariss —respondió, apretando la mano de su hermana—. Lo sé.

Y mientras Clariss volvía a su cama, con ese aire despreocupado y lleno de esperanza, Amelia cerró los ojos de nuevo. Su hermana tenía razón en una cosa: en América, todo sería diferente. Pero mientras el barco avanzaba en medio de la oscuridad, Amelia no podía dejar de preguntarse si alguna vez volvería a encontrar la paz que había perdido el día que Alex desapareció de su vida.

∞∞∞

Había pasado ya un mes desde que el viaje había comenzado, y el interminable vaivén del barco no hacía más que aumentar la incomodidad de las hermanas Straton. El océano parecía infinito, rodeándolas por todos lados, y el constante olor a sal y humedad se había vuelto parte de su día a día. A veces, el balanceo suave del barco era soportable, pero otras, las aguas se volvían turbulentas.

Amelia sentía cómo el malestar se le hacía cada vez más presente, sobre todo por las mañanas. Las náuseas la asaltaban sin previo aviso, y el hecho de estar rodeada solo de agua no ayudaba en nada.

Esa tarde, mientras intentaba respirar algo de aire fresco en la cubierta, el mareo la golpeó fuerte y, sin poder controlarlo, se inclinó por la barandilla, vomitando al mar que se extendía ante ella. El

viento, frío y húmedo, le revolvía el cabello mientras intentaba sostenerse en pie.

—¿Está bien? —una voz masculina y tranquila se escuchó a su lado.

Amelia levantó la mirada, aún sintiendo el malestar en el estómago. Un hombre alto, con el cabello castaño despeinado por el viento, la miraba con una mezcla de preocupación y simpatía. Parecía unos años mayor que ella, con una expresión amable en el rostro. Antes de que pudiera responder, él le ofreció un pañuelo.

—Gracias —murmuró Amelia, tomando el pañuelo y limpiándose la boca, todavía mareada por el esfuerzo.

—No es la primera vez que veo a alguien así en este viaje —comentó él, sonriendo ligeramente—. ¿Es el mareo o hay algo más que la afecta?

Amelia dudó por un momento. No conocía a este hombre, pero la amabilidad en su mirada le daba un poco de confianza.

—Es… complicado —respondió ella, volviendo la vista al mar—. Pero sí, el barco me provoca náuseas. Además… estoy embarazada —añadió en voz baja, como si decirlo en voz alta fuera un pecado.

El hombre asintió, sin sorprenderse demasiado. Ahora que lo pensaba, era algo evidente. Sus ojos bajaron discretamente hacia su vientre, aunque había hecho un buen trabajo ocultándolo hasta ahora con sus vestidos.

—Lo lamento —expresó él con sinceridad—. Debe de ser difícil para usted hacer un viaje tan largo en estas condiciones.

Amelia asintió, sin querer profundizar más en su situación personal. En lugar de eso, intentó desviar la conversación hacia algo más práctico.

—¿Ha hecho este viaje antes? —preguntó, intentando sonar casual.

—Una vez —respondió él—. Hace años, cuando fui a Inglaterra por negocios. Me llamo Samuel, por cierto.

—Amelia —respondió ella, con una pequeña sonrisa—. ¿Y vuelve a América por negocios?

—En parte. Pero esta vez me quedo de forma más permanente. Voy hacia Nueva Orleans, ahí es donde vivía antes de viajar a Inglaterra.

El nombre resonó en la cabeza de Amelia. *Nueva Orleans.*

Amelia no había pensado en un lugar específico para ellas. Todo lo que sabía era que debían escapar de Londres, pero ahora que se acercaban a su destino, el miedo de no tener un plan concreto comenzaba a apoderarse de ella.

¿Dónde se instalarían? ¿Cómo empezarían desde cero sin nada más que unas pocas joyas y sus esperanzas? Sus hermanas confiaban en ella, pero Amelia comenzaba a sentir que no tenía las respuestas que necesitaban.

Samuel, que la observaba atentamente, notó el cambio en su expresión.

—Parece que le preocupa algo —habló sin rodeos.

Amelia soltó un suspiro y miró al horizonte.

—No lo había pensado hasta ahora… —admitió—. Mis hermanas y yo vamos a Estados Unidos, pero no tenemos un lugar en mente. No sé dónde nos instalaremos, ni qué haremos al llegar. No es como si pudiéramos simplemente bajar del barco y tener un hogar listo.

Samuel asintió lentamente, comprendiendo.

—Es cierto, Estados Unidos no es tan sencillo. Pero hay opciones —expuso con un tono tranquilizador—. El puerto donde vamos a desembarcar tiene varios hoteles modestos; uno de ellos es bastante económico. Es donde me quedaré un par de días antes de seguir hacia Nueva Orleans. Pueden quedarse allí mientras deciden su próximo paso.

—¿Es un buen lugar para empezar? —preguntó Amelia, con la preocupación evidente en su voz—. Nueva Orleans, ¿es realmente una buena ciudad? Mis hermanas y yo… necesitamos un lugar donde podamos trabajar, algo digno.

Samuel asintió con una sonrisa amable.

—Nueva Orleans es un buen sitio. Es una ciudad vibrante; hay trabajo para todos, especialmente para mujeres como usted, que

está buscando un nuevo comienzo. Hay tiendas, tabernas y muchas familias que buscan ayuda. Las oportunidades no faltan. Además, es una ciudad en crecimiento, con personas de muchos lugares. Creo que podría encontrar lo que está buscando allí.

Amelia se permitió respirar un poco más tranquila. La idea de tener al menos un lugar temporal donde quedarse, y un futuro posible en una ciudad como Nueva Orleans, le daba algo de alivio. No era la solución a todos sus problemas, pero era un comienzo.

Justo en ese momento, Clariss apareció en la cubierta, con el cabello suelto por el viento y una expresión apresurada.

—¡Amelia! La cena estará servida en unos minutos, y no quiero comer sobras otra vez por llegar tarde —habló con tono divertido, aunque se notaba que hablaba en serio.

Amelia sonrió levemente, agradecida por la interrupción de su hermana.

—Voy enseguida, Clariss —respondió.

Clariss miró a Samuel de reojo, sin poder contener su curiosidad, pero no hizo ningún comentario.

—Nos vemos, Amelia. Espero que pueda pensar en lo que hablamos —expresó Samuel, despidiéndose con un gesto de la mano antes de girarse para regresar a la cubierta principal.

Amelia lo observó marcharse, sintiéndose un poco más ligera que antes al tener una claridad mejorada de lo que podría ser su futuro.

Clariss, como siempre, no pudo contenerse.

—¿Y quién era ese hombre tan guapo? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Amelia rió suavemente y negó con la cabeza.

—Solo un hombre que parece saber mucho más de Estados Unidos que nosotras —respondió.

Mientras caminaban hacia la zona del comedor, Amelia pensó en todo lo que estaba por venir. No sería fácil, pero al menos ahora tenían una idea, un lugar al que dirigirse. Eso, por ahora, era suficiente.

Capítulo 2

El puerto de Nueva York estaba lleno de actividad. Los barcos iban y venían, descargando mercancías y pasajeros, mientras el bullicio de la ciudad nueva las envolvía. Amelia, Brianna y Clariss bajaron del barco con sus pocas pertenencias en las manos, sintiéndose pequeñas en medio de todo ese caos. Después de semanas en el mar, tocar tierra firme era un alivio.

Amelia guiaba a sus hermanas a través de las calles llenas de gente, buscando el hotel que Samuel, el hombre que la había ayudado en el barco, les había recomendado; según él, sería modesto y económico. Ese era su primer destino.

Cuando llegaron al pequeño edificio de fachada sencilla, Amelia se acercó al mostrador. El hombre que atendía, un señor mayor con el cabello gris, apenas levantó la mirada de su libro.

—Buenas tardes —habló Amelia con una sonrisa débil—. ¿Tendría una habitación? Podría ser una con tres camas, o bien tres sencillas.

El hombre la observó por unos segundos, luego asintió, sin demasiada emoción.

—Tengo una disponible —respondió—. Una habitación grande con una cama matrimonial y otra pequeña al fondo. Tiene baño propio.

Amelia soltó un suspiro aliviado.

—Está bien. La tomaremos por dos noches. Solo necesitamos tiempo para buscar un transporte hacia Nueva Orleans.

El hombre giró su libro de registros y pasó el dedo por las líneas con parsimonia.

—Será tres dólares la noche —dijo al fin, sin mirarlas—. Seis en total.

Amelia se quedó quieta. Esa cifra le sonaba lejana. Había asumido ingenuamente que aún podrían pagar con lo poco que les quedaba. Las libras habían sido suficientes para cubrir el pasaje en el barco, pero ahora se encontraba en tierra extraña, con una moneda que no podían ofrecer.

Se reprochó a sí misma por no haber pensado en eso antes.

Con manos temblorosas, abrió su ridículo y buscó en el fondo. Las monedas tintinearon suavemente al chocar entre sí. Contó tres libras… lo último que le quedaba. Las colocó sobre el mostrador con delicadeza.

—Esto es lo que tenemos por ahora —expresó, con tono sereno pero suplicante—. Son libras esterlinas. Quizás pueda aceptarlas como equivalente… aunque sea por una noche.

El hombre la miró como si acabara de cometer una ofensa personal.

—Aquí no aceptamos moneda extranjera —sentenció—. Dólares o nada. No estamos en Inglaterra, señorita.

Amelia se mordió la lengua. No quería perder la compostura. Intentó de nuevo, con voz controlada:

—Es solo por dos noches. Puedo dejar una garantía. Algo de valor.

—No. No insista.

La frase fue seca, final. Ni siquiera levantó la vista al rechazarla.

Sintió entonces la mano suave de Brianna en su brazo, indicándole silenciosamente que no debía insistir. Amelia recogió las libras, apretándolas dentro del ridículo con una mezcla de frustración y vergüenza. Asintió una vez, sin decir nada, y ambas dieron media vuelta hacia la salida.

Al cruzar la puerta, el aire frío del exterior les golpeó el rostro, y por primera vez desde que bajaron del barco, Amelia sintió que realmente estaban solas.

Brianna vio un banco de madera frente a una panadería, al otro lado de la calle.

—Vamos a sentarnos allí —señaló Brianna—. Necesitas descansar, Amelia. Estás agotada, y con el bebé no podemos arriesgarnos a que

te pase algo.

Amelia, a pesar de la frustración que sentía, asintió. Sus piernas dolían y el cansancio del viaje, combinado con las náuseas y la incertidumbre, la estaba dejando sin fuerzas. Se sentaron las tres en el banco, el aroma del pan recién horneado envolviendo el aire a su alrededor. Pero la preocupación en sus rostros era evidente.

Miró a su alrededor con cautela. Las calles de Nueva York eran bulliciosas. A lo lejos, entre escaparates sencillos y carteles desgastados por el paso del tiempo, un edificio de fachada impecable llamó su atención.

Era una construcción de tres pisos, con grandes ventanales y molduras blancas bien cuidadas. Sobre la entrada principal, un letrero negro con letras doradas relucía bajo la luz del día: *Harding's Pawnbroker & Fine Trade.*

Una casa de empeño.

Se quedó observándola en silencio durante unos segundos. Se veía elegante, casi refinada. Las vitrinas estaban impecables, con cristales limpios que dejaban ver en su interior relojes de bolsillo perfectamente alineados, collares de perlas, broches antiguos, libros encuadernados en piel.

Todo parecía en orden; a primera vista, era un lugar que inspiraba respeto y confianza.

Amelia lo observó en silencio, con una mezcla de alivio y duda.

—Ese parece un buen sitio —murmuró para sí, sin apartar la vista del letrero.

Se levantó con lentitud.

—Vengan —habló en voz baja—. Vamos a ver si podemos conseguir algo de dinero con lo que tenemos.

Brianna frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Sí —respondió Amelia, con el rostro sereno.

Cruzaron la calle con paso lento, cuidando cada movimiento. No llevaban mucho encima y querían pasar lo más desapercibidas posible. Entraron al local, y un pequeño campanilleo anunció su llegada.

Detrás del mostrador, un hombre ancho de hombros, con rostro cetrino y bigote delgado, las observaba como si ya supiera lo que venían a hacer.

—¿Sí? —habló sin cortesía, mientras se acomodaba los puños de la camisa sin mirarlas directamente.

Amelia se acercó despacio.

—Vengo a vender unas joyas —expresó, con el tono más firme que pudo usar.

El hombre arqueó una ceja y alzó una mano, extendiéndola.

—Muéstremelas.

Amelia asintió y abrió el pequeño baúl que traía consigo. Dentro estaban las pocas piezas que había tomado de Warwick House: un broche con perlas, un par de pendientes de zafiro, una pulsera delgada de oro y un colgante de diamantes. No eran muchas, pero sí lo suficiente para ofrecer algo de valor.

Había decidido no llevarse más de lo justo. Lo habían hablado antes de irse: tomar todo el joyero habría sido un robo descarado, y aún les quedaba algo de orgullo.

El hombre examinó cada joya con movimientos rápidos. No mostraba cuidado ni respeto. Al terminar, soltó un bufido bajo.

—No están en mal estado —murmuró, mientras dejaba caer la última pieza sobre el paño como si fuera bisutería barata—. Puedo darles… setenta dólares.

Amelia parpadeó, desconcertada.

—¿Setenta dólares?

—Es un precio justo.

—Pero… esto vale mucho más.

—Puede que sí. Pero... —el hombre hizo una pausa y las observó detenidamente—... supongo que no tienen muchas opciones, ¿verdad?

Brianna apretó los labios con fuerza. Clariss le lanzó una mirada de indignación al hombre, pero Amelia levantó una mano para detener cualquier reacción. Sus ojos se mantuvieron fijos en los del prestamista.

—¿Este es su precio final?

El hombre se encogió de hombros.

—No va a encontrar otra casa de empeño cerca. O lo toma… o se queda con sus joyas.

El silencio fue espeso por unos segundos. Amelia no respondió enseguida. Cerró los ojos, apenas un instante, y asintió.

—Está bien. Lo tomaremos.

El hombre sonrió apenas, con autosuficiencia. Contó el dinero en billetes y monedas, lo depositó en una pequeña bolsa de tela y se la entregó sin más ceremonia. Les dio un recibo breve, mal escrito, y volvió a su escritorio sin molestarse en desearles buena suerte.

Amelia tomó la bolsa con manos firmes.

Al salir de la casa de empeño, notaron que el cielo ya había comenzado a oscurecer. Las farolas de gas se encendían una a una. No se habían percatado del paso del tiempo, absorbidas por la tensión y el nerviosismo del momento. Ahora, la calle ya no se sentía tan segura como cuando habían llegado.

Amelia guardó con cuidado la pequeña bolsa con el dinero dentro de su ridículo y se ajustó el abrigo con manos temblorosas.

—Tengo hambre —habló Clariss de pronto, mirando hacia la panadería al otro lado de la calle—. ¿Podemos pasar ahí antes de buscar alojamiento?

Amelia iba a decir que no, pero su estómago respondió por ella. No habían comido nada desde la mañana, y el aroma del pan caliente que salía de aquel lugar parecía delicioso.

—Sí… está bien —asintió, cruzando la calle junto a sus hermanas.

Para llegar a la panadería, debían atravesar una bocacalle angosta, la cual desembocaba en un callejón a medio iluminar por la tenue luz que se colaba entre los edificios. No le prestaron mayor atención. Solo querían llegar al local, conseguir algo sencillo de comer y continuar el recorrido hasta el hotel.

Pero antes de dar dos pasos más, tres hombres salieron del callejón con rapidez. Uno de ellos levantó un brazo y algo brilló bajo su abrigo. Un revólver.

—Alto ahí —gruñó el que iba al frente—. Entreguen el dinero. Las vimos entrar y salir de la casa de empeño.

Clariss soltó un grito ahogado y Brianna se quedó paralizada. Amelia dio un paso atrás instintivamente, colocando una mano sobre su vientre. El corazón le latía con fuerza.

—No tenemos mucho —musitó Amelia con voz tensa—. No vale la pena.

—¡He dicho que entreguen el dinero! —gritó el hombre, y esta vez alzó el arma, apuntando directamente al pecho de Amelia.

—¡Amelia! —gimió Clariss, sujetándola por el brazo—. Dáselo, por favor…

—Sí, entrégaselo —añadió Brianna, con voz temblorosa—. No vale la pena arriesgarte… ni al bebé.

Amelia miró alrededor, desesperada. Había gente en la calle. Algunos miraban desde lejos, otros fingían no ver nada. Nadie se acercaba. Nadie hacía nada.

Sintió una punzada de impotencia que le subió desde el pecho hasta la garganta.

—¡La bolsa! —ordenó el segundo hombre, con voz ruda, señalando el bolso de Amelia.

Ella lo sostuvo contra sí con fuerza unos segundos más. Pero cuando el cañón del arma volvió a levantarse en su dirección, supo que no podía arriesgarse.

—P-por favor… —balbuceó, con la voz quebrada—. Estoy embarazada. Es todo lo que tenemos… no tenemos nada más.

El hombre dio un paso al frente. La sombra de su sombrero ocultaba sus ojos, pero su tono fue tan frío como el metal que sostenía en la mano.

—¡A nosotros no nos importa! —escupió con dureza—. ¡La bolsa… ahora!

Con movimientos lentos, le tendió el ridículo con el dinero. El hombre lo arrebató sin pudor alguno. Revisó el contenido con rapidez y asintió a sus compañeros.

—Ya está.

Pero antes de marcharse, uno de ellos empujó a Amelia con brusquedad, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Su cuerpo golpeó el empedrado, y el impacto la hizo doblarse en sí misma con un gemido bajo.

—¡Amelia! —gritaron Clariss y Brianna a la vez, corriendo hacia ella.

El dolor era punzante, pero no insoportable. Se llevó las manos al vientre. Su respiración era agitada, no por el golpe, sino por el susto.

—¿Estás bien? —preguntó Brianna, arrodillada a su lado.

Amelia asintió con la cabeza, aunque le costaba encontrar el aire.

—Sí… creo que sí —susurró.

Clariss la ayudó a incorporarse, sosteniéndola por los hombros, mientras Brianna recogía el bolso vacío que había quedado tirado junto al bordillo.

Amelia levantó la mirada. Varias personas seguían observándolas desde lejos. Pero nadie se movió. Nadie ofreció una mano.

—¿Qué clase de lugar es este…? —murmuró, más para sí que para sus hermanas—. Donde ni siquiera intentan ayudarte cuando te están apuntando con un arma…

Clariss y Brianna la tomaron cada una de un brazo, y juntas la llevaron hasta el mismo banco donde se habían sentado horas antes. Amelia se dejó caer con lentitud, cerrando los ojos un momento mientras intentaba calmar su respiración.

Se habían quedado sin dinero. Sin joyas. Lo peor era que Amelia no sabía qué hacer ahora, más cuando tenían la noche casi sobre ellas y no tenían un techo bajo el cual resguardarse, ni comida con la que saciar el hambre.

Jamás imaginó que huir de su hogar sería tan difícil.

Mientras sus hermanas hablaban en voz baja, Amelia se quedó en silencio, mirando el anillo de bodas que llevaba en el dedo. El anillo que Alex le había dado, el mismo que él había conseguido con tanto esfuerzo. Lo había llevado con orgullo, como un símbolo de su matrimonio, de su amor por él. Pero ahora, sentada en ese banco, sin un techo donde dormir y con la responsabilidad de cuidar a sus hermanas, el anillo empezaba a parecer un lujo innecesario.

¿Y si lo cambio por dinero? —La idea se instaló en su mente de golpe.

Alex ya no estaba allí. Se había ido. No sabía si alguna vez lo volvería a ver, y aunque no quería deshacerse de algo que validaba su matrimonio, ¿de qué le serviría ahora un anillo? No les daría un techo, ni comida, ni les garantizaría la seguridad que tanto necesitaban.

Miró a Brianna y a Clariss. Ellas confiaban en ella. Dependían de ella. La realidad era simple: no había otra opción.

Él ya no está aquí, pero mis hermanas sí. Necesitamos sobrevivir. Nuestro amor no se mide por un anillo o por el valor que tiene el oro —pensó Amelia, tomando una decisión.

—Síganme —habló con firmeza, levantándose del banco de repente.

—¿A dónde vamos? —preguntó Clariss, con curiosidad.

—A encontrar un lugar donde dormir esta noche.

Amelia caminó con decisión mientras sus hermanas la seguían sin hacer preguntas. Avanzaron por la calle con paso rápido, sin tiempo para dudar ni detenerse.

Justo al llegar a la casa de empeño, el mismo hombre de antes giraba el cartel de la puerta, dándole la vuelta hasta que las letras en la vitrina decían con claridad: *Cerrado.*

—¡Espere! —exclamó Amelia, apurando el paso y golpeando la puerta con la palma abierta.

El hombre se quedó inmóvil al otro lado del cristal. Las observó con evidente desgano, como si estuviera valorando si valía la pena molestarse. Finalmente, sin decir una palabra, descorrió el cerrojo y entreabrió la puerta.

—¿Qué pasa ahora? Ya he cerrado.

—Tengo… algo más para ofrecer —expresó Amelia, esforzándose por sonar tranquila.

El hombre alzó una ceja, luego abrió la puerta de par en par y las hizo pasar con un gesto impaciente.

—Rápido —gruñó—. No tengo toda la noche.

La tienda estaba igual de silenciosa que antes. Amelia se acercó al mostrador, sacó el anillo de bodas de su dedo con lentitud y lo colocó con cuidado sobre la madera pulida.

El hombre lo tomó enseguida, lo examinó a contraluz, girándolo entre sus dedos como si no pesara nada.

—¿Estás segura? —preguntó Brianna en voz baja, observando el anillo con tristeza.

Amelia no respondió de inmediato. Miraba fijamente al hombre, como si en ese gesto pudiera proteger al menos algo del valor de lo que entregaba.

—No tenemos otra opción —respondió finalmente, con la voz apagada—. Necesitamos el dinero… para sobrevivir.

Sin esperar respuesta, Brianna se quitó su propio anillo y lo colocó junto al de su hermana. Amelia giró la cabeza con el ceño fruncido, pero no dijo nada. No hacía falta preguntar. Sabía que Brianna solo quería deshacerse de todo lo que le recordara a su esposo.

Entonces, sin decir una palabra, Clariss sacó el colgante que llevaba en el cuello, con un dije pesado de una rosa, y lo dejó también sobre el mostrador, junto a los dos anillos.

—No tienes que hacer eso —le dijo Amelia suavemente—. Ese colgante era de tu madre… te lo dejó a ti.

Clariss la miró con firmeza, aunque sus ojos brillaban con emoción contenida.

—Ustedes están dejando lo más valioso que tienen. Yo también puedo hacerlo. Al final, todo esto… es por nosotras.

Amelia sintió un nudo en la garganta. Le acarició la mejilla con dulzura.

—Gracias —susurró—. Sé lo que esto significa.

El hombre no dijo nada mientras examinaba los tres objetos. Los giró, los pesó, los colocó uno junto al otro y los miró con detenimiento como si fueran simples baratijas. Finalmente, sacó una pequeña bolsa de cuero de debajo del mostrador.

—Les daré cincuenta por todo.

Amelia levantó la mirada. Por un momento, el corazón le golpeó con fuerza. Cincuenta. Por dos anillos y un colgante de oro puro. El hombre lo había dicho con tal indiferencia que parecía estar hablando de cualquier cosa menos de lo que ellas acababan de sacrificar.

Apretó los labios. Sintió impotencia. Rabia. El anillo que Alex había conseguido con esfuerzo, con amor, no valía nada para aquel desconocido. Era solo metal.

Pero no tenía opción.

Extendió la mano, tomó el dinero sin mirar al hombre y lo guardó con rapidez. Luego giró sobre sus talones.

—Vamos —dijo con voz firme—. Caminen lo más rápido que puedan. No se detengan hasta que lleguemos al hotel.

Brianna y Clariss asintieron. Esta vez, ninguna dijo nada. Solo caminaron, pegadas unas a otras, sintiendo que la ciudad a su alrededor era más hostil que antes.

Más silenciosa. Más despiadada.

Cruzaron la calle con pasos apurados, aún con el miedo reciente latiéndoles en la sangre. El cielo estaba ya completamente oscuro, y las luces de gas parpadeaban en las esquinas como pequeñas llamas solitarias. Al llegar al hotel al que habían intentado entrar horas

antes, Amelia empujó la puerta con decisión. Esta vez, no pensaba irse sin conseguir un lugar donde pasar la noche.

El mismo hombre de antes seguía en el mostrador, hojeando un libro. Levantó la vista con desgano cuando las vio entrar.

—Necesitamos la habitación, por favor —expresó Amelia sin rodeos, colocando los seis dólares sobre el mostrador.

El hombre suspiró, claramente irritado, y negó con la cabeza.

—Estamos llenos. Ya no hay habitaciones disponibles.

El corazón de Amelia se encogió. Todo el día había sido una sucesión de pérdidas, y esto era solo otra más. Aun así, no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente.

—¿Podría revisar otra vez? —insistió, con voz casi suplicante—. Por favor, es posible que haya algo disponible. Solo necesitamos una habitación pequeña, por dos noches.

El hombre la observó con impaciencia.

—Ya le he dicho que no hay nada. Estamos completamente llenos.

Brianna la tomó suavemente del brazo, tirando de ella hacia atrás, en un intento de protegerla de otra humillación. Amelia tragó saliva, pero justo antes de darse la vuelta, el hombre volvió a hablar, esta vez con un leve encogimiento de hombros.

—Hay otro hotel dos cuadras más abajo, hacia la derecha. Tal vez tengan habitaciones disponibles allí… si se apuran.

Amelia asintió brevemente, sin dar las gracias. Salieron del local en silencio y, al pisar la calle, ella bajó la cabeza. El poco frío parecía colarse por cada costura de su abrigo, pero era el peso de la vergüenza y del cansancio lo que más la abrumaba.

Si alguien le hubiera dicho, tan solo unos meses atrás, que estaría mendigando un lugar donde dormir… no lo habría creído.

—Vamos —dijo al fin, levantando apenas la voz—. Caminemos rápido. No quiero que nos vuelva a pasar lo de antes.

Las tres se apresuraron, con la vista baja y los pasos firmes. El hombre había dicho dos cuadras más abajo, y confiaba en que, esta

vez, habría más suerte.

Descendieron la calle suavemente, el sonido lejano de carruajes, mezclado con voces dispersas, les marcaba el camino. Con cada paso, el cansancio pesaba más, pero ninguna se atrevía a quejarse.

Al llegar, Amelia frunció el ceño. El hotel no era tan elegante como el anterior. La fachada, aunque cuidada, mostraba algunas grietas en la pintura, y las cortinas de las ventanas, aunque limpias, estaban un poco deshilachadas en los bordes. El salón de entrada tenía suelo de madera crujiente y una lámpara de aceite que pendía del techo, dando una luz cálida, algo tenue. Era un lugar más modesto, como para gente de clase media trabajadora, pero al menos parecía seguro y en funcionamiento.

Amelia se acercó al mostrador, donde un hombre de rostro ancho y expresión distraída hojeaba un cuaderno de registro.

—Buenas noches —habló Amelia con un tono educado pero cansado —. ¿Tiene alguna habitación disponible? Preferiblemente con baño privado… y, si es posible, tres camas. O bien tres habitaciones sencillas.

El hombre levantó la vista, midiendo con rapidez a las tres hermanas.

—Lo siento, señorita —dijo sin rodeos—. No tengo nada así. Solo queda una habitación libre. Cama grande, baño compartido. Nada más.

Amelia asintió lentamente, tragando su decepción. No era lo que buscaba, pero ya no podía seguir caminando por la ciudad.

—¿Y cuánto es por noche?

—Un dólar con cincuenta centavos —respondió el hombre, como quien recita un precio por costumbre—. La comida es aparte. Veinticinco centavos por plato, si lo desean.

Amelia miró a sus hermanas por un segundo y luego volvió al recepcionista.

—Nos quedaremos dos noches. También tomaremos tres platos de comida.

—Perfecto. Se paga por adelantado.

Ella sacó el dinero y se lo entregó sin discutir. No era lujoso, pero al menos tendrían un techo y un plato de comida caliente. Por ahora, era suficiente.

El hombre les indicó una pequeña sala donde podían sentarse mientras se preparaba la cena. El lugar era sencillo: bancos de madera, un par de mesas sin mantel y un aroma a sopa recién hecha que llenaba el ambiente. Pronto, una mujer con delantal blanco les sirvió tres platos humeantes con una porción de estofado de carne, pan grueso con mantequilla y una taza de té tibio con hierbas.

Las tres comieron en silencio. El pan crujía entre los dientes y el estofado, aunque salado y algo aguado, les supo a gloria. En todo el día no habían comido nada.

Una vez terminaron, el mismo recepcionista las condujo por unas escaleras de madera hasta el segundo piso. Les indicó una puerta al fondo del pasillo y les entregó una llave colgada en una cuerda fina.

—La habitación es esa. El baño está al final del corredor. Comparten con los demás huéspedes. Buenas noches.

—Gracias —respondió Amelia, con una inclinación de cabeza.

Entraron a la habitación. Era estrecha, con papel de pared algo descolorido y una única ventana que daba al callejón lateral. Había una cama matrimonial de madera firme con sábanas limpias y una manta gruesa al pie.

No era lo más cómodo. Pero no estaban en la calle, al menos, esa noche, era más de lo que podían pedir.

Amelia cerró la puerta con llave y, por primera vez en muchas horas, respiró hondo.

Clariss fue la primera en romper el silencio, caminando hasta la cama y dejándose caer de espaldas sobre ella.

—¡Por fin una cama de verdad! —exclamó con una risa suave, tratando de animar el ambiente.

Amelia inspeccionó todo levemente, pero no pudo dejar de notar el contraste con lo que habían tenido antes. Warwick House había sido todo lo que conocían: una casa llena de lujos, criados, vestidos caros, comidas abundantes… Ahora, estaban en una habitación, con una cama que tendrían que compartir las tres, y sin baño privado. No era la vida que habían imaginado, pero ahora debían adaptarse.

Brianna se sentó en el borde de la cama, mirando el suelo en silencio. A pesar de todo, había un cierto cansancio en su rostro, como si aceptara la realidad de su situación sin más quejas. Después de todo, Brianna ya no esperaba mucho de la vida desde que Ian la había rechazado por completo.

Amelia, por su parte, se acercó a la pequeña ventana de la habitación y miró hacia afuera. No era la mejor vista, si era sincera. Sintió un leve movimiento en su vientre, recordándole una vez más por qué había hecho lo que había hecho.

Este es el nuevo comienzo. Puede que no sea fácil, pero vamos a sobrevivir —pensó.

Brianna rompió el silencio con voz suave.

—Amelia… ¿de verdad crees que estaremos bien aquí?

Amelia se volvió hacia ella, su expresión serena pero decidida.

—No sé si estaremos bien, Anna —respondió, caminando hacia ella y sentándose a su lado—. Pero sé que haremos todo lo que podamos para salir adelante. Juntas.

Brianna asintió, y aunque no dijo nada más, el simple hecho de estar juntas en ese momento les dio un pequeño rayo de esperanza. Clariss, aún tumbada en la cama, soltó un largo suspiro mientras miraba al techo.

—Es increíble cómo hemos terminado aquí —expresó con un tono entre triste y divertido—. Nunca imaginé que compartiríamos una cama tan pequeña después de haber tenido tanto.

Amelia rió suavemente.

—Tampoco lo imaginé —admitió, acariciando su vientre de manera instintiva—. Pero estamos aquí, y mientras estemos juntas,

encontraremos la manera.

Capítulo 3

Los dos días que Amelia, Brianna y Clariss pasaron en el hotel fueron una mezcla extraña de incomodidad y adaptación. Nunca habían tenido que compartir una habitación tan pequeña ni convivir tan de cerca con otras personas en un espacio tan limitado. En Warwick House, cada una tenía su propia habitación, sus propios momentos de privacidad, pero aquí todo era distinto.

La cama, por muy grande que fuera, se había sentido pequeña para las tres. Brianna, siempre tan callada y retraída últimamente, ocupaba un lado de la cama, mientras que Clariss y Amelia se acomodaban como podían en el otro. Dormir no había sido fácil, no solo por el poco espacio, sino porque ninguna de ellas podía evitar pensar en lo que vendría después.

El baño era otro reto. En la habitación solo había una pequeña palangana para asearse, y para lo demás tenían que usar los baños compartidos del hotel. Amelia había intentado mantener la dignidad y no pensar en cómo sus vidas habían cambiado de forma tan drástica. Antes, ni siquiera habrían imaginado compartir un baño con extraños, pero ahora no había otra opción.

Finalmente, llegó el día en que debían marcharse. Las dos noches habían pasado muy rápido, y ahora se preparaban para el siguiente paso de su viaje: llegar a Nueva Orleans. Amelia se aseguró de que todo estuviera empacado, mientras Clariss terminaba de ajustarse el sombrero.

—¿Estás lista? —preguntó Amelia a Brianna, que permanecía en silencio, mirando por la ventana.

—Sí —respondió ella, asintiendo sin mucho entusiasmo.

El transporte que usarían para llegar a Nueva Orleans estaba por llegar. Hasta ese momento, ninguna de ellas sabía que viajar largas

distancias en América requería una combinación de transportes. En este caso, primero tomarían un barco de vapor por el río hasta un punto más al sur y, luego, continuarían en carruaje hasta Nueva Orleans. El viaje sería largo y agotador, pero no había otra manera.

—Vamos, hermanas, es hora de irnos —anunció Amelia, mientras salían del hotel.

El calor en Nueva York ya era distinto del que conocían en Londres. El sol parecía más fuerte y el aire más húmedo. Aún estaban acostumbradas a los cielos grises y fríos de Londres, pero ahí el clima era más intenso, más cálido y algo agobiante, incluso en el puerto.

—¡Mira! —chilló Clariss, señalando discretamente hacia el muelle—. ¡Es ese hombre con el que hablaste en el barco, Amelia!

Amelia giró la cabeza hacia donde su hermana señalaba con tanta ímpetu, reconociendo a Samuel. Estaba lejos de ellas, cargando algunas bolsas mientras se preparaba para subir a su propio transporte. Amelia lo observó por un momento, recordando la amabilidad con la que la había tratado en el barco. Quiso llamarlo, pero la distancia era demasiado grande, y Samuel ya se estaba alejando; pronto sería solo una figura más en medio del bullicio del puerto.

—Espero que nuestras rutas se crucen nuevamente —murmuró Amelia.

Poco después, el carruaje que las llevaría al embarcadero llegó puntualmente. Era un coche sencillo, tirado por dos caballos, conducido por un hombre mayor que apenas les dirigió palabra. Sin perder tiempo, las hermanas subieron con sus pertenencias y se acomodaron en silencio.

El trayecto fue corto, pero silencioso. Solo se escuchaba el traqueteo de las ruedas sobre el empedrado. A medida que avanzaban, dejaban atrás el olor a sal del mar y se adentraban en una zona más tranquila, donde el aire era más denso y las construcciones daban paso a muelles de madera desgastada por la humedad.

Cuando llegaron al embarcadero del río, descendieron del carruaje y se acercaron al borde del muelle. Varios pasajeros aguardaban en silencio, algunos sentados sobre sus baúles, otros parados con expresión impaciente. Las hermanas se mantuvieron juntas, con sus pertenencias a los pies, mientras esperaban. El sol caía sobre sus cabezas con una fuerza más persistente. Amelia buscó algo de sombra, aunque fuera escasa.

El barco de vapor llegó poco después, anunciándose con el estruendo grave de su chimenea. Era una embarcación robusta, con dos niveles y la madera ennegrecida por el uso. Las tres subieron con sus pocas pertenencias y se acomodaron como pudieron en la cubierta, donde el calor ya comenzaba a sentirse con más fuerza.

El viaje por el río fue lento y pesado. Las horas pasaban despacio mientras el barco avanzaba por las turbias aguas. Los días se hacían largos, el calor se volvía cada vez más sofocante cuanto más avanzaban hacia el sur. Aunque habían soportado el frío y la humedad del Atlántico durante semanas, ahora enfrentaban un calor pegajoso que parecía apoderarse de todo. Amelia sintió cómo la piel de su cuello se humedecía debido al calor.

—Es todo tan... diferente —mencionó Clariss, mirando todo con asombro. Durante todo el viaje no había dejado de observar los paisajes: los árboles altos y la vegetación espesa a lo largo del río eran completamente distintos de lo que habían conocido en Londres.

—Y más caluroso —añadió Brianna, abanicándose con la mano. No se quejaba mucho, pero el calor empezaba a hacer mella en su ánimo. No estaba acostumbrada a sentirse tan incómoda.

Tras varios días en el barco de vapor, finalmente hicieron una parada. Desde allí, las hermanas continuaron el viaje en carruaje. Ese viaje fue aún más agotador. El carruaje era muy diferente a lo que tenían en mente; no era nada comparado con los lujosos carruajes de Londres. Este era más grande y más tosco. No estaba diseñado para el lujo ni la comodidad, sino para llevar a tantas personas como fuera posible.

Los asientos eran duros y estrechos, hechos de madera, y los cojines, si es que se podía llamar así, apenas amortiguaban los golpes del camino. El interior estaba abarrotado, con viajeros de todas partes que compartían el espacio junto a sus baúles y bolsas. Aunque les daba cierta protección del calor, el aire seguía siendo sofocante. Amelia sentía cada golpe del camino como una sacudida que se extendía por todo su cuerpo, y no podía evitar preocuparse por el bebé.

El viaje hasta Nueva Orleans duró alrededor de cinco días. Cada noche, cuando se detenían para descansar en pequeñas posadas a lo largo del camino, las hermanas compartían una pequeña cama, o incluso dormían en el suelo en algunas ocasiones.

Finalmente, tras el agotador trayecto, llegaron a Nueva Orleans. El calor en la ciudad era aún más intenso que en Nueva York, y la humedad parecía pegarse a la piel de una forma incómoda. Clariss miraba a su alrededor con curiosidad, mientras Amelia se limpiaba el sudor de la frente.

—Esto no es Londres, eso está claro —comentó Brianna con una sonrisa leve, aunque cansada.

—No —respondió Amelia, observando la ciudad que sería su nuevo hogar—. Pero es aquí donde comenzaremos de nuevo.

Aún con el cansancio del viaje, las tres hermanas se dispusieron a buscar un lugar donde pasar la noche, sabiendo que Nueva Orleans, con todo su calor y su bullicio, era su nuevo hogar. Lo difícil ya había pasado, y ahora lo único que les quedaba era sobrevivir en esa nueva tierra.

∞∞∞

Dos días después de su llegada a Nueva Orleans, Amelia y sus hermanas se dirigieron a una zona alejada del centro, siguiendo una recomendación que les habían dado en el pequeño hotel donde se habían hospedado desde su llegada. Uno de los encargados, al

verlas interesadas en encontrar un lugar más estable, les habló de un casero confiable que alquilaba viviendas en el barrio de Faubourg Sainte-Marie.

No era un sector lujoso, pero parecía tranquilo. Las calles eran sencillas y en las esquinas se veían panaderías, fruterías y algunas tiendas pequeñas.

Cuando llegaron, preguntaron por el propietario, a quien encontraron rápidamente. Era un hombre de estatura media, piel curtida por el sol y cabello oscuro con canas en las sienes.

Después de una breve presentación, el hombre las llevó a una de sus casas.

—Entonces… esta es la casa —habló él con voz firme, aunque cordial, mientras abría la puerta principal—. Tiene dos habitaciones, cocina y un baño pequeño al fondo.

Amelia asintió, entrando con paso lento, seguida por Brianna y Clariss. El interior de la casa era modesto, pero limpio. El suelo de madera crujía levemente al pisar, las paredes estaban encaladas y el mobiliario era escaso: una mesa, cuatro sillas, una alacena vacía, y en los cuartos, dos camas estrechas con colchas ya algo desgastadas, pero tendidas con esmero. El baño, en la parte trasera, era pequeño, con una tinaja de hierro y un lavamanos sencillo.

Amelia recorrió la estancia en silencio. No era mucho, pero comparado con lo que habían pasado, aquello parecía un palacio.

—¿Cuál es el precio del alquiler? —preguntó, volviendo la mirada al propietario.

—Ciento veinte dólares al año. Pago adelantado, por norma. Son diez dólares por mes, pero se paga por bloques de seis meses o el año entero.

Amelia sintió que el peso en su estómago se hacía más denso. Bajó la mirada a la bolsa de tela que llevaba con ella. Solo tenía treinta dólares. Lo justo para cubrir tres meses.

—Señor Delacroix… —dijo con tono firme, aunque en su voz asomaba cierta humildad—. Solo puedo pagarle tres meses ahora

mismo. No tenemos más. Pero si nos permite quedarnos, prometo pagarle el resto apenas encontremos trabajo. No somos irresponsables. Solo… necesitamos una oportunidad.

El hombre la miró por unos segundos. Su gesto era serio, pero no duro. Sus ojos bajaron hacia el vientre de Amelia, donde claramente se podía ver su estado de embarazo.

—¿Tres meses?

—Sí. Solo eso por ahora —afirmó, sacando las monedas del interior del bolso y colocándolas sobre la mesa con cuidado—. Le doy mi palabra.

Delacroix asintió despacio y soltó un leve suspiro.

—Está bien. No suelo hacer excepciones, pero… todos necesitamos un comienzo.

Amelia le sonrió. Luego, se armó de valor y preguntó:

—¿Sabe usted si hay trabajo disponible en esta parte de la ciudad? Algo que podamos hacer. Sé leer y escribir bien, y también algo de francés. Mis hermanas también saben... aunque podemos trabajar en tareas domésticas, costura… lo que sea.

El hombre la observó con más interés.

—Pues sí, hay cosas. Esta ciudad siempre necesita manos dispuestas. Algunas casas buscan institutrices. Si usted sabe leer, escribir y tiene modales, puede intentarlo. También hay tiendas, lavanderías, panaderías, fábricas, incluso algunas mujeres cosen para las familias más acomodadas. No será fácil al principio, pero Nueva Orleans da oportunidades a quienes no temen trabajar.

Amelia asintió con respeto, agradecida.

—Trabajaremos. Se lo aseguro.

El hombre les entregó una llave de hierro con un trozo de cinta atada al anillo y se la extendió a Amelia.

—Bienvenidas a su nuevo hogar, señoritas. Les deseo suerte. Y si necesitan algo, lo que sea, pregunten por mí en la tienda de telas del señor Boucher, a dos calles de aquí.

Cuando cerró la puerta tras él, el silencio se adueñó de la casa. Amelia miró a sus hermanas, de pie en medio del salón, y por primera vez desde que salieron de Londres, sintió que habían encontrado algo parecido a un comienzo.

Capítulo 4

Nueva Orleans, 1828. Tres años después.

La campana resonó por última vez, arrastrando un murmullo colectivo de alivio entre las mujeres de la fábrica de tabaco y cigarros, ubicada a unas pocas cuadras del barrio de Faubourg Sainte-Marie. La jornada había sido larga y cargada de olor a hojas secas, pero Amelia no se quejaba. Después de todo, tener un trabajo fijo era un privilegio que muchas otras no tenían.

Salió con paso tranquilo, sujetando su chal. El cielo, despejado y naranja por el sol de la tarde, arrojaba una luz dorada sobre las calles, mezclando polvo, humo y voces con el bullicio propio del fin del día.

Mientras se alejaba del edificio gris de la fábrica, entre el polvo del tabaco y el humo que aún flotaba en el aire, una compañera se emparejó al paso de Amelia. Era Hester, una mujer menuda, con las mejillas sonrojadas y un gorro de lino atado con firmeza bajo la barbilla.

—¿Oíste lo que dicen? —murmuró con un tono conspirador—. Mañana podría venir el nuevo dueño. El señor Dankwroth en persona.

Amelia la miró de reojo, sin detener su paso.

—Eso escuché… aunque ya llevan días diciendo lo mismo — respondió con tono neutro, ajustándose el chal sobre los hombros.

—Sí, pero esta vez parece más cierto. Marie, la del turno de la madrugada, juró que el capataz limpió su escritorio. Dice que siempre lo hace cuando espera visitas importantes.

Amelia no respondió. Solo frunció un poco los labios, pensando en la idea que le había dado Ruth, su amiga.

—En fin —continuó Hester, encogiéndose de hombros—, si llega, esperemos que no venga con ganas de echar a nadie. Hay muchas con miedo, tú lo sabes.

—Lo sé —respondió Amelia al fin—. Pero preocuparse antes de tiempo nunca ha servido de mucho.

Y con una leve inclinación de cabeza, se despidió de su compañera y tomó el camino hacia su casa, donde el murmullo de sus hermanas e hijos la esperaba.

Tres años desde que puso pie en esa ciudad y comenzó de nuevo.

Tres años desde que dio a luz a sus dos hijos, sola, con el apoyo de sus hermanas y la bondad de un par de vecinos.

Tres años sin saber nada de Alex, el hombre que amaba, su esposo, el padre de sus hijos.
Tres años esperando volver a verlo. Pero había aprendido a no esperarlo.

El camino hacia la panadería de Ruth, que quedaba justo al cruzar la pequeña plaza de tierra, era ya parte de su rutina diaria. Amelia avanzó por las calles del barrio con paso pausado. Durante ese tiempo, había aprendido a apreciar la mezcla de culturas que llenaba Nueva Orleans: criollos, franceses, irlandeses, afrodescendientes libres, mujeres solas, madres con hijos a cuestas, trabajadores con acentos de medio mundo. Allí todos parecían haber llegado escapando de algo. Como ellas.

Había hecho buenos amigos, ganado respeto entre algunos y gratitud de otros. Pero no todos eran generosos con sus miradas.
Muchas personas jamás las aceptaron. Para algunos, ellas eran mujeres deshonradas. Tres mujeres solas, dos de ellas madres solteras, sin hombres a su lado. Las habladurías no cesaban, aunque a ella no le importaba; bastante había tenido con Londres. Amelia no necesitaba la aprobación de nadie. Solo quería que sus hijos crecieran con salud. Que no les faltara pan ni un techo sobre sus cabezas.

Giró la esquina y entonces vio la pequeña panadería de Ruth, una construcción sencilla de madera clara, con un letrero colgado sobre

la puerta que decía: *«La Petite Miette»*.
El lugar no era lujoso, pero siempre olía a hogar. Pan recién horneado, azúcar quemada, un toque de mantequilla derretida y canela.

Al cruzar la puerta de la panadería, un leve tintineo de campana anunció su llegada. Amelia alzó la vista y encontró la sonrisa inmediata de Clariss, quien estaba de pie tras el mostrador, con el rostro ligeramente manchado de harina y un pequeño delantal blanco atado a la cintura. Su hermana estaba decorando una bandeja de mini tartas de higo, con movimientos suaves y concentrados, esparciendo con delicadeza un poco de azúcar glas sobre la fruta brillante. Las tartas eran pequeñas, del tamaño de una palma, con bordes rústicos de masa dorada y un centro rebosante de higos cocidos en almíbar, que aún despedían un aroma tibio y dulce.

—¡Llegaste justo cuando salieron del horno! —expresó Clariss sin dejar de sonreír—. ¿Quieres una?

—Claro —respondió Amelia, dejando escapar una sonrisa genuina mientras se quitaba el chal y lo dejaba colgar de su brazo—. Las de higo son mis favoritas. Aunque las de manzana también te están quedando cada vez mejor.

Clariss sonrió con orgullo, mientras con una pala de madera servía una de las tartas en un platito de loza simple.

—Te la ganaste después de un día de trabajo —habló, y se la alcanzó con un guiño.

Desde el fondo del pequeño local, la voz de Ruth se alzó con la familiaridad de quien ya era parte de la familia.

—¿Cómo estuvo el día, cariño?

—Como siempre, Ruth. Mucho tabaco, mucho polvo… y demasiado calor —respondió Amelia con una sonrisa cansada, justo antes de darle un mordisco a la tarta.

Un suave gemido escapó de sus labios al saborearla. Hizo un leve gesto con la mano, agitando el aire frente a su boca mientras intentaba enfriar el trozo que aún ardía entre sus dientes.

—Está caliente —murmuró entre risas, con la dulzura cálida en el paladar.

La panadería era sencilla pero acogedora, con paredes de madera clara y estantes que recorrían los muros de lado a lado. Sobre ellos se alineaban cestas de pan redondo, hogazas oscuras, galletas de avena y algunos dulces envueltos con cinta de papel marrón. El mostrador era de madera pulida, con la esquina ligeramente desgastada. En el rincón derecho, un pequeño horno de hierro aún desprendía un leve calor, y cerca de la entrada había un barril con sacos de harina apilados ordenadamente. Todo estaba limpio, bien organizado y olía a hogar.

Clariss terminó de espolvorear los rollos y alzó la mirada hacia Ruth.

—¿Necesitas que me quede un rato más o puedo irme con Amelia?

—No, hija. Puedes irte —respondió Ruth mientras ordenaba unas cestas junto a la pared—. Ya trabajaste bastante esta mañana lavando ropa, y sé que debes estar cansada. Yo esperaré a Cole para cerrar.

Cole era el hijo de Ruth.

Clariss asintió con gratitud y miró a Amelia.

—Dame solo unos minutos para terminar de limpiar este lado.

—Claro —le respondió Amelia, y se sentó en uno de los pequeños taburetes cerca de la entrada, aliviando la presión en sus pies adoloridos.

Mientras se acomodaba y terminaba de comer su tarta, observó a su hermana menor y no pudo evitar sonreír con ternura. Clariss ya no era la muchacha de diecisiete años que había salido de Londres con ella y Brianna. Ahora tenía veinte, y aunque conservaba aquella sonrisa soñadora, su cuerpo había cambiado, sus ideas también. Aún era dulcemente optimista, pero ya no era ingenua. Se había convertido en una joven mujer que encontraba alegría en cosas simples, como decorar galletas o perfeccionar una receta de pan de miel.

A pesar de todo lo que habían pasado, esa chispa luminosa en Clariss seguía ahí.

Amelia desvió la mirada hacia Ruth, que terminaba de acomodar varias cestas con galletas y bollos. Algunas llevaban etiquetas con nombres escritos a mano: *«Entregar a Madame Beauchamp», «Señorita Langford, centro»*. Eran pedidos que Ruth entregaba a domicilio o que Cole repartía por las tardes.

Ruth había sido uno de los pilares más firmes en sus vidas desde que llegaron a Nueva Orleans. Mientras la mayoría las miraba con desprecio o desconfianza, ella había sido la primera en ofrecer ayuda sin hacer preguntas. Había sido Ruth, junto al señor Delacroix, quienes les dieron una oportunidad.

Amelia nunca lo olvidaría.

—¿Y qué hay de la fábrica? —preguntó Ruth con tono casual—. ¿El nuevo dueño ya se mostró?

Amelia suspiró, alzando los hombros.

—Aún no. Se rumorea que irá mañana.

—¿Y has pensado en lo que te dije? —preguntó Ruth con un gesto serio, mientras se acercaba al mostrador.

Amelia asintió lentamente, y mientras Ruth volvía a acomodar una cesta, ella se llevó otro bocado de tarta a la boca antes de responder.

—Sí… sí lo he pensado. Sería una gran oportunidad. No estaría más todo el día de pie entre hojas de tabaco, ni volvería a casa con los pies ardiendo. Ganaría un poco más. Tal vez… tal vez lo suficiente para cambiar las cosas en casa.

Ruth cruzó los brazos sobre el mostrador y la miró fijamente.

—La vacante está ahí, Amelia. La antigua secretaria se fue con el dueño anterior. Tú sabes leer, escribir, sumar y restar. Y no lo digo porque te tenga cariño, sino porque lo he visto con mis propios ojos. No pierdas esa oportunidad.

Amelia desvió la mirada y la fijó en el suelo. Sabía que Ruth tenía razón.

Había pasado una semana desde que se supo que el nuevo dueño de la fábrica era Pierce Dankwroth, un hombre cuya sola mención hacía que más de uno bajara la voz. Aunque Amelia no lo había visto nunca, la ciudad hablaba de él con la mezcla exacta de respeto y temor que solo se le tiene a los hombres poderosos.

Se decía que era inglés y rico, hijo de Emerson Dankwroth, aunque nadie conocía con certeza los detalles. El hombre había comprado propiedades por toda Nueva Orleans como si fueran panes del mercado. Que era dueño de al menos tres fábricas, una casa de comercio y que media Nueva Orleans le debía dinero. Algunos lo llamaban lord, otros simplemente Dankwroth. Pero todos lo conocían con un apodo que pocos se atrevían a decir en voz alta: el Diablo de Nueva Orleans.

—Muchas mujeres están nerviosas —habló Amelia en voz baja—. Hay mujeres mayores en la fábrica, y temen que las reemplacen por jóvenes más fuertes. Y yo… bueno, solo soy una obrera más entre muchas.

Hacía días que intentaba no pensar demasiado en eso, pero le resultaba imposible. Tenía dos hijos. Una casa que mantener. Aunque el trabajo en la fábrica era duro, al menos era seguro… hasta ahora.

—Estoy esperando que él se presente a la fábrica —añadió con tono más suave—. En cuanto lo haga… buscaré la manera de acercarme y hablar con él. Solo espero que me escuche.

Lo dijo casi en un susurro, más para sí que para Ruth.

Amelia bajó la mirada, dio el último bocado de la tarta de higo, ahora casi fría, y masticó en silencio.

Un rato después, Amelia y Clariss se despidieron de Ruth y salieron juntas de la panadería, cargando una pequeña bolsa con galletas de avena y pan dulce, cortesía de la mujer que, desde el primer día, se había empeñado en no dejar que las hermanas se fueran a casa con el estómago vacío.

—Un panecillo más y duermen mejor —decía siempre Ruth con voz dulce—. Sobre todo los niños.

La tarde ya se había apagado. Aunque el sol se había ocultado tras las azoteas del barrio, el cielo aún guardaba un leve resplandor grisáceo. Algunas ventanas ya se habían encendido con la luz temblorosa de velas o lámparas de aceite, y en las calles, los más diligentes comenzaban a prender los faroles de gas con una vara larga y una llama.

Las dos hermanas caminaron a paso tranquilo por el empedrado que crujía bajo sus zapatos gastados, tomando el camino que las llevaba hacia su casa.

—¿Quién te tocó hoy con la ropa? —preguntó Amelia mientras ajustaba el chal en sus hombros.

—La señora Beauchamp —bufó Clariss con una mueca—. ¿Puedes creer que me dio dos cestas llenas hasta el borde? Y algunas faldas parecían no haber visto agua desde el año pasado. Tuve que lavarlas dos veces.

Amelia soltó una pequeña risa, aunque con cansancio.

—Debe ser agotador. ¿Y te pagó lo justo al menos?

—Sí, eso sí —asintió Clariss, más calmada—. Aunque sigo pensando que esos niños ensucian la ropa con saña solo para que yo tenga más trabajo.

Amelia negó con la cabeza con una pequeña sonrisa en sus labios.

El inicio en Nueva Orleans no había sido fácil para ninguna de las tres. Pero de todas, Clariss fue quien sintió el cambio con mayor crudeza. Había nacido entre lujos y comodidades, criada para ser la hija menor mimada de una casa noble. Nunca había tenido que alzar la voz, ni alzar la mano. Si se le caía un libro, alguien lo recogía. Si tenía frío, alguien cerraba la ventana por ella.

Pasar de aquel mundo de sirvientes y pasillos alfombrados a lavar ropa, hornear galletas y remendar pañuelos fue, sin dudas, una caída abrupta.

Pero Clariss no se quebró. Aprendió. Se adaptó. Y aunque hubo días en los que lloró, nunca dejó de sonreír.

—¿Tienes trabajo mañana? —preguntó Amelia, bajando un poco la voz mientras cruzaban la calle.

—No. Solo tengo que pasar por la panadería de Ruth en la tarde para ayudar con unos pedidos. Pero en la mañana puedo quedarme con los niños —respondió Clariss con naturalidad—. Brianna me dijo que la llamaron de la floristería, y luego quiere ir al puesto de salud.

Amelia asintió, agradecida.

En esos tres años, cuidar de los niños había sido tarea compartida. Clariss y Brianna hacían malabares con sus tiempos para estar con ellos cuando Amelia no podía.

Amelia trabajaba a jornada completa en la fábrica de tabacos, y faltar no era opción. No cuando un solo día fuera podía significar perder el puesto.

Clariss lavaba ropa por encargo y ayudaba en la panadería, y Brianna se alternaba entre la floristería y el consultorio del doctor Leblanc como aprendiz de enfermera; ambas tenían horarios más flexibles. Cuando ninguna de las tres podía, Ruth los recibía en la panadería como si fueran propios. Y los niños, por supuesto, la adoraban.

—Gracias, Clary —susurró Amelia, con un gesto que era mitad ternura, mitad agotamiento.

—No tienes que agradecerme —respondió ella enseguida—. Son también mis pequeños. Haría cualquier cosa por ellos.

Doblaron la esquina de una calle angosta donde algunas mujeres sentadas en las escalinatas de sus casas las miraron con desdén. Amelia sintió la mirada de juicio en su espalda, pero no le importó.

Había aprendido que, en ese lugar, ser madre sin marido era motivo suficiente para ser condenada, aunque nadie supiera la verdad. Pero Amelia no vivía ya para las apariencias. Había dejado eso atrás en los salones de Londres.

Subieron los peldaños de madera que llevaban a la galería exterior de su vivienda. Desde dentro se escapaba un aroma suave a

comida, y las ventanas dejaban ver la luz temblorosa de varias velas encendidas.

—Brianna ya debe haber hecho la cena —expresó Clariss con una sonrisa, girando el picaporte.

Al abrir, el calor de hogar las envolvió de inmediato, junto con el suave murmullo de pasos pequeños corriendo por el suelo de madera.

Amelia y Clariss entraron cerrando la puerta detrás de ellas. Bastaron unos pocos pasos para llegar a la cocina, donde Brianna, con la manga arremangada hasta los codos, revolvía una olla de hierro que colgaba sobre el fuego.

Seguía siendo esbelta, casi igual que cuando huyeron de Londres. Pero sus rasgos eran distintos ahora, un poco más marcados. Ya no parecía una jovencita de dieciocho años. A los veintiuno, Brianna tenía la mirada de una mujer que había aprendido a callar su dolor y seguir adelante. Su cabello rubio ya no caía por su espalda. Lo había cortado por encima de los hombros. Al principio lo vendía. Luego se convirtió en costumbre. Cuando crecía lo suficiente, lo cortaba y lo ofrecía en las casas donde aún valoraban una melena inglesa para las pelucas de sociedad.

En cambio, Amelia y Clariss conservaban el suyo un poco más largo, por debajo de los hombros. No era lo mismo que antes, claro. Ninguna de las tres tenía acceso a los perfumes, peines de marfil o aceites que solían usar, pero se las apañaban con jabón y agua.

—Ya casi está lista la cena —anunció Brianna sin dejar de remover la olla—. Solo unos minutos más.

Antes de que alguna pudiera responder, sonaron pequeños pasos presurosos desde el cuarto trasero, seguidos por risas infantiles y exclamaciones llenas de alegría.

—¡Mamá! —gritaron dos voces al unísono, y un par de cuerpecitos se lanzaron hacia Amelia.

—¡Tía! —dijo una tercera voz más fina, y una niña de cabellos claros corrió hacia Clariss, abrazándola por las piernas.

Amelia se agachó de inmediato, recogiendo a sus hijos con ternura. Uno a cada lado. Ambos con el cabello negro y los ojos claros como el cielo.

El niño, llamado Alex Louis, tenía el mismo gesto serio de su padre, ese leve fruncir de cejas cuando se concentraba en algo. El mismo cabello oscuro y grueso, la misma estructura fuerte para su corta edad.

La niña, Daphne Rose, era más menuda, con una sonrisa luminosa y unos ojos azules tan puros que parecía haber heredado todo lo dulce de Amelia. Aunque eran mellizos, sus personalidades eran opuestas: Louis era callado, observador. Daphne era pura luz.

—Los extrañamos —dijo Daphne, acurrucándose contra su madre.

—Yo también, mi cielo —murmuró Amelia, besando su mejilla.

La tercera niña, la hija de Brianna, los miraba desde donde estaba con Clariss. Su nombre era Aurora. Tenía una dulzura serena en el rostro, era más pequeña que Daphne, pero más silenciosa también. Era una copia exacta de su madre: los mismos ojos azules, el mismo cabello claro, la misma expresión digna. Ian Dunmond no había dejado rastro en la niña.

Amelia recordaba bien aquel día, tres años atrás, cuando Brianna le confesó que estaba embarazada. Lo supo un mes después de haber llegado a Nueva Orleans.

Amelia, preocupada, le preguntó si quería volver.

—No —le respondió Brianna con una convicción que no admitía réplica—. Él no quiso hijos conmigo. Pues yo criaré a esta criatura sin él. No quiero nada suyo.

Y así lo hicieron. Gracias a Clariss, a Ruth, al señor Delacroix, habían sobrevivido.

Los niños rodearon a Clariss, quien se había sentado en una de las sillas de la mesa.

—¿Trajiste galletas? —preguntó Louis, con los ojos abiertos con alegría.

—Sí, claro que sí —sonrió ella, sacando la bolsa que Ruth les había entregado.

Repartió una pequeña galleta para cada uno, cortadas en forma de luna, y ellos las recibieron con emoción.

Amelia los miró, y por un instante, sintió que su pecho se llenaba de algo parecido al orgullo.

Se acercó a Brianna y le preguntó:

—¿Quieres que te ayude?

—No hace falta. Ya está todo listo. Solo hay que poner la mesa —respondió su hermana.

Amelia asintió y se encargó de repartir los platos. Esa noche cenaron un guiso de frijoles con arroz, acompañado por pan y un poco de queso curado. Nada sofisticado, pero sabroso. El postre fueron las galletas que Clariss había traído, y que los niños compartieron encantados.

Sentadas alrededor de la mesa, bajo la luz trémula de las velas, cenaron con gusto. Clariss ayudaba a Daphne con su cuchara mientras Brianna alimentaba a Aurora con paciencia. Louis insistía en comer solo, aunque más de una vez el arroz terminaba sobre la mesa y Amelia terminaba alimentándolo.

Capítulo 5

Alex Howell, o como todos en Nueva Orleans lo conocían ahora: Pierce Dankwroth, El Diablo, observaba las calles a través del ventanal del carruaje. A cada metro que avanzaban, el paisaje cambiaba: de las avenidas empedradas y elegantes del centro, a las zonas más modestas del Faubourg Sainte-Marie, donde se alzaba la fábrica que había adquirido hacía apenas una semana.

Las ruedas del carruaje rechinaban suavemente al pasar sobre la calzada.

—¿Y qué harás con las trabajadoras que ya no rinden? —preguntó Emerson, sentado frente a él.

Pierce mantuvo la mirada al frente unos segundos más antes de responder.

—Primero quiero ver con qué condiciones trabajan. No tomaré decisiones sin ver con mis propios ojos lo que se espera de ellas.

Emerson emitió una breve risa, como si la respuesta le resultara predecible.

—Muy razonable, hijo.

A pesar del tiempo que había pasado, a Pierce aún le resultaba extraño escuchar esa palabra por parte de Emerson.

Porque él no era su padre. No lo era en sangre. Sin embargo, había sido la única persona que estuvo a su lado cuando despertó malherido, sin recuerdos, en una cama desconocida. El que le dio un nombre, un apellido. Un título.

Pierce solía pensar que lo hizo por conveniencia. Pero con el tiempo entendió que hubo algo más. Emerson no solo lo había moldeado como heredero: se había encariñado con él. Lo había tratado como a un hijo.

De eso habían pasado tres años y medio. En ese entonces no recordaba ni su nombre. Con el tiempo, las heridas sanaron, y con ellas comenzaron a aparecer algunos fragmentos lejanos. Pequeños destellos que lo confundían más de lo que lo ayudaban. Pero pudo recordar su verdadero nombre.

Alex Howell.

Cuando se lo dijo a Emerson, el hombre no se sorprendió. Solo lo miró con cierta resignación, como quien ya lo esperaba.

—Mi nombre real es Alex Howell.

El anciano lo miró en silencio. No parecía sorprendido. Solo exhaló con resignación.

—Así es —respondió. Nada más.

Eso fue lo que más irritó a Alex. La calma. La falta de reacción. Porque Emerson ya lo sabía.

—¿Qué más sabe de mí? —insistió, con la mandíbula tensa—. ¿Por qué nunca me lo dijo? ¿Quién soy realmente?

Emerson lo miró desde su sillón de terciopelo.

—Porque lo importante no era quién eras, sino quién podías llegar a ser.

—No me sirve esa respuesta —refutó Alex, frío.

El silencio se mantuvo unos segundos antes de que Emerson se pusiera de pie. Se acercó lentamente a la ventana, observando la oscuridad de Nueva Orleans caer sobre los tejados.

—Nos conocimos en un barco pirata. No fue casualidad. Me habían secuestrado y a ti te habían vendido como mercancía. No sabías quién era yo. Aun así… me salvaste.

Alex lo miró, incrédulo.

—¿Yo?

Emerson asintió, con una pequeña sonrisa.

—Uno de los hombres intentó matarme cuando estábamos escapando. Tú te interpusiste. Me salvaste la vida.

Alex bajó la mirada.

—Por eso decidí gratificarte. Te di un nombre, uno que aquí tiene peso. Te abrí las puertas de este mundo. Ya soy un hombre viejo, sin hijos a pesar de mi título. Tú eres fuerte. Astuto, incluso sin memoria. Pensé que podías ser mucho más. Un hijo, un heredero. Podrías ser el próximo conde de Bellgrave.

Alex respiró hondo.

—Acepto —dijo al fin—. Pero con una condición.

Emerson alzó una ceja.

—Dímela.

—Trátame como un igual. Nada de secretos. Ni verdades a medias. Si vamos a jugar a padre e hijo, que sea con todas las cartas sobre la mesa.

El anciano se lo quedó mirando unos segundos. Luego asintió con solemnidad.

—Entre un padre y un hijo no deben existir secretos.

Alex lo observó unos segundos más.

—¿Recuerdas si yo… mencioné tener familia? ¿Alguien que me estuviera esperando?

La pregunta no pareció sacudir a Emerson, pero sí demoró en responder.

—Hablamos poco en aquel barco. Pero no, nunca mencionaste tener familia.

Alex cerró los ojos un instante. Aceptar esa respuesta dolía más de lo que debería. Pero no tenía recuerdos. Ni siquiera un rostro claro al que aferrarse. Finalmente, levantó la cabeza.

—Entonces… desde este momento, acepto ser Pierce Dankwroth, tu hijo.

—Y serás tratado como tal —respondió Emerson con una leve sonrisa.

Luego de aquello, Emerson lo reconoció públicamente como su hijo, tanto en los círculos sociales de Nueva Orleans como en la corte inglesa. La noticia se extendió con rapidez: Lord Emerson tenía un heredero. Nadie se atrevió a cuestionarlo. Emerson era un hombre influyente, y Pierce, con su porte, su inteligencia aguda y su mirada impenetrable, supo ganarse el respeto que el apellido exigía.

Aun así, la desconfianza nunca abandonó del todo a Pierce. Era demasiado extraño que alguien entregara tanto sin pedir nada a cambio. Sin embargo, Emerson le recordaba siempre que le debía la vida, y que todo aquello, el nombre, la fortuna, el lugar en el mundo, era solo una forma de agradecerle por haberlo salvado aquel día en el barco.

Emerson juró no saber más de su pasado. Pierce quiso creerle, pero no se conformó.

Durante los meses siguientes, dedicó tiempo a buscar retazos de su vida pasada. Al principio, en secreto. Luego, con más intensidad, mientras se preparaba para manejar los negocios del apellido que ahora portaba.

No recordaba su infancia, ni amistades, ni amor alguno. Pero descubrió que sus padres habían muerto hacía años, y que él era irlandés de nacimiento, aunque vivió en Londres durante un tiempo trabajando como mozo de cuadras para un noble.

Pierce no se avergonzaba de su pasado porque, en esencia, no lo recordaba. Pero sí valoraba lo que tenía ahora: una reputación forjada con astucia, brutalidad y decisiones acertadas. Un presente inquebrantable y un futuro prometedor que nadie le quitaría.

Emerson no solo lo había salvado. Le había dado un lugar en el mundo. Un nombre respetado. Seguridad. Poder. Y, hasta donde podía recordar, nunca había tenido nada de eso antes.

La fábrica apareció por fin a la vista, al doblar una esquina. Un edificio de ladrillo oscuro, de dos plantas, con ventanas altas y una chimenea que ya empezaba a echar humo.

El carruaje aminoró la marcha.

—Hemos llegado —anunció Emerson, girando el bastón entre sus dedos.

El lacayo abrió la puerta del carruaje y ambos hombres descendieron. Pierce se irguió en toda su altura, ajustó con elegancia el sombrero negro sobre su cabeza y se tomó un instante para observar la fachada de la fábrica con expresión indescifrable.

A su lado, Emerson también descendió. Era un hombre alto, aunque no tanto como Pierce, de hombros rectos y andar firme. Solía decir que los años le pesaban, pero su porte contradecía cada palabra. Su barba perfectamente recortada, el bastón de marfil que rara vez usaba para apoyarse y el corte impecable de su levita hablaban de alguien que no permitía que el tiempo le arrebatara su vitalidad.

Cruzaron el portón principal, y el sonido metálico de la pesada puerta resonó al abrirse, como si anunciara su llegada. Dentro, el murmullo constante de las máquinas, los pasos apurados y el golpeteo seco de las hojas de tabaco sobre las mesas componían un ritmo ensordecedor. El aire olía a humedad, polvo, sudor y tabaco rancio, una mezcla densa que se adhería a la ropa.

Pierce y Emerson fueron recibidos por dos hombres: el capataz general, un sujeto fornido con bigote espeso llamado señor Manton, y el contador, el señor Hale, un hombre delgado, nervioso, con una libreta en la mano y manchas de tinta en los dedos.

Ambos se quitaron los sombreros con respeto apenas lo vieron.

—Bienvenido, Lord Pierce —saludó el contador, haciendo una pequeña reverencia—. Estamos honrados de tenerlo aquí. La fábrica ha estado expectante desde que se anunció su adquisición.

—Me alegra ver que todo sigue en marcha —respondió Pierce con serenidad, sus ojos ónix recorriendo el vestíbulo con detalle.

Manton intervino enseguida.

—Si desea, milord, puedo mostrarle las áreas de clasificación, secado y empaque. También tenemos la zona de administración y los registros…

—No será necesario —interrumpió Pierce, con la voz firme pero sin brusquedad—. Conozco perfectamente el funcionamiento de esta fábrica. He estudiado cada plano, cada informe, cada movimiento. No compro nada sin saber con exactitud lo que estoy adquiriendo.

Ambos hombres asintieron de inmediato, sin insistir. Emerson, que permanecía detrás, cruzó los brazos y sonrió apenas.

Desde un corredor de madera del segundo piso, con baranda de hierro forjado, Pierce observó la fábrica en acción.

Debajo de él, decenas de mujeres trabajaban con manos rápidas y mirada cansada. Algunas separaban hojas de tabaco, otras las colocaban en moldes o empaques. Todas bajo la vigilancia de tres capataces que recorrían los pasillos con paso firme, atentos a cualquier distracción.

Pierce no se movía. Solo observaba.

Notó que había mujeres muy mayores, con manos deformadas por el trabajo y la edad. Sus movimientos eran lentos y, aunque su dedicación era evidente, ralentizaban la producción.

También notó otras cosas.

Paredes húmedas. Ventanas rotas. Techos con goteras disimuladas con trapos. Las condiciones no eran las mejores. La ventilación era escasa y el polvo del tabaco flotaba en el aire.

Pierce frunció el ceño.

—¿Cuántas de ellas enferman al mes? —preguntó, sin apartar la vista.

Hale se aclaró la garganta.

—Alrededor de cinco o seis, milord. Algunas faltan unos días. Otras no vuelven.

—¿Y qué hacen cuando no pueden trabajar?

—Las reemplazamos.

Pierce asintió, sin decir nada más.

—Invertiré en reparaciones —habló finalmente, con voz baja pero firme—. Techos, ventanas, ventilación. Mejores condiciones

significan mejores trabajadores. Y mejor producto.

Ambos hombres volvieron a asentir, sorprendidos quizá, pero sin discutir.

Pierce no creía en la compasión como estrategia. Pero sí en la eficiencia. Ningún negocio prosperaba si su base estaba podrida desde dentro.

Luego de inspeccionar la planta principal y dar indicaciones concretas sobre las reparaciones necesarias, Pierce caminó con paso firme acompañado del señor Hale y Emerson, cruzando hacia las oficinas interiores.

El ruido constante de la producción quedó atrás cuando empujaron la puerta doble que separaba la sección administrativa del resto del edificio. Un ambiente más silencioso, aunque igualmente descuidado, los recibió.

Pierce no se detuvo a observar demasiado. Caminó hasta el fondo del pasillo, donde una puerta más ancha indicaba la oficina principal: la que ahora le pertenecía.

Justo frente a ella, un pequeño escritorio vacío reposaba contra la pared. La madera estaba agrietada en las esquinas, los tiradores de bronce opacos por el uso y una vieja silla cojeaba a un lado.

Pierce frunció el ceño.

—¿Dónde está la asistente del despacho? —preguntó con tono seco.

El señor Hale se adelantó de inmediato.

—La anterior secretaria partió junto con el antiguo propietario, milord. No se ha designado a nadie nuevo desde entonces. Se consideró prudente esperar su aprobación.

Pierce asintió, aunque sin volverse hacia él.

—No esperen más. Busquen una. —Sus palabras no eran una sugerencia. Luego, sin cambiar el tono, añadió—. Ese escritorio... —señaló con un leve gesto del bastón que Emerson le había regalado hacía apenas un mes—... debe ser reemplazado. Hoy mismo. Es indigno de esta oficina y de quien la ocupará.

En ese instante, el sonido de pasos rápidos resonó por el pasillo. Pierce giró apenas el rostro. Solo vio cómo una mujer avanzaba hacia él. Joven, con el ceño fruncido y los ojos clavados en su rostro. Antes de que él pudiera articular palabra, la mujer se detuvo frente a él, alzó la mano… y le cruzó el rostro con una bofetada seca y sonora.

—¡Eres un desgraciado, Alex!

Por un instante, todo se detuvo.

El golpe resonó en los muros como un disparo seco. Los pocos empleados que pasaban por el corredor se quedaron petrificados, con los ojos bien abiertos. Emerson frunció el ceño, pero no intervino.

Pierce no se movió al principio. Solo cerró los ojos brevemente mientras sentía el ardor en la mejilla.

Entonces giró, lento, con una calma peligrosa. Su mano se alzó con rapidez y sujetó a la mujer por el cuello, sin llegar a hacerle daño, pero con una fuerza que no dejaba lugar a dudas.

—¿Quién diablos te crees que eres para atreverte a hacer lo que acabas de hacer?

Capítulo 6

Ese día, Amelia se había levantado con la tenue esperanza de que el nuevo dueño de la fábrica se presentara por fin, y poder presentar su propuesta. Se había vestido con pulcritud, había repasado sus palabras mentalmente mientras arreglaba a sus hijos y los dejaba al cuidado de Clariss. Aquel podría ser el día en que, por fin, su suerte cambiara.

Lo que no esperaba, ni en sus sueños más dulces, ni en sus pesadillas más crueles, era encontrar a Alex.

Lo había visto entrar desde la zona de empaque. Caminaba erguido, con paso firme y seguro, seguido por el capataz principal, el contador y un señor de edad, distinguido por su porte y vestimenta. Amelia se quedó inmóvil. Al principio pensó que aún estaba soñando. Un sueño hermoso, donde volvía a ver a su esposo, el padre de sus hijos. Pero no. Era él. Estaba ahí, más real que nunca. Aunque su ropa elegante, su actitud altiva y egocéntrica no tenían nada que ver con el Alex que ella conoció.

La alegría que le había nublado la razón al verle se tornó de inmediato en tristeza, y luego en una ira ardiente que se apoderó de su cuerpo sin permiso. Sin pensarlo dos veces, dejó su lugar de trabajo, ignorando las advertencias del capataz que comenzó a gritarle.

Sin pensarlo, dejó el puesto de trabajo. Ignoró las voces del capataz, las advertencias. Solo podía escuchar su propio corazón galopando en el pecho. Lo siguió por el pasillo y lo escuchó hablar. Su voz... Dios, su voz. Era él.

Cuando lo tuvo a unos pasos, no pensó en nada y lo abofeteó, y ahora él la tenía sujeta del cuello de su vestido, con una presión

firme, autoritaria.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al instante. No por el dolor físico, sino por el espanto. Él nunca la había tocado con violencia. Nunca. Siempre la había acariciado como si fuese lo más valioso. Y ahora esos mismos ojos, que antes la miraban con devoción, estaban vacíos.

—Pierce, suéltala —murmuró el hombre mayor que estaba a su lado.

¿Pierce?

Amelia frunció el ceño, confundida.

Él la soltó al instante y ella retrocedió dos pasos.

—¿Ahora eres Pierce? —susurró, con la voz temblorosa—. Alex...

—¡Cállate! —interrumpió él con frialdad cortante—. No sé quién te crees para dirigirte a mí de ese modo, pero te advierto que no digas una palabra más.

—No... no estoy entendiendo... —balbuceó Amelia confundida.

En ese momento, el capataz que las custodiaba apareció por el pasillo. Tenía el rostro congestionado.

—Lo siento, señor. Ella no obedeció. No volverá a pasar —se disculpó rápidamente, y sujetó a Amelia por el brazo con brutalidad.

—Llévala a una sala privada. Cuando termine aquí, decidiré si se queda o no —ordenó Pierce, sin siquiera mirarla. Luego se alejó. Como si no hubiese pasado nada.

El hombre mayor, que aún no había dicho palabra, la observó unos segundos más con gesto indescifrable antes de seguirlo.

Amelia estaba entumecida. Como si su cuerpo no le respondiera. No entendía nada. ¡Nada!

¿Por qué Alex le había hecho eso?

Fue llevada a una sala vacía, apenas con una silla y una mesa. El capataz la empujó dentro y cerró la puerta.

Miró su brazo. La piel comenzaba a amoratarse por la fuerza con que él la había tomado. Pero eso no le importaba. Nada dolía tanto

como la traición.

Mi padre tenía razón —pensó, dejando que una lágrima le corriera por la mejilla—. *Al final, aceptó el dinero a cambio de dejarme.*

Era la única explicación. ¡Tenía que serlo! Ahora era un hombre rico, poderoso. Pierce Dankwroth, El Diablo. Todo Nueva Orleans conocía ese nombre. Un nombre temido, respetado.

No lo había perdido. ¡Él la había dejado!

Ella había llorado por él, pensando que estaba muerto. Pero ahora entendía que había algo peor que la muerte: la traición de quien decía amarte.

Apoyó la frente en sus manos mientras las lágrimas caían sin contención.

—¿Me amaste de verdad, Alex, o solo fui un juego prohibido con el que divertirte hasta que la vida te ofreció algo mejor? —murmuró entre sollozos silencioso.

Tal vez él nunca realmente la amó, solo aceptó lo que ella le ofreció sin pedir nada a cambio.

La brisa del campo ondeaba suavemente los pliegues del vestido de montar de Amelia mientras sostenía el sombrero de ala ancha con una mano y caminaba con paso decidido por el sendero que rodeaba los establos.

No había excusa que no hubiera utilizado ya: el caballo estaba inquieto, necesitaba un nuevo sillín, su montura no estaba bien ajustada… Pero todas llevaban al mismo lugar: Alex Howell. El mozo de cuadras.

Lo había notado desde que él llegó a Windsor, la casa casa de campo de su padre. Al principio fue mera curiosidad, luego atracción… y finalmente, un deseo firme de estar cerca de él, de oír su voz baja cuando se dirigía a los animales, de ver cómo le brillaban los ojos oscuros cuando pensaba que nadie lo miraba.

—¿Le preparo el alazán, Lady Amelia? —preguntó Alex esa tarde, sin mirarla directamente.

—No. Hoy quiero montar a Galahad —respondió ella, nombrando al caballo más testarudo del establo. Uno que él mismo consideraba difícil.

Alex alzó la vista, frunciendo apenas el ceño.

—Ese animal no está de buen humor desde la lluvia de anoche. Podría ser peligroso, milady.

Ella sonrió, confiada.

—Entonces ven conmigo. Así no correré peligro.

Lo dijo como si fuera una petición, pero ambos sabían que era una orden. Una más de tantas que le permitía su posición.

A pesar de todo, Alex la siguió. No podía negarse, aunque su andar era rígido, y su mirada evitaba la de ella siempre que podía. Amelia, en cambio, no le quitaba los ojos de encima. Cada línea de su rostro le parecía más fascinante con los días.

Caminaron en silencio hasta el sendero del bosque, donde el sol se filtraba entre los árboles y la sombra ofrecía un poco de frescura. Ella aprovechó para bajar del caballo y fingir que la montura estaba mal ajustada.

—¿Puedes revisar esto? Me siento insegura —expresó, apoyando una mano en el cuello del caballo mientras él se acercaba.

Alex bajó la mirada, se agachó para ajustar el cinchón, pero no respondió.

—¿Siempre vas a evitarme así? —preguntó Amelia, bajando el tono.

Él se tensó, pero no levantó la vista.

—Usted es una lady, y yo no soy nadie.

—Eso no me importa —replicó ella con firmeza—. Yo... creo que estoy enamorada de ti.

Él la miró entonces. Por primera vez en semanas, sus ojos se encontraron de verdad. Pero en lugar de ternura, ella vio en los suyos rechazo y miedo.

—Usted va a debutar pronto en sociedad —murmuró él—. Su padre ya debe estar pensando con qué duque la casará.

Amelia sabía que Alex tenía razón. La próxima temporada haría su debut, y conociendo a su padre, era casi seguro que ya habría elegido al "esposo perfecto" para ella… según sus propios criterios, claro.

Pero aun así, no podía evitar lo que sentía por Alex. Nunca había experimentado atracción por ningún hombre… hasta que lo vio a él.

No entendía por qué aquel hombre, que muchos considerarían rudo, casi salvaje, ejercía tal magnetismo sobre ella. Se suponía que debía desear a alguien refinado, educado, rico, con título. Sin embargo, no encontraba atractivo alguna en esas cualidades. En cambio, Alex, con su altura imponente, el cabello negro que caía rebelde sobre su frente, esos ojos oscuros como el ónix, su cuerpo fornido y su voz ronca... todo en él despertaba una emoción indescriptible, salvaje, pero también maravillosa.

—Lo sé, pero...

—No, Lady Straton. No hay peros. No me gusta involucrarme con personas de su clase. Yo sé cuál es mi lugar aquí, y usted debería saber el suyo.

Sin más, volvió a montar su caballo y se alejó por el sendero, dejando a Amelia con el corazón acelerado… y herido.

Amelia recordó que esa fue la primera vez que se le declaró a Alex. En aquel entonces había recién cumplido sus dieciocho años. Pasaron semanas sin volver a verlo. Intentó evitarlo después de aquel rechazo, pero nada parecía tener sentido. No tenía ánimos ni siquiera para jugar ajedrez con Brianna. Tampoco salía a cabalgar, y si lo hacía, se aseguraba de que Alex no estuviera cerca. Pero evitarlo para siempre resultó imposible.

Una tarde, Amelia tocaba el pianoforte en el salón principal, mientras Clariss leía un libro que su institutriz le había mandado estudiar.

Brianna entró con una sonrisa traviesa y se sentó a su lado. Amelia no dejó de tocar.

—Esta noche habrá una fiesta en el pueblo —murmuró Brianna en su oído—. Lo escuché de unas sirvientas. ¿Vamos?

Amelia detuvo las manos sobre las teclas de marfil y miró a su hermana con la intención de negarse. Pero luego lo pensó mejor. Desde que Alex la había rechazado, se había encerrado en sí misma, evitando todo contacto con el exterior por temor a un nuevo encuentro.

Pero… ¿por qué debía detener su vida por él?

Tenía que madurar, aceptar que, al menos, Alex había sido sincero con ella. No la ilusionó para luego destrozarle el corazón con una mentira. Le dolía, sí, pero debía dejar de esconderse. Tal vez disfrutar de una pequeña fiesta campesina sería justo lo que necesitaba.

—Trata de que papá no lo sepa —susurró Amelia.

Brianna sonrió con complicidad y asintió con entusiasmo. Luego ambas comenzaron a tocar juntas, dejando que la música llenara la habitación por un rato.

Esa noche, las hermanas se escabulleron de la casa. Esperaron a que su padre se durmiera para salir sin ser vistas. Cuando llegaron al pueblo de Windsor, la celebración ya estaba bien avanzada.

Antorchas y lámparas de aceite iluminaban la plaza principal, donde los aldeanos bailaban al ritmo de una alegre melodía. Mesas rústicas estaban dispuestas con empanadas, tartas, sidra y pasteles de carne. Niños corrían entre los adultos, riendo, mientras las jóvenes del pueblo giraban en sus vestidos de algodón, con cintas trenzadas en el cabello.

Amelia y Brianna se habían vestido con atuendos más sencillos de lo habitual: vestidos de algodón sin corsé ni apliques que delataran su estatus. Querían pasar desapercibidas entre la gente del pueblo.

Brianna corrió a comprar dos manzanas caramelizadas y le ofreció una a su hermana, con la emoción brillando en sus ojos.

Ambas comenzaron a moverse entre los puestos y las danzas. Rieron, probaron galletas de avena y bailaron junto a las demás

mujeres del pueblo al son de la música rústica que resonaba en la plaza. Por un instante, Amelia se sintió libre.

Hasta que vio a Alex.

Estaba recostado contra la pared de una casa, con los brazos cruzados, su postura relajada. A su lado, una mujer de aspecto atractivo, de edad más avanzada que Amelia, se inclinaba hacia él con familiaridad. Le hablaba cerca del rostro, y él, aunque no sonreía, no se apartaba.

El estómago de Amelia se encogió.

Tal vez por eso la había rechazado. Porque no le gustaban las jovencitas ingenuas como ella. Porque no buscaba ternura, sino experiencia. O quizá… porque ella era una Lady, y él nunca creyó que alguien como ella pudiera ofrecerle algo real.

Sintió la garganta cerrarse, y el nudo de la tristeza comenzó a formarse. Miró alrededor, buscando a Brianna para volver a casa. La vio girando entre risas en medio de la danza, con las mejillas encendidas por la emoción. No podía irse sin su hermana, pero tampoco podía dejar de mirar a Alex.

Entonces, él también la miró. Sus miradas se cruzaron por un instante eterno. Luego él apartó la vista, como si nada hubiera pasado.

Amelia tragó con dificultad, buscando aire, y en su confusión, observó cómo algunos hombres y mujeres entraban y salían de una pequeña taberna, cargando jarras de cerveza. Sin pensarlo, entró.

Pidió una jarra como las demás y dio un sorbo. El sabor era fuerte, amargo, no muy de su agrado. Pero tras varios buches, empezó a acostumbrarse. Pronto pidió otra.

Ya iba por la segunda, y la embriaguez le aflojaba las emociones. Reía y bailaba, se sentía atrevida, invencible.

Un hombre se le acercó con una sonrisa atrevida. Ella le devolvió el gesto. Pero antes de que el desconocido pudiera hablar, fue apartado bruscamente.

Alex se interpuso entre ambos, con la mandíbula tensa y la mirada oscura como la noche.

—Aléjate de ella —espetó al hombre, quien, al ver su expresión, no se atrevió a replicar.

Cuando quedaron solos, Amelia lo miró con el ceño fruncido.

—No necesitaba tu ayuda —expresó ella, aún tambaleante.

—No deberías estar aquí, y menos en ese estado —la regañó él, sin disimular su disgusto—. Tú no perteneces a este lugar.

—¿Por qué soy una Lady? —soltó ella, riendo con amargura—. Pues aquí nadie me ha rechazado ni me ha tratado como si fuera un error.

Intentó alejarse, pero Alex la detuvo tomándola del brazo y atrayéndola hacia su pecho. Ella alzó la vista. Era mucho más baja que él, y para mirarlo a los ojos tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás.

Alex la observó con intensidad. Su mirada descendió de los ojos azules de Amelia a sus labios entreabiertos. El aire entre ellos se volvió denso.

Pero entonces la soltó.

—Te llevaré de vuelta a la mansión —informó Alex. Amelia giró bruscamente, furiosa.

—No pienso irme.

Alex la miró, con una expresión que bastaba para hacer callar a cualquier otro. Amelia, sin embargo, respiró hondo, y volvió a hablar.

—Si no te importo, ¿por qué te molestas en cuidarme? ¿Por qué no vuelves con esa mujer y me dejas en paz?

Él apretó la mandíbula. Se acercó con pasos firmes, y sin pensarlo, la acorraló contra la pared de piedra de la taberna.

Amelia contuvo el aliento.

La respiración de ambos se mezcló. Ella podía ver el brillo oscuro de sus ojos, podía sentir la tensión en los músculos de Alex mientras la miraba. Se estaba conteniendo.

—No me provoques, Amelia —susurró él llamándola solo por su nombre, con una voz grave, apenas audible—. Bastante me cuesta mantener el control contigo cerca.

Esas palabras se clavaron en su pecho como una chispa de esperanza.

—Entonces no te soy indiferente…

Alex negó lentamente con la cabeza, cerrando los ojos por un segundo.

—Dios… claro que no —murmuró, como una confesión dolorosa.

—Entonces… bésame —susurró ella, temblando.

Él pareció resistirse por un instante. Pero luego, como si la contención se rompiera, la tomó por la cintura y la besó.

No fue un beso suave, ni tímido. Fue arrebatador, cargado de rabia y deseo. Fue el beso de quien había esperado demasiado… y ya no podía más.

Ese día, Amelia se había levantado con la tenue esperanza de que el nuevo dueño de la fábrica se presentara por fin y poder exponer su propuesta. Se había vestido con pulcritud, había repasado sus palabras mentalmente mientras arreglaba a sus hijos y los dejaba al cuidado de Clariss. Aquel podría ser el día en que, por fin, su suerte cambiara.

Lo que no esperaba, ni en sus sueños más dulces ni en sus pesadillas más crueles, era encontrar a Alex.

Lo había visto entrar desde la zona de empaque. Caminaba erguido, con paso firme y seguro, seguido por el capataz principal, el contador y un señor de edad, distinguido por su porte y vestimenta. Amelia se quedó inmóvil. Al principio pensó que aún estaba soñando. Un sueño hermoso, donde volvía a ver a su esposo, el padre de sus hijos. Pero no. Era él. Estaba ahí, más real que nunca. Aunque su ropa elegante, su actitud altiva y egocéntrica no tenían nada que ver con el Alex que ella conoció.

La alegría que le había nublado la razón al verle se tornó de inmediato en tristeza, y luego en una ira ardiente que se apoderó de su cuerpo sin permiso. Sin pensarlo dos veces, dejó su lugar de trabajo, ignorando las advertencias del capataz que comenzó a gritarle.

Ignoró las voces, las advertencias. Solo podía escuchar su propio corazón galopando en el pecho. Lo siguió por el pasillo y lo escuchó hablar. Su voz... Dios, su voz. Era él.

Cuando lo tuvo a unos pasos, no pensó en nada y lo abofeteó, y ahora él la tenía sujeta del cuello de su vestido, con una presión firme y autoritaria.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al instante. No por el dolor físico, sino por el espanto. Él nunca la había tocado con violencia. Nunca. Siempre la había acariciado como si fuese lo más valioso. Y ahora esos mismos ojos, que antes la miraban con devoción, estaban vacíos.

—Pierce, suéltala —murmuró el hombre mayor que estaba a su lado.

¿Pierce?

Amelia frunció el ceño, confundida.

Él la soltó al instante y ella retrocedió dos pasos.

—¿Ahora eres Pierce? —susurró, con la voz temblorosa—. Alex...

—¡Cállate! —interrumpió él con frialdad cortante—. No sé quién te crees para dirigirte a mí de ese modo, pero te advierto que no digas una palabra más.

—No... no estoy entendiendo... —balbuceó Amelia, confundida.

En ese momento, el capataz que las custodiaba apareció por el pasillo. Tenía el rostro congestionado.

—Lo siento, señor. Ella no obedeció. No volverá a pasar —se disculpó rápidamente, y sujetó a Amelia por el brazo con brutalidad.

—Llévala a una sala privada. Cuando termine aquí, decidiré si se queda o no —ordenó Pierce, sin siquiera mirarla. Luego se alejó, como si no hubiese pasado nada.

El hombre mayor, el que le había ordenado que la soltara, la observó unos segundos más con gesto indescifrable antes de seguirlo.

Amelia estaba entumecida. Como si su cuerpo no le respondiera. No entendía nada. ¡Nada!

¿Por qué Alex le había hecho eso?

Fue llevada a una sala vacía, apenas con una silla y una mesa. El capataz la empujó dentro y cerró la puerta.

Miró su brazo. La piel comenzaba a amoratarse por la fuerza con que él la había tomado. Pero eso no le importaba. Nada dolía tanto como la traición.

Mi padre tenía razón —pensó, dejando que una lágrima le corriera por la mejilla—. *Al final, aceptó el dinero a cambio de dejarme.*

Era la única explicación. ¡Tenía que serlo! Ahora era un hombre rico, poderoso. Pierce Dankwroth, El Diablo. Todo Nueva Orleans conocía ese nombre. Un nombre temido y respetado.

No lo había perdido. ¡Él la había dejado!

Ella había llorado por él, pensando que estaba muerto. Pero ahora entendía que había algo peor que la muerte: la traición de quien decía amarte.

Apoyó la frente en sus manos mientras las lágrimas caían sin contención.

—¿Me amaste de verdad, Alex, o solo fui un juego prohibido con el que divertirte hasta que la vida te ofreció algo mejor? —murmuró entre sollozos silenciosos.

Tal vez él nunca realmente la amó; solo aceptó lo que ella le ofreció sin pedir nada a cambio.

La brisa del campo ondeaba suavemente los pliegues del vestido de montar de Amelia mientras sostenía el sombrero de ala ancha con una mano y caminaba con paso decidido por el sendero que rodeaba los establos.

No había excusa que no hubiera utilizado ya: «El caballo estaba inquieto» «Necesitaba un nuevo sillín» «Su montura no estaba bien ajustada» Pero todas llevaban al mismo lugar: Alex Howell. El mozo de cuadras.

Lo había notado desde que él llegó a Windsor, la casa de campo de su padre. Al principio fue mera curiosidad, luego atracción… y, finalmente, un deseo firme de estar cerca de él, de oír su voz baja cuando se dirigía a los animales, de ver cómo le brillaban los ojos oscuros cuando pensaba que nadie lo miraba.

—¿Le preparo el alazán, Lady Amelia? —preguntó Alex esa tarde, sin mirarla directamente.

—No. Hoy quiero montar a Galahad —respondió ella, nombrando al caballo más testarudo del establo. Uno que él mismo consideraba difícil.

Alex alzó la vista, frunciendo apenas el ceño.

—Ese animal no está de buen humor desde la lluvia de anoche. Podría ser peligroso, milady.

Ella sonrió, confiada.

—Entonces ven conmigo. Así no correré peligro.

Lo dijo como si fuera una petición, pero ambos sabían que era una orden. Una más de tantas que le permitía su posición.

A pesar de todo, Alex la siguió. No podía negarse, aunque su andar era rígido y su mirada evitaba la de ella siempre que podía. Amelia, en cambio, no le quitaba los ojos de encima. Cada línea de su rostro le parecía más fascinante con los días.

Caminaron en silencio hasta el sendero del bosque, donde el sol se filtraba entre los árboles y la sombra ofrecía un poco de frescura. Ella aprovechó para bajar del caballo y fingir que la montura estaba mal ajustada.

—¿Puedes revisar esto? Me siento insegura —expresó, apoyando una mano en el cuello del caballo mientras él se acercaba.

Alex bajó la mirada, se agachó para ajustar el cinchón, pero no respondió.

—¿Siempre vas a evitarme así? —preguntó Amelia, bajando el tono.

Él se tensó, pero no levantó la vista.

—Usted es una lady, y yo no soy nadie.

—Eso no me importa —replicó ella con firmeza—. Yo... creo que estoy enamorada de ti.

Él la miró entonces. Por primera vez en semanas, sus ojos se encontraron de verdad. Pero en lugar de ternura, ella vio en los suyos rechazo y miedo.

—Usted va a debutar pronto en sociedad —murmuró él—. Su padre ya debe estar pensando con qué duque la casará.

Amelia sabía que Alex tenía razón. La próxima temporada haría su debut, y conociendo a su padre, era casi seguro que ya habría elegido al «esposo perfecto» para ella… según sus propios criterios, claro.

Pero, aun así, no podía evitar lo que sentía por Alex. Nunca había experimentado atracción por ningún hombre… hasta que lo vio a él.

No entendía por qué aquel hombre, que muchos considerarían rudo, casi salvaje, ejercía tal magnetismo sobre ella. Se suponía que debía desear a alguien refinado, educado, rico, con título. Sin embargo, no encontraba atractivo alguno en esas cualidades. En cambio, Alex, con su altura imponente, el cabello negro que caía rebelde sobre su frente, esos ojos oscuros como el ónix, su cuerpo fornido y su voz ronca... todo en él despertaba una emoción indescriptible, salvaje, pero también maravillosa.

—Lo sé, pero...

—No, Lady Straton. No hay peros. No me gusta involucrarme con personas de su clase. Yo sé cuál es mi lugar aquí, y usted debería saber el suyo.

Sin más, volvió a montar su caballo y se alejó por el sendero, dejando a Amelia con el corazón acelerado… y herido.

Amelia recordó que esa fue la primera vez que se le declaró a Alex. En aquel entonces había recién cumplido sus dieciocho años. Pasaron semanas sin volver a verlo. Intentó evitarlo después de aquel rechazo, pero nada parecía tener sentido. No tenía ánimos ni siquiera para jugar ajedrez con Brianna. Tampoco salía a cabalgar y, si lo hacía, se aseguraba de que Alex no estuviera cerca. Pero evitarlo para siempre resultó imposible.

Una tarde, Amelia tocaba el pianoforte en el salón principal, mientras Clariss leía un libro que su institutriz le había mandado estudiar.

Brianna entró con una sonrisa traviesa y se sentó a su lado. Amelia no dejó de tocar.

—Esta noche habrá una fiesta en el pueblo —murmuró Brianna en su oído—. Lo escuché de unas sirvientas. ¿Vamos?

Amelia detuvo las manos sobre las teclas de marfil y miró a su hermana con la intención de negarse. Pero luego lo pensó mejor. Desde que Alex la había rechazado, se había encerrado en sí misma, evitando todo contacto con el exterior por temor a un nuevo encuentro.

Pero… ¿por qué debía detener su vida por él?

Tenía que madurar, aceptar que, al menos, Alex había sido sincero con ella. No la ilusionó para luego destrozarle el corazón con una mentira. Le dolía, sí, pero debía dejar de esconderse. Tal vez disfrutar de una pequeña fiesta campesina sería justo lo que necesitaba.

—Trata de que papá no lo sepa —susurró Amelia.

Brianna sonrió con complicidad y asintió con entusiasmo. Luego ambas comenzaron a tocar juntas, dejando que la música llenara la habitación por un rato.

Esa noche, las hermanas se escabulleron de la casa. Esperaron a que su padre se durmiera para salir sin ser vistas. Cuando llegaron al pueblo de Windsor, la celebración ya estaba bien avanzada.

Antorchas y lámparas de aceite iluminaban la plaza principal, donde los aldeanos bailaban al ritmo de una alegre melodía. Mesas rústicas estaban dispuestas con empanadas, tartas, sidra y pasteles de carne. Niños corrían entre los adultos, riendo, mientras las jóvenes del pueblo giraban en sus vestidos de algodón, con cintas trenzadas en el cabello.

Amelia y Brianna se habían vestido con atuendos más sencillos de lo habitual: vestidos de algodón sin corsé ni apliques que delataran su estatus. Querían pasar desapercibidas entre la gente del pueblo.

Brianna corrió a comprar dos manzanas caramelizadas y le ofreció una a su hermana, con la emoción brillando en sus ojos.

Ambas comenzaron a moverse entre los puestos y las danzas. Rieron, probaron galletas de avena y bailaron junto a las demás mujeres del pueblo al son de la música rústica que resonaba en la plaza. Por un instante, Amelia se sintió libre.

Hasta que vio a Alex.

Estaba recostado contra la pared de una casa, con los brazos cruzados, su postura relajada. A su lado, una mujer de aspecto atractivo, de edad más avanzada que Amelia, se inclinaba hacia él con familiaridad. Le hablaba cerca del rostro, y él, aunque no sonreía, no se apartaba.

El estómago de Amelia se encogió.

Tal vez por eso la había rechazado. Porque no le gustaban las jovencitas ingenuas como ella. Porque no buscaba ternura, sino experiencia. O quizá… porque ella era una Lady, y él nunca creyó que alguien como ella pudiera ofrecerle algo real.

Sintió la garganta cerrarse, y el nudo de la tristeza comenzó a formarse. Miró alrededor, buscando a Brianna para volver a casa. La vio girando entre risas en medio de la danza, con las mejillas encendidas por la emoción. No podía irse sin su hermana, pero tampoco podía dejar de mirar a Alex.

Entonces, él también la miró. Sus miradas se cruzaron por un instante eterno. Luego él apartó la vista, como si nada hubiera pasado.

Amelia tragó con dificultad, buscando aire, y en su confusión, observó cómo algunos hombres y mujeres entraban y salían de una pequeña taberna, cargando jarras de cerveza. Sin pensarlo, entró.

Pidió una jarra como las demás y dio un sorbo. El sabor era fuerte, amargo, no muy de su agrado. Pero tras varios buches, empezó a acostumbrarse. Pronto pidió otra.

Ya iba por la segunda, y la embriaguez le aflojaba las emociones. Reía y bailaba, se sentía atrevida e invencible.

Un hombre se le acercó con una sonrisa atrevida. Ella le devolvió el gesto. Pero antes de que el desconocido pudiera hablar, fue apartado bruscamente.

Alex se interpuso entre ambos, con la mandíbula tensa y la mirada oscura como la noche.

—Aléjate de ella —espetó al hombre, quien, al ver su expresión, no se atrevió a replicar.

Cuando quedaron solos, Amelia lo miró con el ceño fruncido.

—No necesitaba tu ayuda —expresó ella, aún tambaleante.

—No deberías estar aquí, y menos en ese estado —la regañó él, sin disimular su disgusto—. Tú no perteneces a este lugar.

—¿Por qué, porque soy una lady? —soltó ella, riendo con amargura —. Pues aquí nadie me ha rechazado ni me ha tratado como si fuera un error.

Intentó alejarse, pero Alex la detuvo tomándola del brazo y atrayéndola hacia su pecho. Ella alzó la vista. Era mucho más baja que él, y para mirarlo a los ojos tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás.

Alex la observó con intensidad. Su mirada descendió de los ojos azules de Amelia a sus labios entreabiertos. El aire entre ellos se volvió denso.

Pero entonces la soltó.

—Te llevaré de vuelta a la mansión —informó Alex.

Amelia giró bruscamente, furiosa.

—No pienso irme.

Alex la miró con una expresión que bastaba para hacer callar a cualquier otro. Amelia, sin embargo, respiró hondo y volvió a hablar.

—Si no te importo, ¿por qué te molestas en cuidarme? ¿Por qué no vuelves con esa mujer y me dejas en paz?

Él apretó la mandíbula. Se acercó con pasos firmes y, sin pensarlo, la acorraló contra la pared de piedra de la taberna.

Amelia contuvo el aliento.

La respiración de ambos se mezcló. Ella podía ver el brillo oscuro de sus ojos, podía sentir la tensión en los músculos de Alex mientras la miraba. Se estaba conteniendo.

—No me provoques, Amelia —susurró él, llamándola solo por su nombre, con una voz grave, apenas audible—. Bastante me cuesta mantener el control contigo cerca.

Esas palabras se clavaron en su pecho como una chispa de esperanza.

—Entonces no te soy indiferente…

Alex negó lentamente con la cabeza, cerrando los ojos por un segundo.

—Dios… claro que no —murmuró, como una confesión dolorosa.

—Entonces… bésame —susurró ella, temblando.

Él pareció resistirse por un instante. Pero luego, como si la contención se rompiera, la tomó por la cintura y la besó.

No fue un beso suave ni tímido. Fue arrebatador, cargado de rabia y deseo. Fue el beso de quien había esperado demasiado… y ya no podía más.

Cada recuerdo era una estocada. Cada imagen de Alex, de su Alex, calaba más hondo en el alma de Amelia. La persona que ahora se hacía llamar Pierce Dankwroth no solo tenía otro nombre, sino otra vida. Una donde ella no existía. Donde sus hijos no existían.

Mientras tanto, ella había dejado atrás su juventud, su vida, todo, por proteger a sus pequeños de una sociedad que no perdonaba errores, menos aún a una madre soltera sin esposo reconocido. Había escapado para evitar el escándalo que serían sus hijos, para evitar que ellos pagaran el precio de su amor prohibido.

El chirrido seco de la puerta interrumpió sus pensamientos. Uno de los capataces se asomó, con el rostro pétreo y la voz sin una pizca de compasión.

—El señor Dankwroth ha dicho que se marche. No volverá a trabajar aquí.

Dicho eso, arrojó una pequeña bolsa de tela que cayó al suelo con un tintineo sordo. Las monedas dentro se agitaron como si se burlaran de ella.

Amelia no respondió de inmediato. Sus manos temblaban, y no por la sorpresa, sino por la herida abierta que esa humillación acababa de agravar.

Alex, no, Pierce, la estaba despidiendo. Sin palabras, sin explicación. La sacaba de su vida como si fuera una extraña molestia.

—Apúrese —gruñó el capataz, impaciente.

Amelia se agachó, recogió la bolsita sin mirarla y se incorporó con lentitud. Se obligó a mantener la cabeza en alto, pero la vergüenza pesaba como plomo sobre sus hombros. Las miradas de las trabajadoras la siguieron. Algunas por simple curiosidad, otras con un dejo de lástima. Amelia no las miró. Solo siguió al capataz por el pasillo hasta la puerta principal.

Al salir al exterior, la luz del día la recibió como una bofetada. Se detuvo por un instante en la escalinata, respiró hondo y alzó la vista hacia el cielo azulado, cargado de nubes blancas.

Se mordió el labio con fuerza, tragándose el nudo en la garganta.

—No más lágrimas —susurró para sí.

Porque aunque el corazón le sangraba, Amelia no podía darse el lujo de rendirse. Tenía que alimentar a sus hijos. Protegerlos. Seguir adelante. También debía cuidar de sus hermanas.

Pierce podía haberla olvidado. Podía haber enterrado el pasado, borrado su nombre, fingido que nunca existió. Pero ella no lo haría. Porque entre las ruinas de su amor, vivían dos pequeños que merecían conocer la verdad.

Amelia apretó los labios, guardó la bolsa de dinero en su bolso y dio un paso hacia la calle.

Aún no sabía qué haría. Pero lo descubriría.

Capítulo 7

Pierce se encontraba en el despacho de la fábrica, sentado tras un escritorio que ya había ordenado reemplazar. Las cortinas, los muebles, incluso el papel tapiz. No pensaba pasar demasiado tiempo en aquel lugar, pero si su nombre iba a estar sobre las puertas, todo debía reflejar su estándar.

Mientras tanto, el señor Hale, el contador, hablaba sin cesar sobre balances, nóminas y revisiones fiscales. Pierce asentía de vez en cuando, pero su mente estaba lejos.

Volvía, una y otra vez, a la imagen de aquella mujer.
La que había irrumpido antes y lo había abofeteado y llamado Alex.

Ese nombre solo lo sabían dos personas: Emerson y él mismo. Que aquella mujer lo pronunciara así, con tanta certeza y rabia, no podía ser una coincidencia.

¿Lo conocía del pasado? Él quería saberlo. Pero tal vez, si ella hubiese entrado con calma, con respeto… tal vez la habría escuchado. Pero en vez de eso, ella lo había abofeteado. Frente a sus empleados. Frente a Emerson.

Y eso era imperdonable.

Pierce golpeó suavemente la mesa con los dedos, en una señal muda que bastó para que el señor Hale callara.

—Quiero todo lo que pedí… completo y sin demoras —ordenó con voz baja, pero cortante.

El hombre asintió, encogiéndose ligeramente al salir de la oficina.

Emerson, que había permanecido callado a su lado durante toda la reunión, se puso de pie con elegancia y sacudió una mota invisible de su traje.

—Ahora debemos pasar por la residencia de los Fairfax —expresó con tono neutral—. Es hora de ultimar los detalles del compromiso.

Pierce no mostró emoción alguna, pero por dentro maldijo haber olvidado la cita.

Cecilia Fairfax era la hermana del empresario con mayor influencia en el puerto de Nueva Orleans. Su familia no ostentaba títulos nobiliarios, pero eso poco importaba: poseían una naviera sólida, con rutas estables y conexiones desde el Caribe hasta Londres.

Pierce ya controlaba una pequeña flota comercial que usaba para sus envíos privados, legales y no tanto, pero era limitada, vulnerable a inspecciones y sobornos.

Aliarse con los Fairfax cambiaba todo.

Unir ambas flotas le daría acceso irrestricto a rutas comerciales clave, puertos exclusivos y registros oficiales que le permitirían operar con total legitimidad… y con absoluta discreción cuando fuera necesario.

Ya no tendría que ocultar cargas, pagar comisiones exorbitantes ni rendir cuentas a nadie. Con la naviera Fairfax de su lado, él sería el amo del comercio entre Nueva Orleans, las islas y Europa.

Y Cecilia… era hermosa. Educada. Complaciente. Con modales pulidos, sonrisa elegante y el tipo de rostro que haría honor al retrato de cualquier familia respetable. A Pierce le había llamado la atención, y luego Emerson se la presentó en una cena hacía un año con la idea del matrimonio flotando en el aire.

—Iremos cuando hable con la obrera. Tengo que saber por qué sabe mi nombre real —expresó Pierce, con la mirada aún fija en la ventana.

—Ordené que la sacaran y que no volviera —replicó Emerson, con la misma serenidad con la que comentaría el clima.

Pierce alzó la vista, sorprendido, pero solo un instante. Sus facciones volvieron a endurecerse con rapidez.

—No tenías que hacerlo. Yo mismo quería encargarme.

—Me encargué por ti.

El silencio que siguió fue breve, pero tenso. Emerson muchas veces se tomaba el atrevimiento de tomar decisiones por él. Aunque Pierce no lo decía, empezaba a molestarle esa costumbre.

No obstante, no insistió. No porque cediera… sino porque, en el fondo, tampoco le importaba tanto.

Su pasado no era más que un eco confuso. ¿Qué sentido tenía escarbar en una vida que apenas recordaba? Él era Pierce Dankwroth ahora. Con tierras, poder y un apellido que abría puertas en todas partes.

Alex Howell era un nombre sin peso. Sin utilidad.

Sin embargo, aquella mujer lo había pronunciado con tal certeza… que una chispa de curiosidad se encendió, tenue, fugaz.

Pero no era más que eso: una chispa.

Pierce tenía asuntos más urgentes que perseguir fantasmas. No ganaría nada recordando. Solo distraerse de sus objetivos.

—Vamos —habló finalmente, poniéndose de pie—. No haremos esperar a los Fairfax.

Emerson asintió, conforme.

Mientras bajaban por las escaleras rumbo al carruaje, Pierce volvió a centrar la mente en lo que de verdad importaba. No había nada en su pasado que pudiera ofrecerle más que eso.

Y, si alguna vez lo hubo… ya no existía.

∞∞∞

Amelia caminaba sin rumbo, con el rostro enrojecido y los ojos aún ardiendo por las lágrimas que se negaba a derramar. Tenía que pensar en lo que haría ahora con su vida, en buscar un nuevo trabajo.

Sus pensamientos se dirigieron a sus hijos, Daphne y Louis. ¿Qué les daría de comer si no encontraba rápido un trabajo? ¿Cómo

ayudaría a sus hermanas? Todo ese día había salido mal… y lo peor de todo había sido él. Pierce.

Nunca se acostumbraría a llamarlo de esa manera. No importaba cuánto dinero tuviese ahora ni cuán refinados fueran sus modales o cuánto poder tuviera. Para ella, seguía siendo Alex… y al mismo tiempo, ya no lo era.

Sin darse cuenta, sus pies la condujeron por las calles empedradas hasta la pequeña panadería de Ruth, en la esquina de la Calle de los Artesanos. Desde dentro se escapaba el olor embriagador del pan recién horneado. Un aroma que en cualquier otro momento habría bastado para calmar la tristeza.

Pero ese día no.

Empujó la puerta con suavidad. La campanilla tintineó en lo alto, anunciando su presencia. Ruth levantó la vista desde el mostrador, donde amasaba una barra de pan con manos firmes. Su rostro se transformó al instante al verla. Dejó la masa a un lado y se limpió las manos en el delantal.

—¿Amelia? ¿Qué haces aquí a esta hora? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Y tu turno en la fábrica?

—Me han despedido —expresó Amelia sin emoción.

—¿Te han despedido? —inquirió Ruth, alarmada—. ¿Fue Dankwroth?

La sola mención de aquel apellido fue la chispa que encendió el nudo de emociones en el pecho de Amelia. Las lágrimas estallaron en su rostro como una represa rota, y antes de poder decir nada, Ruth ya la tenía envuelta en sus brazos. El delantal olía a harina, pero levadura, y su abrazo era cálido.

—Shh, tranquila, hija… tranquila. Llora. Aquí puedes hacerlo — susurró Ruth, acariciándole la espalda.

Pasaron varios minutos así, hasta que Amelia logró calmarse lo suficiente para hablar. Ruth la condujo a una de las sillas junto al mostrador y le ofreció una taza de té humeante.

—¿Quieres contarme qué pasó? —preguntó, sentándose frente a ella.

Amelia asintió lentamente, aún con la voz temblorosa.

—¿Recuerdas que te hablé de Alex? El padre de Daph y Louis.

Ruth frunció el ceño.

—Claro que sí. ¿Qué hay con él?

Amelia tragó saliva, luchando contra el temblor de sus labios.

—Lo encontré. Está vivo… Y es él, Ruth. Es Pierce Dankwroth.

Ruth parpadeó, como si hubiese escuchado mal. Luego se quedó boquiabierta, la expresión petrificada por el asombro.

—¿Qué dices? ¿Estás segura?

—Sí. No podría confundirme. Es él. Lo miré a los ojos… Y él… es como si yo no hubiera existido en su vida.

Ruth llevó una mano al pecho.

—Pero ¿cómo es posible?

—No lo sé, no entiendo nada —respondió Amelia, con la voz quebrada—. Después de todo, nos casamos… y simplemente me dejó. Me reemplazó por un nuevo nombre, una nueva vida. Dinero. Me abandonó a mí… y a nuestros hijos.

—¿Hablaste con él?

Amelia negó, bajando la mirada.

—Intenté. Me encerró. Y después me despidieron sin darme oportunidad de explicarme. Ordenó que no volviera.

Ruth apretó los labios con fuerza.

—Pues tienes que ir. Presentarte ante él. Exige una explicación… y presentarle a sus hijos.

—¿Qué pasa si los rechaza? ¿Si no le importan?

—¿Y si sí? —replicó Ruth con firmeza—. No puedes vivir con ese miedo, Amelia. Piensa en tus hijos. Él es su padre, y está vivo. Tiene dinero, poder, influencias. Puede ayudarte a mantenerlos, a conseguirles un médico cuando enfermen. Y tú mereces, al menos,

una respuesta. ¿No crees que después de estos años, de tanto dolor, mereces eso? No cometas el mismo error que yo.

Amelia se secó las mejillas con la manga y asintió lentamente.

—Tienes razón.

Ruth sonrió con ternura y apretó su mano.

—Eso está mejor.

Amelia se quedó un rato más en la panadería, acurrucada en el rincón donde Ruth la había consolado. El calor del horno aún encendido, el crujido lejano del pan terminando de cocerse ofrecían un poco de paz a su corazón agitado.

No quería volver aún a casa. No en ese estado. Clariss era inteligente y observadora; sus hijos, especialmente Louis, lo notaban todo. No podía dejarse ver tan destrozada.

En eso, la puerta se abrió y el suave tañido de la campanilla marcó la entrada de Cole.

—Mamá, ¿ya llevaste la cesta al mercado o…? —se interrumpió al ver a Amelia. Su rostro se iluminó de inmediato con una sonrisa cálida, casi tímida.

—Amelia… qué gusto verte —expresó, y sus ojos la recorrieron con una mezcla de aprecio y adoración mal disimulada.

—Hola, Cole —respondió ella con amabilidad.

Ruth salió de detrás del mostrador con las manos aún llenas de harina.

—Llegas en buen momento —comentó mientras se sacudía el delantal—. Amelia necesita un nuevo trabajo. Fue despedida de la fábrica esta mañana.

Los ojos de Cole se abrieron, incrédulos.

—¿Despedida? ¿Pero por qué? —preguntó, con la voz cargada de indignación.

Amelia sonrió con tristeza, restando importancia.

—No importa ahora, Cole. Amelia necesita un nuevo trabajo. ¿No has oído nada? ¿Algún puesto libre en otra fábrica, alguna tienda o

casa que busque ayuda?

—Voy a preguntar —respondió él de inmediato—. Haré lo posible por ayudarte, Amelia.

Ella lo miró con una mezcla de ternura y cautela. Sabía que Cole sentía algo por ella, y aunque nunca lo había dicho en voz alta, lo veía en su forma de buscar su mirada, de buscar excusas para rozarle la mano o entregarle algo demasiado cerca. No quería alimentar falsas esperanzas.

—Gracias, Cole. Eres muy amable. En verdad, lo agradezco —expresó con sinceridad, y se levantó del banco—. Pero ahora debo irme. Tengo algo que hacer.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda? —insistió él, casi dando un paso hacia ella.

—Estoy segura —respondió Amelia con una sonrisa forzada. Con un breve gesto de cabeza, se despidió también de Ruth.

Caminar de regreso a casa fue menos doloroso de lo esperado. Al llegar, encontró a Clariss sentada junto a la ventana, con la nariz metida en un libro alquilado de la librería de segunda mano del centro. Ella levantó la vista, sorprendida.

—¿Amelia? ¿Qué haces aquí tan temprano?

—¿Y los niños? —preguntó ella, evadiendo la pregunta de su hermana.

—Están jugando con los hijos de la señora Aldridge —respondió Clariss, marcando la página del libro antes de dejarlo a un lado—. No esperaba verte hasta la noche. ¿Pasó algo?

Amelia se acercó lentamente y suspiró.

—Me despidieron —expresó con voz baja.

Clariss se puso de pie de un salto.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó con indignación.

Amelia respiró hondo.

—Hay algo más que necesitas saber —y entonces le contó lo sucedido. No con detalle innecesario, pero sí lo suficiente para que

su hermana entendiera la magnitud de la situación.

Clariss escuchó con los ojos muy abiertos y la boca ligeramente entreabierta.

—¡¿Cómo pudo hacerte eso?! ¡Ese miserable! ¿Y ni siquiera quiso hablar contigo?

—No. Pero voy a ir a su casa. Voy a exigir una explicación —informó Amelia con decisión.

—¡Entonces yo voy contigo! —exclamó Clariss sin dudar.

—No es necesario, Clariss. Puedo hacerlo sola.

—No me importa. No pienso dejarte ir sola a enfrentarte con ese cobarde. Si se atreve a hacerte algo, le arrojo el primer jarrón que vea —declaró con ímpetu.

Amelia no pudo evitar sonreír. Había algo reconfortante en la furia protectora de su hermana más pequeña.

—Está bien —aceptó finalmente—. Pero prométeme que dejarás los jarrones en su sitio.

—Prometo intentar —respondió Clariss, cruzándose de brazos, con el mentón en alto.

Amelia se sentó por fin y apoyó la cabeza entre las manos. Al menos, ya no estaba sola.

Capítulo 8

La sala de espera de la residencia Dankwroth era amplia, elegante y demasiado silenciosa. Un reloj de pie marcaba con solemnidad cada segundo. Amelia estaba parada junto a sus hijos y Clariss en medio de la sala.

Las molduras de las paredes, los cuadros de paisajes europeos, el candelabro de cristal sobre sus cabezas… todo hablaba de una vida donde el lujo era una costumbre. Amelia recorrió con la mirada la estancia, y un nudo se le formó en la garganta al recordar su antigua vida.

En ese entonces no se preocupaban por el pan de la mañana, ni por si la leña duraría hasta el amanecer. Su mayor angustia era el color del vestido del próximo baile.

Amelia bajó la mirada hacia Daphne y Louis. Su corazón se encogió al ver las manitas de su hija aferradas al dobladillo de su falda, y los ojos grandes y silenciosos de Louis explorando el lugar con una mezcla de temor y asombro.

Ellos merecen más, merecen tener la vida que les corresponde — pensó Amelia.

Recordó tantas noches frías en las que apenas tenía una manta para cubrirlos, mientras resonaban en su mente las palabras que Alex le decía.

La cabaña estaba oculta entre los árboles, en el borde norte de la finca Warwick. Vieja y de techo bajo, alguna vez fue usada por cazadores o jornaleros. Ahora, era su refugio.

Una vela titilaba en el centro de la pequeña mesa, lanzando sombras suaves sobre las paredes de madera desnuda. Afuera, el

viento susurraba entre las hojas y el perfume de las lilas entraba por la ventana entreabierta.

Amelia se envolvía en una manta sobre la estrecha cama. Alex ya se había vestido; estaba amarrándose las botas con el ceño fruncido.

—¿Vas a irte ya? —preguntó Amelia, la voz quebrada y dolida—. Siempre te vas como si huyeras de mí.

Alex se detuvo un instante. No respondió de inmediato.

—No tengo opción. Debo ir a los establos —respondió sin mirarla.

—¿Y yo qué? —expresó Amelia, y esta vez su voz fue más alta, cargada de emoción—. ¿No soy importante para ti? ¿Solo soy un pasatiempo entre jornadas?

Alex giró de golpe. Su mirada oscura se clavó en la de ella. En dos zancadas terminó la distancia y se agachó frente a la cama, apoyando ambas manos a los lados de su cuerpo, como encerrándola.

—No vuelvas a decir eso —murmuró con intensidad, su voz ronca—. No sabes lo que haces cuando dices esas cosas, Amelia. Si tú no me importaras, ¿crees que estaría aquí, arriesgando el poco mundo que tengo?

Le tomó el rostro con ambas manos, como si temiera que desapareciera.

—Eres todo lo que quiero. Pero también eres todo lo que no puedo tener —continuó él—. Trabajo porque quiero ganarme algo propio, porque quiero… poder darte algo digno, no solo encuentros a escondidas en una cabaña vieja. Pero incluso si tuviera un poco más, Amelia, sé que un día vas a irte. Tu mundo no está hecho para mí.

Amelia lo abrazó con fuerza, como si pudiera fundirse en él y borrar cualquier distancia, cualquier desigualdad.

—Eso no va a pasar —susurró contra su cuello—. Te amo, Alex. Y no me importa el dinero. Solo me importas tú.

Alex cerró los ojos con fuerza, tragando saliva. Sus manos se aferraron a su cintura.

—Eso lo dices porque no sabes lo que es vivir sin nada —murmuró —. Porque nunca has pasado hambre. Nunca has temido no tener techo. El dinero… cambia a las personas, Amelia. Y tú aún no has conocido lo que genera su ausencia.

Amelia lo separó con suavidad para mirarlo a los ojos. Él la observó como si intentara memorizar su rostro y luego la besó.

Ahora Amelia entendía aquellas palabras que Alex le había dicho años atrás. Ahora conocía lo que era la falta de dinero, las privaciones que antes creía lejanas, casi imposibles. Ahora era ella quien se debatía entre necesidades y escasez, mientras él caminaba sobre mármol pulido, rodeado de lujos y comodidades.

Él tenía poder. Riqueza. Influencia. Él podía ayudarla con sus hijos.

No quiero nada para mí —pensó con firmeza—. *Solo quiero que los reconozca como suyos y los ayude… y quiero una explicación.*

Miró a su hermana. Clariss observaba con ojos apagados las molduras doradas del salón, la tapicería perfecta, los candelabros de cristal que colgaban sobre sus cabezas. No era la única que recordaba aquellos días en que el lujo era parte de sus vidas. Amelia tragó saliva.

Ella las había arrastrado a esa vida. Si no hubiera tomado aquellas decisiones, Brianna habría seguido siendo la condesa de Warwick; Ian no habría tenido forma de desacreditarla si el embarazo se revelaba en su momento. Y Clariss… habría tenido la oportunidad de casarse, de forjar su propio destino, libre del peso que ahora compartían por su causa.

—Mami… ¿por qué estamos aquí? —preguntó Daphne, con esa inocencia que solo los niños podían conservar aun en la incertidumbre.

Amelia la miró. Los grandes ojos azules de su hija la observaban con dulzura y curiosidad. Louis, silencioso como siempre, también aguardaba una respuesta. Aunque compartía con ella el mismo tono de ojos, era innegable que tenía la mirada de su padre: intensa, observadora, demasiado seria para un niño tan pequeño.

—Vamos a conocer a alguien —respondió finalmente, sin revelar más. No quería que los niños se hicieran ilusiones. Si Pierce los rechazaba, sería un dolor difícil de reparar.

—¿A quién? —inquirió Aurora, su sobrina, que había ido con ellas porque no tenían con quién dejarla. Era la más callada, pero también la más curiosa.

Antes de que pudiera responder, Amelia se giró hacia la mujer que las había recibido. Era claramente el ama de llaves: delgada, con rostro severo y una postura recta como una regla.

—¿Al menos podríamos sentarnos mientras esperamos? —preguntó Amelia, manteniendo la cortesía pese al nudo en su garganta.

—Los señores de esta casa no desean que los empleados… o los desconocidos como ustedes… se acomoden en sus sillones —respondió la mujer con desdén mal disimulado.

Amelia apretó los puños. Sabía perfectamente a qué se refería con *desconocidos como ustedes.* No querían que los pobres ensuciaran los muebles caros.

—Nosotras no… —empezó Clariss, indignada.

—No vale la pena —murmuró Amelia, deteniéndola con una mano en el brazo.

Fue entonces cuando la puerta principal se abrió. El sonido de las bisagras, pulidas y silenciosas, pareció retumbar en su pecho. Levantó la mirada, y allí estaba él.

Alex.

O mejor dicho… Pierce.

Su corazón se desbocó. Lo había imaginado muchas veces. Lo había llorado, creído muerto. Ahora estaba allí, vivo, real… y tan cerca. Pero a la vez tan lejano.

Pero no estaba solo.

A su lado, del brazo, lo acompañaba una mujer joven, esbelta, elegante. Su cabello castaño oscuro recogido en un peinado pulcro, los ojos avellana, los labios sonrosados. Hermosa. Sofisticada. Vestida con un gusto que hablaba de riqueza y educación.

Amelia sintió una punzada aguda en el pecho. No por celos, sino por la traición.

—Milord —habló el ama de llaves, haciendo una reverencia impecable—. Estas mujeres desean hablar con usted.

Pierce miró brevemente a la empleada, luego volvió el rostro hacia Amelia. Su ceño se frunció de inmediato, y no se dignó a mirar a los niños.

—Cecilia, espérame en el jardín. Resolveré esto y me reuniré contigo en breve —indicó a la mujer que lo acompañaba.

—Por supuesto, querido —respondió ella, lanzando una mirada fugaz, aunque curiosa, al grupo antes de retirarse.

¿Querido?

Amelia reprimió el impulso de cerrar los ojos. No podía asumir nada aún.

—Yo me encargo —le dijo Pierce al ama de llaves, quien se retiró de inmediato.

El silencio que quedó fue espeso, tenso, y solo lo rompió la voz de Pierce, cargada de frialdad:

—¿Acaso una sola bofetada no fue suficiente?

Amelia tragó saliva.

—¿En serio vas a actuar como si no me conocieras, Alex?

—No te conozco —respondió él sin titubeos—. Pero veo que tú a mí sí.

—¿Cómo puedes mentir así? —intervino Clariss, con indignación.

Pierce giró la cabeza hacia ella con lentitud, los ojos fríos.

—No estoy hablando contigo. Mantén la boca cerrada.

Clariss iba a responder, pero Amelia alzó la mano para detenerla. Dio un paso al frente.

—¿Cómo puedes decir que no me conoces? ¡Soy tu esposa, Alex!

Pierce parpadeó. Por primera vez, sus facciones se tensaron con algo parecido a desconcierto.

—¿Qué? —musitó—. Imposible.

Amelia frunció el ceño. Él realmente se veía confundido… genuinamente desconcertado. Como si realmente no la recordara.

Apartó con cuidado a sus hijos, que se aferraban a su falda, y dio un paso más.

—¿Alex?

—Me llamo Pierce. Deja de llamarme así —ordenó—. ¿De dónde me conoces?

—Nos conocimos en Londres. Soy tu esposa —repitió ella con voz trémula. Luego giró hacia sus hijos—. Y ellos… son tus hijos.

Pierce la observó sin emoción por largos segundos. Luego bajó la vista a los niños por solo un segundo. Su rostro no se alteró al mirarlos.

—¿Crees que soy un idiota? —expresó Pierce mirándola nuevamente.

—¿Qué? —susurró Amelia.

—Déjame adivinar. Descubriste que no tengo memoria, que mi nombre real es Alex, y entonces vienes con esta historia bien elaborada para beneficiarte y…

—¿No tienes memoria? —interrumpió Amelia, con la voz quebrada —. ¿Cómo es eso?

—No me interrumpas —le ordenó Pierce con voz grave. Amelia retrocedió, herida por la severidad—. Sabes mi nombre real, dices que eres mi esposa y te apareces con estos niños diciendo que soy su padre. ¿Tienes pruebas?

Ella bajó la vista. No. Se habían casado en Escocia, y todo se había quedado allí.

—No… —susurró.

—Entonces, ¿cómo esperas que te crea?

—Solo míralos —intervino Clariss—. Son idénticos a ti.

Pierce los observó. Sí, había un parecido. Pero no era suficiente. Aun así…

—¿Qué edad tienen?

En ese momento, la puerta principal volvió a abrirse con un leve chirrido, y las pisadas firmes sobre el mármol anunciaron la llegada de alguien más.

Emerson apareció en el umbral, aún vestido con su levita oscura y el bastón apoyado en la mano derecha. Al ver a Amelia, su rostro se tensó al instante, endurecido por una mezcla de sorpresa, fastidio y algo más difícil de descifrar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con desdén, clavando en ella una mirada afilada.

Amelia se quedó inmóvil, sin saber qué decir. Las palabras se le atoraron en la garganta y, por un segundo, su mirada buscó a Pierce, una súplica muda asomando en sus ojos. Pero él no respondió a su ruego. Ni siquiera la miró.

—Ella dice ser mi esposa —informó Pierce con indiferencia—. Y que esos niños son míos.

El rostro de Emerson se tensó aún más. Sus cejas se alzaron apenas, una reacción breve que controló con rapidez. Desvió la mirada hacia los niños y los observó con atención. Durante unos segundos, el silencio en la sala fue absoluto.

Louis y Daphne lo miraban sin comprender, refugiados contra la falda de su madre. Emerson no dijo nada de inmediato, pero su mandíbula se endureció y su porte recto se tambaleó ligeramente, como si la revelación lo hubiera sacudido más de lo que deseaba admitir. Un instante después, respiró hondo; su expresión se relajó apenas, aunque su mirada se volvió más cautelosa.

Volvió la vista hacia Amelia, esta vez evaluándola con mayor detenimiento.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Amelia levantó el mentón, tragando saliva antes de responder:

—Amelia.

Capítulo 9

Amelia.

Así se llamaba ella.

El nombre no le decía nada. No le evocaba una imagen, un lugar, un sentimiento. Nada. No sonaba familiar, ni siquiera le provocaba una vaga impresión. Era solo un nombre más, pronunciado por una mujer que hablaba de recuerdos que no existían en él.

Pierce apartó la mirada de ella y la posó en Emerson, esperando alguna una reacción, confirmación, o señal. Pero su rostro seguía impasible, como si no hubiese escuchado nada.

—¿Mami, él es nuestro papá? —preguntó la niña con voz suave.

Pierce sintió cómo las palabras flotaban en el aire, cargadas de algo que no sabía nombrar. Bajó la vista hacia la pequeña que lo miraba desde abajo. Tenía grandes ojos claros que brillaban con inocencia y duda. Y cuando el niño, su hermano gemelo, lo miró también, algo se tensó dentro de él.

Frunció el ceño. El niño hizo lo mismo.

Pierce desvió la mirada al reconocer sus gestos en el niño.

Imposible. No pueden ser mis hijos —pensó.

—Ale… Pierce… —musitó Amelia, con una súplica apenas contenida.

Él sabía perfectamente lo que ella esperaba. Que los mirara. Que viera lo obvio. Que diera un paso hacia ellos y los aceptara como suyos.

Pero no lo haría. No quería hacerlo.

A él no le gustaban los niños. No le gustaba la idea de tener que cuidar de ellos, compartir su espacio con sus juegos, sus

enfermedades, sus gritos. Mucho menos ahora que su vida estaba organizada, controlada… y dirigida hacia un propósito claro.

Aunque algo en su interior le decía que la sangre tal vez sí lo unía a esos pequeños, no importaba. No pensaba abrir la puerta al caos que esa mujer podía traer a su mundo.

Negó con la cabeza, firme, y sostuvo la mirada de Amelia.

Ella se quebró al instante. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero él no sintió nada. No lo conmovió.

—¿Cómo… perdiste los recuerdos? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Eso no es asunto tuyo —respondió él, seco, casi cortante.

Amelia cerró los ojos. Se obligó a contener las lágrimas, a no rogar. Pero dolía. Cada palabra saliendo de su boca, tan distinta al hombre que ella había amado, dolía más que la anterior.

—Cecilia… ¿quién es? ¿Tú…? —titubeó. La pregunta la atormentaba, pero necesitaba saber.

—Mi prometida —respondió él con absoluta claridad. Sin un atisbo de duda o remordimiento. Era mejor dejar las cosas claras. No quería que ella abrigara falsas esperanzas—. Ahora me gustaría seguir con asuntos importantes —añadió con un deje cruel—. ¿Tienes alguna otra mentira que contarme?

Amelia simplemente negó, resignada.

No tenía pruebas que pudieran respaldar su verdad. Ni papeles, ni testigos, ni siquiera el anillo que una vez selló su promesa con Alex… Ese anillo lo había vendido, obligada por la necesidad, cuando llegó a Nueva York buscando sobrevivir.

Ahora, con las manos vacías, ¿cómo podía hacerle creer que no mentía? Solo tenía recuerdos y palabras. Eso, frente al hombre que ahora se llamaba Pierce Dankwroth, no valía nada.

—Entonces… ¿él no es papi? —preguntó la niña, mirando a su madre con ojos llenos de preguntas.

Amelia sintió cómo su corazón se quebraba un poco más. Se arrodilló y acarició la mejilla de su hija.

—No, mi amor —susurró, mientras sentía cómo su corazón se hacía añicos. Pero prefería sufrir ella… y no que lo hicieran sus hijos por el rechazo de su propio padre.

—Yo quería un papi… y Alex también, ¿verdad, Alex? —la niña tomó la mano de su hermano.

Pero el niño no dijo nada. Solo miró a Pierce en silencio.

Pierce, en cambio, se tensó. No por el comentario de la niña, sino por el nombre.

Estaba a punto de hacer una pregunta, de exigir respuestas, cuando Clariss se interpuso:

—Debí decirle a mi padre de ti antes. Así habría evitado que Amelia sufriera por tu culpa. Pero te vas a arrepentir, Pierce.

Él la miró, alzando una ceja con sorna.

—¿Quién te crees para hablarme así, niña insolente?

Clariss no respondió, pero su mirada fue un rayo de odio mudo.

Las hermanas se marcharon, con los niños de la mano, y Pierce se quedó inmóvil en su lugar. Solo cuando la puerta se cerró tras ellas, respiró hondo. Aún podía sentir la mirada de ese niño en su mente.

—Entonces… —habló Emerson por fin, desde el otro extremo de la estancia—, ¿no los vas a reconocer?

—No. —Su voz fue seca, sin emoción.

—Piénsalo bien, hijo —expresó Emerson, avanzando un paso—. El parecido es innegable, especialmente el niño. Tiene tu mirada… y esa forma de fruncir el ceño. Es como mirarte en un espejo de pequeño.

Pierce asintió, casi de forma inconsciente. No podía negar que el gesto del niño, esa expresión de inconformidad muda, era una copia exacta de la que él mismo tenía cuando algo lo contrariaba. Pero no dijo nada.

—Seguramente conociste a la mujer antes de terminar en ese barco —continuó Emerson con serenidad—. Es posible que mantuvieras una aventura con ella… y que de eso hayan nacido los niños.

—Ella asegura que es mi esposa —replicó Pierce finalmente, girándose hacia él con una ceja arqueada—. Que nos casamos antes de que todo ocurriera.

Emerson negó con la cabeza lentamente. Su expresión no cambió.

—Difícilmente. Esa mujer seguramente te reconoció, te siguió, y ahora busca una manera de conseguir algo a cambio. Puede que los niños sean tuyos —admitió con desgano—, pero eso no significa que ella sea tu esposa.

Pierce lo observó, meditando en silencio. Emerson hablaba con calma, pero había un dejo de tensión en su voz.

—Entonces… ¿qué propones que haga?

—Al menos reconoce a los niños —sugirió Emerson, colocándose las manos tras la espalda—. Si son tuyos, merecen algo. Una pensión, un futuro… No tienen culpa de lo que ocurrió. Respecto a la madre… eso lo decidirás tú. Pero piensa con frialdad, como siempre lo has hecho. No te dejes llevar por un rostro bonito y unos ojos llorosos.

Pierce bajó la mirada, pensativo. Imaginó cómo sería su vida si aceptaba a esos niños: responsabilidades, escándalo potencial, interrupciones en su rutina… Tal vez si les entregaba una buena suma de dinero, Amelia se marcharía para siempre con ellos. Podría comprar su silencio, su ausencia.

Sí, eso haría.

—Tengo que salir —habló de pronto, recordando de golpe a su prometida—. Cecilia está esperándome en el jardín. Voy a escoltarla de regreso a su casa.

—Muy bien —asintió Emerson.

Pierce no dijo más. Salió de la sala y cruzó el pasillo que daba al jardín trasero. Su andar era firme, sus botas resonaban con autoridad sobre el mármol. Pero por dentro, su mente no dejaba de pensar.

¿Por qué no podía recordar?

Había pasado el último año sin preocuparse por ello. Pero ahora, tras la aparición de esa mujer y esos niños… quería saber. ¿Quién

había sido Amelia en su vida?

Cuando llegó al jardín, Cecilia lo esperaba con una sonrisa serena. Su vestido crema realzaba su figura delicada y su cabello castaño relucía a la luz del atardecer.

Después del almuerzo con su hermano mayor, Cecilia había insistido en que salieran a pasear. Quería celebrar, según dijo, el hecho de que ya habían fijado la fecha de la boda. En dos meses sería la señora Dankwroth, y él sería dueño de parte de la naviera de los Fairfax. Ese era su propósito más cercano, y no quería que nadie se interpusiera.

∞∞∞

Habían pasado apenas dos días desde su encuentro con Pierce, pero para Amelia era como si el tiempo hubiese perdido su curso natural. Su corazón seguía latiendo por inercia, no por voluntad. Lo hacía por necesidad, por obligación. Por sus hijos. Por sus hermanas.

Pero dentro de ella… todo estaba roto.

Cada parte de su ser aún dolía con la misma intensidad que en aquel instante en que él la miró a los ojos y negó conocerla.

«Eso no es asunto tuyo».

Eso le había respondido cuando ella, con la voz entrecortada, le preguntó cómo había perdido la memoria.

Como si eso no bastara, le había clavado el puñal más cruel: afirmarle, con el rostro impasible, que Cecilia era su prometida.

¿Podía eso llamarse traición?

—¿Le escribiste a Winchester? —preguntó Brianna con suavidad, sacándola de sus pensamientos.

Amelia parpadeó y giró el rostro hacia su hermana menor. Caminaban juntas hacia el puesto médico donde Brianna a veces trabajaba como enfermera. Esa mañana esperaban encontrar algún puesto para Amelia, aunque fuera el de limpiar pisos.

Necesitaba el trabajo. Necesitaba hacer algo.

—Sí, cuando salgamos del puesto iré a llevar la carta para que la envíen a Londres —respondió Amelia en voz baja.

Brianna asintió, frunciendo los labios.

—La verdad, nunca hablé con Pierce cuando era Alex. Siempre lo tenías muy escondido… —bromeó con ternura.

Pero Amelia no pudo sonreír. Aquello que alguna vez le pareció un juego apasionante, ahora solo traía tristeza. Recordaba cómo se veían en secreto, ocultos de miradas indiscretas, ocultos del juicio de su padre. Pero esos habían sido los dos años más felices de su vida. Porque con él, todo tenía sentido.

—Espero que Winchester te ayude —expresó Brianna, notando el cambio en el semblante de su hermana.

—Lo hará —afirmó Amelia con cierta seguridad—. Christian es mi amigo… él y Jayne fueron testigos de nuestra boda. Christian, mejor que nadie, sabe todo lo que viví con Alex.

El día anterior, había sido idea de Brianna escribir al marqués de Winchester, Christian Evans. Años atrás, su padre había querido casarla con él, pero lejos de enamorarse, ambos terminaron formando una sincera amistad.

Christian amaba a otra mujer: Jayne, la mujer que había sido la esposa de su difunto padre. Y Amelia… bueno, Amelia ya había entregado su corazón y cuerpo a Pierce.

Los tres habían compartido confidencias, planes y sueños. Incluso huyeron los cuatro hasta Escocia, donde ella y Alex se unieron en matrimonio por el rito escocés.

Pero antes de que pudieran abandonar Londres… su padre los encontró y todo se arruinó.

—Aunque… —susurró Amelia mientras bajaban por la vereda adoquinada—. No creo que Pierce me acepte, aunque le demuestre que Daph y Louis son sus hijos. Yo no soy nada para él. No me recuerda.

Brianna guardó silencio por un momento, como si midiera con cuidado sus palabras.

Eres su esposa, quiera él o no —le recordó la vocecita de su cabeza.

—Entonces… date la oportunidad de conocer a alguien más, Lia.

Amelia la miró.

—No creo que eso sea posible —respondió con voz firme—. El único hombre que he amado ha sido Alex. No me veo con otro.

Brianna iba a replicar, pero Amelia la interrumpió:

—¿Tú saldrías con otro hombre, aún pensando en Ian?

La pregunta fue directa, pero no hostil. Tal como esperaba, Brianna bajó la mirada, pero no respondió ni insistió.

Amelia sabía que, aunque su hermana le guardaba un profundo rencor a Ian, no podía evitar pensar en él de una forma distinta… más íntima, más visceral.

Y ella no sabía si algún día podría dejar de hacerlo con Pierce.

Cinco minutos después llegaron al puesto médico del Faubourg Sainte-Marie. Era un edificio sencillo, pero limpio y bien cuidado. Sus paredes blancas estaban cubiertas con estanterías repletas de frascos y ungüentos, y el aire olía a alcanfor, hierbas secas y jabón.

—Doctor Lemuel —saludó Brianna con respeto.

El hombre levantó la mirada desde su escritorio. Era de unos cuarenta y cinco años, de rostro alargado, cabello entrecano y un par de gafas que siempre descansaban en la punta de su nariz.

—Señoritas Straton —respondió con una ligera inclinación de cabeza —. ¿Pasa algo con alguna?

Amelia negó con timidez.

—Queríamos saber si… si hay algún puesto disponible. Cualquier cosa. Estoy dispuesta a hacer lo que sea —habló con una voz apenas firme.

El doctor la observó unos segundos en silencio. No era un hombre cruel, pero sí práctico.

—Me temo que no hay ningún puesto libre y, aunque lo hubiera, en su caso no podría pagarle por algún tiempo.

Amelia sintió que la vergüenza le subía por el cuello como una ola de fuego.

—Sabe tan bien como yo que tiene una deuda considerable con este puesto médico. He sido paciente, señorita Straton. Muy paciente. Y lo sigo siendo porque respeto a su hermana. Brianna tiene talento, verdadera habilidad con los pacientes. Por eso le permito seguir viniendo algunos días. Pero los descuentos que le hago no alcanzan para cubrir todo lo que han acumulado.

Cada palabra era un golpe seco. Amelia asintió con lentitud, mordiéndose el labio para no decir nada más. Las cuentas, los frascos de jarabes, los vendajes para la fiebre… cada vez que uno de sus hijos enfermaba, ella prometía que pagaría en cuanto pudiera. Pero ese día nunca llegaba.

—Lo comprendo —susurró, bajando la cabeza.

—Es buena en lo que hace, Brianna —añadió el doctor mientras se ponía de pie y recogía unos papeles—. Por eso aún tiene permiso de trabajar aquí de vez en cuando. Pero no puedo ayudarlas ahora.

Con esas últimas palabras, se marchó, dejando la sala vacía.

Amelia sintió cómo el peso en su pecho se hacía aún más insoportable. No lloró. No frente a su hermana. Pero el nudo en su garganta no era fácil de tragar.

—No sé qué hacer, Brianna… Si no consigo un trabajo pronto, ¿cómo voy a alimentar a Daph y Louis?

Su voz se quebró, tan baja que parecía dirigida más al suelo que a su hermana.

Brianna se acercó y tomó su mano.

—Nos tienes a nosotras —expresó con calidez—. Siempre estás ayudándonos, Lia. Ahora es nuestro turno de ayudarte a ti.

—Ya hacen demasiado por mí y por mis hijos. No quiero ser una carga.

—No lo eres. Somos una familia. No siempre tienes que ser tú quien dé más.

Amelia desvió la mirada. Pero sabía que Brianna tenía razón.

—Tal vez ahora puedas concentrarte en otra cosa… en Pierce. Él es el padre de Daphne y Louis. Tiene una responsabilidad contigo.

Amelia abrió la boca, dispuesta a replicar, pero Brianna levantó una mano para detenerla.

—Sé lo que vas a decir: que Ian también es el padre de Aurora y debería asumir su parte. Pero no es lo mismo. Ian me rechazó estando plenamente consciente. No quería hijos conmigo, no me quería. Me hubiera condenado a vivir a su sombra, con su amante en mi propia casa. Solo Dios sabe qué habría sido de Aurora en ese entorno.

Amelia bajó la mirada con tristeza. No hacía falta que Brianna se lo explicara. Ella lo sabía.

—Pierce… él no te recuerda, es cierto. Pero eso no borra lo que fueron. Él sí te amó. Tal vez con el tiempo recuerde algo.

Un leve sollozo se escapó de los labios de Amelia, pero esta vez no lo escondió.

—Tienes más esperanza que yo —murmuró con voz rasposa.

Brianna sonrió apenas y le apretó la mano.

—Porque alguien tiene que tenerla. Tú estás demasiado dolida. Pero no estás sola, Lia.

Amelia respiró hondo. Por primera vez en días, sintió una brizna de alivio. Tal vez, como decía su hermana, ya no debía cargarlo todo sola.

—Gracias, Anna —susurró.

—No hay de qué. Ahora vamos a llevar esa carta. Tiene que llegar a Londres lo antes posible.

Capítulo 10

Amelia y su hermana llegaron al lugar donde se gestionaban los envíos de cartas; no era lejos del puerto.

Al entrar, el olor a pergamino, cera derretida y madera vieja las envolvió. Un mostrador largo separaba al público de los trabajadores del correo. Un hombre de mediana edad, con lentes redondos y camisa arremangada, las atendió tras unos minutos.

—¿Destino? —preguntó sin levantar mucho la vista.

—Londres, Inglaterra —respondió Amelia, extendiéndole la carta.

El hombre la observó con cierto interés, luego tomó el sobre.

—¿Desea el envío ordinario o el prioritario?

Amelia frunció el ceño.

—¿Cuál es la diferencia?

—El envío ordinario viajará en un barco mercante con despacho regular. Si tiene suerte, llegará a Londres en unas seis semanas. Si el clima es adverso, puede tardar ocho... o más. —Hizo una pausa—. El prioritario va en un barco contratado con capitán que garantiza entrega directa al puerto de Bristol o Liverpool. Tarda unas tres semanas, incluso menos si hay buen viento... pero cuesta tres veces más.

Amelia bajó la mirada al ridículo que llevaba entre las manos. No tenía lo suficiente. Apretó la mandíbula. Esos peniques podían ser leche para Daph y Louis, verduras y frutas para comer o pagar las medicinas.

—El servicio ordinario, por favor —expresó con voz firme.

El hombre asintió, selló el sobre con lacre rojo y lo colocó en una caja de madera donde otros sobres ya esperaban su viaje.

Brianna la miró de reojo mientras salían del edificio.

—¿Estás segura?

Amelia asintió, aunque sin mucha convicción.

—Es lo único que puedo pagar —susurró. Luego alzó la vista hacia el cielo—. Solo espero que Christian reciba la carta pronto... y que pueda enviarme una respuesta antes de que todo esto empeore.

Amelia tenía la esperanza de que, con la respuesta de Christian y el documento de su matrimonio que también le había solicitado, Pierce le creyera. Más aún, que reconociera a sus hijos. Daphne y Louis merecían saber y conocer quién era su padre.

—¿Quieres pasar por la floristería y preguntar si hay puestos disponibles? La verdad, no he escuchado que la señora Winter esté necesitando a alguien ahí, pero en el invernadero tal vez sí —propuso su hermana con cierta esperanza.

La señora Winter era una viuda que había heredado el negocio de su difunto esposo.

—Sí, no perdemos nada con intentar —respondió Amelia, forzando una pequeña sonrisa.

Tomaron por una de las calles cercanas a la panadería de Ruth.

—¿Irás al puesto médico luego de tu turno en la floristería? —preguntó Amelia mientras esquivaban una carreta llena de sacos de trigo.

—Sí. Estos días han llegado muchos pacientes con fiebre muy alta, y el doctor Lemuel ha querido dejarlos unos días ingresados. Me necesitan —respondió Brianna.

—Y eres la mejor enfermera —agregó Amelia con una risa suave, dándole un ligero empujón con el hombro.

Brianna sonrió, un poco avergonzada.

—Nunca expresaste que te gustaba la medicina —comentó Amelia, recordando cómo su hermana menor solía pasar más tiempo entre los libros y el pianoforte.

—Bueno, los últimos dos años que estuvimos en Londres tú estabas más ocupada… y también estabas en sociedad —respondió Brianna, bajando un poco la voz.

Amelia sintió una oleada de remordimiento. Nunca lo había visto de esa manera. Desde que conoció a Pierce, todo en su mundo cambió. Lo pensaba a cada momento, lo buscaba todo el día. Después, cuando finalmente se presentó en sociedad, sus atenciones se volcaron aún más hacia el deber y las apariencias, alejándola sin querer de las personas que más necesitaban de ella.

—No les presté mucha atención a ti y a Clariss, ¿cierto?

—No... no te estoy reprochando nada, Lia. Cuando mamá murió, tú te hiciste cargo de Clariss y de mí. Nos diste el amor que necesitábamos mientras nuestro padre solo nos alejaba.

Amelia recordó esos años. La muerte de Catrina, madre de Brianna y Clariss, lo había cambiado todo en Warwick House. Catrina había sido como un escudo para ellas contra su padre. Tras su muerte, Amelia se convirtió en una pequeña matriarca, enseñando a sus hermanas cómo comportarse frente a su padre para evitar castigos, protegiéndolas como podía.

Con los años, el conde simplemente perdió interés en controlarlas y las dejó en paz.

—Y tú debías tener al menos un poco de felicidad —terminó de decir Brianna, esbozando una sonrisa amable.

Una felicidad que había durado demasiado poco —pensó Amelia.

—¿Pasemos por la panadería de Ruth? Hace varios días que no la veo —propuso Brianna, animando el paso.

Amelia solo asintió. Continuaron el camino que llevaba a la floristería y pasaba por la panadería.

—Cómo quisiera tener un carruaje —murmuró Brianna, jadeando un poco al subir la leve pendiente de la calle.

—Aunque me gusta caminar, debo admitir que yo también desearía uno —respondió Amelia con una risa suave. El hecho de no tener carruaje era una de tantas carencias que extrañaban de la vida que dejaron atrás.

Al doblar la esquina, vieron la panadería. En el exterior, Cole, el hijo de Ruth, cargaba cestas de pan envueltas en paños blancos y las

acomodaba en una carreta pequeña para su reparto.

Brianna, con una sonrisa traviesa, tiró suavemente del brazo de Amelia y se acercó a ella para hablar más bajo.

—¿No te gusta Cole ni un poquito? —preguntó con picardía.

Amelia le lanzó una mirada fulminante.

—Anna, ya hablamos de esto. Además, Cole es apenas un niño.

—No es un niño, tiene veinte años.

—Lo es. Y merece a una buena mujer.

—Tú lo eres.

—Una que lo quiera —añadió Amelia—. Ya hablamos de eso. ¿Recuerdas?

—Sí, está bien. Pero el pobre no puede evitar babear por ti cada vez que te ve.

—Lo sé —murmuró Amelia, bajando el rostro—. Por eso intento no darle ilusiones. Yo sigo queriendo a...

—A Pierce. Aunque se haya vuelto un idiota, lo sigues queriendo — terminó Brianna.

Amelia se encogió de hombros justo cuando llegaron frente a la panadería, donde el dulce aroma del pan recién horneado les dio la bienvenida.

Amelia saludó a Cole con un gesto educado, mientras él, al verla, dibujó una sonrisa amplia y cálida que delató de inmediato su alegría.

Brianna alzó una ceja al ver la forma en que él la miraba. Luego giró hacia su hermana con una sonrisa divertida que no tardó en ocultar cuando Cole se acercó rápidamente, dejando lo que hacía. Amelia retrocedió un paso con disimulo.

—Amelia, he estado preguntando por algunos trabajos para ti — habló Cole, sacando un papel doblado de su chaleco—. Conseguí que me dijeran que en una casa están necesitando una institutriz. Anoté la dirección aquí.

Amelia tomó el papel, agradecida, y le dedicó una sonrisa amable.

—Gracias, Cole. Eres muy considerado.

Al desplegar el papel, leyó la dirección con letra clara, equilibrada y de trazos cuidados. Era una casa ubicada en un barrio de clase alta, cerca de Faubourg Sainte-Marie. Amelia sabía que Cole había aprendido a leer y escribir con mucho esfuerzo. Ruth le había contado que era el hijo ilegítimo de un hombre influyente de Nueva Orleans. Aunque el hombre jamás lo reconoció públicamente, había provisto lo suficiente para que no pasara necesidades. Entre ello, le compró la panadería a Ruth a cambio de su silencio. Fue un secreto que ella solo compartió con Amelia cuando los gemelos habían cumplido un año.

—Te lo iba a llevar esta noche a tu casa —continuó Cole, llevándose la mano a la nuca, señal de que estaba nervioso.

Brianna soltó una risita breve, mal disimulada. Amelia la pellizcó con disimulo en la espalda.

—¡Auch! —se quejó Brianna.

—Bueno, te ahorraste el viaje. Debes estar cansado entre el estudio y ayudar a Ruth con los pedidos.

—Si podía llevártelo y así...

—¡Oh, lindas! —interrumpió Ruth con energía, saliendo con una canasta de pan que colocó en la carreta.

Amelia sonrió, agradecida por la interrupción. Brianna también le sonrió, acercándose para abrazarla.

—Pensé que ya no querías verme, Brianna —bromeó Ruth.

—Solo estaba un poco más ocupada estos días.

—Me alegra que tengas trabajo. Es lo que nunca le puede faltar a una mujer que cría un hijo sola. Por cierto, Clariss estaba aquí con los niños, no debe demorar en regresar. Fue a buscar la ropa de los Richards.

—Bueno, entonces puedes quedarte aquí un momento hablando con Ruth —indicó Amelia a su hermana—. Yo iré al puesto del señor Beltrán a comprar algunos vegetales para la cena de hoy.

—Sí, yo comeré uno de los ricos panes dulces de Ruth.

—No tardo.

Justo cuando Amelia se disponía a marcharse, una voz infantil resonó con fuerza.

—¡Mami!

Amelia se giró con rapidez al reconocer la voz de su hija. Clariss venía bajando por la calle con una cesta de ropa sobre los brazos, mientras los niños avanzaban por delante, tomados de la mano. Pero Daphne se soltó al verla y corrió con entusiasmo hacia ella.

La sonrisa de Amelia se borró de inmediato al ver, en la esquina, una carreta tirada por dos caballos girando rápidamente, sin detenerse.

—¡Daphne, detente! —gritó, alarmada, con el corazón a punto de romperle el pecho.

Todo ocurrió en un parpadeo. Amelia corrió hacia su hija, pero fue testigo de cómo Louis empujaba a su hermana hacia un costado, salvándola.

El carruaje no tuvo tiempo de detenerse.

Louis cayó de lado y uno de los caballos lo golpeó con fuerza. Su pequeño cuerpo se vio arrastrado brevemente hasta quedar inmóvil sobre el suelo empedrado.

Un grito agudo escapó de la garganta de Amelia:

—¡Louis!

Corrió sin pensar, sintiendo que el mundo a su alrededor se convertía en un zumbido lejano. Su corazón apenas le cabía en el pecho mientras se lanzaba de rodillas a su lado.

—¡Louis! —lloró, tomándolo con cuidado entre sus brazos—. Mi amor, despierta, por favor... por favor...

El niño no reaccionaba. Su rostro tenía raspones visibles, al igual que sus brazos. Tenía la ropa manchada con un poco de sangre por los raspones y la tierra. Amelia lloraba sin control; su cuerpo temblaba mientras sostenía a su hijo contra su pecho.

Clariss, pálida como el lino, había soltado la cesta de ropa sin siquiera pensarlo y se apresuró a abrazar a Daph, quien lloraba desconsolada y temblaba de miedo.

—Shh, cariño, estás bien, estás a salvo —le susurraba Clariss mientras acariciaba su espalda.

Brianna llegó corriendo también, con su hija en brazos, y se colocó al lado de Amelia, sus ojos tan llenos de miedo como los de su hermana. Observó a Louis, evaluándolo con rapidez, pero sin tocarlo aún, consciente de que podían haber lesiones internas.

—¿Daph está bien? —preguntó Amelia entre sollozos, sin dejar de mirar a su hijo.

—Sí, sí, solo está asustada —respondió Clariss, abrazando más fuerte a la niña—. Él la salvó…

Cole también llegó apresurado y se arrodilló junto a Amelia.

—Tenemos que llevarlo al puesto médico. Rápido.

Amelia asintió, intentando levantarse con Louis en brazos, pero sus manos temblaban tanto que apenas podía sostenerlo. Lo intentó de nuevo, sus piernas flaqueando, pero no podía.

—Déjame —dijo Cole con suavidad y, sin esperar más, tomó al niño con sumo cuidado y lo alzó contra su pecho—. Yo lo llevo.

—Él va a estar bien, ten fe —le dijo Ruth con los ojos vidriosos, tomando la mano de Amelia un instante.

Amelia no pudo responder. Solo asintió, con los labios apretados y el rostro empapado en lágrimas.

Siguió a Cole con Brianna y Clariss a su lado, cada una cargando a una de las niñas.

Durante todo el trayecto al puesto médico, su oración fue constante y desesperada. Solo pedía que su hijo estuviera bien.

Apenas llegaron al puesto médico, una enfermera que reconoció a Brianna fue corriendo a llamar al doctor. Mientras tanto, Brianna dejó a su hija con Clariss y guió a Cole hacia la sala de tratamiento, una habitación limpia con camas pequeñas cubiertas por sábanas blancas.

—Ponlo aquí —ordenó Brianna, señalando una de las camas.

Cole obedeció y depositó al niño con sumo cuidado. Amelia se quedó al borde, con las manos en el rostro, temblando. Daph la abrazó por las piernas y ella enseguida la cargó, recostándola en su pecho.

Brianna empezó a trabajar con rapidez. Tomó un frasco con aguas aromáticas de amoníaco y lo pasó por debajo de la nariz del niño.

—Vamos, Louis… vuelve conmigo, cielo… —murmuró.

Pasaron unos segundos, hasta que el niño frunció el ceño y emitió un gemido débil. Brianna sonrió, aliviada.

—Despertó —anunció con una respiración aliviada—. No parece tener un trauma grave en la cabeza.

Tomó una lámpara de aceite, la encendió y acercó la llama con cuidado a los ojos del niño, evaluando sus pupilas.

—Reacciona a la luz. Bien —susurró.

Luego, al palparle las extremidades, Louis gritó cuando Brianna tocó su pierna derecha.

—Tiene la tibia probablemente fracturada —explicó con rapidez, mirando a Amelia—. Tenemos que inmovilizarlo cuanto antes.

Amelia se acercó de inmediato, tomando la mano del niño y besándola con desesperación.

—Estoy aquí, amor. Mami está aquí.

Daph pasó sus manitas por el rostro de su hermano.

—Alex... ¿te duele? —preguntó con inocencia. Solo ella lo llamaba por su primer nombre porque le era más fácil la pronunciación.

Brianna fue a buscar dos tablillas de madera del dispensario y algunas vendas de lino.

El doctor Morton llegó en ese momento, un hombre de al menos treinta y siete años.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó mientras se acercaba.

—Fractura en la tibia, doctor —respondió Brianna con respeto, ya que él no era igual al doctor Lemuel; era más estricto con ella—. Sin

trauma craneal aparente. Pupilas reactivas, despertó con amoníaco. Necesita la pierna inmovilizada cuanto antes y un ungüento para aliviar el daño muscular.

—Pero antes de que procedamos... —miró a Amelia, sin rastro de compasión—, es necesario saldar las deudas pendientes.

Amelia lo miró sin comprender.

—¿Qué... qué dice? —balbuceó.

—Usted tiene un historial de deuda con este establecimiento, señorita Straton —respondió con sequedad—. Sin pago, no hay tratamiento.

El corazón de Amelia se oprimió aún más. Louis gimió de dolor, su rostro bañado en sudor y lágrimas. Daphne se aferraba a su cintura con miedo.

—¡Doctor Morton! —exclamó Brianna con incredulidad—. ¡Está sufriendo! ¿Quiere esperar a que empeore?

—Lo que quiero es que recuerden que este no es un hospicio de caridad. La medicina cuesta —replicó él.

—¡Yo trabajaré horas extras! —aseguró Brianna con urgencia.

—Yo iré a buscar a Pierce —expresó Clariss, dejando a Aurora con Cole—. Él tiene que ayudar.

Amelia no respondió. Todo sonaba distante. Las palabras se le escapaban, su vista nublada por las lágrimas. Solo podía mirar a su pequeño, retorciéndose del dolor, y ella sin poder hacer nada.

—¡Por favor! —suplicó.

Brianna, intentando mantener la calma, se acercó a una pequeña alacena y tomó un frasco de láudano diluido. Lo agitó con destreza y lo mostró al doctor.

—¿Puedo, al menos, administrarle esto para calmar el dolor?

Morton observó al niño que sollozaba y, tras un breve silencio, asintió.

—Una dosis. Nada más.

Brianna asintió, mordiendo su orgullo, y preparó la mezcla con la cuchara especial de dosificación.

—Toma, mi amor… te sentirás mejor —le susurró Amelia a Louis, ayudándole a beber el líquido con manos temblorosas.

Fue entonces cuando Cole dio un paso adelante con Aurora en sus brazos.

—Yo pagaré la consulta —habló con firmeza—. Pero por favor, no deje que siga sufriendo.

Morton lo miró por un instante, sorprendido. Asintió con la barbilla y, sin añadir una palabra, giró sobre sus talones.

—Sígame, joven —ordenó a Cole—. Hay que dejar registrado el pago en el libro de cuentas.

Cole miró a Amelia, que no supo cómo agradecerle con palabras, y desapareció tras el doctor.

—Voy a colocarle la férula —anunció Brianna con voz baja—. Pero no te preocupes, será rápido y no dejaré que se queje mucho más.

Daphne miraba todo pegada a Amelia, su carita húmeda por las lágrimas, con los rizos oscuros pegados a la frente.

—¿Mami… Alex está así por mi culpa? —preguntó con voz quebrada, sus grandes ojos azules buscándola.

Amelia la abrazó con fuerza, besándole la coronilla.

—No, mi amor… no digas eso. Tu hermano te ama y haría todo por protegerte. Pero esto no es culpa tuya, ¿me oyes? —le susurró entre lágrimas.

El corazón de Amelia latía con fuerza contenida mientras sostenía a Daph y apretaba la manita de Louis.

—Él va a estar bien, Daph. Te lo prometo.

Mientras tanto, Brianna, con la ayuda de otra enfermera, procedía con la inmovilización. Usó dos listones de madera, vendas de lino y una mezcla de arcilla fría con tintura de árnica para evitar la hinchazón.

—Está estable —anunció minutos después—. Pero va a necesitar reposo absoluto por varias semanas. Esperemos que no necesite rehabilitación.

Amelia asintió con un atisbo de alivio. Su hijo estaba vivo. Eso, al menos, era suficiente para seguir respirando.

Capítulo 11

Pierce estaba reunido en su despacho con Emerson y Marco Fairfax, el hermano de Cecilia. Sobre la mesa reposaban varios mapas náuticos, contratos a medio firmar, registros de mercancías y unas copas de brandy. Era casi mediodía, y los tres hombres discutían los últimos detalles de dos barcos que debían partir esa misma noche rumbo a La Habana[1] y a Port-au-Prince[2].

Sin embargo, por más que lo intentaba, Pierce no lograba concentrarse del todo. Desde hacía dos días, desde que esa mujer, Amelia, había irrumpido en su casa afirmando ser su esposa y la madre de sus supuestos hijos, su mente se había vuelto un caos. Por más que se lo prohibía, su memoria no dejaba de recordar el rostro serio del niño… su ceño fruncido, tan parecido al suyo. La niña, más tierna, también le rondaba el pensamiento, sobre todo cuando la escuchó decir *Alex*.

Había esperado que Amelia regresara, que insistiera con esa historia absurda de que estaban casados y él era el padre de sus hijos. Pero, extrañamente, no lo había hecho.

No era que quisiera verla. Aunque era innegable que Amelia era una mujer hermosa, había algo en ella que no le gustaba. Tal vez era su cabello rubio, o esos ojos azules. Desde que había despertado tres años y medio atrás, había descubierto algo curioso: no soportaba a las mujeres rubias de ojos azules. Había intentado estar con algunas, pero siempre lo asaltaba una inquietud en el pecho, un malestar inexplicable. Nada le generaba placer. Solo una sensación de angustia vaga.

Aun así, había esperado que Amelia volviera. Tal vez porque eso le habría dado una excusa para acallarla. Podía ofrecerle dinero, una

suma razonable, y cerrar el asunto. Ella lo aceptaría, desaparecería con sus niños y todo volvería a estar bajo su control.

Pero no había regresado.

—¿Pierce? —La voz de Marco lo sacó de sus pensamientos.

Parpadeó y volvió al presente. Marco lo miraba con una leve impaciencia, sosteniendo el manifiesto de carga de uno de los barcos.

Marco se había convertido en su amigo y socio, y confiaban en que la boda con Cecilia fortaleciera aún más los lazos entre ambos. Él había heredado la naviera de su padre y, gracias a su astucia y ambición desmedida, la había transformado en una de las más competitivas e importantes de Nueva Orleans.

—¿Qué dices del *Celestine*? —repitió Marco señalando con el dedo una de las rutas marcadas en el mapa—. El clima está a favor, y si bordea las costas de Florida, podrá llegar a La Habana en menos de cinco días. El *Sea Wraith* irá hacia el sur, hasta Saint-Domingue.[3]

Ambos llevan cargamentos de textiles, aguardiente y piezas mecánicas que esperan en el puerto desde hace dos días.

Pierce asintió, cruzándose de brazos.

—Imagino que confirmaron con qué regresan nuestros barcos.

—Sí. Azúcar, café y tabaco. Lo de siempre. Pero esta vez la carga de tabaco viene directamente de las plantaciones del señor Duclerc, y sabes lo que eso significa.

Pierce asintió. El tabaco de Duclerc significaba calidad y dinero. Y también que habría competencia interesada en robarles parte de esa mercancía, lo que justificaba la presencia de armamento ligero a bordo.

—Daremos buenas ganancias —Emerson intervino al fin, con tono práctico—. Pero debemos asegurarnos de que los capitanes sigan las rutas acordadas. Nada de desvíos. Si los barcos se retrasan, perdemos dinero.

Marco sonrió de lado.

—Mis hombres no se desvían, Emerson. Saben que no hay mayor castigo que decepcionarme.

Pierce lo miró sin responder. Sabía bien que Marco no exageraba en sus palabras. Su reputación como comerciante despiadado no era inmerecida.

Si a Pierce se le conocía como el Diablo de Nueva Orleans, era porque aún no conocían verdaderamente a Marco Fairfax. Mientras que Pierce construía su reputación con frialdad, estrategia, calma y amenazas, Marco era brutal y sin escrúpulos. Más cruel, más impulsivo, más tajante. Castigaba sin investigar, despedía sin preguntar y sin remordimientos. No confiaba en nadie más que en su círculo social más reducido, y ni siquiera dentro de ese círculo había verdadera lealtad, solo interés por el poder que ostentaba.

Pierce, por su parte, era frío, pero calculador. Jamás actuaba sin medir los efectos. Esa diferencia era lo que lo había llevado a posicionarse en la cima del comercio local sin tener que ensuciarse las manos más de lo necesario. Prefería que otros lo hicieran por él, como un rey que observa desde la distancia antes de unirse a la guerra.

Justo entonces, la puerta del despacho se entreabrió. Una sirvienta apareció, con las mejillas sonrojadas.

—Disculpe, milord... —hizo una reverencia apresurada—. Hay una mujer que exige verlo. Dice que es urgente.

Pierce sintió cómo se tensaban sus hombros. Su primer pensamiento fue Amelia. Su mandíbula se endureció.

—Hazla esperar en el vestíbulo.

—Sí, milord.

Cuando la puerta se cerró, Marco arqueó una ceja.

—¿Una amante? —preguntó con sorna, sirviéndose otra copa de brandy.

—Algo mucho menos entretenido —respondió Pierce con sequedad.

—Espero que no estés generando problemas que afecten tu juicio. Lo último que necesitamos es un escándalo con la fecha de la boda

tan cerca —añadió Marco, con voz suave pero amenazante.

Pierce lo ignoró. La unión con Cecilia era una jugada estratégica. Él lo sabía, Cecilia también. No había amor, pero sí conveniencia. Y la conveniencia dictaba el poder en la sociedad.

—Terminen ustedes los documentos —pidió finalmente a Emerson y Marco.

Cuando salió del despacho, se preparó mentalmente para enfrentar a Amelia y, quizá, ofrecerle el dinero con el que la silenciaría de una vez por todas. Pero al llegar al recibidor, no fue ella a quien vio.

Era la otra mujer que estaba con Amelia y los niños. Clariss, la hermana menor de Amelia. Estaba ahí con el rostro pálido y los ojos desorbitados. Su respiración era entrecortada, y sostenía la falda con fuerza.

—¡Pierce! —exclamó en cuanto lo vio, sin expresar un saludo cordial —. ¡Tu hijo está herido! ¡Está en el puesto médico!

Pierce se quedó inmóvil.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, su voz baja y tensa.

—Louis, el niño, fue atropellado por una carreta —espetó Clariss—. Necesitamos tu ayuda, Louis sufrió una fractura en la pierna y el médico se niega a atenderlo si no pagamos la deuda que tenemos con el puesto médico.

Pierce sintió como si una piedra helada se posara en su estómago.

En ese momento, entraron en la sala Emerson, quien se tensó ligeramente al ver a Clariss, y Marco, quien alzó una ceja al verla.

—¿En qué puesto médico está? —preguntó Pierce, con un deje de preocupación en la voz.

—En el puesto médico de Sainte-Marie —respondió Clariss—. Por favor, es tu hijo. Tienes que creernos. Y está herido.

La súplica de Clariss estaba de más. Pierce iría y ayudaría al niño, fuera o no su hijo.

—¿Hijo? ¿Tienes un bastardo, Pierce? —el tono burlón de Marco fue evidente.

Clariss lo fulminó con la mirada.

—No es un bastardo, tonto. Mi hermana y él —señaló a Pierce— están...

—No perdamos tiempo —interrumpió Pierce.

No quería seguir escuchando el tema del supuesto matrimonio entre él y Amelia. Además, el enojo que comenzaba a vislumbrarse en los ojos de Marco no pasaba desapercibido. Clariss lo había insultado con una sola palabra cuando otros habían pagado más caro por menos que eso.

—Vamos —le dijo a Clariss, lanzando una mirada a Emerson, quien asintió ligeramente.

—Tu amigo es muy maleducado —espetó Clariss mientras tomaba asiento frente a él en el carruaje—. Llamar bastardo a un niño sin saber nada de su historia... No me agrada.

Pierce la miró de reojo, una ceja alzada con evidente escepticismo. ¿Ella hablaba de mala educación? Si alguien sabía cómo alterar el equilibrio de una conversación, era ella. Solo esperaba que la tercera hermana fuera distinta.

Él ya había mandado investigar a Amelia Straton. El informe que le llegó revelaba que Amelia vivía con sus dos hermanas en el barrio de Faubourg Sainte-Marie desde hacía tres años. Habían llegado embarazadas, ella y su otra hermana, Brianna Straton. El documento mencionaba que eran inglesas, pero no entraba en demasiados detalles.

Cuando el carruaje se detuvo frente al puesto médico, bajó sin decir palabra. Clariss lo guió por los pasillos. Reconoció de inmediato las miradas que recibía de las enfermeras. Era imposible no ser reconocido siendo uno de los hombres más poderosos de Nueva Orleans, pero eso no le importaba.

Al llegar a la sala vio a Amelia.

Estaba sentada al borde de una de las camas, con la niña en su regazo y la mano del niño atrapada entre las suyas. Su rostro estaba vuelto hacia el pequeño, el cabello desordenado cayendo sobre sus

hombros. A su lado, una mujer rubia, de estatura mediana y esbelta, cargaba a una niña que parecía dormida. La tercera hermana, sin duda.

—Amelia —llamó Clariss mientras se adelantaba.

Pierce se quedó atrás, manteniendo una distancia prudente.

Amelia giró el rostro, y su expresión se tensó al verlo. Se levantó con cuidado, dejando a la niña dormida junto a su hermano, quien yacía inmóvil, con el rostro pálido y la pierna derecha vendada.

Fue entonces cuando notó a un joven cerca de la cabecera. Más joven que él. Y demasiado cerca de Amelia.

Frunció el ceño.

—¿Clariss, qué hiciste? —preguntó Amelia sin quitarle la vista a su hermana.

—Te dije que iría por él —respondió con orgullo—. Pierce pagará las deudas. Louis necesita el tratamiento.

Amelia se giró hacia él con los ojos abiertos. Dio un paso adelante.

Pierce la observó con detenimiento. Las últimas veces que la había tenido frente a él no se había permitido mirarla realmente.

Sí, era hermosa. Había un dejo de cansancio y tristeza en sus ojos azules. Su rostro, aunque joven, estaba marcado por la fatiga; su cabello rubio estaba suelto y caía en mechones algo desordenados sobre sus hombros, como si no hubiera tenido tiempo de peinarlo. Era esbelta, pero en comparación con su hermana Brianna, tenía un cuerpo más curvilíneo, más lleno. Un cuerpo que delataba su maternidad.

—¿Tú... aceptaste que son tuyos? —preguntó Amelia con esperanza.

Pierce tardó un segundo en responder.

—Aún tengo mis dudas —habló finalmente, manteniendo la voz firme—. Pero el niño necesita atención médica.

La vio asentir y bajar la mirada. No discutió, ni suplicó.

—Veo que ya fue atendido —añadió Pierce, señalando con un leve gesto la pierna vendada del niño.

—Sí. El médico aceptó que pagáramos esta consulta al menos —respondió Amelia.

—Fue Cole quien pagó —intervino Brianna, hablándole por primera vez.

Cole. Pierce giró el rostro hacia el joven. Lo miró con más atención. Su expresión era firme, sin temor. Un hombre común, pero con una seguridad que no le gustaba.

—Entonces a ti te debo el pago —expresó Pierce con frialdad, sin apartar la vista de él.

—No es necesario. Lo hice por Louis —respondió Cole con firmeza.

Pierce apretó los dientes.

—Pero aún hay que pagar las otras deudas. Y seguro Louis necesitará rehabilitación —murmuró Amelia, apretando sus manos.

Pierce sintió el impulso de poner los ojos en blanco. Ahí estaba el interés. Aunque fuera por el niño, siempre querían algo más. Así eran las mujeres como Amelia.

—Hay que esperar al médico —intervino Brianna—. Dijo que volvería pronto.

Pierce asintió, cruzando los brazos. Miró a Louis nuevamente. Dormía, pero tenía el rostro tenso por el dolor. Allí, a su lado, Daphne dormía acurrucada.

El sonido de pasos interrumpió el silencio de la sala. Al voltear, Pierce vio entrar al médico.

—¿Señor Dankwroth?[4] —preguntó el médico al verlo, deteniéndose brevemente con cierta sorpresa—. ¿Se encuentra usted bien?

Pierce asintió con la cabeza, sin molestarse en dar más explicaciones. No era él el paciente.

El doctor Lemuel no insistió. Sus ojos recorrieron entonces el cuarto hasta detenerse en las tres hermanas... y en los niños.

El entendimiento se reflejó en su rostro en cuanto los miró. Asintió y se acercó sin más, deteniéndose al lado de la cama donde Louis yacía dormido, su pierna derecha vendada y levantada sobre un pequeño almohadón.

Pierce se adelantó un poco. No pasó por alto la mirada fugaz que el médico le dirigió; fue una pregunta silenciosa.

Ambos niños se parecían a él. Louis, sobre todo. Daphne era más delicada, pero su nariz, su boca... no dejaban duda del vínculo.

El doctor se inclinó sobre Louis, retiró con cuidado parte de la venda y revisó la pierna. Hizo un leve gesto de aprobación.

—Buen trabajo, Brianna —habló sin levantar la vista—. El entablillado está firme y limpio. Supo actuar rápido.

—Gracias, doctor Lemuel —respondió Brianna, con satisfacción.

El médico terminó de examinar al niño, comprobando la respiración, el color de la piel y la sensibilidad del pie. Luego se irguió.

—La fractura, afortunadamente, no ha comprometido la articulación. Si no hay inflamación anormal ni fiebre en los próximos días, y si el hueso suelda correctamente, con algo de suerte evitará secuelas —explicó, mientras limpiaba sus lentes—. Pero no es seguro aún. Es posible que necesite rehabilitación en la pierna cuando comience a sanar. Ejercicios suaves, masajes, baños calientes... aunque eso no se sabrá hasta dentro de unas semanas.

Amelia asintió con el rostro tenso.

—¿Y el dolor? —preguntó ella.

—Le he preparado una dosis de láudano diluido, pero no debe abusarse de él. Solo en caso de dolor intenso, y preferiblemente por las noches. Más allá de eso, reposo absoluto. La pierna no debe tocar el suelo por lo menos en las primeras cuatro semanas. Hay que mantenerla elevada.

—¿Y el costo del tratamiento, doctor? —preguntó Brianna, sin rodeos.

El doctor Lemuel suspiró.

—El láudano es costoso, y si requerimos otras medicinas o aceites, habrá que cubrirlas. El tratamiento posterior dependerá del progreso.

—Yo cubriré lo que sea necesario —intervino Pierce con tono seco, mirando al médico sin apartar la vista.

Lemuel lo estudió un instante más, luego asintió sin una palabra.

—Podrán llevar al niño esta misma tarde. Aunque lo ideal sería que no se le traslade más de una vez —añadió mirando a Amelia—. Si tienen dónde cuidarlo con reposo y comodidad, no hay razón para retenerlo aquí.

—Gracias, doctor. Se lo agradezco —expresó Amelia con voz baja, pero clara.

Pierce no habló. Se acercó un poco más y miró a los niños en la cama. Daphne seguía dormida junto a su hermano, la pequeña cabeza apoyada sobre su brazo.

Sus hijos.

La palabra volvió a cruzar su mente con fuerza.

Si eran suyos, como ya no podía negar, al menos en apariencia, no permitiría que siguieran viviendo como pobretones. No en Sainte-Marie, entre deudas y carencias.

Tenían que estar bajo su techo.

Tenían que acostumbrarse a su modo de vida, a su autoridad, a sus reglas. Solo así aprenderían. Solo así él podría enseñarles a su modo.

Amelia, en cambio... Si también quería estar con ellos, tendría que regirse por sus normas. Tendría que ganarse su lugar bajo su techo. No sería fácil vivir a su costa, si ese era su plan.

Capítulo 12

Amelia aguardaba en silencio, sentada junto a la cama, mientras el doctor Lemuel escribía en un papel las indicaciones de cuidado para Louis. Sin embargo, aunque sabía que su hijo estaba fuera de peligro, una inquietud persistente se aferraba a su pecho. La causa de ese malestar se hallaba al otro lado de la habitación: Pierce, recostado contra la pared, ocupando con su sola presencia más espacio del que realmente necesitaba.

No lograba descifrar su expresión. Estaba allí, observando… pero ¿con qué propósito? ¿Aceptaba a los niños? ¿O simplemente estaba actuando por caridad? Las preguntas daban vueltas en su mente, pero no encontraba respuestas para ellas.

Aun así, su mayor deseo era que él la recordara, aunque fuera un poco. Que recordara lo que habían sido, el amor que se habían tenido. Era cruel que solo ella llevara intactos todos esos recuerdos.

—Ahora entiendo por qué no lo puedes olvidar —murmuró Brianna, lo suficientemente bajo como para que solo ella pudiera escucharla.

Amelia giró el rostro hacia su hermana, algo sorprendida por su comentario. Ese día, Brianna parecía estar más ligera de humor que de costumbre. Pero no podía reprocharle nada. Al fin y al cabo, Brianna había sido la que más tardó en recomponerse al dejar Londres. No por la adaptación a Nueva Orleans, sino por el tiempo que le llevó cerrar la herida que Ian le había dejado. Y aun así, Amelia sabía que no había sanado del todo.

La conversación que habían mantenido antes del accidente de Louis, cuando ella mencionó a Ian, fue suficiente para darse cuenta.

Ya habían pasado siete meses desde que habían llegado a Nueva Orleans. La adaptación no había sido fácil, pero tampoco imposible.

Aquella noche, la casa se hallaba sumida en un silencio cálido, roto solo por el crepitar tenue del fuego en la cocina.

Amelia estaba sentada en uno de los asientos que el señor Delacroix, el casero, les había regalado, con Daphne acurrucada en sus brazos, amamantándola con paciencia. Louis dormía plácidamente en su regazo, envuelto en una pequeña manta de hilo. Frente a ella, Brianna tejía con manos hábiles, sus ojos concentrados en la labor, mientras Clariss se movía en la cocina, removiendo una sopa que burbujeaba lentamente sobre el fogón.

El aroma a pan recién horneado y hierbas secas se mezclaba con el de la leña ardiendo. Hacía poco que Clariss y Amelia habían terminado de lavar las ropas del día para las casas más adineradas de la ciudad. Durante esas horas, Brianna había cuidado de los pequeños.

El parto había sido hacía cuatro meses. Para su sorpresa, Amelia había dado a luz no a uno, sino a dos pequeños. El alumbramiento, aunque doloroso, no había traído complicaciones, y la recompensa había sido ver por primera vez los rostros diminutos y sonrosados de Daphne y Louis. Nunca en su vida había experimentado algo tan hermoso y gratificante. Sus bebés eran frágiles, pero habían nacido sanos, y eso era todo lo que importaba.

Sin embargo, nada borraba la punzada en su pecho al recordar que Alex no había estado allí. Ella habría dado todo por tenerlo a su lado en aquel momento tan especial. Ya hacía un año que lo había perdido. No sabía qué era más doloroso: pensar que había muerto… o creer que realmente la había abandonado. Ambas posibilidades le desgarraban el alma, aunque todavía guardaba, en lo más hondo de su corazón, una chispa de esperanza.

Ellas sobrevivían gracias al lavado de ropa para familias adineradas, pequeños trabajos de limpieza o encargos de costura. En esos días, Amelia y Clariss se ocupaban de las tareas más pesadas, mientras que Brianna, que estaba a punto de dar a luz también, se dedicaba casi por completo a la costura.

Aunque Amelia no lo expresara, estaba preocupada por su hermana menor. El embarazo parecía sentarle bien físicamente, pero en sus ojos se notaba un dolor que no podía disimular. Amelia sabía lo que era enamorarse y sufrir por amor… lo que no entendía era por qué Brianna aún le profesaba tanto afecto a Ian, un hombre que nunca la había valorado ni respetado en el escaso tiempo que habían estado juntos.

Sabía que su hermana le ocultaba cosas que habían ocurrido entre ellos y que ella no conocía. No podía saber si se trataba de recuerdos dulces o amargos, pero esa barrera la dejaba sin herramientas para ayudarla.

Amelia solo esperaba que, cuando su hijo naciera, Brianna pudiera ver la vida desde otra perspectiva. Aunque el dolor permaneciera, deseaba que comprendiera que pronto tendría una personita que la necesitaría más que nunca. Ella misma lo sabía bien: por dentro estaba rota por la ausencia de Alex, pero vivía con un único propósito… sobrevivir y salir adelante por sus hijos.

Amelia suspiró, apartando la mirada de su hermana y posándola en Louis, que dormía con el rostro relajado gracias al láudano. En contraste, Pierce permanecía en el mismo lugar, inmóvil.

El doctor Lemuel terminó de escribir las indicaciones y extendió el papel a Amelia.

—Me dejarán la dirección donde se encuentre el niño y yo mismo iré a visitarlo la próxima semana, para comprobar su recuperación.

Amelia iba a responder que seguirían en la misma casa de siempre, pero Pierce se adelantó. Dio un paso hacia ella, tomó el papel de su mano con gesto firme y habló sin mirarla.

—Estará en mi casa, en Royal St.

Amelia lo observó con desconcierto, aún con la mano extendida en el aire, como si el papel todavía reposara en ella.

—Perfecto —respondió el médico—. Entonces la próxima semana me presentaré allí.

Pierce asintió sin más. El doctor se despidió cortésmente y salió de la sala, dejando tras de sí un silencio cargado.

Amelia agitó la cabeza para sacudirse el trance en que aquellas palabras la habían sumido.

—Espera… ¿por qué dices que Louis estará en tu casa, cuando ni siquiera los has reconocido? Esto…

—Desde el momento en que pagué la deuda que tenías aquí —la interrumpió Pierce con voz autoritaria—, he aceptado, al menos en parte, que son míos. El parecido es innegable.

—¿Y pretendes que vivamos en tu casa? Porque si crees que dejaré a mis hijos a tu merced, estás loco.

Pierce alzó una ceja ante las palabras de Amelia.

Ella, de inmediato, sintió un leve arrepentimiento por haberse excedido en el tono… y por llamarlo loco. En Londres, semejante atrevimiento habría sido un escándalo capaz de arruinar su reputación en cuestión de horas. Sin embargo, la vida en Nueva Orleans le había otorgado a ella y a sus hermanas una libertad que el rígido y asfixiante protocolo londinense no les daba.

—Dejaré pasar eso —expresó él, con frialdad—. Pero si quieres vivir bajo mi techo y que yo cuide de tus hijos, tendrás que respetarme y obedecerme.

La ira le recorrió la sangre como un latigazo. A pesar de que sus facciones eran idénticas a las del hombre que había amado, no era Alex. Era otro, más duro, más distante. Ese dolor le atravesaba el alma. No estaba obligada a recibir semejante trato… no de él, no si quería conservar su estabilidad emocional lo suficiente como para seguir adelante.

—No creo que… —empezó a decir, pero Brianna la tomó del brazo, interrumpiéndola. Se inclinó para susurrarle al oído:
—Piensa en Louis. Su recuperación será costosa, y Pierce está dispuesto a ceder.

Amelia tragó saliva. Sus ojos se posaron en sus hijos, que dormían en la cama, y luego en Pierce, que la observaba con neutralidad,

como si aguardara su rendición.

Suspiró, resignada.

—Está bien. Haré lo que quieres.

—Amelia… —la voz de Cole la hizo girar. Él se colocó a su lado. Era alto, pero no tanto como Pierce—. No tienes que hacerlo. Yo pediré ayuda a mi padre. No tienes por qué someterte a sus condiciones.

Pierce arqueó una ceja, y luego frunció el ceño.

Amelia le dedicó a Cole una sonrisa cargada de gratitud.

—No puedo permitirlo, Cole. Ya hiciste bastante al traer a Louis y quedarte aquí con nosotras, cuando sé que tienes otros asuntos que atender.

—No es nada. Siempre estaré aquí para ayudarte —respondió él, con firmeza.

Clariss carraspeó suavemente, intentando disipar la tensión que las palabras de Cole habían provocado.

—Supongo que lo mejor será llevar a Louis directamente a tu… casa. Así no sufrirá demasiado con el trayecto —comentó Amelia con cautela. Pierce asintió, y ella continuó—. Mis hermanas y yo iremos por nuestras cosas y luego…

—No he dicho que tus hermanas puedan mudarse también.

El ceño de Amelia se frunció de inmediato.

—Pero…

—Tú y los niños. Esto no es una familia. Lo hago por ellos, no por ti.

Las palabras le dolieron como pedradas en el cuerpo. Por un instante estuvo tentada de negarse, de decirle que no necesitaba nada de él. Pero el orgullo no pagaría los gastos médicos ni el tratamiento de Louis. Tendría que ceder, al menos hasta que su hijo estuviera sano.

Miró a sus hermanas con tristeza. Desde que habían llegado a Nueva Orleans nunca se habían separado; juntas habían sido un equipo.

—No te preocupes por nosotras. Piensa en Louis por ahora, él te necesita —animó Brianna, apretándole la mano.

Clariss asintió en silencio, aprobando las palabras de su hermana.
—De todos modos, no estaremos tan lejos. Iré a verlos siempre que pueda. No soportaría estar separada de mis bellos sobrinos demasiado tiempo.

La mirada de Pierce se volvió hacia ella al instante, y su ceño se arrugó en una mueca de fastidio.

En ese momento, una voz femenina resonó en la sala:
—¿Pierce?

Todos se giraron hacia la entrada. Amelia se tensó al ver a Cecilia acercarse con paso seguro y elegante, llevando en el rostro una sonrisa amable. Saludó a todos con cortesía y una simpatía natural, inclinando levemente la cabeza. Amelia apenas se atrevía a respirar.

Cecilia llevaba un vestido de seda color verde esmeralda, ceñido en la cintura con un fino cinturón bordado, que realzaba la delicadeza de su figura. La falda caía en pliegues suaves hasta rozar el suelo. Su cabello castaño, pulcramente recogido en un moño bajo, dejaba escapar algunos mechones que suavizaban las líneas de su rostro.

—Cecilia, ¿qué haces aquí? —preguntó Pierce con un tono suave.

La frase fue como un cuchillo que se hundía más hondo. Ese tono… era el mismo que usaba con ella, impregnado de dulzura y delicadeza. Ahora, para Amelia solo guardaba palabras bruscas y miradas frías. A Cecilia, en cambio, le ofrecía su mejor parte.

Se obligó a contener las lágrimas que amenazaban con nublarle la vista.
¿Tendré que presenciar esto todos los días si vivo bajo su techo? —pensó.

La primera vez que los había visto juntos, tres días atrás, había sentido un golpe seco de traición; pero ahora era distinto. Lo que la desgarraba era una mezcla feroz de celos, angustia… ¿y odio, quizá? Sin embargo, todavía lo amaba. Por eso, era inevitable sentir esa carga de emociones. ¿Pero cómo podría reclamarle algo? ¿Cómo exigirle respeto, cuando él ni siquiera la recordaba?

—Mi hermano me dijo que estabas en el puesto médico y me preocupé —respondió ella, con una voz suave y melodiosa.

—No es nada… —repuso Pierce. Giró el rostro hacia la cama donde estaban los niños; Amelia siguió su mirada antes de verlo regresar a Cecilia—. Debemos hablar de algo.

Cecilia asintió y le dedicó una sonrisa leve.
—No te preocupes. Marco me adelantó un poco… —entonces, su mirada se posó en los niños.

Amelia se interpuso sutilmente por instinto. Cecilia la miró entonces, y le ofreció una sonrisa tan amable que descolocó a Amelia.

—¿Están bien? —preguntó, con genuina preocupación en el tono.

Amelia ladeó la cabeza. No esperaba que la prometida de Pierce aceptara la existencia de sus hijos con tanta naturalidad. O fingía con maestría… o realmente era una buena persona.

Incapaz de articular palabra, Amelia solo asintió. El nudo en su garganta apenas le permitía respirar.

—Sí, el niño tuvo un accidente y se quedará en mi casa —respondió Pierce con naturalidad.

—Claro. Es lo mejor —contestó Cecilia, sin un atisbo de reproche ni incomodidad.

—Ven, acompáñame afuera y hablemos —indicó Pierce, tomando la mano de Cecilia con seguridad—. Enviaré un carruaje para ti y para los niños.

Sin más, se marchó de la habitación con ella. No las presentó, ni se detuvo un instante para mostrarle los niños.

No le importo —pensó Amelia.
Lo sabía, pero cada confirmación le dolía más.

—No sé, Amelia… —Clariss habló con voz suave, cargada de empatía—. Creo que no es buena idea que vayas con él. Vas a sufrir.

De sufrir, ya estaba sufriendo; solo que aquello prometía profundizarse aún más.

—Debo hacerlo… por Louis —murmuró.

—Te dije que podía ayudarte —intervino Cole.

Pero Amelia negó. No quería involucrarlo en sus problemas.

Ella había deseado que Alex regresara a su vida. Y ahí lo tenía… pero él ya no era su Alex. Y había llegado el momento de que su corazón lo entendiera.

∞∞∞

Con la mano de Cecilia entre las suyas, Pierce la guio fuera del puesto médico, buscando el aire fresco de la calle. El ambiente cerrado y asfixiante de aquella estancia lo estaba volviendo loco; no soportaba pasar un minuto más allí, rodeado de personas que apenas conocía. Solo permanecía por los niños… y, en el fondo, empezaba a reconocer que le preocupaban. Aunque aún no había interactuado con ellos.

—Cecilia, si Marco te dijo lo que sucedía, ya sabrás que los niños que viste ahí dentro son mis hijos. —Su voz no sonaba a disculpa. No lo haría. No iba a disculparse por algo que no recordaba haber hecho, y mucho menos por la existencia de los niños.

—Lo entiendo, Pierce. No te estoy reclamando, ni pienso alejarlos. Son solo niños —respondió ella, mirándolo directamente a los ojos.

Pierce asintió. En el fondo se lo agradeció; no todas las mujeres aceptaban hijos nacidos fuera del matrimonio. Y aunque aún no estaban casados, pronto lo estarían. El compromiso era, sobre todo, un acuerdo de conveniencia, pero él prefería mantener con su futura esposa una relación cordial y sin fricciones.

—Te agradezco la empatía —dijo, sin suavidad excesiva en el tono. No era su estilo ser afectuoso.

—¿Por qué ella te los ocultó hasta ahora? —preguntó Cecilia.

Pierce sostuvo su mirada por unos segundos. Nadie, ni siquiera Marco, sabía que había perdido la memoria de toda su vida anterior. Era un dato que prefería guardar; de saberse, podrían usarlo en su contra.

—No lo sé. Tal vez solo busca mejorar su situación a costa de los niños.

Cecilia asintió. Esta vez, él detectó un destello de preocupación en sus ojos.

—No me voy a involucrar con ella, si eso es lo que piensas. Ella no me interesa. Pero los niños…

—Está bien. Confío en ti y en nuestro compromiso —respondió Cecilia, con una sonrisa contenida.

—Perfecto. ¿Quieres almorzar en el Dining Room de d'Orléans?

—Me encantaría —aceptó ella.

Pierce le ayudó a subir al carruaje, y por último a la dama de compañía de Cecilia. Minutos después, el vehículo se puso en marcha.

Pierce miró a su prometida unos segundos antes de volver su mirada a la ventanilla del carruaje. Él estaba conforme con Cecilia. Era una mujer práctica y educada, que conocía su lugar. Eso lo admiraba de ella. Como mujer, le gustaba… pero no lo enloquecía de deseo y mucho menos de amor. Si alguna vez había sentido algo más fuerte por alguien, no lo recordaba.

Al llegar, dio la orden a su cochero de regresar al puesto médico de Sainte-Marie y recoger a Amelia y a los niños para llevarlos a Royal St. y luego volver por él.

El Dining Room d'Orléans era uno de los establecimientos más refinados de la ciudad; tenía un ambiente distinguido heredado de las casas de comida parisinas. Al entrar, un maître los condujo a un salón lateral, separado del bullicio principal.

Ordenaron el almuerzo, y Cecilia le habló de los preparativos de la boda. Él fingió interés; en el fondo, le era indiferente la decoración, el vestido y demás detalles que parecían vitales para las bodas.

Una hora después, dejó a Cecilia en su casa y, en su propio carruaje, regresó a la mansión esperando que ya los niños y Amelia estuvieran en allí.

Al abrir la puerta principal, vio a Amelia sentada en el suelo del vestíbulo con Daphne entre las piernas, mientras Louis dormía

recostado en uno de los divanes. Ella lo miró un instante antes de apartar la vista.

—¿Por qué están en el suelo? —preguntó Pierce, cruzando las manos tras la espalda.

—Tu ama de llaves me dijo que no me sentara en los sillones con mis ropas sucias —respondió Amelia, con la voz grave, como si aquello fuera un insulto.

—Tiene razón. La tela de los sillones es demasiado costosa como para ensuciarla.

Amelia lo miró con fuego en los ojos. En ese momento, Daphne se levantó y se acercó a él.

—¿Sí eres mi papá? —preguntó la niña, ladeando la cabeza.

Pierce la observó detenidamente. La semejanza con Louis y él era evidente, pero también veía en ella las facciones de Amelia: los ojos azules, la forma de los labios, las mejillas.

—Daph, mi amor… —Amelia se incorporó, intentando apartarla, pero Pierce fue más rápido y la alzó en brazos.

—Lo soy —respondió.

La niña sonrió y lo abrazó por el cuello.

—Yo quería un papá. Y Alex también —susurró.

Pierce sintió un nudo en la garganta. El abrazo era cálido, genuino, como si lo conociera desde siempre. Y entonces, para terminar de quebrar su coraza, Daphne le dio un beso suave en la mejilla y volvió a rodearlo con sus bracitos.

Algo dentro de él se removió con fuerza, como si una puerta se hubiera entreabierto. Lo invadió una sensación extraña, un calor que subía desde el pecho hasta la garganta. Era un afecto profundo, casi instintivo.

Sin pensarlo, la sostuvo con más fuerza, disfrutando del calor de su pequeño cuerpo.

Su hija.

La palabra resonó en su mente.

¿Era posible que, con solo un abrazo, sintiera que realmente le pertenecía? Quizá era cierto lo que decían… que la sangre llamaba.

Capítulo 13

Pierce dirigió la mirada hacia Louis, aún con Daphne entre sus brazos. Sentía un interés real por acercarse a él, pero, por alguna razón, intuía que no sería tan sencillo como con la niña. Louis permanecía dormido, el rostro pálido y tranquilo bajo el efecto de la medicación.

Luego, sus ojos se encontraron con los de Amelia. Ella lo observaba en silencio con la mirada cristalizada. Él apartó la vista sin darle importancia; no estaba dispuesto a descifrar lo que se ocultaba tras esas supuestas lágrimas.

Con cuidado, dejó a Daphne en el suelo y se tomó un instante para reparar en su atuendo. Frunció el ceño. No eran los mejores vestidos, aunque debía reconocer que no estaban en mal estado. Sin embargo, si viviría bajo su techo, él se encargaría de que sus hijos tuvieran lo mejor.

Respiró hondo, y entonces volvió a fijar toda su atención en Amelia.

—Vamos a dejar las cosas claras —comenzó con dureza. No quería que ella creyera que habría alguna posibilidad entre ellos, si es que ese era parte de sus planes—. Les daré una habitación a cada uno.

Amelia negó con la cabeza.

—Lo mejor sería que durmiéramos los tres en la misma habitación. Daphne y Louis no están acostumbrados a dormir separados de mí. El cambio brusco podría ser muy difícil para ellos —explicó Amelia con voz firme.

Pierce frunció el ceño. La solución le parecía poco práctica. Sin embargo, tenía que admitir que ella tenía razón. No quería que los niños sufrieran mientras se adaptaban.

—Bien, asignaré una habitación para ustedes y ordenaré que la acomoden a tu gusto —aceptó Pierce con un tono seco.

Amelia asintió.

—Gracias.

—No agradezcas —replicó él con frialdad—. Te dije que debías ganarte el lugar en esta casa.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Qué quieres que haga?

Qué complaciente. —pensó Pierce.

—Quiero que trabajes. No quiero verte vagando por la casa como si fueras la dama y señora. Puedes regresar a la fábrica en el turno de la mañana. Por la tarde, volverás con los niños y, de paso, ayudarás a los sirvientes en las tareas que se te asignen.

Amelia bajó la mirada por unos instantes, como si meditara sus opciones. Pierce la miró fijamente, anticipando una negativa; estaba convencido de que, de algún modo, ella intentaría sacar provecho de aquella situación.

—Está bien —aceptó ella al fin—. Cumpliré todo, pero a cambio quiero que reconozcas a Daphne y a Louis oficialmente, y que les asegures una educación.

Pierce le sostuvo la mirada durante largos segundos, fijándose en aquellos ojos azules que, en cualquier otra mujer, le habrían resultado indiferentes. No le atraían las rubias de mirada clara… pero con ella no tenía esa sensación.

—Bien. Espero no recibir quejas sobre ti.

—No las tendrás, siempre que cumplas con lo que te pido.

—Lo cumpliré. Otra cosa —añadió él, endureciendo la voz—, preferiría que me hablaras solo lo necesario, y únicamente en lo que concierna a los niños. No quiero otra interacción contigo fuera de eso.

Amelia parpadeó varias veces, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con delatarla. Finalmente, se limitó a asentir.

—Si todo está claro, iré a ordenar que preparen la habitación.

Sin más, Pierce abandonó la sala, dejándola sola con los niños. Todo estaba en su sitio. Si las cosas seguían el rumbo que él planeaba, en un año sus hijos se habrían acostumbrado a su presencia… y Amelia ya no sería necesaria para ellos.

∞∞∞

Había transcurrido una semana desde que Amelia y los niños se habían instalado en Dankwroth House; sin embargo, ella continuaba sintiéndose una intrusa, incluso con sus propios hijos. Ellos, en cambio, parecían adaptarse con facilidad al nuevo ambiente y al trato que recibían, especialmente Daphne. Louis, aunque también se estaba adaptando, todavía no aceptaba del todo la cercanía de Pierce como figura paterna.

Pero para Amelia, la adaptación estaba resultando mucho más difícil. Todos en aquella casa la trataban sin el menor respeto e incluso se permitían desautorizarla delante de sus propios hijos, como si la única autoridad sobre ellos fuera Pierce. Aquello la hería profundamente. Eran sus hijos, y ella los había criado sola, sin el apoyo de su padre. Nadie mejor que ella sabía lo que necesitaban.

También había retomado su labor en la fábrica, cumpliendo el turno de la mañana tal como Pierce había ordenado. Durante toda esa semana, apenas lo había visto, de lejos o en breves instantes cuando coincidían en la misma habitación, generalmente cuando él iba a visitar a Louis. En la fábrica, su presencia parecía pasar inadvertida; en la casa, al menos estaba obligado a dirigirle la palabra por asuntos referentes a los niños.

Había pensado en solicitarle el puesto de secretaria, pero se arrepintió, convencida de que él rechazaría la idea de tenerla más cerca. Además, ya contaba con una, por lo que se resignó a seguir siendo una simple obrera.

De sus hermanas sabía poco. Su tiempo era escaso, y las únicas ocasiones para verlas eran al mediodía, cuando salía de la fábrica y se reunían en la panadería de Ruth. Clariss había querido visitar la

casa para ver a los niños, pero Amelia le pidió que esperara unos días; no deseaba provocar el enojo de Pierce ni dar pie a malentendidos. Debía, al menos, procurar que las aguas se calmaran y que la tensión disminuyera.

Emerson era otro al que veía muy poco… o quizá él mismo la evitaba deliberadamente. Amelia había querido encontrarlo para hacerle algunas preguntas sobre Pierce, con la esperanza de comprender por qué él no recordaba su pasado. Sin embargo, cada intento había sido fallido. También había probado con los sirvientes, pero o bien se limitaban a negar con la cabeza, o le daban la espalda sin decir palabra.

En esos momentos, Amelia no sabía si prefería Londres o Nueva Orleans. Al menos, en Londres, los sirvientes eran más amables.

—Mami, Alex no quiere jugar conmigo —habló Daphne, y Amelia alzó la vista desde donde estaba agachada, recogiendo hojas secas y arrancando las malas hierbas de un macizo de flores. Aquel era el trabajo que le habían asignado esa tarde.

Dejó de hacer su trabajo y se acercó a sus hijos.

Daphne estaba sentada sobre una manta extendida en el césped, con sus nuevas muñecas de porcelana, finamente pintadas, y un diminuto juego de té de loza blanca decorado con flores azules. Louis, en cambio, reposaba en una silla de ruedas de mimbre y estructura de hierro, con cojines bordados para evitarle incomodidad, mientras sostenía un libro ilustrado con páginas gruesas y dibujos coloreados a mano.

Pierce se había encargado de proporcionarles todas aquellas cosas que, siendo ella solo una obrera, jamás habría podido darles. Al menos eso sí se lo agradecía. Aún más por haber adquirido la silla de ruedas para Louis, siguiendo la recomendación del doctor Lemuel, quien lo había visitado para examinar el avance de su recuperación. Aún no se veían resultados visibles y habría que esperar más tiempo, pero al menos ahora podían trasladarlo y permitirle tomar el aire, en lugar de permanecer encerrado todo el día en la habitación.

—Mi amor, tu hermano no puede jugar contigo ahora —expresó Amelia con suavidad—. Recuerda que debe permanecer en la silla para que se recupere.

—¿Ves, Daph? Te lo dije —respondió Louis sin apartar la mirada de su libro.

—Está bien —aceptó la niña, bajando la cabeza—. Lo siento, Alex.

Amelia sonrió con ternura. Daph era muy demandante, y Louis siempre hacía lo que ella quería, pero solo lo hacía con su hermana. Con su prima Aurora, aunque se llevaban bien, era diferente.

—Pero, ¿cuando puedas caminar jugarás conmigo? —preguntó la pequeña, alzando de nuevo el rostro.

—Sí —respondió él, y fue suficiente para que ella sonriera otra vez.

Amelia también sonrió. Con su cabello negro recogido y el vestido de algodón celeste que le habían puesto esa mañana, su hija parecía una muñequita de porcelana. Louis, con su chaqueta corta de lana y pantalones de paño, parecía un principito.

—Mami, juega conmigo —pidió Daphne con ojitos suplicantes.

Amelia se mordió el labio. Quería quedarse junto a ellos, pero miró su trabajo a medio terminar.

—Déjame acabar con esto y regreso a jugar contigo, ¿vale?

—Sí —aceptó Daphne.

Amelia se levantó, sintiendo el malestar en sus rodillas; había permanecido agachada todo ese tiempo trabajando en el jardín. Se acercó por detrás de la silla de Louis y miró el libro. Aunque él no sabía leer aún, las ilustraciones lo mantenían absorto.

—¿Quieres que mamá te lea el cuento? —preguntó, rodeándolo con los brazos.

Louis alzó la cabeza con una sonrisa.

—Sí, me gusta este, mami —respondió, señalando una página.

Ella le besó la sien.

—Bien, solo déjame terminar con las flores y regreso.

Volvió al rincón del jardín donde había estado y retomó el trabajo.

Si me hubiera quedado en Londres… ¿sería diferente? —pensó.

Desde que vivía en aquella casa, esa pregunta rondaba su mente. Antes, aunque trabajaba sin descanso en la fábrica, encontraba más tiempo para sus hijos. Tenía la sensación de que Pierce buscaba apartarla, encargándole trabajos prolongados por las tardes para quedarse él con ellos.

Ese día, aprovechando que él no estaba, había pedido que llevaran a Louis al jardín para pasar unas horas juntos.

—¿Por qué los niños están solos? —La voz grave de Pierce la sobresaltó, haciéndola casi perder el equilibrio.

Cuando recuperó la estabilidad, se incorporó para enfrentarlo, pero su determinación flaqueó al ver a Cecilia del brazo de Pierce. Su corazón se quebró un poco más.

Era la tercera vez que la veía en esa semana. Amelia se preguntaba qué clase de alta sociedad había en Nueva Orleans para que una dama, por muy prometida que fuese, se mostrara siempre pegada a su futuro esposo. En Londres no era así: el prometido acudía a visitar a la dama y, si salían juntos, era siempre en compañía de la madre de la dama o de una doncella.

Aun así, esos pensamientos no aliviaban el dolor de verlos juntos constantemente. Más aún porque formaban una linda pareja. Ella era alta, esbelta y elegante; él, un poco más alto, de hombros anchos y porte imponente. Ambos encajaban a la perfección.

Amelia no pudo evitar recordar cómo él le había dicho una vez que no le gustaban las mujeres rubias. Aquella confesión siempre le había parecido graciosa. Ver ahora a Cecilia, con su cabello castaño y sus ojos color avellana, le dolía mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Esa tarde, Amelia se había escabullido para encontrarse con Alex junto al arroyo que corría cerca de la casa de campo en Windsor.

Cumplían dos meses desde que se veían a escondidas, dos meses desde que Alex había admitido que ella le gustaba. Desde entonces,

se encontraban casi a diario. Para Amelia, aquello era vivir un sueño junto al hombre que deseaba.

Aunque nunca se lo había confesado, Amelia lo amaba. Lo había hecho desde el primer instante en que lo vio. Sin duda, había sido amor a primera vista. Hasta entonces, lo más que habían compartido eran besos y caricias. Amelia deseaba entregarse por completo, pero el temor la retenía; seguía siendo una dama y sabía muy bien lo que significaba perder su virtud. Sin embargo, Alex jamás la había presionado ni exigido más.

—Me gusta tu cabello —murmuró Amelia de pronto.

Alex estaba recostado en la hierba mientras ella yacía sobre su pecho, enredando distraídamente los dedos entre su cabello, negro como la noche y suave como la seda.

Él sonrió de lado y, alzando la mano, atrapó un mechón del cabello rubio de Amelia, enroscándolo en su dedo.

—Pero a mí no me gusta el tuyo —confesó sin rodeos.

Amelia soltó una carcajada sonora, de esas que la sociedad habría considerado impropias en una dama. Alex sonrió al verla reír con libertad.

—Siempre dices lo mismo. Mi cabello es hermoso —replicó ella con coquetería, agitando la cabeza para que su melena dorada ondeara suavemente con la brisa.

—Lo es… pero no me gusta —repitió Alex, esta vez con un tono más serio.

Ella frunció el ceño.
¿En serio no le gusta mi cabello? —pensó. Quería que todo en ella le gustara.

—¿Y por qué no? —preguntó al cabo de unos segundos.

Alex la observó en silencio antes de apartar la mirada, acomodando un brazo tras su cabeza. Aquella postura relajada solo resaltaba su porte varonil; Amelia no pudo evitar notar cómo se tensaban los músculos de su brazo con el movimiento.

—Mi madre también era rubia —respondió finalmente—. Tenía los ojos verdes, casi azules.

Ella permaneció callada, atenta a cada palabra.

—Parecía odiarme… y me castigaba sin razón. Verte a ti… tan parecida a ella, me la recuerda un poco.

Amelia se mordió el labio inferior.
¿Su madre lo odiaba? —se repitió mentalmente.

Miró a Alex y supo que ocultaba más de lo que decía, pero no quería presionarlo; entendía que había heridas que no debían tocarse, aunque su sola presencia era un recordatorio constante. Amelia llevó la mano a su cabello, pensativa.

No quería que Alex la mirara y viera a su madre; quería que la mirara y la viera a ella. A la mujer que lo amaba.

—Mi sol, no pienses en eso —susurró él, tomando su mano y besándola con ternura.

—Es que… quisiera cambiar el hecho de recordarte a ella, pero…

—No tienes que cambiar nada —interrumpió Alex—. Me gustas como eres.

—Pero mi cabello…

—Es hermoso. Aunque no me guste, eso no significa que tú no me gustes —replicó él—. Eres mi excepción, Amelia. Contigo todo es distinto… y me siento afortunado de que me mires diferente.

—¿Cómo te miro? —preguntó ella, intrigada.

—Con deseo, admiración… amor.

Ella sonrió, pero no por completo.

—Mi mirada es muy expresiva, al parecer. —Alex asintió, divertido. Sin embargo, Amelia no sentía la misma relajación—. ¿Tú sientes lo mismo?

Ella necesitaba saberlo, porque no podía leerlo. Alex podía estar enojado, feliz, descontento o triste, y ella no lo vería en sus ojos.

—¿Me deseas, me admiras… me amas? —insistió, buscando confirmación.

Alex guardó silencio.

—No sé si quiero darte esa respuesta —confesó al fin.

La mirada de Amelia decayó.

—¿Por qué no?

—Porque temo abrirte mi corazón y que luego lo arrojes a un lado.

Ella lo miró, sorprendida.

—Alex… —murmuró—. Acabas de ver en mis ojos que te amo. Pero yo no puedo verlo en los tuyos, y por eso quiero saberlo. ¿Me amas?

Él la miró unos instantes, hasta que la atrajo hacia él por la nuca y la besó profundamente. Fue un beso lleno de pasión y amor. Amelia sintió cómo la tumbaba sobre la hierba, quedando ella boca arriba y él inclinado sobre su cuerpo.

Se separó apenas unos centímetros y la miró fijamente.

—¿Eso es suficiente para que dejes de dudar? ¿O quieres que te diga que sí, que te amo tanto que me aterra entregarte todo… y terminar con el corazón roto si decides poner fin a esto? Porque si eso sucede, sé que sería una herida que jamás sanaría.

Amelia sonrió abiertamente al escuchar su confesión.

—Yo nunca te dejaría, Alex. ¿Sabes cuánto me costó que siquiera me miraras?

Él arqueó una ceja y sonrió.

—Lo sé… pero, aunque no lo creas, en esos momentos yo te miraba más de lo que imaginas.

Amelia apartó la mirada de Cecilia y se limpió las manos en el delantal. Luego, dirigió sus ojos a Pierce.

—No están solos, están conmigo —respondió con firmeza.

—Tú estás trabajando aquí, y ellos… allá, sin supervisión —refutó él con un tono duro que no admitía réplica.

—Ya estoy terminando. En cuanto acabe, estaré con ellos. Daphne quiere que juegue con ella y Louis me ha pedido que le lea el cuento de su libro.

Pierce miró hacia los niños, luego volvió a fijar la vista en ella y en el trabajo a medio terminar.

—Aún tienes que regar las flores. Hoy el calor es más intenso que de costumbre.

Amelia lo observó con los ojos entrecerrados. Si antes albergaba dudas, ahora confirmaba que él buscaba, deliberadamente, apartarla de sus hijos.

—En lo que ella termina su trabajo, yo puedo jugar con Daphne y tú podrías leerle el libro a Louis —propuso Cecilia, mirando a Pierce con una sonrisa.

Amelia iba a negarse de inmediato. No toleraba que nadie se interpusiera en su papel de madre, pero Pierce habló antes.

—Me parece bien. Así espero a que Marco se reúna conmigo más tarde.

Ellos ya se disponían a alejarse cuando Amelia reunió todo su valor.

—¡Pierce! —le gritó ella. Él se giró lentamente, frunciendo el ceño —. Ya he cumplido con lo que me correspondía hoy y ahora voy a pasar tiempo con mis hijos.

Pierce la miró con una dureza que le heló la sangre. Se desprendió del brazo de Cecilia y se acercó hasta quedar peligrosamente cerca de ella.

—¿Estás desafiando mi orden? —preguntó con un tono amenazante.

—No —respondió ella, manteniendo la voz firme—. Solo te aviso lo que haré. El hecho de que esté aquí y cumpla con lo establecido no significa que sea tu esclava. Daphne y Louis son mis hijos, y es mi derecho… y mi deber… pasar tiempo con ellos.

—Yo también soy su padre —replicó con voz baja, pero la amenaza seguía ahí—. Quiero pasar tiempo con ellos… tiempo que me fue negado por casi tres años. Así que, si quieres seguir teniéndolos cerca, haz lo que te ordeno.

El peso de aquella amenaza no dicha, la posibilidad de perderlos, la dejó paralizada.

Observó cómo Pierce se acercaba a los niños junto a Cecilia, sonriendo como si todo estuviese en calma. Nunca imaginó que el deseo de que él formara parte de la vida de sus hijos acabaría relegándola a ella a un segundo plano.

Vio cómo Cecilia se sentaba junto a Daphne, escuchando con paciencia las presentaciones que la niña hacía de cada muñeca con inocencia, ajena a la tensión que flotaba en el aire. Pierce, en cambio, tomó asiento junto a Louis y le pidió el libro ilustrado, pero el niño no quiso soltarlo mientras miraba a su padre con el ceño fruncido.

Aun así, a la distancia, parecían la imagen de una familia perfecta… en la que ella era la que sobraba.

Louis levantó la vista y la buscó con la mirada, llamándola en silencio. Ese gesto le partió el alma. Él siempre había sido más apegado a ella que Daphne, tal vez por eso no aceptaba del todo a su padre.

Esto es por ellos —se recordó, aguantando las lágrimas.

Pierce podía darles una educación perfecta y una infancia sin carencias… pero, ¿a qué costo? ¿Cuánto más estaba dispuesta a sacrificar por ellos?

Capítulo 14

Pierce observaba a su hijo hojear el libro de ilustraciones. Había querido leérselo él mismo, pero Louis se había negado con la excusa de que esperaba que su madre lo hiciera.

Aquello lo sorprendió; no sabía que Amelia supiera leer. Sin embargo, eso no era lo que importaba, sino el rechazo constante de su hijo hacia él, como si, de manera instintiva, eligiera siempre a su madre por encima de todo. Era comprensible: al fin y al cabo, Amelia había estado a su lado todo ese tiempo.

Llevaba apenas una semana conviviendo con ellos y ya comenzaba a sentir por esos niños un afecto más profundo del que quería admitir. Resultaba demasiado sencillo encariñarse con ellos. Siempre se había negado a la idea de tener hijos, pues los consideraba escandalosos y generadores de más pérdidas que ganancias. Sin embargo, en esos pocos días no le había importado gastar en ropas nuevas, juguetes finos o dedicarles parte de su tiempo. Y nada de eso le había resultado forzado.

Había dado órdenes a sus sirvientes de no acatar las decisiones de Amelia respecto a los niños sin antes consultarle a él. No obstante, su ausencia esa tarde parecía haber debilitado su autoridad.

Su objetivo era alejar poco a poco a Amelia de ellos y, al mismo tiempo, que los pequeños entendieran que tenían un padre presente. Era parte de su plan futuro, en el que claramente Amelia quedaría fuera.

Su mirada se posó en Daphne, que jugaba alegremente con Cecilia. Sonrió con satisfacción, su hija sí le mostraba afecto, era más abierta, más cercana. Verla reír con su prometida confirmaba que podía lograr su objetivo. Después de todo, en poco tiempo Cecilia sería su esposa, y ella había aceptado a los niños sin problema.

Apartó la mirada de ellas y la posó en Amelia. Seguía agachada entre los rosales, y él la observó con detenimiento por varios minutos. Vio cómo retiraba la mano con brusquedad de un tallo y se llevaba un dedo a la boca; al parecer, se había herido con una espina.

Rodó los ojos ante lo que consideraba un descuido evidente. No había recibido quejas sobre su desempeño, pero sí que tardaba más de lo habitual en ciertos trabajos, como si no estuviera acostumbrada a ellos.

Siguió observándola, notando el ceño ligeramente fruncido y la mueca de cansancio en su rostro.

¿La estoy explotando demasiado? —se preguntó, pero desechó el pensamiento al instante—. *No tiene por qué importarme.*

No había motivo para sentir compasión por ella. No la odiaba, pero sí le desagradaba la manera en que todo había comenzado. Si Amelia le hubiera contado la verdad desde el principio, en lugar de inventar aquella historia del matrimonio, tal vez habría sentido compasión. Él despreciaba a los oportunistas, y ella había sido una de ellos.

De pronto, una punzada aguda le atravesó la sien. Cerró los ojos y se llevó una mano a la cabeza.

Una imagen nítida apareció en su mente: Amelia, completamente desnuda, sonriéndole antes de besarlo. El recuerdo fue breve, pero tan vívido que sintió cómo el corazón le golpeaba en el pecho.

—¿Pierce, estás bien? —preguntó Cecilia con voz suave.

Abrió los ojos lentamente y miró a Cecilia, que le devolvía una mirada llena de preocupación. Detrás de ella, vio a Amelia erguida, observándolo también.

¿Qué demonios ha sido eso? —se preguntó, aunque no había duda de que era un recuerdo. Él y Amelia… compartiendo intimidad.

—Sí… solo… tengo que ocuparme de algo. ¿Puedes quedarte con los niños unos minutos? —respondió, evitando la mirada de Amelia.

—Por supuesto —aceptó Cecilia, aún con un deje de preocupación.

Se alejó del jardín sin mirar atrás, cruzó el vestíbulo y entró en su despacho. Sirvió un vaso de whisky y lo bebió de un solo trago.

Pierce se preguntaba por qué había tenido aquel recuerdo. Desde que descubrió que su verdadero nombre era Alex, no había vuelto a experimentar ninguno; y ahora, sin previo aviso, aparecía en su mente una escena de él y Amelia compartiendo intimidad.

La visión se repetía una y otra vez en su mente. Mostraba a una Amelia distinta de la que tenía trabajando en su jardín: su cabello era más largo y brillante, su rostro estaba iluminado por una sonrisa libre de la fatiga y el cansancio que ahora permanecía en ella. Su cuerpo… estaba desnudo, mostrando la delicada curva de sus pechos; eran más pequeños y firmes de lo que se mostraba ahora. Parecía un ángel, y esa imagen lo desestabilizaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Pierce apartó esos pensamientos con brusquedad. No era más que un recuerdo… uno que, lejos de aclarar nada, solo sembraba más dudas.

La puerta del despacho se abrió y Pierce giró levemente la cabeza. Emerson entró con paso firme, pero Pierce notó que su porte habitual parecía algo decaído. Llevaba el cabello castaño, casi blanco, perfectamente peinado hacia atrás, y su traje gris estaba impecable como siempre. Sin embargo, su rostro mostraba un leve matiz pálido.

—Acabo de ver a Cecilia con los niños, mientras Amelia trabaja en el jardín —habló sin preámbulos—. ¿Quieres demostrar un punto?

—Dejar claro quién manda —respondió Pierce con frialdad, inclinándose para servir un segundo trago de whisky.

Emerson asintió lentamente, sin apartar la vista de él.

—Amelia es su madre, Pierce. No puedes sustituirla así sin más.

—Sí puedo.

Emerson negó con la cabeza con un suspiro.

—No estás pensando en tus hijos. A quien ellos quieren y necesitan es a su madre, quien ha estado a su lado todo este tiempo. Si

insistes en separarlos, ¿a quién crees que vas a herir realmente?

Pierce frunció el ceño. Entendía el punto de Emerson, aunque no estaba dispuesto a ceder.

—En cuatro semanas tendremos el envío más importante de la naviera —informó, desviando la conversación. No quería seguir hablando sobre Amelia.

Emerson suspiró, negando con la cabeza.

—Sí… Supongo que lo estás organizando todo personalmente. Tengo entendido que serán cuatro barcos, cada uno con rutas distintas y cargamentos importantes.

—Exacto. Marco y yo estamos revisando cada ruta, buscando no solo las más rápidas, sino también las más seguras. No podemos permitir retrasos.

Emerson asintió con gravedad.

—Recuerda que la discreción es clave. Si se llegara a filtrar, podríamos enfrentarnos a sanciones. Las autoridades están vigilando cada movimiento en el puerto desde que se reforzaron las leyes de comercio marítimo.[5] Sabes bien que cualquier rumor de monopolio o acuerdo bajo mano podría costarnos mucho dinero o el cierre de la naviera.

—Lo sé. Por eso me encargo personalmente. Marco supervisa la tripulación y yo manejo los permisos y las inspecciones.

—¿Y qué hay de la fábrica de tabaco? —preguntó Emerson, reclinándose ligeramente en el sillón frente al escritorio.

—Avanzando. Ya han comenzado las mejoras. Si todo sigue según lo previsto, duplicaremos la producción antes de fin de año —respondió Pierce.

—Me alegra oírlo. Adquirir esa fábrica fue inteligente de tu parte.

Unos minutos de silencio pasaron hasta que Emerson volvió a hablar.

—La mascarada será en tres días. ¿Ya tienes las confirmaciones?

Pierce dejó escapar un suspiro. Con todo lo que había pasado en esa semana, había olvidado por completo la mascarada. Lo había planeado como una oportunidad para atraer nuevos inversionistas a su negocio minero.

En la velada mostraría algunas de las joyas trabajadas con oro y piedras preciosas extraídas de Venezuela y Brasil, piezas que no solo deslumbrarían por su valor, sino que hablarían del potencial de las minas.

El negocio ya daba buenas ganancias, pero Pierce sabía que las minas requerían capital constante. Hacían falta más hombres, más herramientas, más barcos para mover la carga. No era solo cuestión de dinero: necesitaba aliados respetados, capaces de abrirle puertas en los puertos y darle respaldo frente a cualquier problema. Compartir un poco de las ganancias le parecía un precio justo por la seguridad y el apoyo que esos socios podían ofrecer.

—Pregúntale a Silvia —respondió al final—. Ella se encargó de recibir todas las confirmaciones.

Silvia era el ama de llaves.

—¿Y dejarás que Amelia asista? —preguntó Emerson con naturalidad.

Pierce lo miró un momento antes de encogerse de hombros.

—Tal vez.

Desde su posición junto a la ventana, podía ver el jardín. Su hija se había levantado para ir hacia Amelia, dejando a Cecilia sentada en el césped.

Aquello lo hizo fruncir el ceño.

Tal vez Emerson tenía razón. Sus hijos no olvidarían a su madre tan rápido como él había previsto.

∞∞∞

Ya era mediodía y el turno de Amelia había terminado. Había pasado toda la mañana entre hojas de tabaco y con los dedos adoloridos, aunque ya estaba acostumbrada. Al mirarse las manos apenas las reconocía; antes eran suaves y limpias, ahora estaban callosas y manchadas.

Quería irse, pero antes necesitaba hablar con Pierce. Sabía que estaba en la fábrica porque lo había visto llegar hacía un par de horas. No solía presentarse seguido, solo cuando quería verificar la producción y supervisar los cambios que había ordenado.

Su intención era pedirle permiso para que sus hermanas pudieran visitar la casa y ver a Daph y Louis. Clariss llevaba días insistiendo, al igual que Aurora, la hija de Brianna, que desde que se habían alejado se sentía más sola.

Podía rebelarse y decirles que fueran, pero Amelia prefería evitar un enfrentamiento y, sobre todo, que sus hermanas no pasaran por una humillación si Pierce decidía ser desagradable con ellas. Al fin y al cabo, era su casa, no la de ella.

Al acercarse al despacho, vio a su secretaria sentada en el escritorio exterior.

—Hola —saludó Amelia con amabilidad.

La mujer levantó la vista. Era joven, de rostro bonito, cabello negro y ojos castaños.

—Hola —respondió con una sonrisa breve.

—Quisiera hablar con el señor Dankwroth —pidió Amelia.

—Está reunido con el señor Fairfax —respondió la secretaria, con un gesto de disculpa.

Amelia se mordió el labio inferior.

—Esperaré un rato. —La joven asintió antes de volver a concentrarse en unos documentos.

Los minutos pasaron mientras Amelia observaba a la mujer trabajar. Se notaba que estaba teniendo complicaciones con el documento en sus manos.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Amelia, acercándose.

La mujer dudó un momento antes de contestar:

—Es el conteo de la producción de esta semana y el registro de pedidos que deben salir mañana. El señor Dankwroth pidió que lo tuviera listo antes del mediodía, pero me he retrasado con otros documentos.

Amelia miró la hoja y reconoció al instante el contenido: tablas con números de producción, tipos de hoja de tabaco, pedidos y fechas de envío. No era nada nuevo para ella. Durante su tiempo en la fábrica había hecho otros trabajos, además de ser obrera, había aprendido a organizar pedidos. Además, la educación que había recibido en Londres la ayudaba.

—Si quiere, puedo terminarlo —se ofreció, tomando asiento sin esperar respuesta.

En pocos minutos, fue completando los cálculos, corrigiendo algunos errores y organizando el inventario para que la información quedara clara.

Fue justo en ese momento cuando la puerta del despacho se abrió y salieron Pierce y Marco.

Pierce se detuvo al verla inclinada sobre los papeles, escribiendo.

—¿Qué estás haciendo, Amelia? —preguntó con ese tono frío al que ella ya se estaba acostumbrando.

Amelia se enderezó al instante. Pierce tomó el documento de la mesa y lo repasó.

—¿Tú hiciste esto? —preguntó, y Amelia miró a la secretaria antes de asentir con lentitud, sin saber qué intención tenía él.

Pierce tomó el documento y lo leyó con rapidez, revisando las cifras y anotaciones. Amelia lo observó en silencio, pero no pudo evitar sentir una punzada de orgullo.

Recordó cuando lo conoció, y él apenas tenía conocimientos sólidos de lectura y escritura. Ella había aprovechado muchos de sus encuentros para enseñarle, corrigiendo su letra, repasando textos y guiándolo en cálculos básicos. Lo había hecho con la esperanza de

que dejara de ser un simple mozo de cuadras y pudiera aspirar a algo más.

Verlo ahora, con la seguridad con la que revisaba y entendía esos números, le provocó un sentimiento extraño: orgullo mezclado con la amarga verdad de que él no recordaba nada de eso.

Pierce dejó el papel sobre el escritorio y la miró de nuevo.

—¿Por qué estás aquí?

Amelia inspiró hondo, preparándose para una posible negativa.

—Quería preguntarte si mis hermanas pueden visitarme hoy. Quieren ver a Louis y a Daph.

Pierce la observó unos segundos antes de mirar su reloj de bolsillo.

—Bien. Ordenaré que alguien esté presente durante la visita, pero que no se prolongue demasiado.

Amelia asintió varias veces, agradeciendo internamente que, al menos, no se hubiera negado.

—Gracias —expresó simplemente, y lanzó una última mirada a la secretaria antes de marcharse.

Más tarde, al llegar a la panadería de Ruth, se encontró con Clariss y Aurora; Brianna estaba en la floristería trabajando.

—¿Y entonces? ¿Qué te dijo Pierce? —preguntó Clariss.

—Que sí. Así que las espero esta tarde.

Clariss aplaudió feliz y miró a Aurora.

—Hoy verás a tus primitos, mi amor.

La niña sonrió y comenzó a saltar. Aurora, con su carácter inquieto y risueño, parecía más hija de Clariss que de Brianna.

—¿Ha cambiado algo en estos días, mi niña? —preguntó Ruth, con una mirada de preocupación.

Amelia entendió bien a qué se refería.

—No. Todo sigue igual. Nadie me toma en serio y Pierce sigue intentando alejarme de los niños —respondió con cansancio—. Y Emerson me evita… al menos eso quiero creer.

—¿Y Cecilia? —preguntó Clariss, arqueando una ceja.

Amelia suspiró.

—Ha empezado a ir casi todos los días y pasa tiempo con ellos —respondió, incapaz de ocultar la frustración.

—¿Deberíamos irnos de Nueva Orleans? —sugirió Clariss, pensativa.

Amelia negó de inmediato.

No podía hacerle eso a sus hijos. Pierce estaba siendo un buen padre, aunque con ella se comportara como un completo idiota. Pero ella no importaba, sus hijos sí. Y poco a poco, iba aceptando que Pierce no volvería a ser Alex.

Capítulo 15

Amelia terminaba de alistar la mesa del jardín con aperitivos para sus hermanas, su sobrina y sus hijos. Ella misma había dispuesto todo: fruta fresca, galletas, panecillos y limonada. Había sentido la mirada de los sirvientes cada vez que tomaba algo de la cocina, pero nadie la detuvo ni le dijo palabra alguna. Eso le confirmó que Pierce ya había advertido sobre la visita, y aquello le dio un respiro de tranquilidad. Podría, al menos por esa tarde, disfrutar en paz de la compañía de su familia.

Al terminar la mesa, se volvió para mirar a sus hijos, que estaban bajo la sombra de un roble. Louis estaba en su silla de ruedas, jugando con Daphne, que estaba sentada en el césped mostrándole una flor. Amelia se acercó a ellos con un plato de fresas cortadas y se sentó en medio de ambos.

—Mami, ¿Aurora se quedará con nosotros? —preguntó Louis, tomando un trozo de fresa que ella le ofreció.

—No, mi amor. Solo viene a verlos y a jugar un poco —respondió Amelia, entregando ahora las fresas a Daphne.

—No quiero que Aurora juegue con mis juguetes nuevos, mami —habló la niña, mirándola con sus grandes ojos azules.

Amelia dejó el plato en el suelo y la observó con seriedad.

—¿Por qué no, Daphne? —preguntó, con ese tono que no era ni suave ni duro, pero que sus hijos reconocían como una advertencia.

Daphne bajó la mirada.

—Papá dijo que eran solo míos —murmuró.

Amelia respiró hondo, conteniendo la irritación que la mención de Pierce le provocaba.

—Los juguetes son tuyos, pero eso no quiere decir que no los compartas. ¿Acaso no te gusta que Louis juegue contigo? —la niña asintió—. Aurora es tu familia, igual que tu hermano. Y cuando tienes más, compartes más. ¿Está claro?

—Sí… —susurró Daphne cabizbaja.

Amelia deseaba abrazarla y consolarla, pero debía mantenerse firme si quería enseñarle correctamente. En su lugar, giró hacia Louis y sonrió antes de tomarle la pierna vendada y comenzar los suaves movimientos que el doctor había indicado. Aún quedaba una semana para que le retiraran el vendaje y supieran si necesitaría rehabilitación. Por ahora, Louis no se quejaba, lo cual ella interpretaba como una buena señal.

—Yo sí voy a compartir mis juguetes con Aurora, mami —dijo Louis, buscando su aprobación.

—Claro que sí, mi amor —respondió ella con ternura—. ¿Te duele?

Louis negó.

Amelia miró a Daphne, que seguía con la cabeza gacha.

—¿No quieres más fresas, Daph? —preguntó, sabiendo lo mucho que le gustaban.

La niña la miró con ojos llorosos.

—No, porque estás molesta conmigo…

—No lo estoy —respondió Amelia con suavidad—, pero no me gusta que seas egoísta.

—Tienes que compartir con Aurora —añadió Louis con su voz infantil mientras comía sus fresas.

—Está bien… Yo también quiero jugar con ella. Pero no quiero que se me rompan los juguetes. Los otros que teníamos estaban rotos… —balbuceó.

Amelia tragó, recordando aquellos viejos juguetes gastados que habían llegado a ellos como sobras de casas adineradas. Entendía el temor de su hija.

—Lo sé. Pero ahora sabrás cuidarlos, ¿verdad?

Daphne asintió y esta vez sonrió.

En ese momento se acercaron Pierce y su amigo, Marco. Amelia lo reconoció, aunque nunca habían sido presentados formalmente; aun así, sabía quién era, pues la mayoría del tiempo lo veía junto a Pierce.

—¡Papá! —gritó Daphne, levantándose para correr hacia su padre, quien la tomó con facilidad en sus fuertes brazos.

Esa tarde él solo llevaba una camisa y el chaleco, y Amelia no pudo evitar notar cómo la tela se ceñía a sus brazos. Apartó la mirada de inmediato y la dirigió hacia el hombre que lo acompañaba, Marco Fairfax. Parecían tener la misma estatura, aunque Pierce le aventajaba apenas unos milímetros. Marco lucía el cabello negro y los ojos verdes, la piel ligeramente bronceada y una musculatura bien definida; sin embargo, Pierce era más ancho de hombros y de complexión más imponente.

Amelia frunció el ceño al percatarse de que Marco y Cecilia no compartían rasgos evidentes. Eran hermanos, y aun así no encontraba en ellos ninguna similitud.

—Veo que tus hermanas aún no llegan —habló Pierce, deteniéndose frente a ella. Amelia levantó la cabeza para mirarlo desde su lugar en el suelo.

Ella solo negó. Pierce apartó la vista y dejó a Daphne en el suelo para acercarse a Louis.

—Hola, Louis.

El niño lo miró y luego dirigió la vista a Amelia con expresión interrogativa. Amelia no entendía por qué aún no se abría con su padre. Le hizo un pequeño asentimiento para que Louis respondiera.

—Hola —dijo él con voz baja.

—Cuando te recuperes, te tengo una sorpresa —anunció Pierce.

A Louis le brillaron los ojos. ¿A qué niño no le gustaban las sorpresas?

—¿Qué es? —preguntó con algo de emoción.

Amelia observó la escena con una sonrisa. Le alegraba ver a sus hijos sonreír. Verlos así era la única razón por la que soportaba el trato de Pierce.

—¿Te gustan los caballos? —preguntó Pierce.

A Amelia le resultaba increíble cómo su tono de voz cambiaba cuando se dirigía a los niños o a Cecilia. Con ella… era como si solo fuera una sirvienta más.

—Sí —respondió Louis.

—Qué bueno, porque tengo uno esperándonos en el establo.

Louis sonrió y miró a Amelia, y ella le devolvió la sonrisa.

—Papá, toma, es fresa —habló Daphne, ofreciéndole un trozo a su padre.

Amelia levantó la mano de inmediato y se lo quitó a su hija con delicadeza.

—No, mi amor, tu padre no puede comer eso, le hace daño —explicó Amelia, colocando la fresa de nuevo en el plato—. Mejor ve y coge una galleta de mantequilla, esas sí le gustan.

Daphne asintió y salió corriendo hacia la mesa dispuesta con bocadillos.

El aire se volvió denso y Amelia levantó la mirada. Tanto Pierce como Marco la observaban con el ceño fruncido, pero la mirada de Pierce era mucho más profunda.

Entonces se dio cuenta de que no había medido sus acciones; simplemente actuó al ver a Daphne extenderle la fresa a Pierce. Él era alérgico, no podía comer nada que la contuviera.

Amelia recordó la vez que le llevó un trozo de pastel de frutas que tenía fresas ocultas entre la mezcla: pasó casi dos días con fiebre y la piel enrojecida, los labios inflamados y la garganta irritada. Apenas comía y se quejaba de un dolor constante en el estómago.

Lo miró a sus oscuros ojos con fijeza, y él le sostuvo la mirada. Después de tanto tiempo, todavía le resultaba imposible leer sus expresiones.

Pregúntame —suplicó Amelia en silencio, implorando que él hiciera la pregunta y quisiera saber cómo ella lo sabía, cómo lo había cuidado.

Pero en lugar de eso, Pierce apartó la vista, como si nada hubiera sucedido.

Amelia bajó la cabeza y respiró hondo, sintiendo cómo la tristeza le recorría el cuerpo.

¿Acaso nunca querrá saber lo que pasó entre nosotros? —pensó.

—Milord, las hermanas Straton han llegado —anunció el ama de llaves.

Amelia levantó la mirada; no se había percatado de cuándo la mujer se había acercado.

—Que pasen —ordenó Pierce sin mirarla.

El ama de llaves asintió y se retiró.

—Toma, papá. —Daphne le entregó una galleta de mantequilla a Pierce, luego otra a Marco, a Louis y, por último, una a Amelia.

—Mami dice que hay que compartir —declaró con orgullo.

Amelia sonrió.

—Gracias, mi amor.

—¡Daphne, Louis! —la voz chillona de Aurora rompió la calma del jardín.

Su pequeña sobrina corrió hacia ellos; Daphne la interceptó y se abrazaron con fuerza. De la mano, llegaron hasta Amelia, y Aurora la abrazó antes de acercarse a Louis para saludarlo.

Por un instante, Amelia miró de reojo a Pierce, que observaba la escena con gesto tranquilo junto a Marco. Apartó la vista y se adelantó para recibir a sus hermanas. Clariss y Brianna llegaron al jardín con sonrisas amplias. Tras los abrazos, Amelia las condujo a la mesa dispuesta con bocadillos y sillas, y luego regresó por Louis, sin prestarle más atención a Pierce, que permanecía en el mismo sitio.

Las niñas corrían de un lado a otro, y Daphne ya le mostraba sus juguetes nuevos a Aurora.

—¿Él siempre está aquí? —preguntó Clariss, señalando a Marco, que ahora conversaba en voz baja con Pierce.

—No siempre, pero la mayor parte del tiempo están juntos —respondió Amelia.

—¿Entonces es cierto lo que dicen de Pierce? —preguntó Brianna con cautela.

Amelia frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Contrabando, monopolios… esas cosas —continuó Brianna, bajando un poco la voz.

Amelia dudó. Vivía en su casa y aún no sabía exactamente a qué se dedicaba fuera de la fábrica de tabaco. Muchos lo conocían como el Diablo de Nueva Orleans, pero la verdad detrás de sus negocios era un misterio para ella.

—No lo sé, Anna. Él no confía en mí. ¿Crees que me contaría si hiciera algo fuera de la ley?

Brianna se encogió de hombros.

—Podrías descubrirlo… y amenazarlo con entregarlo a las autoridades —propuso Clariss.

Amelia abrió los ojos, escandalizada, al mismo tiempo que miraba hacia los dos hombres, temiendo que hubiesen escuchado. Por suerte, estaban lo bastante lejos.

—Clariss, tienes que medir tus palabras —le reprendió con seriedad.

—Es tu culpa —replicó Brianna con calma, sirviéndose limonada.

—¿Mía?

—Sí. Nunca la corregiste como a mí, y ahora mírala —explicó sin inmutarse antes de beber un sorbo.

—Estoy aquí, hermanas —intervino Clariss sin ofenderse, tomando una rebanada de pastel—. Y repito, si él intenta alejarte de los niños, puedes amenazarlo… o entregarlo.

Esta vez habló más bajo, pero Amelia no respondió. No quería ni imaginarse dañándolo de ese modo. Él era el padre de sus hijos y…

todavía lo quería.

Sacudió la cabeza, alejando esos pensamientos.

—Tengo una idea —dijo al cabo de unos minutos, atrayendo la atención de ambas—. Estaba pensando… podríamos abrir un pequeño negocio.

Brianna y Clariss la miraron con expresiones de incredulidad.

—¿Con qué dinero, Amelia? —preguntó Brianna.

—Aún no lo tenemos, pero podríamos ahorrar. Yo estoy trabajando en la fábrica y aquí, gano un poco más por el trabajo extra. Además, no tengo gastos con los niños ni conmigo misma. Ese dinero puedo guardarlo y abrir un negocio para nosotras. Así podremos avanzar y, poco a poco, vivir mejor. Además, yo saldría de esta casa… Pierce se casará con Cecilia en menos de un mes, y no quiero estar aquí conviviendo con ellos.

Al decir aquello, se le formó un nudo en la garganta, pero no dejó ver cuánto la afectaba. Aunque nadie lo notara, estaba perdiendo, poco a poco, la poca felicidad que había conseguido en tres años; solo sus hijos le daban fuerzas para mantenerse en pie. Nadie sabía lo difícil que era para ella vivir bajo el mismo techo que el hombre al que amaba… y que, sin embargo, la miraba como si no fuera más que una oportunista. Lo doloroso que era verlo a punto de casarse con otra mujer cuando, bajo el nombre de Alex Howell, estaba casado con ella. Nadie sabía que cada noche se dormía con lágrimas en los ojos por él y por todo lo que la estaba haciendo pasar. Pero, aun así, cada mañana se levantaba y sonreía a sus hijos antes de marcharse a la fábrica y dar lo mejor de sí en su trabajo.

—Lia… —Brianna tomó su mano y la apretó con fuerza—. Te apoyamos.

—Es una buena idea. Podemos abrir una pastelería —propuso Clariss—. O una tienda de costura; a ti y a Brianna se les da muy bien el hilo y la aguja.

Amelia sonrió ante la disposición de su hermana.

—Aún no sé qué podría ser. Debemos trabajar con el presupuesto que logre ahorrar.

—Claro —asintió Clariss.

∞∞∞

—Deberías ponerla como tu secretaria —propuso Marco, y Pierce lo miró como si hubiera perdido el juicio—. Solo piénsalo. Esta mañana, en la fábrica, hizo un trabajo impecable con esos documentos que querías. Vive en tu casa, y quieres vigilarla siempre. ¿Qué mejor forma que esa para tenerla bajo tus ojos?

—También de manera constante a mi lado… y eso es precisamente lo que intento evitar —respondió Pierce con seriedad.

Desde su posición bajo el gran roble, podía ver a Amelia conversando y riendo con sus hermanas. En ese instante, ella parecía relajada… y feliz. Su expresión tenía un matiz más suave del que él estaba acostumbrado a ver.

Es que la tienes prácticamente como a una esclava —susurró una voz molesta en su cabeza, pero la ignoró.

Aún no podía quitarse de la mente lo que había ocurrido un rato antes. ¿Cómo sabía ella que era alérgico a las fresas? Ni siquiera sus sirvientes lo sabían; para ellos, simplemente no le gustaban, y por eso estaban prohibidas en su plato. Pero Amelia lo sabía… y además, sabía que le gustaban las galletas de mantequilla.

¿Cómo? Esa pregunta se repetía en su mente, aunque la respuesta estaba frente a él, pero se negaba a verla. No quería creer que realmente hubiera compartido con Amelia algo más que una fugaz aventura, y tampoco quería preguntarlo.

¿Y si me estoy equivocando? —se preguntó.

Esperaba que la investigación que había ordenado hacer sobre las hermanas Straton en Londres llegara pronto. Así podría disipar sus dudas sin tener que recurrir a las posibles mentiras o medias verdades que Amelia pudiera inventar para su propio beneficio.

—Solo piénsalo —insistió Marco—. Es lo que yo haría, mantener a los enemigos cerca.

Pierce rodó los ojos ante su comentario. Marco tenía una retorcida forma de ver el mundo.

—¿Qué sabes de sus hermanas? —preguntó él de pronto, como si hablara del clima.

Pierce dejó escapar una breve risa.

—¿De cuál específicamente quieres saber, Marco?

—Es mera curiosidad. No me interesa ninguna de ellas.

—En ese caso, no sé nada. Tampoco me interesan lo suficiente como para perder mi tiempo averiguando sus vidas.

Marco asintió, aunque Pierce supo que mentía; si preguntó, era porque una de ellas le había llamado la atención.

—Mi madre está más emocionada que Cecilia por la boda. Creo que ha encargado más flores de las que caben en un invernadero —comentó Marco.

Pierce respiró hondo, disimulando el disgusto que le provocaba el tema.

—Eso es… bueno, supongo.

—Quizá. Lo que me pregunto es qué pasará después de la boda. ¿Seguirás teniendo a la madre de tus hijos bajo el mismo techo que tu esposa?

La pregunta lo tomó desprevenido.

No tenía claro qué haría con Amelia, pero aún era demasiado pronto para separarla de los niños. Y él no quería separarse de ellos.

—A Cecilia no le importa —respondió con aparente tranquilidad.

—Eso es lo que dice, Pierce. Pero a ninguna mujer le agrada ver a su esposo compartiendo techo con la madre de sus hijos. Y sabes que tarde o temprano empezará a correrse la voz.

Pierce asintió con un gesto breve.

—Yo me encargaré.

No sabía cómo, pero tendría que encontrar una solución.

Capítulo 16

Por fin, Pierce y Marco las habían dejado solas en el jardín. Las tres hermanas seguían sentadas alrededor de la mesa de bocadillos, disfrutando de la brisa mientras observaban a los niños. Louis permanecía en su silla de ruedas, y las niñas, con muñecas en mano, jugaban a su alrededor, mientras él sostenía un pequeño soldadito de madera.

—En dos días habrá una mascarada aquí —comentó Amelia.

Clariss la miró con interés.

—¿Podemos ir? Nunca llegué a asistir a un baile de sociedad en Londres.

Amelia sonrió con cierta culpa; había tantas cosas que Clariss no había podido vivir por seguirlas.

—Lo siento… ni siquiera sé si yo podré ir —respondió.

—No creo que Pierce te deje encerrada en la habitación —opinó Brianna.

—Lo más probable es que me ponga a trabajar —Amelia se encogió de hombros, aunque por dentro sentía el ardor del dolor y la humillación.

—Deberías regresar con nosotras, no tienes que soportar sus malos tratos —expresó Brianna, mirándola con preocupación.

—Anna tiene razón —concordó Clariss, llevándose una fresa a la boca—. Aunque con nosotras no podrás comer estas delicias.

Amelia dejó escapar una breve risa y recorrió con la mirada la mesa. Clariss tenía razón: esas cosas no las tendrían sus hijos si se marchaba, y le dolía no poder compartirlas con sus hermanas y su sobrina. De ahí había nacido su idea de un pequeño negocio; no las haría ricas, pero sí les mejoraría la vida.

—Si me voy antes, no lograré reunir lo suficiente para empezar el negocio. Puedo aguantar un poco más —aseguró Amelia, brindando una sonrisa para calmarlas.

La tarde fue pasando hasta que el sol comenzó a ocultarse. Cuando Brianna y Clariss anunciaron su retirada, Amelia las acompañó, junto a los niños, hacia el vestíbulo.

—Esperen aquí, les traeré algo que preparé para ustedes —informó, alejándose hacia la cocina.

Al llegar sintió el aroma delicioso de los guisos que burbujeaban en las ollas. Sobre la mesa central descansaban cestas con hortalizas, y junto a la chimenea colgaban racimos de hierbas secas. Amelia tomó la cesta que había preparado con antelación: uvas y manzanas, queso curado, cortes de carne salada, pescado ahumado y un pequeño envoltorio con galletas de mantequilla para Aurora. Con aquello, tendrían para comer durante varios días, y si lograba que Pierce aceptara visitas semanales, podría ayudarlas con más frecuencia.

—¿Lord Pierce sabe que sacará esa cesta llena de comida de la cocina? —preguntó Silvia, el ama de llaves, con tono severo.

Amelia no se dejó intimidar; levantó el mentón y aferró la cesta con firmeza.

—Lo sabe. Si quiere, puede ir personalmente a preguntarle —mintió sin pestañear. Si Silvia iba a verificarlo, al menos le daría tiempo de entregar la cesta a sus hermanas; luego se las arreglaría con Pierce.

Silvia la sostuvo la mirada unos segundos antes de apartarse del camino. Amelia respiró con alivio y continuó hacia el vestíbulo.

—Les preparé esto —anunció, entregándole la cesta a Brianna.

Su hermana frunció el ceño.

—¿Esto no te traerá problemas con Pierce? —preguntó, con un deje de duda.

—Claro que no, ni siquiera notará que falta algo. La comida es lo que más sobra en esta casa —respondió Amelia, buscando tranquilizarla.

En ese momento, la puerta principal se abrió. Las tres se giraron y se encontraron con Emerson. El ceño de Amelia se frunció al verlo: estaba pálido, con el sudor perlándole la frente y un temblor incontrolable en las manos. Parecía a punto de desmayarse.

—Lord Dankwroth, ¿está usted bien? —preguntó Amelia, dando un paso hacia él.

Emerson la miró por un instante y negó con la cabeza.

Amelia llegó hasta él y lo sostuvo del brazo, guiándolo hasta uno de los sillones.

—Brianna —llamó con urgencia.

Su hermana le entregó la cesta a Clariss y se acercó rápidamente. Le tomó el pulso y revisó sus ojos.

—Su corazón late débil… y está ardiendo en fiebre. Tiene un golpe de calor y está deshidratado —explicó Brianna con voz grave.

Amelia se mordió el labio inferior.

—Dios mío. ¿Y ahora?

—Debemos darle un baño e hidratarlo —respondió Brianna.

En ese momento, Amelia alzó la vista y vio a una de las sirvientas pasando cerca.

—¡Tú! Ve por ayuda, y que alguien busque a Pierce de inmediato. Lord Dankwroth necesita ayuda.

La sirvienta asintió y salió corriendo.

Emerson cerró los ojos y se dejó caer contra el respaldo, casi inconsciente. Amelia sintió un escalofrío de preocupación. En ese momento, dos lacayos llegaron al vestíbulo.

—Llévenlo a su habitación, ahora —ordenó Amelia, luego miró a Clariss—. Quédate con los niños.

—Sí —respondió su hermana, llevando a los pequeños junto a ella.

—Brianna, ven conmigo.

Los hombres lo levantaron con cuidado y subieron por las escaleras, seguidos por Amelia y Brianna. Al llegar, Amelia les indicó que lo recostaran en la cama.

Fue entonces cuando Pierce apareció en el umbral, con el ceño fruncido, observando la escena.

—Quiero un baño tibio listo en el cuarto de aseo —habló sin dudar, aunque estaba nerviosa por el estado en que se encontraba Emerson.

Pierce no dijo nada. Solo permaneció unos segundos observando, como si intentara entender desde cuándo Amelia era capaz de tomar las riendas de una situación así… y hacerlo tan bien.

—También raigan sales de lavanda, agua fresca, paños limpios y una jarra de limonada con mucha azúcar —esta vez quien ordenó fue Brianna, pero los sirvientes se apresuraron a cumplir sin objeción.

Brianna tomó una toalla de lino y la mojó en el jarrón de agua que había en la habitación.

—Mientras llega el baño, le pondremos compresas en la frente y el cuello —indicó. Amelia asintió ante la orden de su hermana—. También que suban otra manta.

Minutos después, Brianna aún continuaba colocando las compresas en la frente y el cuello de Emerson, mientras Amelia se aseguraba de que el baño estuviera listo.

Emerson dejó escapar un leve suspiro y parpadeó con dificultad.

—Tranquilo, milord —musitó Brianna con voz calmada—. No se esfuerce.

Él movió los ojos, primero buscando entender dónde estaba; luego se fijó en Amelia y Brianna y, por último, vio a Pierce, quien se había mantenido callado, observando cómo ambas hermanas habían logrado salvar a Emerson.

—Fueron ellas quienes te ayudaron —informó Pierce, rompiendo el silencio y acercándose a la cama.

Emerson asintió con lentitud.

—Gracias… —su voz era débil, pero sonaba sincera. Después de todo, ellas lo habían salvado.

—Debe descansar —sugirió Brianna, retirando la compresa para sustituirla por una fresca.

Amelia asintió. No había nada más que pudieran hacer en ese momento; el baño estaba listo, y ahora era deber del ayuda de cámara de Emerson encargarse del resto. Con un último vistazo para asegurarse de que Emerson estaba cómodo, salió de la habitación junto a su hermana.

Al llegar al vestíbulo, Amelia miró por las ventanas. La luz del día ya se había desvanecido y las farolas del exterior apenas comenzaban a encenderse.

—Es muy tarde para que regresen caminando —expresó Amelia, mordiéndose el labio inferior—. Le pediré a Pierce que les permita irse en un carruaje.

Dejó a Brianna junto a Clariss y los niños, y subió las escaleras nuevamente, casi corriendo. Giró en el pasillo y, distraída por la prisa, estuvo a punto de chocar de lleno con Pierce.

Él la sujetó firmemente por los brazos para evitar el golpe. La cercanía fue tan repentina que Amelia se quedó inmóvil, sintiendo el calor de sus manos sobre ella.

Sus miradas se encontraron por unos segundos que parecieron más largos de lo que debían. Amelia lo miró con tanto anhelo y esperanza que dolía. Entonces, la expresión de Pierce se endureció y apartó las manos de ella.

Amelia retrocedió un par de pasos.

—Quisiera… que mis hermanas puedan regresar en un carruaje. Ya es tarde para que caminen.

Pierce la miró unos segundos con la misma expresión endurecida.

—De acuerdo —respondió él al fin.

Sin esperar respuesta de ella, se apartó y siguió su camino, dejándola allí con el corazón latiéndole con fuerza.

∞∞∞

Alex caminaba guiado por Amelia. Ella lo había ido a buscar diciéndole que le tenía una sorpresa. Él no sabía de qué se trataba, pero Amelia siempre encontraba la manera de sorprenderlo. Muchas veces él se sentía patético: solo podía regalarle flores, y ni siquiera eran compradas. Deseaba darle mucho más a la mujer que amaba, pero por más que trabajara, nunca era suficiente para cubrir los regalos que quería ofrecerle.

—Amelia, mi amor, nos estamos alejando y ya es de noche —le dijo, deteniéndola.

—No te preocupes, estamos cerca. —Le aseguró ella, dándole un rápido beso en los labios antes de volver a guiarlo de la mano.

La oscuridad apenas era interrumpida por la luz de la luna, pero Amelia parecía conocer bien el camino. Minutos después, Alex vio que se acercaban a la cabaña abandonada que estaba cerca de la finca. Frunció el ceño, sin comprender. Aquel lugar llevaba años sin uso y estaba en mal estado.

—Vamos, la sorpresa está dentro —expresó Amelia, jalándolo hacia la puerta.

Ella la abrió y todo estaba oscuro, hasta que sacó una cajita de fósforos de su abrigo y comenzó a encender, una a una, las velas distribuidas por la estancia.

Alex se sorprendió al ver cómo la cabaña parecía transformarse ante sus ojos. Había velas iluminando el espacio y, en el suelo, un intento de cama con varias mantas. Incluso el ambiente parecía tener un aroma distinto.

—¿Amelia? —inquirió Alex, intuyendo lo que ella pretendía.

Ella se acercó a él una vez encendidas todas las velas.

—Alex... —tomó aire y lo miró a los ojos—, ¿tú me amas?

—Sí —respondió sin dudar—. Te amo, Amelia. Tanto, que a veces pienso que no te merezco, que deberías tener a alguien mejor que yo. Pero, al mismo tiempo, no soy capaz de dejarte ir.

Amelia sonrió.

Cada palabra era verdad. Alex la amaba profundamente. Desde el primer momento en que la vio, sintió una atracción imposible de ignorar, aunque se contuvo: ella era la hija del conde, y él, apenas un mozo de cuadras. Sabía que no debía acercarse, pero Amelia había sido insistente, y poco a poco su control se desmoronó.

Ahora, cada vez que la tenía cerca, besándola o tocándolo, debía luchar contra el deseo creciente de poseerla por completo. Esa noche, viendo lo que Amelia había preparado, entendió lo que ella quería, y tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no ceder de inmediato.

—Yo también te amo, Alex. Y quiero que esta noche... —se detuvo, y con manos temblorosas se quitó la capa que la cubría, revelando un sencillo camisón casi transparente—... me hagas tuya.

Su voz se volvió apenas un susurro, cargado de vergüenza y anhelo.

Alex la recorrió con la mirada de arriba abajo, reprimiendo el gruñido de deseo que quiso escapar de sus labios. Los finos pliegues del camisón apenas ocultaban su cuerpo.

—Amelia... —logró decir entre dientes.

Ella dio un paso más, pegando su cuerpo al suyo.

—Tú me amas, y yo también a ti. Quiero que estemos juntos, Alex. No me veo siendo de otro hombre y...

Él la calló, tomándola con firmeza de la cintura y estrechándola contra su cuerpo. La sola mención de otro hombre encendió en él un fuego de celos imposible de contener.

—No permitiré que seas de nadie más —exclamó con voz grave, inclinándose hacia ella.

—Entonces hazme tuya. En pocas semanas regresaré a Londres y debutaré en sociedad. Estoy segura de que mi padre ya tiene algún pretendiente en mente... —su voz se quebró al recordar la realidad que la esperaba.

Alex negó con frustración. No quería que eso pasara, pero ¿qué podía hacer contra un conde?

—¿Y crees que entregarte a mí es la solución? —preguntó.

—Para mí, sí. Voy a hacer que mi primera temporada sea un fracaso, rechazaré a todos. Cuando logre que Brianna entre en sociedad, podremos escapar, hacer nuestra propia vida.

A Alex le brillaron los ojos.

Eso suena perfecto. —pensó.

Confiaría en el plan de Amelia y esperaría el día en que pudieran amarse sin esconderse.

Él la besó con decisión, aceptando su pacto. A partir de esa noche, Amelia Straton sería suya.

Amelia le devolvió el beso con la misma pasión, intentando abrirle la camisa. Alex la detuvo con una mirada cargada de deseo.

—No te apures. Al menos déjame hacer que tu primera vez sea perfecta.

—Estar contigo ya lo hace perfecto.

Ella lo besó de nuevo, y esta vez él no se contuvo. Dejó húmedos besos en su barbilla, su cuello y hasta el nacimiento de sus pechos, que acarició con firmeza, estimulando con sus dedos mientras volvía a besarla. Amelia gimió contra su boca.

—Alex... —suspiró.

Él se inclinó, elevando el borde del camisón lentamente, recorriendo cada curva de su cuerpo hasta liberarla por completo. La contempló desnuda bajo la luz de las velas. Su cuerpo era una obra de arte: esbelto, con las curvas justas, los pechos firmes y perfectos.

Ella bajó la mirada, nerviosa, mordiéndose el labio inferior, gesto tan propio de ella cuando estaba nerviosa. Alex le levantó el mentón con suavidad.

—¿Estás segura? —preguntó, dándole la oportunidad de negarse una última vez.

Amelia lo miró y asintió con firmeza.

—Sí. Es lo que quiero. Te quiero a ti.

Alex la guió hacia la cama improvisada. Antes de unirse a ella, se despojó de sus ropas sin apartar la mirada. Acostada boca arriba,

con el cabello extendido sobre las mantas, parecía una diosa, y él estaba decidido a adorarla.

Se recostó sobre ella con cuidado de no aplastarla. La besó mientras recorría su cuerpo con las manos, tranquilizándola, hasta llegar a su feminidad. Con movimientos lentos, comenzó a estimularla, provocando que Amelia cerrara los ojos y soltara un gemido ahogado.

—Abre las piernas —ordenó suavemente.

Ella obedeció, y Alex intensificó los movimientos hasta que la escuchó jadear con fuerza, balbuceando su nombre. Su respiración se volvió frenética; él aprovechó el momento para introducir un dedo, luego dos, mientras seguía acariciándola hasta llevarla al límite.

—Oh, Alex... Yo... siento que... —balbuceó ella, a punto de deshacerse en sus brazos.

Cuando Amelia llegó al clímax, con un gemido casi desgarrador, Alex se abrió paso en su interior con delicadeza, aprovechando que ella estaba completamente entregada. Su calidez lo envolvió, estrecha y perfecta, obligándolo a contenerse para no perder el control demasiado pronto.

La miró a los ojos, buscando en ellos una respuesta.

—¿Te duele? —preguntó con ternura.

—Solo un poco... pero no importa —sonrió débilmente—. No te contengas, por favor.

—No quiero hacerte daño —gruñó él, moviéndose un poco y provocando que ambos gimieran.

—No lo harás, estoy bien —aseguró, envolviendo sus piernas alrededor de sus caderas, incitándolo a moverse—. Se siente tan bien… me siento tan… llena.

—¿Te gusta? —preguntó él, casi con ansiedad.

Ella asintió, sonriendo entre jadeos.

—¿Y a ti?

—Dios, Amelia… Estoy que, si me muevo, me vengo; eso es lo mucho que me gusta —confesó con voz ronca, avergonzado de lo fácil que ella lo llevaba al límite. Nunca antes le había sucedido con ninguna mujer. Pero Amelia… Amelia no era una mujer cualquiera. Ella era su mujer.

Amelia lo miró con ternura y lo atrajo de la nuca para besarlo. Él siguió el beso y comenzó a moverse en su interior con delicadeza, marcando un ritmo que pronto fue creciendo. Besó su hombro desnudo, luego su cuello, mientras sus embestidas se hacían más firmes. La volvió a besar como si el mundo terminara esa noche y la amó como si esa fuera la última vez que respiraba. Sus gruñidos graves se mezclaban con los gemidos agudos y melodiosos de Amelia, un contraste que lo enloquecía.

Ambos cuerpos sudorosos se movieron hasta perder la noción del tiempo. Y, finalmente, con un último impulso, alcanzaron juntos el clímax, gimiendo al unísono. Alex se dejó caer a su lado, jadeante, con la respiración entrecortada. Aún permanecía dentro de ella y no deseaba separarse: el calor de Amelia era un refugio del que no quería huir.

La abrazó por el vientre, acercándola más a él, y la cubrió con las mantas.

—Acabo de entregarme a ti —susurró Amelia, acurrucándose en su pecho—. Ahora soy tu mujer, y nadie podrá separarnos.

Alex sonrió y asintió, apretándola contra sí.

—Así es… eres mía, Amelia. De nadie más.

Pierce abrió los ojos y el sueño se disipó enseguida. Su respiración estaba agitada, como si hubiese corrido un largo trecho. Llevó las manos a su rostro, frotándolo con frustración, y se incorporó de la cama. Tomó el vaso de agua que reposaba en la mesita de noche y bebió de un solo trago. Luego caminó hasta la ventana y apartó las cortinas, dejando que la brisa nocturna rozara su rostro mientras contemplaba la noche iluminada apenas por la luna.

—¿Fue solo un sueño… o un recuerdo? —se preguntó en voz baja.

Negó con la cabeza, inseguro.

—No pudo haber sido un sueño… se sintió demasiado real.

Y si de verdad había sido un recuerdo, entonces… ¿había amado a Amelia?

—No… no puede ser —murmuró otra vez, como queriendo convencerse.

En el recuerdo, Amelia no era una simple mujer. Era la hija de un conde. ¿Cómo podía ser posible? Nada encajaba con la realidad que tenía ahora. Amelia trabajaba en su fábrica y vivía en la pobreza.

Volvió a pensar en lo sucedido en aquel recuerdo. El modo en que la había tenido entre sus brazos, la certeza de que había sido suya por primera vez. Un estremecimiento lo recorrió entero.

Siempre había creído que Amelia era una mujer de faldas sueltas, pero si era verdad que se entregó a él… si de verdad había sido la hija de un conde… entonces todo cambiaba. Sus juicios, sus dudas, incluso su desconfianza.

—Ella dijo que estábamos casados… —reflexionó, apoyando el antebrazo contra el marco de la ventana y dejando caer la frente sobre él—... pero eso es imposible. ¿Cómo iba a casarse la hija de un conde con un mozo de cuadras? Seguramente eso sí es una mentira… una manera de asegurarse un futuro ahora que yo ya no soy un simple mozo.

Suspiró. Su mente divagaba, buscando un resquicio de lógica. Pero lo cierto era que, sin recuerdos, nada tenía sentido.

Te amo, Amelia —recordó las palabras que él mismo había pronunciado en el sueño. Palabras que no sentía suyas y, sin embargo, no paraba de pensar en ellas.

¿Si de verdad se amaban, qué los había separado? ¿Qué lo había llevado a terminar en un barco de piratas?

Eran tantas preguntas sin respuesta… pero se negaba a planteárselas directamente a Amelia. Prefería esperar el informe del detective al que había pagado; solo entonces hablaría con ella,

teniendo pruebas en mano, sin margen para mentiras ni manipulaciones.

Por lo pronto… debía reconocer que había tratado a Amelia con una dureza que quizás, solo quizás, no merecía.

Pierce apretó los puños y cerró los ojos, luchando contra la rabia y la confusión.

Debía comenzar a tratarla con un poco más de consideración. Al fin y al cabo, era la madre de sus hijos. Si en algún punto estaba equivocado respecto a ella, no quería disculparse después por su trato injusto.

Giró sobre sus pasos y se dejó caer otra vez sobre la cama. El cansancio aún pesaba en su cuerpo, pero el sueño lo eludía. Pierce cerró los ojos, sabiendo que lo esperaba una larga noche de insomnio.

Capítulo 17

No había logrado dormir casi nada después de aquel sueño. Pasó horas dándole vueltas, siempre regresando al mismo punto, sin hallar respuestas. Sin embargo, lo poco que pudo descansar le bastó para recuperar las fuerzas necesarias para ese día.

La mascarada sería al día siguiente y debía dar órdenes para que se ultimaran los preparativos. Esperaba, además, que Emerson estuviera lo bastante recuperado para asistir. Esa misma noche tendría la cena con los Fairfax. No es que le desagradara del todo, pero quería evitar a la madre de Marco y Cecilia: la mujer era demasiado intensa y no dejaba de hablar de la boda.

Apartó los pensamientos y se concentró en el periódico de esa mañana mientras aguardaba el desayuno. En las primeras páginas hablaban de su mascarada, algo que ignoró con desdén. Siguió pasando hasta detenerse en un artículo sobre las nuevas leyes de comercio y transporte marítimo: un aumento en las tarifas portuarias, nuevas restricciones para el cargamento extranjero y la obligación de registrar todas las embarcaciones en los muelles principales de Nueva Orleans.

—Buenos días.

Pierce bajó el periódico y alzó la mirada. Amelia estaba de pie, a una prudente distancia de la mesa.

—¿Me mandaste llamar? —preguntó ella.

Él asintió, dejando el periódico a un lado. La recorrió con los ojos de arriba abajo. De inmediato, su mente lo traicionó: los recuerdos del sueño regresaron, la visión de su cuerpo desnudo bajo la luz de las velas. Ahora la tenía delante con un vestido sencillo, desteñido y remendado, que hablaba de lo mucho que había sido usado.

¿Cómo se verá ahora, bajo esa tela gastada? —apartó esos pensamientos con brusquedad. No debía pensar en ella de esa forma.

—Siéntate —ordenó, señalando una de las sillas vacías.

Amelia lo miró confundida, como si intentara descifrar si hablaba en serio o se trataba de una burla. Ladeó la cabeza, dudando.

Pierce puso los ojos en blanco.

—Que te sientes, Amelia —repitió, esta vez con un tono más firme.

Ella obedeció, tomando asiento en el lugar que él había indicado. Desde que había llegado a esa casa, nunca le había permitido ocupar su mesa; la había relegado al sitio de los sirvientes.

—Te daré una oportunidad. Un voto de confianza —comenzó Pierce, haciendo una seña para que sirvieran el desayuno.

Amelia lo miró en silencio, expectante.

Pronto, los sirvientes dispusieron la mesa: panecillos calientes, huevos revueltos con tocino, frutas frescas, mantequilla, mermeladas, quesos variados y café humeante.

—A partir de ahora, serás mi secretaria. Dejarás de ser una obrera en la fábrica —anunció él con naturalidad.

Amelia abrió los ojos, sorprendida.

—Pero… ¿qué pasará con su secretaria actual?

—Eso no debe importarte, Amelia —replicó Pierce, tomando su café con calma—. Lo que debe interesarte es que deberás trabajar y hacerlo bien, como ayer con esos documentos. Si cumples con lo que te pida, tendrás una buena recomendación. Y ganarás más siendo secretaria que como obrera.

El brillo en los ojos de Amelia al escuchar sobre el dinero no pasó desapercibido para él. Pierce alzó una ceja.

—Bien. Lo haré —respondió ella, sin tocar un solo bocado del desayuno.

—Puedes desayunar —señaló Pierce, mientras tomaba una tostada.

Amelia miró la mesa y, tras dudar un instante, eligió con cuidado un trozo de pan, partiéndolo con elegancia antes de llevarlo a la boca. Pierce la observó con atención. La forma en que se desenvolvía, sus modales impecables… Esa no era la conducta de una mujer cualquiera. Eran los modales de alguien que había recibido educación refinada, como la hija de un conde.

Apartó la mirada y continuó con su café.

—Otra cosa —añadió con seriedad—. Quiero silencio absoluto respecto a todo lo que escuches o veas. No se lo repetirás a nadie. Para mi seguridad, firmarás un contrato de confidencialidad.

Amelia frunció el ceño, incómoda, pero asintió sin discutir.

Cuando Pierce terminó, vio que ella aún seguía comiendo. Se levantó y, al notar que Amelia intentaba hacer lo mismo, le hizo una seña.

—Termina —ordenó, ajustándose el chaleco—. Iré a ver a Emerson. Cuando acabes, me avisas para salir hacia la fábrica.

Amelia solo asintió.

Pierce salió del comedor con paso firme. No quería tenerla cerca, se había esforzado en evitarla, pero había pensado en las palabras de Marco. Tal vez, después de todo, tenía razón: lo mejor era tenerla cerca si quería vigilarla. Y debía reconocerlo: Amelia tenía talento para organizar y ordenar papeles.

Lo único que esperaba era no arrepentirse de la decisión que acababa de tomar.

∞∞∞

Vio cómo Pierce salía del comedor, dejándola sola en medio de toda aquella abundancia. Aún estaba sorprendida de que le hubiera permitido sentarse a su mesa, algo que desde el primer momento le había prohibido. Y más aún, que ahora la nombrara su secretaria.

¿Qué lo había hecho cambiar tan repentinamente como para darle un voto de confianza?

Amelia miró la mesa colmada de comida. Recordó cómo, años atrás, ese solía ser su despertar cotidiano, un lujo al que nunca prestó verdadera importancia.

Ya estaba satisfecha. Aprovecharía que no tenía que ir temprano a la fábrica para acompañar a sus hijos en el desayuno. Desde que se habían mudado a aquella casa, no había podido estar con ellos por las mañanas; era la niñera que Pierce les había asignado quien se encargaba de atenderlos a esa hora.

Dejó el comedor sin decir palabra, mientras los sirvientes comenzaban a retirar los platos como si su presencia fuera invisible.

Al llegar a la habitación de juegos, donde siempre dejaba a Louis y a Daphne, los encontró desayunando con la ayuda de la niñera, una mujer de mediana edad, dulce y serena, llamada Isidora. En pocos días, los niños ya le habían tomado cariño.

—Señorita Amelia —saludó la mujer, levantándose—. Pensé que ya había partido.

—¡Mami, volviste! —exclamó Daphne, corriendo a abrazarla por las piernas.

—Así es, mi amor —respondió Amelia, inclinándose para besarla en la frente. Luego miró a la niñera—. Ya no trabajaré como obrera.

—Me alegro por usted, señorita —expresó Isidora con una sonrisa sincera—. Ya era hora de que el Lord Dankwroth le diera su lugar como la madre de sus hijos.

Amelia se mordió el labio, ocultando la punzada en el corazón. Solo ella sabía cuánto deseaba que Pierce la recordara y la reconociera como su esposa. Pero aquel día parecía cada vez más lejano.

—Oh no, Isidora —aclaró en voz baja—. Seré su secretaria. Continuaré trabajando para él.

La mujer apretó los labios y no añadió nada más.

Amelia tampoco habló. Se limitó a terminar de ayudar con el desayuno y comenzar los ejercicios de Louis. Aunque no pudo terminarlos, encargó a Isidora que los continuara. El tiempo

avanzaba y debía buscar a Pierce antes de que notara la demora y la reprendiera.

Tras despedirse de sus hijos y de la niñera, tomó rumbo a la habitación de Emerson. Aunque apenas cruzaban palabras, Amelia consideraba un deber pasar a verlo; su conciencia no le permitiría ignorarlo.

Al llegar, encontró la puerta entreabierta. Estiró la mano para llamar, pero se detuvo al escuchar su nombre en labios de Pierce.

—El recuerdo de Amelia me confunde —lo escuchó, y a Amelia se le detuvo el corazón—. No sé si lo que mi mente me muestra es verdad, pero tampoco puedo creer que sea mentira.

¿Me está recordando? —pensó, con el pulso desbocado.

—Es lógico que aparezcan recuerdos de Amelia —replicó Emerson—. Después de todo, tienes hijos con ella. La pregunta es, ¿qué harás?

—No lo sé todavía. No daré un paso sin antes saber más —respondió Pierce.

Amelia no sabía si aquello le daba esperanzas o las arrancaba de raíz.

—Solo recuerda lo que te dije —insistió Emerson.

—Lo sé. No te preocupes. Mantendré mi palabra.

¿Mantener su palabra? ¿A qué se refiere? —se preguntó Amelia, confundida.

Escuchó pasos por el pasillo. Si alguien la encontraba espiando, sería deshonroso. Se recompuso y golpeó la puerta.

—Adelante —ordenó Pierce.

Entró y encontró a Emerson recostado en la cama. Pierce, en cambio, estaba sentado en un sillón junto a él.

—Buenos días, Lord Emerson —saludó Amelia con una ligera sonrisa.

—Buenos días —respondió él del mismo modo.

—¿Se siente mejor? —preguntó.

—Solo fue un poco de cansancio —respondió Emerson, quitándole importancia.

—Uno que casi te lleva de este mundo —replicó Pierce con dureza, aunque en su mirada había preocupación.

Emerson levantó la mano en un gesto despreocupado, como si aquello no tuviera relevancia.

Pierce se puso de pie y se ajustó la levita que ya llevaba puesta.

—Ordenaré que te suban el desayuno. Al menos por hoy, descansa.

—Lo haré —aceptó Emerson.

Pierce asintió y, al pasar junto a Amelia, ordenó con sequedad:

—Vamos.

Ella se dispuso a seguirlo, pero la voz de Emerson la detuvo.

—Amelia, quisiera hablar contigo.

Ella abrió la boca para responder, pero Pierce se adelantó.

—Ella tiene trabajo que hacer.

—No me tomará mucho tiempo. No seas tan antipático, hijo —replicó Emerson.

Pierce resopló con fastidio.

—Te espero en el vestíbulo —le dijo a Amelia, antes de salir de la habitación.

Amelia se acercó un poco a la cama de Emerson, aguardando a que él le dijera de qué quería hablar. Y, en el fondo, esperando que por fin le respondiera lo que tanto deseaba saber: qué había pasado con Pierce y cómo había terminado sin recuerdos.

—Quería agradecerte. Anoche, tú y tu hermana me salvaron —comenzó Emerson.

Amelia sonrió con suavidad.

—No fue nada. Me alegra que estuviéramos allí en ese momento para poder ayudarlo.

—El agradecido soy yo. En todo caso, quisiera agradecerle también a tu hermana. Puede ser mañana en la mascarada. Quedan invitadas, bajo mi nombre —ofreció Emerson.

Amelia abrió los ojos, sorprendida. No esperaba aquello.

—Le agradezco mucho la invitación, Lord Emerson. Pero… me temo que ni mis hermanas ni yo tenemos vestidos dignos para un evento de tal importancia —respondió, mordiéndose el labio inferior.

—No te preocupes por eso. Yo me encargaré. Pueden ir a comprar vestidos y accesorios, yo correré con los gastos.

Amelia se sorprendió aún más por semejante gesto.

—No… no podría aceptar.

—Claro que sí —replicó Emerson con firmeza—. Es mi forma de agradecer lo que hicieron. Del mismo modo, si alguna vez necesitan mi ayuda, pueden solicitarla sin reservas.

Amelia juntó las manos y apoyó los labios sobre ellas, conmovida.

—Gracias… —murmuró, aceptando al fin. No podía negarse; sabía cuánto deseaba Clariss asistir, y a Brianna le haría bien—. Muchas gracias.

Emerson negó suavemente con la cabeza.

Amelia mordió de nuevo su labio, debatiéndose si debía o no hacer la pregunta. Se armó de valor, dio un paso hacia adelante y habló con voz baja:

—Lord Emerson… quisiera saber… ¿cómo fue que Pierce terminó sin recuerdos?

Notó cómo Emerson se tensaba apenas. Pasaron unos segundos antes de que suspirara.

—Nos encontramos en un barco pirata. Ambos éramos prisioneros. Él llegó allí porque lo vendieron a los piratas.

Amelia llevó las manos a los labios, retrocediendo un paso.

¿Vendido a los piratas? No… no puede ser. Mi padre no pudo haber hecho eso —pensó.

—Estuvimos semanas en ese barco —continuó Emerson—, hasta que mis hombres me rescataron. Pierce me ayudó, y al salvar mi vida recibió una bala y un fuerte golpe en la cabeza.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Amelia. Su Alex… vendido como mercancía, y herido por proteger a otro.

—Cuando despertó, no recordaba nada —prosiguió Emerson—. Él salvó mi vida, y yo decidí darle una nueva.

Amelia asintió, comprendiendo al fin cómo el hombre que amaba había pasado de ser Alex Howell a convertirse en Pierce Dankwroth.

Y todo, por culpa de su padre.

Miró a Emerson con lágrimas en los ojos y, por impulso, se acercó a la cama; se arrodilló junto a él y tomó una de sus manos entre las suyas.

—Gracias… —sollozó—. Muchas gracias por salvarlo y no abandonarlo herido.

Emerson la miró sorprendido, luego colocó su otra mano sobre la de ella.

—Él salvó mi vida, Amelia. No iba a dejarlo a su suerte. Créeme, Pierce es un buen hombre.

Ella asintió con vehemencia. Sí, Alex era un buen hombre. Pero no sabía si podía decir lo mismo de Pierce.

Unos minutos después, Amelia entró al vestíbulo y encontró a Pierce sentado en uno de los sillones, esperándola.

—Pensé que tendría que descontarte horas —habló él con tono duro, poniéndose de pie.

Amelia lo miró fijamente, anhelando abrazarlo y recibir de él ese refugio que solía darle cuando estaba triste; recordaba cómo la pegaba a su pecho y la envolvía con sus brazos fuertes, protegiéndola como si fuera una niña.

Pero se contuvo.

En el carruaje, sentados uno frente al otro, Amelia no apartó la vista de él. Pierce, en cambio, observaba la calle por la ventanilla. La culpa la consumía: su padre lo había condenado a ese destino cuando ella había aceptado sus condiciones e implorado por él. Si tan solo hubieran huido un poco antes…

Amelia estaba feliz, inmensamente feliz.

Esa mañana se había levantado entre los brazos de Alex, como cada amanecer, pero ese día era diferente, porque ahora Alex era su esposo. Por fin se habían casado, después de dos años escondiendo su amor, ahora eran libres de expresarlo.

Amelia miró a su esposo, que aún permanecía dormido con sus brazos alrededor de ella. No pudo evitar sonreír.

Desvió la vista hacia su mano y contempló el anillo: no era de diamantes ni de perlas, solo una sencilla banda de oro, pero para

Amelia era lo más valioso del mundo, porque Alex lo había conseguido con esfuerzo, con el sudor de su frente.

Se estiró suavemente sobre la cama, haciendo que las pieles que los cubrían se deslizaran por su cuerpo desnudo. El amanecer se filtraba ya por la ventana, tiñendo la estancia con tonos cálidos. Ese sería el día en que partirían hacia América, su nueva vida.

Alex se removió, abrazándola con más fuerza y pegándola a su cuerpo. Amelia sonrió con picardía al sentir cómo su esposo se endurecía contra ella.

—Alex… —susurró con voz ronca—. Debemos levantarnos.

—Sí —respondió él, también con la voz grave por el sueño, un tono que ella amaba—. Deberíamos… pero antes también deberíamos despedir esta habitación como se debe.

Alex comenzó a cubrir su hombro desnudo de besos, mientras su mano descendía por el muslo de ella, buscando llegar más abajo. Amelia lo detuvo, aunque con más fuerza de voluntad que deseo.

Se giró para mirarlo de frente, perdiéndose en esos ojos oscuros que tanto la habían cautivado.

—Jayne y Christian nos esperan —murmuró, apartándole un mechón de cabello de la frente.

Jayne y Christian los acompañarían en el viaje; también huían de su padre, el conde de Warwick. Jayne, la esposa del conde, había caído en sus redes por engaños y abusos, pero su corazón le pertenecía a Christian.

—Estoy seguro de que no notarán si nos retrasamos un poco —replicó Alex con una sonrisa atrevida, dándose la vuelta hasta dejarla a ella sobre su cuerpo, justo sobre su miembro duro.

Amelia dejó escapar un gemido que era una mezcla de placer y reproche.

—Alex… —musitó, temblando al sentirlo tan cerca de su entrada.

No había forma de resistirse más. Alex la sujetó con firmeza por la cintura y la guió, rozando sus intimidades hasta arrancarle un suspiro quebrado. Ella cedió, apoyando una mano en su pecho y la otra guiándose hasta fundirse en él. Ambos gimieron con la unión, y Amelia, animada por las caricias de su esposo, comenzó a moverse como él le había enseñado, mientras él la guiaba por la cintura con manos fuertes.

Sus gemidos llenaron la habitación junto con el eco de sus cuerpos encontrándose. Alex llevó una de sus manos a su feminidad y la estimuló con movimientos rápidos y precisos, hasta que Amelia arqueó la espalda y se deshizo entre jadeos, alcanzando el clímax junto a él.

Sudorosos y sin aliento, cayeron sobre las mantas. Alex la besó con pasión y ternura.

—No nos demoramos tanto —bromeó él entre risas.

Amelia lo miró con ojos brillantes y sonrió.

—Ahora debemos apurarnos. Estoy ansiosa por llegar a América, conocerla y empezar nuestra vida juntos.

Más tarde, ya vestidos, bajaron al gran salón. El espacio era amplio, con altos ventanales por donde se colaba la luz. Jayne y Christian no estaban; habían salido temprano, según les dijeron, así que desayunaron solos.

—Iré a buscarlos al lago, debemos prepararnos —comentó Amelia, tomando su capa.

El aire era frío afuera, cortante, típico de finales de otoño. Caminó hacia el valle, donde estaba el lago rodeado de árboles desnudos y hojarasca húmeda. Esperaba ver a sus amigos… pero antes de llegar, se encontró con su padre.

El conde de Warwick la aguardaba con varios hombres a su alrededor. Su figura imponente, envuelta en una capa oscura, parecía aún más intimidante.

—Vaya, Amelia. No pensé que fueras tan estúpida de escapar de tu propio padre —habló con voz grave.

El miedo la recorrió de inmediato. Retrocedió, pero dos hombres la sujetaron con fuerza.

—¡No! ¡Suéltenme! —gritó ella.

—Llévenla al carruaje. Que no se mueva —ordenó el conde.

—¡No! Por favor, no lo hagas. Déjanos ir —suplicó Amelia, con lágrimas nublándole la vista.

—No me hagas perder la paciencia, Amelia. ¡Sube al maldito carruaje! —bramó él con furia.

Ella se estremeció.

—Espero que te hayas despedido de ese pobre mozo de cuadras —escupió el conde—, porque fue la última vez que lo viste.

El terror le heló las venas.

—¡No le hagas nada! —gritó, forcejeando inútilmente—. Me iré contigo, lo haré… pero no le hagas daño, te lo suplico.

El conde ni siquiera la miró.

—Entonces sube al carruaje.

Con el corazón destrozado, Amelia asintió. Giró la cabeza hacia el castillo, que se alzaba a lo lejos, y una lágrima resbaló por su mejilla.

Perdóname, Alex… —pensó antes de dejarse arrastrar hacia su prisión.

Amelia disipó el recuerdo cuando Pierce giró el rostro y atrapó su mirada. Permaneció así unos segundos, hasta que endureció el gesto y volvió a apartar la vista.

Amelia se mordió el labio.

¿Por qué no me pregunta sobre sus recuerdos? —pensó.

Esperaba… al menos una palabra. Un indicio. Pero nada.

Al llegar a la fábrica, Amelia lo siguió en silencio. Percibió las miradas de algunas obreras, ceños fruncidos que la seguían mientras pasaba.

Subieron al segundo piso y entraron en el despacho. Amelia se sorprendió al ver la estancia renovada: los muebles de caoba relucían, sobre el escritorio reposaban carpetas perfectamente ordenadas, y en las paredes colgaban mapas marítimos y diagramas de comercio. Una lámpara de aceite colgaba en el centro, iluminando con claridad cada rincón.

—Tienes trabajo —habló Pierce, tomando un fajo de documentos—. Clasifica estas cuentas por orden de fecha y prepara un resumen de los balances de exportación. Quiero un informe antes del mediodía.

Amelia lo tomó con ambas manos.

—Está bien.

Se giró hacia la puerta, pero se detuvo unos segundos, esperando una palabra más, una señal. Pero Pierce no dijo nada.

Ella salió, convencida de que, si él no se decidía a enfrentar la verdad, entonces sería ella quien tendría que hacerlo. Si la estaba recordando, era hora de que Pierce le diera la cara.

Capítulo 18

Amelia había trabajado toda la mañana revisando los documentos que Pierce le había dejado sobre el escritorio. Al principio había pensado que sería sencillo, pero pronto comprendió que no lo era. Su buena educación le ayudaba, sí, pero no resultaba suficiente para un trabajo tan exigente como el de secretaria. Aun así, logró organizar todo con paciencia y cuidado, confiando en que Pierce lo viera bien y no terminara reprendiéndola o, peor aún, despidiéndola.

Tan concentrada estuvo que apenas notó el paso de las horas, hasta que el estómago le recordó que era momento del almuerzo. Decidió aprovechar ese instante para salir y dar la noticia a sus hermanas sobre la invitación a la mascarada.

Amelia se levantó de su asiento y se acercó a Pierce, que estaba en el pasillo, revisando unos papeles con gesto severo. Respiró hondo antes de hablar.

—Pierce —habló con cautela—, quisiera pedir permiso para ausentarme un momento. Es la hora del almuerzo y necesito ver a mis hermanas.

Pierce levantó la vista y la observó unos segundos, como si evaluara la petición. Finalmente, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Ve —respondió con firmeza—, pero no te atrases, Amelia. Quiero que regreses a tiempo para continuar con tu trabajo.

—Sí —asintió ella, antes de retirarse con paso rápido.

El sol estaba en lo alto, y aunque el aire era fresco, la caminata le sirvió para despejar la mente de todos sus pensamientos. Aun así, no lograba apartar la conversación que había tenido con Emerson. Le dolía saber todo lo que Alex había pasado antes de convertirse en Pierce.

¿La habría odiado en aquellos momentos, cuando su propio padre lo entregó a los piratas?

Era una pregunta que la atormentaba, pero temía saber la respuesta.

Al llegar, encontró a sus hermanas en la parte trasera de la casa, donde se encontraba el lavadero comunitario que compartían todos los que vivían en el edificio. Clariss estaba de pie, con las mangas arremangadas, restregando ropa con energía; mientras tanto, Brianna daba de comer a Aurora, que no paraba de mover las manos jugando con una vieja muñeca.

—He venido con noticias —anunció Amelia, y de inmediato ambas levantaron la vista.

—¿Buenas noticias? —preguntó Clariss, dejando a un lado las ropas y secándose las manos en el delantal.

—Emerson las ha invitado a la mascarada de mañana —respondió Amelia con una sonrisa ligera.

Los ojos de Clariss se abrieron con sorpresa, y Brianna dejó escapar un suspiro incrédulo.

—¿La mascarada en Dankwroth House? —preguntó Clariss, como si necesitara confirmarlo.

Amelia asintió.

—Así es. Y no solo eso, él mismo ha insistido en que se encargará de los vestidos y accesorios. No hay excusa para no asistir.

Clariss dejó escapar un chillido de emoción y corrió a tomar las manos de su hermana.

—¡Oh, Amelia, no sabes cuánto lo deseaba! Será la primera vez que asista a un baile de sociedad —comentó entusiasmada, para luego llevarse una mano al mentón, pensativa—. ¿Será igual que los eventos de Londres?

Amelia se encogió de hombros. Ella tampoco sabía qué diferencias habría entre un baile londinense y uno en Nueva Orleans.

Mientras hablaban, Amelia se sentó junto a Brianna en el banco de madera. Su hermana había servido un poco de pan acompañado de

queso fresco y un pequeño cuenco de estofado. Amelia, sin pedir permiso, tomó un pedazo de pan y lo mojó en el estofado para dar un bocado.

—¿Qué haces? —preguntó Brianna, con una ceja arqueada.

—Comiendo de tu almuerzo —respondió Amelia con una sonrisa traviesa—. No sabes lo mucho que extraño tu comida.

Brianna negó con la cabeza, aunque una sonrisa se le escapó.

—Sírvete, como siempre.

Durante unos minutos, conversaron sobre colores, telas y accesorios. Clariss hablaba de un vestido borgoña, mientras Brianna pensaba en algo más sobrio, quizá en tonos crema. Finalmente, acordaron salir esa misma tarde a comprar los vestidos.

Amelia se despidió de sus hermanas; debía regresar a la fábrica para continuar con su trabajo.

Cuando llegó, Pierce aún no había regresado.

—Y quería que estuviera aquí a tiempo… —murmuró Amelia, tomando asiento en su puesto y retomando los documentos que había dejado pendientes.

Se concentró en su trabajo, procurando olvidar por un momento todo lo que la agobiaba. Los minutos pasaron hasta que escuchó pasos acercándose. Alzó la vista y su corazón se quebró, como cada vez que veía la misma imagen: Pierce, del brazo de Cecilia.

Siempre se decía a sí misma que debía acostumbrarse, que ellos iban a casarse y que aquello sería cada vez más frecuente, pero era imposible que no le doliera.

¿Acaso mis recuerdos no son suficientes para él? —pensó, tragando el nudo que se le había formado en la garganta. Había olvidado también que ser su secretaria significaba verlos juntos con mayor frecuencia.

—Me gustaría que la luna de miel fuera en Italia —escuchó decir a Cecilia mientras se acercaban—. Nunca he estado allí, dicen que es precioso.

—Lo que desees está bien —respondió Pierce, deteniéndose apenas a dos pasos de su escritorio.

Amelia bajó la mirada, evitando que notaran cuánto le había dolido aquella simple conversación.

¿Luna de miel? Ella nunca tuvo una cuando se casaron.

—Amelia —la llamó Pierce con el mismo tono frío y autoritario que siempre usaba con ella—. ¿Terminaste el informe?

Amelia suspiró, alzó la cabeza y forzó una débil sonrisa, evitando mirar hacia el brazo de Cecilia, aún enlazado con el de Pierce.

—Sí —respondió, entregándole el documento que acababa de terminar.

Pierce asintió y, soltándose del brazo de Cecilia, comenzó a revisar el informe. Tras unos segundos, volvió a asentir en señal de aprobación.

En ese instante, Marco se acercó, con el ceño fruncido y la respiración agitada. Parecía molesto.

—Pierce, debemos hablar —demandó con voz grave.
Pierce frunció también el ceño y, sin hacer preguntas, señaló hacia el despacho. Ambos se encaminaron hacia allí, pero cuando Cecilia quiso seguirlos, Marco la detuvo con brusquedad.

—Espéranos afuera, Cecilia —ordenó, sin darle oportunidad de replicar, cerró la puerta.

Amelia levantó apenas las cejas al ver aquello. Observó cómo Cecilia permaneció inmóvil unos segundos, sorprendida de que su hermano le hubiera cerrado la puerta en la cara. Luego, visiblemente

ofendida, se giró. Amelia se acomodó en su silla, fingiendo indiferencia; no tenía el menor interés en iniciar una conversación con ella.

La miró apenas de reojo y no pudo evitar reconocer la belleza de su vestido: una delicada muselina azul cielo, ceñida a la cintura con un lazo de seda, bordado sutilmente en el corpiño, ligero y perfecto para un día caluroso como ese. Suspiró y miró su sencillo vestido desteñido, gastado por el uso y remendado en las mangas.

El silencio del pasillo se rompió de pronto cuando la puerta del despacho se abrió de golpe. Amelia levantó la cabeza y vio salir a Pierce, seguido de Marco. La expresión de Pierce era de pura furia contenida. Amelia lo conocía bien, lo había visto enojado antes, y sabía lo peligroso que podía ser en ese estado.

—Amelia, regresa a Dankwroth House y cumple con las tareas que te asignen. No te necesito más por hoy —ordenó Pierce, sin mirarla.

—Tú también regresa a casa, Cecilia —añadió Marco con tono seco —. Pierce y yo tenemos que resolver algo.
Cecilia se acercó con el ceño preocupado.

—¿Ocurrió algo? —preguntó, mirando alternativamente a su hermano y a Pierce.

Amelia contuvo la respiración, esperando una respuesta. Quería saber qué los había puesto tan tensos, pero ninguno de los dos respondió.

—Haz lo que te digo —replicó Marco con dureza.

Los dos hombres se marcharon a paso rápido, con Cecilia siguiéndolos de cerca, insistiendo en saber. Amelia se quedó atrás,

mirándolos alejarse. En el fondo, no pudo evitar sentirse inquieta. Debía haber ocurrido algo muy grave para que ambos estuvieran tan furiosos.
Aun así, pensó que lo mejor era mantenerse al margen si no quería terminar siendo humillada por Pierce.

∞∞∞

Pierce llegó a la naviera Black Tide, situada en los muelles del puerto de Nueva Orleans. El bullicio de trabajadores descargando barriles, arrastrando sogas y ajustando velas era constante, aunque, en cuanto lo vieron aparecer, las voces se apagaron poco a poco. La sola presencia de Pierce Dankwroth imponía silencio.

La sangre le hervía por dentro. Desde que se hizo cargo de la naviera de Emerson, jamás había acontecido un hundimiento. Y justo ahora, un barco cargado de mercancías valiosas se había hundido en medio del Atlántico a causa de una tormenta.

Pierce, sin embargo, no terminaba de creer esa historia. Sus navíos estaban reforzados y bien preparados para soportar vientos fuertes y mares revueltos, y más el *Celestine*, su mejor navío. Algo más había sucedido, algo que debilitó la estructura del barco y lo hizo vulnerable. Esperaba, por el bien de su capitán supervisor, que aquella tormenta hubiese sido más que un capricho pasajero del clima y no una excusa de incompetencia.

Él y Marco atravesaron el amplio almacén principal de la naviera: un lugar vasto, con columnas de madera oscura, un ir y venir de hombres con camisas arremangadas, tiznados de carbón y sudor. El suelo estaba cubierto de aserrín para evitar resbalones, y las mesas de trabajo estaban abarrotadas de cuadernos de bitácora, instrumentos de navegación y registros de carga.

No pronunció palabra mientras avanzaba con pasos firmes hacia el despacho privado, donde lo esperaba el capitán supervisor. Al entrar, Pierce vio al hombre, que estaba de pie, con el sombrero en la mano

y el rostro pálido. La estancia era amplia, aunque sofocante; apenas contaba con una ventanilla que dejaba entrar un hilo de aire. Tenía mapas desplegados sobre la mesa, y el olor a tabaco impregnado en las paredes.

El hombre abrió la boca para hablar, pero Pierce lo interrumpió con un gesto de la mano. Sus ojos oscuros lo miraron como si fuera un insecto bajo su bota.

—¿Cómo demonios se hunde un barco del Black Tide en medio del Atlántico? —preguntó él con voz grave.

El capitán tragó saliva, aferrando el sombrero con fuerza.

—Señor Dankwroth… fue la tormenta. Nos dijeron que…

—¿La tormenta? —lo cortó Marco, cruzando los brazos—. No me hagas reír. Hemos cruzado tormentas peores y ninguno de nuestros navíos se ha ido al fondo como una maldita roca.

Pierce avanzó un paso, quedando frente al hombre. Su altura y el ancho de sus hombros lo minimizaban.

—Dime la verdad —gruñó, inclinándose apenas—. ¿Quién ordenó esa sobrecarga? Porque el *Celestine* no pudo haberse hundido por cuatro olas más altas de lo normal.

El capitán alzó la mirada un instante, tembloroso.

—El *Celestine* era un barco grande y resistente, pensé que aguantaría, señor Dankwroth —respondió el capitán con la voz temblorosa—. Quise aprovechar la salida para

La Habana… y… y ordené que se cargara más de lo permitido.

La mandíbula de Pierce se tensó, su respiración pesada llenando la estancia. Marco golpeó con el puño sobre la mesa, haciendo temblar los mapas.

—¿Sabes cuánto dinero acabas de hundir, maldito desgraciado? Eso era carga de valor, contratos cerrados, clientes que ahora se reirán de Black Tide & Atlantic Crown. —La voz de Marco era tensa, como si se estuviera conteniendo—. ¿Quién demonios te crees para tomar decisiones que solo competen a nosotros?
El capitán se inclinó casi en súplica.

—Perdón… yo… yo solo quería adelantar toda la mercancía y...

—Tu deber era supervisar precisamente que no hubiera sobrecarga de mercancía —Pierce lo tomó del cuello del abrigo y lo alzó apenas, sin esfuerzo, apretando con fuerza suficiente para dejarlo sin aire—.

Ahora el *Celestine* está en lo profundo del Atlántico por tu incompetencia.

El hombre bajó la cabeza, sudoroso.

Pierce lo soltó con tanta fuerza que el hombre cayó al suelo. Marco se acercó y lo miró desde arriba con desagrado.

—Sabes que esto tendrá consecuencias, y alguien tiene que pagar —su voz fue baja, casi un susurro, pero cargada de una amenaza mortal.

El capitán negó con torpeza, con los labios morados.

—Por favor, yo...

—Fuera de mi vista —ordenó Pierce, con la mirada fría clavada en él.

El hombre salió tambaleándose, cerrando la puerta tras de sí.

Marco, aún con el ceño fruncido, exhaló con rabia.

—El *Celestine* nos generará muchas pérdidas.

—No solo eso —respondió Pierce con frialdad—. Los comerciantes que aguardaban la mercancía no admitirán semejante retraso. Perderemos más que dinero si no actuamos con rapidez.

Marco asintió.

—Organizaré personalmente un envío de reemplazo, al menos con la mitad de la carga.

—Bien. Yo revisaré si las mercancías estaban aseguradas y redactaré cartas para informar lo ocurrido. No podemos permitirnos perder a esos clientes.

Ambos salieron de los almacenes de la naviera. Pierce consultó su reloj de bolsillo: eran las dos y media de la tarde.

—Creo que declinaré la cena de esta noche, Marco —informó guardando el reloj—. Con este nuevo problema, no pienso perder el

tiempo. Y la mascarada de mañana es imposible cancelarla.

Marco comprendió de inmediato.

—Se lo comunicaré a mi madre y a Cecilia —fue lo único que dijo antes de despedirse.

Cada uno tomó un rumbo distinto. Pierce, en cambio, todavía sentía la sangre hervirle. Perder al *Celestine* era un golpe demasiado fuerte. Esperaba, al menos, que la mascarada le brindara la ocasión de reunir a los inversionistas adecuados para sus minas.

Al llegar a Dankwroth House, observó cómo varias sirvientas decoraban el gran salón para la mascarada. No se detuvo a admirar los detalles; caminó con paso resuelto hacia su despacho, aunque en el trayecto fue interceptado por la niñera y sus hijos.

Daphne se lanzó a sus brazos con entusiasmo.

—¡Papá! —lo abrazó por el cuello—. Ven con nosotros al jardín —pidió con una sonrisa radiante.

Pierce hizo una mueca de disgusto, consciente de que esa vez no podría complacerla.

—No puedo, princesa. Papá tiene que trabajar —la dejó suavemente en el suelo. Su mirada se posó entonces en Louis, sentado en su silla de ruedas. El niño ni siquiera lo miraba.

—¿Dónde está Amelia? —preguntó Pierce a la niñera, Isidora, al no verla cerca.

—La señorita salió a comprar su vestido, milord —respondió ella con respeto.

Pierce frunció el ceño.

—¿Vestido? —repitió, incrédulo.

¿Con qué dinero Amelia se compraría un vestido nuevo? —pensó con amargura.

—Mami dice que irá a un baile —intervino Daphne. Pierce la miró con seriedad—. ¿Yo puedo ir también, papá?

Pierce ladeó la cabeza y negó con suavidad.

—Por supuesto que no, princesa. Las niñas hermosas como tú no van a bailes.

—¿Y yo? —la voz de Louis lo sorprendió. En un segundo se inclinó hasta quedar a su altura. Louis era el más parecido a él, y al mismo tiempo, el más distante.

—Eres pequeño aún, hijo. Tampoco puedes asistir —respondió con ternura, esbozando una sonrisa.

Louis bajó la mirada en silencio, mientras sostenía dos soldaditos de madera entre sus manos.

—¿Quieres jugar? —preguntó Pierce.

El niño asintió.

—Mami juega conmigo con este —le tendió uno de los soldaditos—. Yo soy el capitán y tú tienes que seguirme para salvar a la amiga de Daph.

Pierce miró la muñeca que su hija sostenía.

—¿Y de qué eres capitán? —quiso saber.

—De un barco. La amiga de Daph se está ahogando y hay que salvarla —explicó Louis.

Pierce soltó una breve risa, divertido por la imaginación de sus hijos.

—Pero necesitas un barco.

—No tenemos —respondió Daphne—, pero mami dice que podemos imaginarlo.
Pierce asintió.

Tal vez deba comprarles un barco de juguete —pensó, mientras los observaba con atención.

—Vamos al jardín —insistió Daphne, tirando de su mano.

Pierce estuvo a punto de negarse, pero no quiso desperdiciar la oportunidad de acercarse más a Louis, que al fin comenzaba a abrirse con él.

—Vamos —aceptó, tomando la silla de ruedas de su hijo y guiándola hacia el jardín.

La tarde transcurrió entre risas y juegos. Pierce se sorprendió al ver a Louis cada vez más abierto, mientras Daphne, su pequeña princesa, no dejaba de reclamar su atención con ocurrencias y preguntas.

Pierce revisó el reloj de bolsillo: eran las cinco de la tarde. Era hora de volver a su realidad, de enfrentar el problema del *Celestine* y empezar a buscar soluciones.

Dejó a Louis y Daphne con la niñera y se dirigió al despacho, ordenando que, apenas Amelia llegara, fuese enviada directamente a verlo.

Al entrar, se sirvió un vaso de whisky y lo bebió de un solo trago. El ardor le quemó la garganta, pero lo necesitaba. Se sirvió otro y lo dejó a medio camino sobre el escritorio. Abrió los cajones y sacó los documentos relacionados con el *Celestine*; repasó los contratos, verificó las pólizas[6] y buscó los papeles que confirmaran si el cargamento estaba asegurado.

Las horas pasaron sin que se levantara de la silla, hundido en los papeles y los números.

Unos golpes suaves lo sacaron de su concentración.

—Adelante —ordenó sin alzar la vista.

—¿Querías verme? —La voz de Amelia resonó en la estancia.

Pierce levantó la mirada y la encontró de pie, en medio del despacho. Llevaba el mismo vestido sencillo y gastado que había usado en la mañana. Por un instante pensó en preguntar por el nuevo vestido que la había hecho estar toda la tarde fuera, pero se contuvo. Eso no importaba.

—Sí. —Le entregó un sobre y señaló las hojas en blanco que había preparado—. Necesito que redactes diez cartas con este contenido. El texto será el mismo, solo cambia el nombre del destinatario. Aquí tienes la lista también.

Amelia tomó el sobre. Sus dedos rozaron los suyos, y Pierce sintió de nuevo esa corriente extraña recorriéndole el cuerpo. Frunció el ceño; había sentido lo mismo la noche anterior, cuando evitó que

ella chocara con él en el pasillo. No le dio importancia, o al menos trató de no hacerlo.

—¿El mismo contenido para todos? —preguntó ella.

—Sí —respondió Pierce con firmeza, entregándole la segunda lista.

—Bien… tomaré un baño y después…

—Lo quiero ahora, Amelia. —Su voz se endureció, más de lo necesario, porque en su mente se había formado la imagen de ella desnuda en una bañera.

¡Maldición! —Se reprendió con rabia. No debía permitir que esos pensamientos lo distrajeran.

—¿Al menos puedo comer algo? —se atrevió a replicar ella, con un dejo de sarcasmo.

Pierce la observó un segundo en silencio, contuvo el impulso de reprenderla y finalmente asintió.

—Sí.

Amelia bajó la vista, lo miró unos instantes como si esperara algo más, pero al no obtener nada, salió del despacho con los sobres en la mano.

Pierce se dejó caer contra el respaldo de su silla y pasó las manos por su rostro con frustración.

Suficiente tenía con un barco hundido, una fortuna perdida y la necesidad de explicar a socios y comerciantes sobre el desastre… para que además los recuerdos de Amelia siguieran metiéndose en su cabeza cada vez que la tenía cerca.

Capítulo 19

La última vez que Pierce había mirado el reloj del despacho eran las ocho y media. Ahora marcaba las diez. El hambre comenzaba a hacerse sentir, pues no había cenado, pero había preferido continuar trabajando y dejar todo claro respecto al *Celestine*. Necesitaba aclarar aquel desastre antes de la mascarada, porque después tendría que dedicar su atención al negocio de las minas. Estaba convencido de que más de uno de los invitados estaría interesado en invertir en ellas.

Esa noche, sin embargo, su prioridad era reparar el daño que el hundimiento del *Celestine* había provocado.

Unos minutos después, escuchó cómo la puerta se abría con cautela. Al levantar la mirada, vio a Amelia asomando la cabeza antes de entrar. Pierce la observó con frialdad, para luego apartar los ojos de inmediato. No quería mirarla más de lo necesario; hacerlo le traía a la mente los recuerdos confusos que tanto se empeñaba en reprimir.

—Ya están listas las cartas —informó Amelia, dejándolas sobre la mesa.

Pierce echó un vistazo rápido: todo estaba perfectamente ordenado y dentro de sus sobres.

—Solo falta el sello —añadió ella.

—Bien, ya puedes irte a dormir —respondió él, volviendo a fijar la vista en los documentos. Esperaba acabar antes de la medianoche.

Notó que ella seguía en el mismo lugar y levantó la mirada con el ceño fruncido.

—No has cenado —dijo Amelia, interpretando su gesto.

—No tengo tiempo para eso. Lo haré después —contestó Pierce, desviando la mirada.

—Al menos deberías comer algo —insistió ella, dando un paso hacia adelante. Su mirada se detuvo en el vaso de whisky—. La bebida no es alimento.

Pierce dejó escapar un suspiro, soltó el documento que sostenía y la miró fijamente.

—He dicho que comeré después —refutó, con voz grave.

Amelia sostuvo su mirada sin miedo, y esa simple resistencia le crispó los nervios.

—Retírate. Necesito terminar esto —añadió con tono tajante.

Ella asintió en silencio y se retiró sin decir más.

Pierce se recostó en su silla, pasó las manos por su rostro y dejó escapar un resoplido frustrado.

Le resultaba cada vez más difícil mantener la indiferencia hacia ella cuando los recuerdos lo atormentaban y, pese a todo, ella parecía genuinamente preocupada porque no hubiera cenado.

Sacudió la cabeza, empeñado en borrarla de sus pensamientos. Amelia era un problema, y no podía permitir que se volviera más grande. Debía seguir con su plan, y ese plan era mantenerla lejos de su vida.

¿Y si es tu esposa de verdad? —susurró la voz impertinente de su cabeza.

—No lo es… Emerson me habría dicho si mencioné algo antes de que perdiera la memoria —se respondió en voz baja.

Emerson jamás le ocultaría algo tan importante. Esa certeza lo tranquilizó. Amelia continuaba siendo, para él, una oportunista que buscaba asegurarse un lugar a través de mentiras.

Tomó el vaso de whisky para darle otro sorbo, pero una punzada en la cabeza lo obligó a detenerse. Llevó la mano a la sien y cerró los ojos con fuerza. Entonces, imágenes desconocidas comenzaron a arremolinarse en su mente.

La noche estaba calurosa, y Alex solo deseaba volver a la finca y descansar. Aquel día había sido agotador, cargado de trabajo desde el amanecer. Ya habría regresado hacía horas si no hubiera visto a las hijas del conde caminando por la plaza como si fueran campesinas más, mezclándose entre la gente, cuando claramente no lo eran.

Aquello lo enfurecía.

Que Amelia Straton quisiera pertenecer a su mundo como si se tratara de un juego era algo que lo irritaba profundamente. Ella no sabía lo que era ser pobre y trabajar hasta que las manos dolieran, no sabía lo que era sentir hambre ni trabajar para ganarse el alimento. Amelia había nacido en una cuna de oro, rodeada de lujos, y, aun así, ahí estaba: vestida como campesina, con el cabello rubio recogido de manera descuidada y ese rostro sereno que parecía disfrutar del momento.

A su lado bailaba su hermana menor, Brianna, según tenía entendido, pues la otra, Clariss, era aún más pequeña. Pero Alex apenas la miró; sus ojos solo observaban a la mayor de las Straton.

Eso lo enfurecía más todavía.

No tenía qué fijarse en ella, no tenía qué desearla. Podría haberse mantenido al margen, ignorar lo que sentía y dejar que el tiempo disipara ese deseo insensato. Pero no podía, porque Amelia no lo permitía. Ella insistía, buscaba acercarse, hasta había osado decirle que le gustaba.

Alex soltó una risa amarga.

¿Gustarle él? Un pobre mozo de cuadras. Seguramente lo veía como un pasatiempo, un capricho para entretenerse.

Apretó los puños con furia al verla bailar en medio de la plaza, sonriente.

Era domingo, y como dictaba la tradición del pueblo de Windsor, había fiesta en la plaza. Alex había asistido solo porque un compañero lo había arrastrado, pero ahora se encontraba sin él; el hombre se había perdido acompañado de una mujer.

Su mirada, inevitablemente, volvió a buscar a Amelia minutos después. La encontró en la entrada de una taberna, con una jarra de cerveza en la mano. Aquella imagen le revolvió el estómago. Eso no era propio de una dama… pero tampoco era propio que estuviera en una fiesta de campesinos.

El ceño de Alex se frunció todavía más cuando vio a un hombre acercarse y rodearla. Sus puños se crisparon con furia contenida.

No debería sentir celos. No debería pensar en intervenir.

Pero la vio sonreírles. Sonreír como si disfrutara de la compañía.

Y entonces ya no supo qué lo enfurecía más: si verla aceptar con tanta naturalidad la atención de otros… o confirmar lo que ya sabía: que Amelia Straton solo buscaba jugar con un simple mozo de cuadras como él.

Pierce abrió los ojos lentamente. El dolor había cesado, pero lo que no cesaba era ese recuerdo. Ahora confirmaba que en su pasado había sido un simple mozo de cuadras y, al parecer, había trabajado para la familia de Amelia.

Ahora se sentía confundido. Ese recuerdo no se parecía en nada a los anteriores, donde Amelia se mostraba amorosa, cercana, donde ambos compartían intimidad. Ese era distinto, mostraba algo… diferente. Al parecer, en su recuerdo él había sentido algo por ella, pero ¿y ella? ¿Solo estaba jugando con él?

Pierce suspiró. Al final, quizá siempre tuvo razón: Amelia no era tan buena como pretendía. En el pasado había sido rica y él apenas un mozo de cuadras. Ahora los papeles estaban invertidos: él era un hombre importante, y ella no era más que una simple obrera.

¿Pero por qué? ¿Cómo Amelia y sus hermanas habían terminado reducidas a esa situación?

Decidió apartarla de su mente. Se obligó a concentrarse en los documentos, mientras bebía de su vaso de whisky.

Media hora después, la puerta del despacho volvió a abrirse. Pierce levantó la mirada y su respiración se detuvo un instante. Amelia

entraba con un camisón claro, sencillo y gastado, aunque limpio y cuidado. El tejido dejaba entrever la delicadeza de su figura, demasiado viva en su memoria después de los recuerdos que lo habían asaltado noches atrás. El cabello rubio, suelto y peinado con esmero, caía como una cortina de seda sobre sus hombros.

Pierce la recorrió con los ojos sin poder evitarlo, recordando el cuerpo desnudo de ella que sus recuerdos le mostraron, y un calor incómodo se instaló en su pecho. La imagen de su piel bajo la luz de las velas lo asaltó con tal claridad que apretó la mandíbula para apartarla de su mente.

Solo entonces reparó en la bandeja que llevaba entre las manos. Sobre ella, vio un plato de estofado de cordero acompañado de puré de batata, humeante y sazonado con hierbas, y junto a él un pequeño pastelillo de limón.

¿Sabe que esa es mi comida favorita? —se preguntó, sorprendido, observando cómo Amelia colocaba la bandeja sobre la mesa baja entre los sillones.

Ella lo miró con sus ojos azules, con suavidad.

—Come algo, luego puedes seguir trabajando —expresó con calma.

Pierce no respondió, pero se levantó de su silla y se acercó. La verdad era que tenía hambre, y esa comida lo tentaba más de lo que deseaba admitir. Se sentó frente a la bandeja y empezó a comer. Amelia ocupó el sillón de enfrente.

Pasaron unos minutos de silencio, solo interrumpido por el tintinear de los cubiertos.

—Siento lo que pasó con el barco —murmuró Amelia al fin.

Pierce levantó la vista apenas un instante y asintió. Era obvio que sabía lo ocurrido: había sido ella quien redactó las cartas que él mismo le ordenó.

Ella no añadió más. Se quedó allí, quieta, observándolo. Y él continuó comiendo en silencio, aunque de vez en cuando la miraba y notaba en sus gestos que parecía ansiosa, como si quisiera hacer o decir algo y se contuviera.

Pero Pierce no le dio importancia, ni tenía intención de preguntar; lo único que deseaba era que Amelia se marchara a dormir y dejara de atormentarlo con su presencia… y con ese fino camisón que apenas ocultaba sus formas.

Si no te gusta, no debería atormentarte —resonó la voz en su cabeza, tan impertinente como siempre.

Pierce apretó la mandíbula. Amelia no le gustaba… Tal vez… solo un poco. No podía negar que era hermosa, más de lo que debería reconocer, pero no era el tipo de mujer que él elegiría.

Asintió para sí mismo, convencido de que debía mantenerse al margen. No importaba lo que hubiesen sido en el pasado, todo había quedado allí. Ahora tenía una nueva vida, y la mujer frente a él no formaba parte de ella.

∞∞∞

Amelia vio cómo Pierce se levantaba del sillón una vez que terminó de comer. Ni siquiera pronunció un *«gracias»*, a pesar de que ella había empleado parte de su tiempo en preparar aquella comida porque sabía que era su favorita. Lo había hecho con la esperanza de que, al probarla, él recordara algo de lo que alguna vez compartieron. Pero, al parecer, nada había cambiado. Y si había recordado, Pierce era demasiado bueno fingiendo.

Se levantó también y ajustó la cinta de su camisón. Ese detalle tampoco había sido casual: había querido que él la viera así, con la esperanza de despertar un recuerdo más claro. Sin embargo, no obtuvo más que una mirada indiferente.

Suspiró y se armó de valor para ejecutar lo que había estado planeando.

Toda la tarde, mientras elegía junto a sus hermanas el vestido para la mascarada, no había podido dejar de pensar en cómo acercarse a Pierce, en cómo forzarlo a recordar, o al menos en cómo enfrentarlo y obligarlo a hablar de los recuerdos que ya comenzaban a volver.

Había ideado varias formas; las dos primeras ya las había intentado sin resultado. Ahora le quedaba la más arriesgada… solo esperaba que, de fracasar, el rechazo no le destrozara aún más el corazón.

Sin pensarlo más, avanzó hacia Pierce. Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? —preguntó al verla tan cerca.

Era alto, de hombros anchos, imponente; Amelia apenas le alcanzaba al hombro. Pero recordó cómo solía inclinarse hacia él, cómo lo sujetaba para besarlo… e hizo exactamente lo mismo. Se acercó con decisión, lo tomó de los hombros para atraerlo hacia ella, y luego llevó las manos a su nuca. Antes de darle oportunidad a rechazarla, pegó sus labios a los de él y lo besó.

Amelia sintió cómo su corazón latía como un tambor. Había extrañado el roce de sus labios, había extrañado hundir los dedos en su cabello mientras lo aferraba a ella con pasión y deseo. Sin embargo, no sintió que él reaccionara, y aquello la hirió profundamente. Estaba a punto de apartarse, cuando de pronto, Pierce la sujetó por la cintura y la atrajo contra su cuerpo, alzándola apenas para igualar la altura, y entonces respondió al beso.

¡Dios! Me está respondiendo… —pensó con una oleada de esperanza, y sin contenerse lo besó con la fuerza del deseo contenido desde que lo había vuelto a ver.

Dejándose arrastrar por el momento, lo instó a sentarse de nuevo en el sillón y, con rapidez, se acomodó a horcajadas sobre él, besándolo otra vez con avidez. Su cuerpo empezaba a reaccionar, sentía su feminidad humedecerse, aún más cuando las manos de Pierce descendieron de su cintura hacia sus muslos y luego a su trasero, acomodándola sobre la dureza de su erección.

—Sí… recuérdame, por favor… —suplicó, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Entonces, todo se quebró. Pierce la apartó con brusquedad, arrojándola a un lado del sillón. Se levantó de golpe y se alejó unos pasos, dándole la espalda. Amelia lo vio llevarse una mano al cabello oscuro, despeinándoselo con frustración.

Ella hizo ademán de decir algo, pero se contuvo. ¿Y si acababa de cometer un error?

Se levantó, temblorosa, alisándose el camisón con torpeza, y avanzó hasta quedar a un par de pasos de distancia. Levantó la mano con intención de tocarlo, pero la bajó enseguida cuando él se giró bruscamente hacia ella.

Dio dos pasos hacia atrás, helada, al encontrarse con sus ojos ónix cargados de una furia contenida que jamás había usado en ella. Por primera vez, Amelia sintió algo que nunca antes había sentido con él: miedo.

—No te vuelvas a acercar a mí, Amelia. —La voz de Pierce sonó grave, cargada de amenaza.

Amelia mordió su labio inferior con tanta fuerza que sintió que casi lo partía. Lo miró a los ojos y lo que encontró allí fue odio… y eso la destrozó más que cualquier palabra.

—Alex. —Lo llamó por su verdadero nombre—. Por favor… sé que empezaste a recordarme, ¿por qué sigues negándome?

Retrocedió otro paso cuando lo vio avanzar hacia ella con gesto amenazante. La furia en sus ojos era tan intensa que por primera vez temió que pudiera lastimarla físicamente.

—¿Quién te dijo que había empezado a recordar? —preguntó con el mismo tono helado.

Amelia bajó la mirada, tragando con dificultad el nudo que le oprimía la garganta.
—Yo… te escuché decirlo —confesó, y antes de perder el poco valor que le quedaba, añadió—. No puedes negarlo. Si empezaste a recordarme es señal de que puedes recordarlo todo. Yo… puedo ayudarte, puedo contarte cosas, y tal vez así…

—¡Basta! —gritó él, y el estruendo de su voz la hizo sobresaltarse—. No quiero tu ayuda. No confío en ti. Si mis recuerdos regresan, que lo hagan por sí solos. No necesito que me llenes la cabeza de mentiras para tu conveniencia.

Amelia llevó una mano a su pecho, negando con desesperación.
—Nunca te mentiría respecto a nosotros, Alex… —susurró, con voz rota.

—¡No me llames así! —rugió él, y sus ojos oscuros brillaron con furia contenida.

Ella apretó los puños, tragándose las lágrimas que amenazaban con desbordarse, y asintió.
—Sabes que si sigues comportándote como un idiota, puede que deje de amarte, ¿cierto? —expresó con un nudo en la garganta.

Pero lo que recibió como respuesta fue la risa amarga de Pierce.
—¿Y eso debería ser un problema para mí, Amelia? —preguntó mirándola directo a los ojos, sin dudas, sin arrepentimientos.

Ella le sostuvo la mirada un segundo, hasta que su voz se quebró en un murmullo.
—Espero que no lo sea, Pierce.

Sin decir más, le dio la espalda y salió del despacho con el corazón más roto que antes. La poca esperanza que había guardado durante todo el día se esfumó. Era él quien no quería recordarla, era él quien se negaba a darle una oportunidad.

Ya estaba cansándose de recibir solo rechazo y humillaciones. Le dolía, le dolía más que una herida abierta o una quemadura. Ella lo amaba con todo el corazón… pero por primera vez deseaba no hacerlo.

∞∞∞

Londres, 1828.

Lord Christian Evans,[7] duque de Lancaster, regresó esa tarde a Lancaster House con un arreglo floral y un delicado collar de perlas. No era el cumpleaños de su esposa ni celebraban ningún aniversario, pero al duque le gustaba sorprenderla con pequeños presentes; era su manera de recordarle que su amor por ella no hacía más que crecer con el tiempo.

—Excelencia —lo detuvo el mayordomo cuando estaba a punto de subir las escaleras.
—¿Sí?
—Ha llegado esto para usted esta mañana —informó, mostrándole un sobre colocado con cuidado sobre una pequeña bandeja de plata.

El duque tomó el sobre y asintió en agradecimiento. El mayordomo inclinó la cabeza en una reverencia antes de retirarse, mientras el duque retomaba su camino hacia el piso superior.

Mientras avanzaba por el corredor, sus ojos se fijaron en el remitente. Frunció el ceño al ver que la carta provenía de Nueva Orleans.

Abrió primero la puerta de la habitación que compartía con su esposa, pero no la encontró allí. Con una sonrisa, se dirigió entonces al cuarto de juegos.

Al llegar, halló a Lady Jayne sentada en un amplio sillón, con su hija pequeña en el regazo y un libro abierto entre las manos. Su hijo estaba a sus pies, sentado en el suelo, escuchando el cuento con los ojos bien abiertos.

El duque se detuvo en el umbral, recostado contra el marco de la puerta, contemplando en silencio la escena con sus regalos aún en las manos. El timbre pausado y melodioso con que su esposa narraba la historia llenaba la estancia de calma. Jayne levantó la vista y lo descubrió mirándola; le regaló una sonrisa sin perder el ritmo de la lectura.

Ya habían pasado casi cuatro años desde su matrimonio, y para Christian habían sido los mejores de su vida. Tenía junto a él al amor de su vida, dos hijos que eran su orgullo, y otro que venía en camino.

El niño fue el primero en notar la presencia de su padre.
—¡Papá! —exclamó con alegría, corriendo hacia él.

El duque se agachó de inmediato para recibirlo. Sentía un orgullo inmenso de que sus hijos lo llamaran papá y que lo adoraran. Jamás cometería el error de su propio padre, ni de tantos nobles que

preferían criar a sus herederos a distancia, como si el afecto fuese impropio de su rango.

—Hola, pequeño —musitó Christian, besándole la coronilla. El niño había heredado su cabello rubio, aunque los ojos eran ámbar, idénticos a los de su madre.

Luego se acercó al sillón, besó con ternura los labios de su esposa y la mejilla regordeta de su hija, que lo miraba con curiosidad. La niña, que se parecía más a él, con el cabello claro y unos ojos azules brillantes, estiró sus manitas hacia el ramo de flores.

—Eran para tu madre, pero veo que ya tienen dueña —bromeó él, entregándole las flores.
—A Audrey le encantan —rió Jayne, observando cómo la pequeña abrazaba las flores con entusiasmo—. Creo que pronto querrá mudarse con Leo y Kate solo por su invernadero.
—Eso jamás lo permitiré. Mi hija no saldrá de esta casa —replicó él, fingiendo severidad.

Jayne soltó una carcajada suave, justo cuando Christian le mostró el collar de perlas. Ella llevó una mano a su boca con gesto emocionado.
—Christian… es hermoso. —Sus ojos se humedecieron de gratitud mientras acariciaba las perlas con reverencia.

Él sonrió y, tras un largo y delicado beso, se sentó en el sillón frente a ella. Entonces recordó el sobre que llevaba aún en la mano. Lo abrió con calma y comenzó a leer el contenido:

23 de agosto de 1828

Mi querido amigo Christian:

Me duele escribirte después de tres años de silencio. No me despedí en aquel momento y lo lamento más de lo que puedes imaginar. Hoy me avergüenza aún más que solo te escriba porque necesito tu ayuda, pero no tengo otra salida.

He encontrado a Alex, mi esposo, después de tanto tiempo… pero él no me recuerda. Ha perdido la memoria y rechaza por completo la

idea de que estamos casados. Lo peor es que también rechaza a sus hijos.

Esta hoja no bastaría para contarte todo lo que hemos pasado. Me encantaría que tú y Jayne pudieran conocerlos algún día, a Daphne y a Louis Alex. Pero mantengo la esperanza de que ese día no esté muy lejos.

Lo que necesito, si pudiera ser posible, es una prueba de mi matrimonio con Alex. Recuerdo que aquel día, después de darnos el «sí», Alex y yo firmamos el libro de la parroquia. Si pudieras conseguirme una copia de esa inscripción o algún documento que dé fe de ello, sería mi única esperanza para que él vea que no miento.

Te pido perdón por escribir solo para pedir tu ayuda. Espero que tu matrimonio con mi amiga Jayne se encuentre en plena felicidad. Yo sigo resistiendo por mis hijos… y porque confío en que, con tu ayuda, podré recuperar al hombre que amo y que ahora parece un extraño.

Con gratitud,
Amelia Straton Howell.

El duque terminó de leer la carta con cierta sorpresa. No esperaba noticias de Amelia después de tanto tiempo, pero sintió alivio al saber, por fin, de su paradero.

Alzó la vista hacia su esposa y, con una sonrisa, le extendió la carta.
—Te alegrará saber de quién es.

Jayne la tomó con curiosidad, pero al reconocer el nombre llevó una mano a su boca con un gesto de asombro.
—Amelia… —musitó, y comenzó a leer con atención.

Sus ojos recorrieron cada línea, su expresión cambiando entre sorpresa, nostalgia y tristeza. Cuando terminó, alzó la mirada hacia su esposo con el ceño ligeramente fruncido.
—Ha encontrado a Alex… pero él no la recuerda.

—No te preocupes —expresó Christian, inclinándose hacia ella—. Vamos a ayudarla.

Jayne asintió, y en sus labios se dibujó una sonrisa suave.
—Amelia merece ser feliz… —susurró con emoción contenida—. Ella me ayudó tanto cuando… estuve casada con su padre.

Bajó la cabeza unos segundos, no le gustaba recordar ese pasado, pero enseguida volvió a mirar a su esposo con decisión.
—Christian, debemos ir a Nueva Orleans.

Capítulo 20

La noche era perfecta, el cielo despejado, la luna llena iluminando los jardines y una brisa fresca que aliviaba el sofocante calor de Nueva Orleans. Dankwroth House resplandecía como Amelia nunca la había visto antes. El gran salón había sido transformado con cortinas de terciopelo burdeos, y en el centro del salón había una larga mesa cubierta con lino blanco, sobre la cual se alineaban varias vitrinas de cristal, exhibiendo joyas hermosas: rubíes, diamantes, esmeraldas y amatistas relucían bajo las luces, atrayendo las miradas de las damas y caballeros ya presentes. Otras vitrinas, distribuidas alrededor de la sala, completaban la exhibición.

La Gran Mascarada de Dankwroth parecía ser un evento esperado; había muchos invitados. Llevaba ya media hora recorriendo el salón junto a sus hermanas, viendo que el ambiente no difería demasiado del de Londres: música, risas y conversaciones en distintos acentos llenaban la estancia. La mayoría de los presentes eran ingleses, franceses y españoles.

Pero Amelia no sentía la emoción que había experimentado al recibir la invitación de Emerson. Todo su ánimo se había esfumado tras lo ocurrido con Pierce la noche anterior en su despacho. Ese día ni siquiera lo había visto. Como cada mañana, se había levantado con la intención de ir a la fábrica, con la esperanza de que no la hubiera despedido, pero Silvia, el ama de llaves, le informó que Pierce había dejado dicho que no la necesitaba allí. En cambio, debía seguir las instrucciones de ella para colaborar en los últimos preparativos de la mascarada.

No había estado en la fábrica, pero sí había trabajado sin descanso en la casa, y no sabía qué resultaba más agotador: si el esfuerzo físico o el peso emocional que arrastraba esa noche.

—¿Amelia, estás bien? —preguntó Brianna, tomándola del brazo y sacándola de sus pensamientos.

Amelia la miró y le dedicó una sonrisa cansada, agradeciendo que el antifaz cubriera al menos parte de la tristeza reflejada en su rostro.

Lo sucedido con Pierce no salía de su cabeza. Aquello le había dejado la certeza de que debía olvidarlo, pero ¿cómo hacerlo? Antes, albergaba la esperanza de que él recordara y la aceptara; ahora, aunque los recuerdos regresaban, Pierce seguía rechazándola.

Olvidando a Pierce, observó a su hermana, que estaba verdaderamente hermosa.

Brianna había elegido un disfraz inspirado en la diosa Diana, con un vestido blanco de muselina adornado con bordados plateados en el corpiño y en el dobladillo. Llevaba una media capa azul cielo que caía apenas hasta la cintura. Su cabello corto, por encima de los hombros, estaba cuidadosamente ondulado y sostenido con una fina diadema de hojas plateadas. Para realzar el disfraz, un antifaz sencillo de terciopelo blanco.

Amelia, en cambio, había escogido algo mucho más sutil. Vestía un traje de seda en tono marfil, con falda amplia pero ligera y un corpiño ceñido, realzado con bordados dorados en forma de pequeñas estrellas. Sus mangas eran de gasa transparente, que caían con suavidad hasta los codos. En el cuello llevaba un sencillo camafeo que había comprado en una tienda de accesorios viejos y usados, único adorno que contrastaba con la sencillez del conjunto. Su antifaz, marfil con ribetes dorados, resaltaba sus ojos azules y le daba un aire angelical.

—Estoy bien, Anna. Solo un poco cansada, estuve trabajando todo el día —explicó Amelia, escondiendo su verdadero dolor.

Brianna apretó los labios.

—No veo la hora de que salgas de aquí. Pierce te está explotando, Amelia. —Su voz sonaba firme, casi con enojo, y Amelia no pudo contradecirla. Porque era cierto. Brianna suspiró y suavizó el tono—. Sé que lo amas, pero estás sufriendo con su indiferencia. Y no lo mereces.

Amelia asintió con un nudo en la garganta.

—Lo sé, Anna… me siento una estúpida por no ser más fuerte con él. Si solo fuera yo, ya me habría marchado. Pero están Daph y Louis, y…

—Entiendo —interrumpió Brianna—. Si estuviera en tu lugar, haría lo mismo por Aurora.

Amelia le ofreció una sonrisa. Al menos esa parte, su hermana sí la comprendía.

—¿Dónde está Clariss? —preguntó, cambiando de tema mientras buscaba entre los invitados.

—Dijo que iba por bocadillos, pero eso fue hace quince minutos.

Amelia suspiró. Era el primer baile de Clariss y ya la había perdido de vista.

—No te preocupes, sabe que no debe cometer ninguna imprudencia. —La tranquilizó Brianna. Pero, aun así, Amelia no se relajaba del todo.

Ambas se detuvieron frente a la gran mesa central del salón, donde las joyas estaban en exhibición: tiaras, sortijas y collares engarzados con piedras de colores.

—Ese collar está hermoso, ¿no crees? —señaló Brianna.

Amelia lo miró con atención. Era un collar de oro, con un zafiro ovalado en el centro, rodeado de pequeños diamantes.

—Sí, es hermoso —respondió en voz baja.

Ella nunca había sido ambiciosa, pero no podía evitar recordar cómo era llevar joyas como esas.

—Bellas damas.

Ambas se giraron. Amelia se sorprendió al ver a Cole, el hijo de Ruth. Vestía con jubón negro bordado en hilos dorados, capa corta al hombro y un antifaz sencillo que realzaba sus ojos oscuros.

—¿Cole? ¿Qué haces aquí? —preguntó Brianna con una leve sonrisa.

—Mi padre... —comenzó él, mirando a Amelia a través de la máscara. Ella le sostuvo la mirada y luego miró a Brianna, comprendiendo al instante.

—No te preocupes, Cole —lo tranquilizó Amelia con suavidad—. Puedes hablar sin vergüenza.

Estaba segura de que él no sabía que sus hermanas ya estaban al tanto de que su padre era un rico barón español.

—Mi padre ha decidido reconocerme públicamente —se encogió de hombros—. Ahora estoy obligado a asistir a estos eventos.

Amelia asintió con comprensión.

—Es una buena oportunidad, Cole. Míralo por el lado positivo.

Pero el gesto de él no mostraba felicidad.

—Lo hago por mi madre. No quiero que siga matándose por esa panadería.

Amelia le sonrió con ternura.

—Ruth tiene suerte de tenerte. Eres un buen hijo.

Cole bajó la mirada con una sonrisa discreta.

—¿Me concederías el siguiente baile? —preguntó de pronto, mirándola fijamente.

Amelia se mordió el labio inferior.

—Cole… yo… —Brianna le dio un codazo suave—. Está bien, aquí estaré esperando.

El baile aún no había comenzado. Amelia supuso que todos esperaban la llegada de Pierce.
No se equivocó.

De pronto, la música cesó y las miradas se volvieron hacia la entrada del salón. Pierce apareció del brazo de Cecilia, seguido de Emerson. Amelia sintió que el aire le abandonaba el pecho. Ambos llevaban disfraces a juego: Pierce vestía como un caballero de la corte francesa: un traje de terciopelo carmesí con bordados en hilo de oro, capa corta ribeteada en armiño y un antifaz negro adornado

con plumas oscuras. Llevaba también una espada ceremonial, que acentuaba su porte imponente.

Cecilia, en cambio, parecía salida de Versalles[8]. Lucía un vestido azul profundo con corpiño ajustado y faldas amplias cubiertas de brocados dorados, acompañado de un antifaz delicado que realzaba sus facciones. Parecían haber coordinado sus disfraces.

Amelia tragó con dificultad. Su corazón se quebraba en pedazos. Sintió la mano de Brianna apretando la suya, brindándole apoyo.

Los músicos iniciaron el espectáculo con una danza de máscaras y, tras ello, comenzó el primer baile de la noche. Cole extendió su mano hacia Amelia. Ella la aceptó con una sonrisa débil, y en pocos segundos ya estaba danzando junto a él.

∞∞∞

La mascarada estaba siendo un éxito para Pierce, tal como lo había planeado desde el principio. Al menos en lo social y en los negocios todo parecía salir a la perfección. Lo que no podía controlar eran sus emociones; aquello se le estaba dando muy mal, sobre todo después de ver a Amelia bailar con otro hombre. Lo peor era que estaba enojado consigo mismo por permitir que algo tan trivial lo perturbara.

En primer lugar, no debería importarle que Amelia bailara con quien quisiera. Era lo normal, lo lógico. Sin embargo, desde la noche anterior no había logrado sacarla de su cabeza. No había podido terminar los documentos sobre el hundimiento del *Celestine* porque su mente no dejaba de volver a ella: primero, los recuerdos confusos; luego, viéndola entrar con la bandeja de comida y en camisón; finalmente, el beso. Ese maldito beso… No había comprendido hasta ese entonces cuánto lo había deseado. Aun así, se negó a entregarse por completo. Sin embargo, fue ella quien dio el paso. Y él respondió, perdiéndose por un instante en ella.

Pero la apartó de un empujón, sin detenerse a pensarlo. Al principio, lo único que sintió fue enojo, convencido de que había caído en una trampa. Ella había sido quien lo buscó, quien lo besó sin pudor, ignorando incluso su compromiso con Cecilia.
Por eso, cuando vio el dolor en los ojos de Amelia, no sintió compasión.

En dos semanas recibiría el informe detallado sobre las Straton, y ahí descubriría por qué, siendo hijas de un conde, habían terminado en Nueva Orleans viviendo casi como mendigas.

Pierce alzó la vista, y sus ojos, inevitablemente, fueron hacia Amelia. Había terminado el baile con aquel hombre que aún no reconocía y regresaba junto a su hermana. Debía admitirlo: se veía hermosa. Ese vestido, ese antifaz… por un instante, incluso olvidó que era rubia. En su mente solo apareció un único pensamiento: parecía un ángel.

—Pierce. —La voz de Cecilia lo sacó de golpe de sus pensamientos. Frunció el ceño y apartó la vista de Amelia para centrarse en su prometida, que estaba frente a él junto a su madre, la señora Elaine Fairfax.

Cecilia había seguido la dirección de su mirada y también había visto a Amelia. Por un segundo, apretó los puños, aunque pronto los relajó, disimulando con una respiración profunda.

—Mi madre pregunta si permitirás que Amelia asista a nuestra boda —habló Cecilia con tono tranquilo.

Pierce apretó la mandíbula. No tenía ganas de hablar de la boda, y mucho menos de Amelia.

—No lo he decidido aún —respondió seco.

—Yo pienso que no debería estar presente —intervino Elaine con voz firme y un poco severa—. Sería mal visto que la madre de sus… hijos asista a la ceremonia. Francamente, ya me parece impropio que esté aquí esta noche.

—Es la invitada de Emerson —fue lo único que respondió Pierce, con la voz cargada de desdén.

—Estaba conversando con mi hijo —insistió Elaine—. Podríamos adelantar la boda. No hay razón para esperar tres semanas más; los preparativos ya están casi listos.

—Mamá… —reprendió Cecilia, incómoda.

—Lo pensaré —replicó Pierce, aunque no tenía ninguna intención de aceptar—. Me disculpan, debo atender a unos invitados importantes.

Se apartó de ambas con un respiro hondo, buscando serenarse, cuando escuchó su apellido.

—Dankwroth.

Se giró y se encontró con un hombre al que no esperaba ver esa noche.

—Mikaelson —lo saludó con una leve sonrisa—. Confieso que no esperaba su presencia.

—Recibí su invitación, y aquí estoy —respondió el hombre con calma.

Clark Mikaelson. Dueño de la mitad de Boston, con influencia en puertos de Inglaterra y el Caribe. Un hombre respetado, temido y poderoso. Justo el tipo de aliado que Pierce quería a su lado.

—En ese caso, será un honor mostrarle personalmente el proyecto de mis minas —expresó Pierce.

—Estoy interesado —replicó Mikaelson con una mueca de aprobación—. Su invitación fue convincente, y la verdad, yo soy un hombre difícil de convencer.

—En eso no somos tan distintos —respondió Pierce con una sonrisa de medio lado.

Caminaron juntos hasta la gran mesa central, donde las joyas más valiosas brillaban bajo la luz de los candelabros.

—¿Y su esposa? —preguntó Pierce, fingiendo interés.

—Se quedó en Boston —respondió Mikaelson con un dejo de orgullo —. No quise arriesgarla, está a punto de dar a luz a nuestro segundo hijo.

Pierce asintió, sin darle mayor importancia. En realidad, poco le interesaba la esposa de Mikaelson, pero había escuchado que el hombre la veneraba casi como a una reina. Por eso había hecho la pregunta, más como un gesto de cortesía para ganarse un poco de su confianza que por verdadera curiosidad.

El hombre se inclinó para observar un collar de diamantes y rubíes.

—¿Todas estas piezas provienen de sus minas?

—Así es —afirmó Pierce—. Plata, rubíes y algo de oro. Las minas en Brasil están produciendo más de lo esperado. Si consigo la inversión adecuada, planeo expandir el trabajo y abrir un nuevo filón[9]. La calidad está garantizada, no lo dudo.

Mikaelson levantó el collar, analizándolo con ojo crítico.

—Nada mal, Dankwroth. Hablemos mañana con más calma, fuera del bullicio. Me interesa saber qué espera de un socio y, sobre todo, cuánto beneficio obtendría yo.

Pierce sonrió satisfecho.

—Entonces mañana.

Una vez Pierce quedó solo nuevamente, recorrió con la mirada el salón y comprobó que la mayoría de los invitados disfrutaba de su mascarada. Buscó a Marco, pero no lo encontró. Aquello le resultó extraño; era raro que no hubiera aparecido en casi toda la velada.

Fue entonces cuando sus ojos se detuvieron en Amelia. Estaba junto a la mesa de los bocadillos. Pierce frunció el ceño al verla agitada, con una mano sobre el pecho y los ojos cristalizados, como si le costara mantener la compostura.

Un impulso profundo, casi visceral, lo instó a ir hacia ella, pero se contuvo. No debía acercarse. Tenía que mantener la distancia, y así Amelia terminaría por entender que entre ellos no había nada… ni lo habría jamás.

En ese instante, Cecilia apareció nuevamente en su campo de visión con una sonrisa radiante.

—¿Bailamos? —preguntó, con las mejillas encendidas por la vergüenza de ser ella quien lo pidiera.

Pierce miró una última vez a Amelia, que parecía estar a punto de desfallecer.

—¿Pierce? —insistió Cecilia suavemente.

Él la miró al cabo de unos segundos y asintió.

Ella no te importa. —se repitió mentalmente mientras tomaba la mano de su prometida y la guiaba al centro del salón, donde varias parejas se deslizaban al compás de la música.

∞∞∞

Amelia contuvo un bostezo. Sería de mala educación dejarlo escapar frente a tantas personas, pero el sueño y el cansancio del día le gritaban que subiera y se recostara junto a sus hijos. Aun así, debía resistir hasta asegurarse de que sus hermanas regresaran en carruaje a casa.

Estaba casi recostada contra una de las columnas del salón. Cole se había apartado para acompañar a su padre, que deseaba presentarlo ante algunos socios, mientras que Brianna se había ofrecido a buscar a Clariss, que seguía sin dar señales de regreso desde que se había perdido entre la multitud.

Para no terminar vencida por el sueño allí mismo, Amelia decidió dirigirse a la mesa de bebidas. Tal vez algo fresco la despertaría un poco, aunque lo único que de verdad deseaba era un vaso de leche tibia y el silencio de su habitación.

En su camino, se distrajo al detenerse frente a una vitrina dispuesta junto a una columna. Dentro, un collar de rubíes brillaba bajo la luz de los candelabros. Amelia lo observó con atención, sin notar que otra dama venía en dirección contraria. Chocaron, y la bebida de la mujer se derramó entre ambas.

—Me disculpo —murmuró Amelia, intentando limpiar un poco su vestido. Alzó la vista y entonces se quedó inmóvil.

El corazón se le detuvo por un instante, y luego comenzó a latirle con fuerza contra el pecho. Retrocedió un paso, parpadeando varias

veces, como si no pudiera creer lo que veía.

—Yo también me disculpo. ¿Está usted bien? —respondió la dama con una sonrisa amable.

Pero Amelia apenas escuchaba. No podía apartar la mirada de ese rostro; lo conocía demasiado bien. Lo había memorizado durante toda su vida.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer, ahora con un dejo de preocupación en la voz.

Amelia dio un paso hacia ella, lenta y temblorosa. No sabía qué hacer ni qué decir. Hasta que, en un susurro quebrado, logró hablar:

—Madre.

Capítulo 21

Amelia no podía creer que la mujer frente a ella era su madre.
Dentro de ella, todo era un cúmulo de emociones encontradas: alegría, enojo, rencor y, a la vez, una paz extraña.
Era su madre, la mujer a la que había esperado durante años con la esperanza de que regresara por ella. La misma mujer que se marchó dejándola sola con su padre, con apenas una carta en la que decía que lo sentía y que partía hacia América.

Lidya Straton.
Ese era su nombre, y ahora estaba allí, en carne y hueso, delante de ella.

Cuando niña, Amelia solía contemplar el único retrato que su padre no había mandado quemar, grabándose en la memoria el rostro de su madre para no olvidarlo nunca, con la esperanza de reconocerla si algún día la volvía a ver. Gracias a ese retrato, ahora no tenía dudas de que la mujer frente a ella era la misma. Un poco más mayor, con mechones blancos entre su cabello rubio oscuro y los mismos ojos azules que ella había heredado, era inconfundible.

—¿Qué…? —Lidya llevó una mano al pecho, con asombro—. ¿Cómo me llamaste?

Amelia sostuvo su mirada, incrédula todavía, pero con firmeza.

—Madre. Te llamé madre, porque eso eres… me diste la vida, pero nunca fuiste una. —El rencor que llevaba guardado por años floreció en su voz—. Me abandonaste cuando apenas tenía un año.

Los ojos de Lidya se abrieron de par en par. Se llevó una mano a los labios, y Amelia vio cómo se llenaban de lágrimas. Ya la había reconocido.

—¿Amelia…? —musitó, con la voz rota—. Oh, por Dios.

Amelia permaneció inmóvil mientras la veía llevarse una mano al pecho y apoyar la otra contra la pared para no derrumbarse. La observó en silencio, esperando que asimilara la verdad.

—Tú… —Lidya intentó hablar, pero los labios le temblaban. Se recompuso un poco y dio un paso hacia ella—… estás tan diferente.

—Han pasado veintitrés años desde que me dejaste. Es natural que haya cambiado —respondió Amelia con voz firme, casi dura.

—Hija… —Lidya extendió la mano como para acariciar el rostro de Amelia, pero se detuvo a medio camino y la retiró con torpeza—. Lo siento —murmuró bajando la mirada—. Yo… no quería dejarte, pero tu padre… ya no soportaba más vivir a su lado.

—Claro, entiendo —respondió Amelia con calma, aunque su voz estaba impregnada de rencor.

—¿Entiendes?

—Sí. Entiendo que me dejaste con el mismo hombre del que huiste —replicó Amelia sin rastro de remordimiento en sus palabras.

—Te juro que me dolió en el alma hacerlo —insistió Lidya, con voz temblorosa—, pero no podía llevarte conmigo. Estaba huyendo de ese hombre, y si te llevaba…

—Te retrasaría —terminó Amelia, sin apartar la mirada.

Lidya negó suavemente, aunque no pudo contradecirla.

—No podía arriesgarme a que vivieras una infancia llena de carencias. No sabía cómo sería mi vida lejos de Londres. Al menos, con tu padre, tendrías una vida de lujos, un futuro asegurado, podrías casarte con alguien de buena posición. No quise arrebatarte ese destino.

Amelia soltó una risa breve y amarga.

—¿Y a qué costo? Tuve lujos, sí… pero necesitaba a mi madre. Mi padre… al menos no fue tan malo hasta que crecí lo suficiente.

Lidya apretó los labios y apartó la mirada, incapaz de sostener los ojos azules de su hija.

—Pero veo que no te fue tan mal, si has venido a un evento como este —comentó Amelia segundos después, estudiándola con atención. El vestido de seda, el corte elegante, las joyas relucientes… todo hablaba de una mujer que había sabido encontrar su lugar.

—No… —murmuró Lidya bajando la cabeza.

—Me alegro, de verdad —expresó Amelia, aunque en su voz se percibía la herida—. Pero al menos podrías ser sincera y decirme por qué, cuando tu vida mejoró, nunca volviste a buscarme.

Los ojos de Lidya se humedecieron, y justo cuando abrió la boca para responder, una voz fresca y juvenil interrumpió la tensión.

—Madre, padre te está buscando.

Amelia se giró y vio a una joven acercarse con naturalidad, de cabellos rubios y ojos grises. Solo miró a Lidya, como si ella no existiera.

El golpe invisible que Amelia recibió fue devastador, mucho más duro que cualquier dolor físico.

—Déjame explicarte, por favor… —pidió Lidya alzando las manos hacia ella, desesperada.

La joven miró a Amelia con desconcierto y curiosidad. En cambio, Amelia negó con la cabeza, retrocediendo dos pasos.

—Ahora entiendo por qué me olvidaste —expresó Amelia con la voz quebrada. Sin darle oportunidad a decir nada más, se alejó de ellas con una mano en el pecho y la respiración agitada.

Llegó hasta la mesa de bocadillos, pero ni siquiera reparó en la comida. Su mirada estaba perdida, fija en un punto inexistente, mientras su corazón se encogía.

Solo podía pensar en cómo su vida parecía empeñada en hundirse cada vez más. El sufrimiento llegaba en oleadas, una tras otra. Primero, Pierce sin recordarla; y ahora, su madre.

Había pasado años convenciéndose de que su madre no la buscó porque había muerto en la huida, o porque las circunstancias no le

habían permitido volver por ella. Siempre se había repetido esas excusas, buscándole justificación a su ausencia.

Pero ahora… lo sabía. Había visto con sus propios ojos la verdad. Su madre la había abandonado sin remordimientos y había empezado una nueva vida. Lo que era peor, tenía otra hija. Otra hija que había recibido todo aquello con lo que Amelia siempre soñó en silencio: una madre que la amara.

Miró la mesa de bebidas y tomó un vaso de ponche; necesitaba algo para tragar el nudo en su garganta. Lo bebió de un solo trago, respirando con dificultad mientras trataba de calmarse y apartar de su mente la imagen de Lidya.

Se obligó a enderezarse y mirar a su alrededor en busca de sus hermanas. Brianna debía haber encontrado ya a Clariss, pero ninguna de las dos estaba cerca. Mientras buscaba, sus ojos se posaron en la pista de baile, en la pareja que giraba en el centro del salón.

Otro golpe. Otro dolor que debía tragarse en silencio. Ver a Pierce bailando con tanta calma, tan seguro, con Cecilia entre sus brazos, fue como una daga que le atravesaba el pecho. Una vez más, la realidad la alcanzaba: él ya había hecho su elección, y no era ella.

Se giró de inmediato, rehusándose a presenciar más aquella escena, y se concentró en lo urgente: encontrar a sus hermanas. Salió del salón de baile, alejándose de la música y el murmullo de los invitados, hasta quedar en medio de un pasillo. Se detuvo, indecisa sobre dónde empezar a buscar.

Se disponía a caminar el primer piso cuando se encontró con Brianna.

—¿Y Clariss? —preguntó Amelia al verla sola.

—No la encuentro —respondió Brianna, llevándose las manos a la cintura con frustración—. No puedo creer que Clariss nos esté haciendo esto. Le hablé muchas veces sobre cómo debía comportarse en este baile.

Amelia respiró hondo; la preocupación empezaba a apretarle el pecho. No sabían dónde estaba su hermana, si se había perdido

entre los invitados o… si alguien había intentado hacerle daño.

—No puede estar tan lejos —murmuró, con la esperanza de convencerse a sí misma—. Busquemos en el jardín.

—Ya lo hice, y no está —replicó Brianna.

En ese instante pasó un lacayo con una bandeja de copas de champaña. Amelia lo detuvo con un gesto rápido.

—Oiga, ¿vio a una joven con vestido carmesí de falda amplia, rubia, con antifaz rojo? —preguntó sin rodeos. La descripción era inconfundible; nadie más en la mascarada llevaba un atuendo así.

El lacayo pensó unos segundos antes de asentir.

—La vi salir hacia los jardines acompañada de un caballero vestido de negro.

Amelia asintió, y el lacayo siguió su camino.

—Dios mío… ¿y si la secuestraron? —replicó Brianna, llevándose las manos al rostro.

—No, imposible —negó Amelia con rapidez, aunque sus propias palabras no lograban tranquilizarla—. ¿Quién y por qué querría secuestrar a Clariss?

—Vamos a pedirle a Cole que nos ayude a buscarla por los alrededores —propuso Brianna.

Amelia asintió, aunque en el fondo sabía que, a esas alturas, no serviría de mucho.
Debían esperar al amanecer. Si Clariss no regresaba antes, tendrían que acudir a la guardia.

Amelia cerró los ojos un instante y apretó las manos.
Solo podía orar para que nada malo le sucediera a su hermana.

∞∞∞

Pierce estaba rodeado de varios invitados, todos interesados en sus minas. Eso lo alegraba: estaba consiguiendo lo que quería, y,

después de todo, ese había sido el verdadero objetivo de la mascarada.

Mientras explicaba a sus posibles inversionistas cómo funcionaba el negocio, su mirada no pudo evitar recorrer el salón en busca de cierta mujer vestida como un ángel. Era inevitable: cuando Amelia desaparecía de su campo de visión, se sentía nervioso. Quería saber qué hacía o, peor aún… con quién aceptaba bailar.

Al cabo de unos segundos de búsqueda, no logró verla y frunció el ceño.

¿Dónde está? —se preguntó.

Había esperado que esa noche ella se le acercara o intentara provocarlo, después del beso que ella misma había iniciado la noche anterior. Pero, para su desconcierto, Amelia se había mantenido a distancia.

—Señor Dankwroth.

Pierce apartó sus pensamientos y giró la vista hacia la voz. Frente a él estaba un hombre ya algo mayor, de porte orgulloso, a quien reconoció de inmediato: el barón Don Rodrigo de Alarcón, un rico hacendado español.

—Quiero presentarle a mi hijo —habló el barón con un ligero acento, señalando al joven a su lado.

Pierce dirigió la mirada al muchacho, y una tensión súbita recorrió su cuerpo. Lo reconoció de inmediato: era el mismo que había bailado con Amelia al inicio de la velada.

Arqueó una ceja, asintiendo con fría indiferencia, pero continuó evaluándolo con detenimiento. Entonces recordó: lo había visto antes. Era el mismo joven que había estado en el puesto médico aquel día, cuando Louis sufrió el accidente.

«*Cole… si no recordaba mal.*»

Apretó los puños de manera instintiva, aunque se obligó a no dejarlo notar. Lo curioso fue que el joven no mostró ni entusiasmo ni interés por ser presentado a él.

Parece que la antipatía es mutua —pensó Pierce con ironía.

—Cole, él es el señor Dankwroth —anunció el barón, con una educación impecable pero con el dejo ansioso de quien necesitaba la aprobación de Pierce.

—No sabía que tenía un hijo —comentó Pierce.

El barón se tensó. Su sonrisa se tornó rígida y dio un paso hacia él, bajando la voz como si compartiera un secreto.

—Hace poco descubrí que lo tenía. Ya sabe cómo son estas cosas… ¿cierto?

Pierce lo miró con dureza. El mensaje no era difícil de descifrar: estaba aludiendo a que él mismo había sabido de sus hijos apenas hacía poco tiempo.

—Por supuesto —replicó con frialdad—. Si me disculpa, debo atender otros asuntos.

El barón iba a decir algo, pero Pierce no le dio oportunidad. Se alejó sin miramientos y se dirigió hacia Emerson, que conversaba con un pequeño grupo al lado de la mesa de bebidas.

—La mascarada es todo un éxito, hijo —comentó Emerson al verlo llegar a su lado, levantando su copa de brandy antes de darle un sorbo.

—No deberías estar bebiendo —replicó Pierce con el ceño fruncido.

—Es solo un poco, para pasar el rato. No haré un hábito de ello —se defendió Emerson con una sonrisa indulgente.

Pierce desvió la vista hacia el salón, observando cómo los invitados se amontonaban alrededor de las vitrinas donde brillaban las joyas.

—¿Has visto a las hermanas Straton? —preguntó, procurando fingir indiferencia.

—Hace rato que no las veo —respondió Emerson.

—No debiste invitarlas —murmuró Pierce con frialdad, apretando la mandíbula.

—Quise ser amable. Después de todo, ellas me ayudaron cuando lo necesité —replicó Emerson con calma.

—Lo sé —admitió Pierce con voz baja, aunque sin suavizar su tono —. Pero creo que un poco de dinero hubiera bastado. Amelia debería haber estado trabajando, en lugar de mezclarse aquí con nosotros.

Sabía que estaba siendo un idiota, lo reconocía.

—Pierce —la voz de Emerson se tornó más dura—. Sé que desde un principio Amelia no te agradó por la manera en que se dirigió a ti, pero es hora de que dejes esa actitud. Es la madre de tus hijos, y lo mínimo que deberías hacer es llevarte bien con ella por ellos. Tu trato hacia ella está cruzando una línea peligrosa.

Pierce giró el rostro hacia él con el ceño fruncido.

—¿Por qué la defiendes tanto, Emerson? A ti tampoco te agradaba en un principio.

Emerson suspiró, bebiendo un último trago de brandy antes de dejar el vaso a un lado.

—Amelia es una buena mujer, eso es todo —respondió, sin dar espacio a más discusiones. Con un gesto calculado, decidió cambiar de tema—. Elaine me comentó que están considerando adelantar la boda.

Los labios de Pierce se apretaron en una fina línea ante la mención.

—Ella quiere adelantar la boda —respondió con frialdad—. Yo no he confirmado nada.

—Creo que sería buena idea —continuó Emerson—. Marco está pensando en viajar a Francia por unos meses, lo mejor sería que la boda se celebrara antes, para que tú ya tuvieras mando y participación directa en la naviera *Atlantic Crown*.

Pierce sabía que Emerson estaba en lo correcto. Marco quería ampliar los puertos a los que sus barcos podían entrar y salir sin restricciones ni revisiones legales. Adelantar la fusión era, en efecto, una buena idea… de no ser porque implicaba pasar por el altar.

Un mes atrás, la idea le habría parecido sensata, incluso conveniente; sin duda habría aceptado sin pensarlo demasiado. Pero ahora… ya no le resultaba tan atractiva la perspectiva de hacer de

Cecilia su esposa. Algo dentro de él había cambiado, aunque no quisiera admitirlo.

—Como dije antes, lo pensaré —fue lo único que respondió, cortante.

Solo debía pensar. Pensar y poner en orden sus prioridades, recordarse a sí mismo qué era lo importante.

∞∞∞

Clariss abrió los ojos cuando la luz de la mañana comenzó a filtrarse entre las cortinas. Se estiró con desgano sobre el colchón, y las sábanas se deslizaron, dejando parte de su desnudez al descubierto.

Cuando por fin recobró la conciencia y miró a su alrededor, los recuerdos de la noche anterior cayeron sobre ella con brutalidad: la mascarada, el bullicio del salón, las joyas en exhibición, el ponche que bebió demasiado deprisa… el jardín, el misterioso hombre del antifaz negro… sus labios sobre los suyos y, después, su propio consentimiento al seguirlo hasta allí.

Llevó ambas manos a la boca, horrorizada al recordar cómo lo había besado sin resistencia, y cómo después había aceptado ir con él. Bajó la mirada y distinguió en el suelo su vestido carmesí, arrugado como prueba de su imprudencia.

—¡Dios mío, qué he hecho! —susurró con la voz temblorosa.

Giró lentamente el rostro hacia el otro lado de la cama, temiendo encontrar al hombre aún allí, pero lo único que halló fue un papel doblado. Lo tomó con manos temblorosas y lo abrió con rapidez.

«Puedes quedarte el día si quieres. Está pagado.»

Nada más. Ni un nombre, ni una promesa. Solo esa fría nota que la golpeó como un cubo de agua helada.

—Me entregué a un desconocido... —musitó, con lágrimas ardiendo en sus ojos—. ¿Cómo pude ser tan tonta? Amelia y Brianna… estarán destrozadas conmigo.

Se abrazó a sí misma, sintiendo la vergüenza correrle por la piel. Había esperado, como todas las damas, guardar lo más preciado que tenía… y lo había perdido con alguien cuyo rostro ni siquiera recordaba sin antifaz.

Aun así, en su memoria quedó grabado el modo en que aquel hombre había sido considerado y apasionado. Ese recuerdo la atormentaba aún más.

Se dejó caer sobre el colchón con un grito ahogado de frustración, hasta que un pensamiento la hizo abrir los ojos con rapidez.

—¿Y si quedo embarazada? —se llevó ambas manos al vientre, con pánico—. ¡No, Dios, por favor, no!

Saltó de la cama con brusquedad, pero gimió al sentir el dolor en su cuerpo. Bajó la mirada hacia las sábanas; la mancha sobre ellas confirmaba que había perdido su virtud.

Apartó el rostro con rabia, recogió sus ropas y se vistió con torpeza. No pensaba quedarse allí un minuto más. Salió de la habitación evitando la recepción, caminando con pasos rápidos hasta Faubourg Sainte-Marie.

En el trayecto, su mente era un torbellino. ¿Qué dirían Amelia y Brianna? ¿La juzgarían? ¿La repudiarían? No… ellas nunca lo harían. Eran comprensivas. Eran hermanas.

Cuando por fin llegó a casa, abrió la puerta con cautela y asomó la cabeza. Allí estaban, sentadas aún en la mesa del comedor, con los vestidos de la mascarada todavía puestos.

—¡Clariss! —exclamó Brianna, poniéndose de pie de inmediato. Amelia también se levantó.

—¿Estás bien? —preguntó Amelia con urgencia.

Clariss asintió apenas, incapaz de sostenerles la mirada. Tragó saliva.

—Cometí un error… un error muy grande.

Las lágrimas la vencieron al instante, y comenzó a sollozar con desesperación. Amelia fue la primera en abrazarla, envolviéndola con fuerza.

—Tranquila, pequeña, tranquila… —le murmuró al oído.

—Me entregué a un hombre… —confesó Clariss, entre sollozos—... no sé quién era… no recuerdo ni su rostro. Soy una tonta, una idiota… ¡lo arruiné todo!

Brianna guardó silencio, miró a Amelia con el corazón encogido, sin saber qué decir.

Amelia, en cambio, la apretó con más fuerza.

—Escúchame bien, Clariss. Eres mi hermana. Nada cambiará eso. Jamás te repudiaríamos por un error, por muy grande que pienses que es. Pase lo que pase, siempre estaremos de tu lado.

Las lágrimas de Clariss continuaron rodando, pero, por primera vez, sintió un alivio tenue: no estaba sola. Nunca lo estaría mientras tuviera a sus hermanas.

Capítulo 22

Amelia se encontraba esperando a que el doctor Lemuel terminara de examinar la pierna de Louis.

Había pasado ya una semana y media desde la noche de la mascarada, y también el tiempo estipulado para saber si su hijo podría recuperarse sin necesidad de un largo proceso de rehabilitación

Amelia rogaba en silencio que no fuese necesario nada más, que su pequeño pudiera volver a caminar y correr libremente, sin estar atado a aquella silla de ruedas que tanto lo limitaba.

Pierce también estaba en la habitación, a pocos pasos de ella, aunque Amelia no le prestaba atención. No desde aquella noche en la que él la había rechazado sin permitirle hablar de su pasado juntos. Esa noche comprendió, con dolor, que nunca recuperaría a su Alex.

Desde entonces había mantenido una actitud estrictamente lejana. La comunicación con Pierce se reducía al trabajo o a los asuntos relacionados con los niños. Había declinado cada una de sus invitaciones a desayunar o cenar en el comedor, pues no quería exponerse de nuevo a más humillaciones ni a falsas esperanzas. Menos aún cuando ella misma había sido testigo de los preparativos de su boda con Cecilia.

Lo único que deseaba era reunir suficiente dinero para emprender un pequeño negocio y marcharse de aquella casa junto a sus hijos.

Tenía todo el derecho de llevarlos con ella, había investigado cuidadosamente los aspectos legales y sabía que, mientras Pierce no reconociera un matrimonio legítimo con ella, no tenía ningún derecho sobre Daph y Louis, salvo que ella se los cediera.

Aunque, en el fondo, Amelia tampoco deseaba apartar a sus hijos de su padre. Solo tendrían una vida en hogares distintos, donde cada cual pudiera seguir su camino.

Pero, a veces, se preguntaba: ¿qué ocurriría cuando llegara la ayuda que había solicitado a Christian? ¿Qué pasaría si Pierce veía que, bajo el nombre de Alex, se había casado con ella realmente? ¿Recuperaría sus recuerdos? ¿O preferiría ignorar el pasado para continuar con el presente que había conseguido?

El doctor Lemuel retiró con cuidado las manos de la pierna de Louis y se incorporó con un leve suspiro.

—El hueso ha sanado bien —anunció—, pero necesitará aún unas dos semanas de ejercicios y reposo. Con algo de constancia en la rehabilitación, volverá a caminar como antes.

Amelia sintió que la tensión en su pecho se aflojaba, aunque no del todo. Dio un paso al frente.

—¿Y no quedará con alguna dificultad? —preguntó con voz baja, temerosa de la respuesta—. ¿Dolores… o una cojera?

El médico negó con serenidad.

—No. A su edad los huesos sanan con fortaleza. Tal vez, durante un tiempo, sienta un leve dolor al caminar o correr demasiado, pero nada que no desaparezca con el ejercicio y los cuidados adecuados. No habrá secuelas.

Amelia asintió lentamente, dejando escapar el aire que había contenido. Miró a Louis, que observaba al doctor con ojos inocentes.

—¿Y podrá volver a jugar como antes? —insistió con preocupación, acariciando con ternura el cabello oscuro de su hijo.

Lemuel esbozó una sonrisa tranquila.

—Sí, podrá correr, saltar y jugar como cualquier niño de su edad.

Amelia cerró los ojos un instante, agradecida por aquellas palabras.

Luego de que el doctor Lemuel dejara escrito en detalle los ejercicios que Louis debía realizar para recuperar la fuerza en la pierna, se despidió con una leve reverencia y abandonó la habitación.

Amelia se sentó en la cama junto a su hijo, acariciando con ternura sus cabellos oscuros.
—¿No podré jugar con el caballo? —preguntó Louis, con el ceño fruncido y los ojos grandes posados en ella.

Amelia lanzó una breve mirada a Pierce antes de volver a su hijo, negando suavemente.
—Aún no, corazón, debes esperar unos días —le respondió con dulzura.

—Solo haz lo que te digan y pronto podré enseñarte a montar yo mismo, ¿entendido? —intervino Pierce, que había dado unos pasos hacia la cama, con el rostro sereno.

Louis asintió, y Amelia lo besó en la frente antes de levantarse.
—¿Me necesitarás en la fábrica o…? —preguntó ella, girándose hacia Pierce.

—Sí, tenemos que ir —la interrumpió él, mirándola con frialdad.

Amelia solo asintió.
—Bien, le avisaré a la niñera para que cuide también de Louis —dijo antes de inclinarse hacia su hijo—. Mami regresará pronto.

Louis volvió a asentir, y Amelia salió tras darle un último beso en la sien. Minutos más tarde, tras avisar a la niñera que ya se encontraba con Daph, subió al carruaje donde Pierce la esperaba. Como siempre, se sentó frente a él, evitando mirarlo y posando su atención en el camino que se extendía tras la ventanilla.

El trayecto se mantuvo en silencio, hasta que Amelia notó que el carruaje no tomaba la ruta habitual hacia la fábrica. Frunció el ceño sin comprender.

El carruaje se detuvo y Pierce fue el primero en descender. Amelia esperó a que él dijera algo, no sabía si debía bajar o quedarse.
—Sígueme, Amelia —ordenó Pierce con voz grave.

Ella bajó y alzó la vista. Ante sus ojos se levantaba un edificio de dos plantas. En el muelle, a pocos pasos, varios estibadores descargaban barriles y fardos bajo las grúas de madera.

Amelia lo contempló con asombro. Nunca había visto de cerca una naviera. No sabía aún por qué Pierce la había llevado allí, pero lo siguió con pasos apresurados, cuidando no quedarse atrás.

Se detuvieron frente al almacén principal, un gran espacio de piedra con ventanales amplios y puertas de madera reforzada. Pierce le entregó un fajo de papeles.

—Necesito que registres estas mercancías. Cuenta las cajas y ordénalas en el papel —ordenó.

Amelia asintió en silencio y entró al almacén. El interior estaba repleto de cajas apiladas, el aire cargado de polvo y serrín. Varios hombres se movían de un lado a otro, acomodando la carga.

Pierce se volvió hacia uno de los capataces y le dio instrucciones rápidas antes de salir, dejándola sola con el murmullo de los trabajadores. Amelia se acomodó en una mesa improvisada y comenzó a escribir, apuntando con cuidado el número de cajas y las marcas grabadas en ellas.

De pronto, un crujido seco cortó el ruido general. Amelia alzó la mirada justo a tiempo para ver cómo una de las sogas que sostenía una caja enorme se desgarraba. El grito de advertencia de un trabajador resonó en el almacén, pero fue demasiado tarde: la caja cayó desde lo alto, estrellándose contra el suelo a apenas unos pasos de donde ella estaba. El impacto hizo saltar astillas por todas partes.

Sintió un dolor agudo en el brazo izquierdo. Miró y vio cómo la tela de su manga se teñía de rojo. Una astilla larga de madera la había cortado profundamente. El escozor era insoportable. Soltó la pluma y la hoja, llevándose instintivamente la mano a la herida.

—¡Señorita! —exclamó uno de los estibadores, corriendo hacia ella.

Amelia no supo en qué momento Pierce llegó a su lado; su concentración estaba en la sangre y el dolor de su herida.

—¡Apártense! —rugió a los hombres, arrodillándose junto a ella. Tomó un pañuelo limpio de su bolsillo y lo presionó contra la herida, ignorando la resistencia de Amelia al apartar un poco su brazo—. No te muevas —ordenó con una firmeza que no dejaba lugar a réplica.

Amelia apretaba los labios para no gemir, pero las lágrimas asomaban en sus ojos por el dolor. Pierce notó su temblor y aumentó la presión del improvisado vendaje.

—¡Traigan el carruaje! —gritó Pierce a los trabajadores sin apartar la mirada de Amelia—. ¡Y rápido!

Ella intentó hablar, pero el ardor del corte le robaba las fuerzas. Pierce deslizó un brazo bajo sus hombros para incorporarla con cuidado.

—Te llevaré al puesto médico. Aguanta, Amelia —murmuró, esta vez con un tono que desbordaba preocupación.

El pañuelo ya estaba empapado de sangre, y las lágrimas cubrían el rostro de Amelia.

∞∞∞

Todo el trayecto hacia el puesto médico más cercano, Pierce no apartó su mano de la de Amelia, tratando de tranquilizarla frente al dolor que la consumía. No necesitaba ser médico para comprender que la herida era profunda y que, con toda seguridad, requeriría sutura.

Su rostro estaba contraído por el dolor, los labios apretados y el sudor perlándole la frente. Pierce solo podía culparse a sí mismo por haberla puesto en esa situación. Todo por su propio enojo, por dejarse dominar por la irritación que le había provocado la indiferencia de Amelia en los últimos días.

Sabía que no debía molestarle que ella se mantuviera distante, era lo que había buscado desde un principio. Aun así, le había molestado. Esa frustración lo había cegado, lo había llevado a arrastrarla a la naviera sin pensar en los riesgos, sin recordar que ese no era un lugar para una mujer.

Apretó el puño con rabia contenida.

—Tranquila, ya estamos aquí —murmuró con la voz cargada de un matiz de preocupación sincera.

Amelia apenas pudo asentir, dejándose guiar por él mientras avanzaban hacia el interior del lugar. Apenas vio a una enfermera, Pierce alzó la voz con autoridad:
—¡Necesito a un médico, ahora mismo!

La mujer abrió los ojos de par en par y, tras una reverencia apresurada, salió corriendo. Pierce bajó la vista hacia el brazo izquierdo de Amelia, agradeciendo que el pañuelo, aunque empapado, hubiera detenido parte de la hemorragia.

—Señor Dankwroth.

Pierce levantó la mirada y vio acercarse a un hombre de mediana edad. Era el médico.
—Atiéndala, es urgente —ordenó Pierce, señalando la herida.

El doctor asintió sin perder tiempo y los condujo a una sala austera, donde dispuso que Amelia se recostara en una estrecha cama. Cuando el médico tomó el brazo herido, Amelia soltó un pequeño grito ahogado.
—¡Con más cuidado! —saltó Pierce, con preocupación.

El médico levantó apenas las cejas y suavizó el gesto, inclinándose para examinar. Retiró el pañuelo y reveló la herida: una profunda abertura a lo largo del antebrazo, enrojecida y aún sangrante.
—La herida es seria, necesita sutura inmediata —dictaminó el médico con voz firme, y de inmediato llamó con un gesto a la enfermera que aguardaba en la entrada.
—Tráigame lo necesario para la sutura —ordenó con premura.

La mujer asintió y salió casi corriendo por el pasillo. El silencio de la sala se volvió espeso; lo único que se escuchaba era la respiración entrecortada de Amelia y el golpeteo impaciente de los dedos de Pierce contra el respaldo de la silla.

Pasaron apenas unos minutos, aunque a Pierce le parecieron eternos, hasta que la enfermera regresó con una bandeja de metal. La colocó con cuidado sobre la mesa auxiliar.

Sobre la bandeja reposaban una aguja curva de sutura, hilos de seda hervidos y enrollados, un pequeño frasco de láudano, vendas limpias y una tijera de acero.

—Señorita, tendrá que soportar —explicó el doctor a Amelia con voz calma—. No disponemos de más alivio que unas gotas de láudano y un poco de brandy para aturdir el dolor.

Amelia cerró los ojos con fuerza, asintiendo sin hablar. Pierce sintió un nudo apretarle la garganta.

—Denle el brandy —ordenó Pierce con rudeza, y él mismo tomó la copa de manos de la enfermera, acercándosela a Amelia—. Bebe.

Ella lo miró con ojos vidriosos, dudando, pero al final obedeció, tomando un trago largo que le quemó la garganta.

El médico, tras limpiar la herida con aguardiente, arrancándole a Amelia un sollozo de dolor, se dispuso a coser. Insertó la aguja en la carne con precisión, tirando del hilo una y otra vez. Amelia apretó los dientes con tanta fuerza que Pierce creyó que se los partiría.

—Tranquila, mírame a mí —murmuró Pierce, inclinándose hacia ella y sosteniéndole la mano libre.

El procedimiento duró apenas unos minutos, pero para Amelia fueron eternos. Pierce sintió cómo algo se le revolvía en el pecho al verla temblar y contener los gemidos.

Por fin, el médico cortó el hilo y cubrió la sutura con una venda limpia y apretada.

—Sanará —dijo al incorporarse—. Si guarda reposo y cambiamos las vendas a diario, no habrá infecciones. Eso sí, quedará una cicatriz.

Pierce apretó más la mano de Amelia al oírlo.

El médico terminó de acomodar la venda y volvió a mirar a Pierce.

—Le recetaré unas gotas de láudano para mitigar el dolor, y yo mismo iré a realizar los cambios de vendaje cada dos días.

Pierce asintió con seriedad.

—Por ahora pueden marcharse, señor Dankwroth. Lo mejor es que la señorita descanse y evite todo esfuerzo con el brazo. El reposo es lo único que la ayudará a sanar —concluyó el médico.

Cuando salieron y quedaron solos en la pequeña sala, Pierce volvió la vista hacia Amelia. Ella estaba pálida, con el cabello rubio pegado a la frente por el sudor, respirando aún con dificultad. Sin pensarlo, alzó la mano y apartó un mechón húmedo de su rostro.

—¿Quieres quedarte aquí y dormir un poco… o prefieres regresar a la casa y descansar con más calma? —preguntó en voz baja, con los ojos fijos en los de ella. Esta vez no había frialdad en su mirada, ni dureza; solo preocupación y culpa.

Amelia lo pensó unos segundos, mordiéndose el labio.
—Quiero quedarme hasta que el dolor pase… Puedes irte, yo…
—Me quedaré hasta que despiertes —la interrumpió, sin darle oportunidad de protestar—. Ahora duerme.

Los ojos de ambos se encontraron, sosteniéndose en un silencio denso. Amelia fue la primera en apartar la mirada, girando el rostro y cerrando los párpados con cansancio. Pierce la observó unos instantes más, hasta notar cómo, poco a poco, su respiración se volvía más tranquila.

Se dejó caer en una silla cercana a la cama y la contempló dormir. Su brazo vendado le recordaba su propia estupidez, y el nudo de culpa en su pecho se hizo más fuerte. Cerró los puños con rabia contenida.
Por mi culpa está aquí. ¿Por qué tuve que molestarme solo porque me evitaba? —apretó la mandíbula y bajó la cabeza.

Desde la noche en que ella lo besó y él la rechazó, Amelia lo había tratado con indiferencia. Durante la mascarada, Pierce había esperado algún intento de acercamiento, una provocación, cualquier gesto de ella. Pero, para su sorpresa, Amelia se mantuvo más distante que nunca. Solo cruzaba palabras con él cuando se trataba del trabajo o de los niños.

Es lo que querías, ¿no? —susurró aquella molesta voz en su cabeza, la que lo atormentaba cada vez que pensaba en ella.

Pierce exhaló con fuerza, llevándose una mano al rostro.

Tres días atrás había recibido, al fin, el informe que había encargado sobre las hermanas Straton. El documento confirmaba que eran hijas del difunto conde de Warwick. Ahora el título pertenecía a un escocés, con quien Brianna, la segunda hermana, estaba casada. Bastó leer entre líneas para que Pierce confirmara que la niña de Brianna era fruto de ese matrimonio.

De Amelia, el informe señalaba que había estado comprometida con el marqués de Winchester, aunque el hombre terminó casándose con otra mujer. Desde entonces, Amelia desapareció de la vida social londinense: nadie la vio, nadie supo más de ella. Ni mención de un matrimonio, ni de un embarazo. Nada. Algo que confirmaba que había mentido respecto al matrimonio que afirmaba tener con él.

En cuanto a Clariss, aún no había debutado en sociedad, por lo que permanecía soltera.

Pero lo que más irritaba a Pierce era la incompetencia del detective. El informe no aclaraba el verdadero motivo por el cual las hermanas abandonaron Londres. Le había pagado para obtener respuestas, no medias verdades.

Brianna estaba casada con el conde, Clariss debía debutar, pero Amelia se apartó de la sociedad… ¿por qué?

Pierce desvió la mirada hacia Amelia, dormida y vulnerable. Sus labios entreabiertos, su pecho subiendo y bajando con lentitud.
—¿Qué las llevó a dejar su vida en Londres? —se preguntó en voz baja.

∞∞∞

Amelia aún estaba sorprendida por la manera en que Pierce la estaba tratando. Era evidente que se sentía culpable por lo ocurrido, pero, aun así, el cambio la desconcertaba: le hablaba con amabilidad, la miraba con preocupación y no con la frialdad de siempre.

Pero ya no se hacía ilusiones. Había aprendido, de la peor forma, que toda esperanza de recuperar a Alex debía desecharla.

Con la ayuda de Pierce subió los escalones que conducían a la entrada de Dankwroth House. Podía caminar sin dificultad, la herida era en el brazo izquierdo, pero él insistió en sostenerla. Desde que despertó, tras dormir dos horas en el puesto médico, se sentía un poco mareada.

Cuando la puerta se abrió, él le cedió el paso y luego la cerró tras ellos.

—¿Quieres que ordene que te preparen algo en específico para comer? —preguntó Pierce.

—No tengo hambre, gracias —respondió ella con voz adormilada. Solo deseaba subir a su habitación y dormir unas horas más. Después avisaría a sus hermanas sobre el accidente.

—Igual ordenaré que te preparen algo. Debes comer después de haber tomado el láudano y el brandy.

Amelia asintió sin ganas de discutir.

—¿Daph y Louis…?

—Yo me encargaré de ellos, puedes descansar —la interrumpió Pierce con el mismo tono amable.

—Gracias —murmuró Amelia, encaminándose hacia las escaleras.

—Te ayudo —se ofreció él, y en seguida se colocó a su lado, sujetándola con firmeza por la cintura.

El contacto hizo que Amelia sintiera su corazón latir con fuerza. Notaba su calor atravesando la tela del vestido, la seguridad de su brazo fuerte sosteniéndola.

Esto no significa nada —se obligó a pensar.

Pero antes de que pudieran continuar, la voz del ama de llaves los detuvo.

—Milord… —Pierce y Amelia giraron con lentitud. Silvia parecía sorprendida al ver la cercanía con que Pierce sostenía a Amelia. Carraspeó antes de continuar, endureciendo el gesto—. Una dama espera por la señorita Straton en la sala de té.

Amelia frunció el ceño, preguntándose quién podría buscarla.

—Dígale que regrese después, Amelia necesita descansar —ordenó Pierce sin siquiera preguntarle—. Vamos.

—No —replicó Amelia, sacudiendo suavemente la cabeza—. Voy a recibirla.

—Amelia, estás herida y necesitas descansar para…

—Solo será un momento. Además… creo que ya has hecho suficiente.

Los ojos de Pierce se endurecieron, pero ella pudo ver un destello de dolor en ellos, aunque desapareció tan pronto como había aparecido.

—Bien —replicó con sequedad—. Espero que descanses y estés bien para mañana.

—Seguro —murmuró Amelia, sintiendo cómo se apartaba poco a poco, ayudándola solo lo justo para no dejarla caer.

Con su ayuda llegó al último escalón y, una vez allí, él la soltó y se alejó sin decir nada más.

Amelia tragó el nudo de emociones que se había formado en su pecho. Respiró hondo y miró a Silvia, que observaba la escena con curiosidad.

—¿Algo más? —preguntó Amelia con calma.

—No —respondió la mujer, y también se retiró.

Amelia no le dio importancia. Enderezó los hombros y caminó hacia la sala de té, intrigada por saber quién era esa dama que la esperaba.

Al abrir la puerta, lo primero que percibió Amelia fue el aroma fuerte del café. Arrugó levemente la nariz; nunca había sido de su agrado, prefería el té, como buena inglesa que era.

Entonces sus ojos se posaron en la mujer que se levantaba de la silla. Su corazón dio un vuelco inmediato: Lidya. Su madre.

—¿Qué hace aquí? —fue lo primero que preguntó, sin molestarse en ser cortés.

—Buenas tardes —respondió Lidya, intentando mantener serenidad —. Quería hablar contigo. He pasado estos días averiguando dónde encontrarte. No pensé que vivieras aquí.

—¿Tampoco pensó que quizá yo no quisiera hablar con usted? —replicó Amelia sin querer tutearla. Intentó cruzarse de brazos, pero un dolor repentino la hizo detenerse: por un instante había olvidado la herida en su brazo izquierdo.

—Necesitamos hablar, aclarar las cosas —insistió Lidya, acercándose un paso. Sus ojos se fijaron en el vendaje—. ¿Qué te pasó?

—Un accidente —respondió Amelia con frialdad.

—Lo siento… ¿fue muy grave?

—No se esfuerce. No le importo tanto —lo soltó como una estocada.

Los ojos de Lidya se llenaron de un dolor que intentó disimular.

—No digas eso, Amelia. Sé que hice mal en dejarte, pero siempre pensé en regresar por ti… explicarte y dejar que eligieras por ti misma.

—Pero no lo hizo. Me reemplazó con otra familia.

El silencio se prolongó unos segundos. Lidya bajó la mirada antes de hablar.

—Yo… encontré a un hombre. Es bueno y rico. Pensé que él me ayudaría a buscarte, pero temía decirle que había dejado una hija en Londres —comenzó a relatar Lidya, y Amelia no la detuvo—. Luego, cuando al fin estaba decidida a hablarle de ti, supe que estaba embarazada. Todo el embarazo fue complicado y, cuando di a luz y vi que era una niña, lo tomé como una señal. Una señal de dejarte ir, de que hicieras tu vida al lado de tu padre, con la educación correcta, para que algún día pudieras ser una dama.

Amelia la miró sin expresión. No estaba conmovida, ni dolida. En los últimos días ya había llorado lo suficiente para no pensar más en su madre. Ahora, escuchando aquello, lo único que hacía era reafirmar su decisión.

Si su propia madre había decidido dejarla ir, como ella misma acababa de decir, entonces Amelia también la dejaría ir.

—¿Y cómo logró casarse nuevamente? —preguntó sin emoción.

—Tuve que cambiar de nombre al llegar a Nueva Orleans —respondió Lidya en voz baja.

Amelia asintió con indiferencia.

—Bien. Si eso es todo, no hay por qué alargar más esta conversación. Usted me olvidó, yo la olvido también. Hagamos como

si no nos hubiéramos visto.

Lidya negó lentamente con la cabeza.

—Quisiera que nos veamos más… recuperar el tiempo perdido.

—Muy tarde. Además, no quiero arruinar su familia feliz. Estoy segura de que su esposo no sabe de mi existencia, ¿o sí? —Amelia arqueó una ceja. La respuesta fue el silencio y la cabeza gacha de Lidya—. Eso pensé. No tiene que preocuparse por mí. He vivido todos estos años sin usted, puedo vivir los próximos igual. Cuide a la familia que formó aquí, y hágalo sin remordimientos.

Lidya la miró con lágrimas contenidas, pero asintió.

—Entiendo. Tampoco tengo derecho a imponerte mi presencia.

Amelia asintió.

—Espero que estés feliz aquí, aunque… ¿puedo saber cómo es que… eres la madre de los hijos de Dankwroth sin estar casada con él? Tu padre no…

—Es una larga historia —lo interrumpió Amelia con voz firme—, y la verdad no tengo deseos de contársela.

Lidya inclinó ligeramente la cabeza, aceptando su respuesta, y guardó silencio unos segundos.

—Muy bien —musitó al fin—. Solo quiero decirte que, aunque no quieras verme, deseo que seas feliz, Amelia. Y que estaré aquí para ti si me necesitas.

Amelia no respondió.

Lidya respiró hondo, como si quisiera decir algo más, pero se contuvo. Entonces se giró hacia la puerta y salió de la sala con pasos mesurados, sin mirar atrás.

Amelia permaneció de pie, inmóvil, hasta que el sonido lejano de la puerta cerrándose confirmó que su madre se había marchado.

Capítulo 23

—Debiste enviar a alguien a buscarnos en cuanto ocurrió el accidente, Amelia —reprendió Brianna con el ceño fruncido.

Amelia asintió, sin darle demasiada importancia a la reprimenda de su hermana, mientras llevaba la taza de té a sus labios.

—Brianna tiene razón, ¿qué mejor que nosotras para cuidarte y asistirte? —añadió Clariss con firmeza.

Amelia dejó la taza sobre la mesa y las miró con una media sonrisa. Sabía que estaban preocupadas, pero ella se sentía bien.

—Solo fue un corte, no es nada grave —respondió con calma.

—¿Un corte? ¡Amelia, el doctor tuvo que suturarte el brazo! —exclamó Brianna, señalando la venda blanca que cubría parte de su brazo izquierdo.

Amelia desvió la mirada hacia el ventanal. Se encontraban en la sala de té de Dankwroth House; ella estaba sentada en uno de los sillones tapizados y sus hermanas frente a ella, en otro. Al menos esa vez nadie les había prohibido ocupar esos asientos.
La culpa de Pierce puede ser ventajosa —pensó Amelia con ironía.

—Parece grande la herida —musitó Clariss, bajando la vista con pena.

Amelia tragó saliva, evitando pensar en la cicatriz que, sin duda, quedaría marcada en su piel.

El silencio cayó en la sala. Amelia no quería seguir hablando del accidente ni de lo que significaría para ella llevar esa marca visible. Tampoco mencionó a Lidya; había decidido omitir ese encuentro. No les diría a sus hermanas que había hallado a su madre solo para descubrir que había sido abandonada.

Clariss fue quien rompió el silencio, bajando la voz hasta casi un susurro:

—Mi período llegó.

Amelia levantó la vista hacia su hermana, agradecida de que hubiera cambiado el tema.

—Al menos una buena noticia —expresó Brianna con un leve suspiro de alivio.

Amelia sonrió a su hermana menor.

—Eso es bueno. Así no tendrás que buscar a ese hombre —comentó.

Clariss asintió y bajó la mirada.

Desde la confesión de lo sucedido la noche de la mascarada, las tres habían temido un embarazo. No porque fuera una desgracia, sino porque significaría un obstáculo mayor para sus planes. Ninguna quería que Clariss pasara lo mismo que ellas: criar a un hijo sola, sin el respaldo de un padre.

—Ruth desea verte, Amelia —comentó Clariss de pronto, cambiando otra vez de tema—. Dice que desde que vives con Dankwroth te has olvidado de ella.

Amelia sintió las mejillas encenderse. Era cierto. No había vuelto a visitar a Ruth. No porque no quisiera, sino porque Pierce la cargaba de trabajo hasta el agotamiento.

Se despidió de sus hermanas, prometiéndoles que pronto visitaría tanto a ellas como a Ruth. Luego se encaminó hacia el despacho de Pierce, que había mandado a buscarla.

Al llegar, tocó suavemente la puerta y esperó la autorización.

—Entra —ordenó la voz firme de Pierce desde dentro.

Amelia abrió y, al hacerlo, encontró a Emerson, a Marco y a Pierce en plena reunión. Frunció el ceño con ligera confusión. No entendía por qué la había llamado estando con ellos reunidos.

Emerson miró a Amelia y le ofreció una ligera sonrisa.

—¿Cómo te sientes, Amelia? —preguntó, señalándole una silla frente al escritorio de Pierce.

—Mucho mejor —respondió ella con voz curiosa y desconfiada, mientras aceptaba el asiento.

Miró a Pierce, que la observaba con una mezcla de indiferencia y preocupación. En cambio, Marco ni siquiera se molestó en mirarla.

—Me alegro —dijo Emerson con sinceridad.

—Amelia —la llamó Pierce, con un tono duro.

Ya dejó de ser amable —pensó ella, mirándolo con la misma indiferencia.

Pierce le pasó una pila de papeles.

—Estos documentos… —Se detuvo al escuchar unos golpes en la puerta—. ¿Quién?

La puerta se abrió apenas y la cabeza sonriente de Cecilia apareció por el umbral. Amelia reprimió el impulso de poner los ojos en blanco; en su lugar, se acomodó en la silla de tal manera que quedó completamente de espaldas a ella.

—Siento interrumpir —escuchó la voz melodiosa de Cecilia mientras sus pasos resonaban en el suelo y la puerta se cerraba—. Habíamos quedado en ir a almorzar al *Maison de Provence*.

—Cierto. Déjanos terminar aquí y ya salimos —prometió Pierce.

—De acuerdo. Tomaré asiento aquí —indicó Cecilia.

Amelia no giró a mirar dónde se sentaba; mantuvo la vista fija en los documentos, dándole la espalda.

Pierce volvió su atención a ella. Amelia lo vio de igual, estaba vestido únicamente con su chaleco y camisa, las mangas arremangadas hasta los codos, dejando a la vista los músculos tensos de sus antebrazos. Se inclinó sobre la mesa, apoyando ambas manos, y señaló con firmeza la parte superior de uno de los papeles.

—Necesito que prepares los listados —ordenó Pierce. Su voz grave llenaba la estancia—. El *Celestine* ya está perdido, pero tenemos tres embarcaciones listas para zarpar en los próximos días: el *Dauphine*,

que partirá mañana hacia La Habana; el *Providence*, con destino a Cartagena; y el más importante, el *Saint Helena*, que irá directo a Liverpool.

Amelia asintió y tomó nota, pasando una hoja en blanco al frente de la carpeta.

Mientras escribía, escuchaba la conversación de los tres hombres.

—Las pérdidas del *Celestine* no son menores —comentó Emerson, con gesto serio—. ¿Realmente creen que con tres embarcaciones podrán cubrir lo que se perdió?

—Sí —respondió Marco sin titubear—. Si los cargamentos llegan completos, recuperaremos no solo la inversión, sino un margen suficiente para tapar las pérdidas.

Pierce asintió.

—El contrato con el puerto de Liverpool será la clave. Una vez firmado, nuestras embarcaciones tendrán prioridad de entrada y descarga. Eso nos dará ventaja sobre los demás.

Emerson frunció el ceño.

—Pero Liverpool no se vende fácil. Ya otros comerciantes han intentado asegurar tratos y han fracasado.

Pierce sostuvo su mirada con frialdad.

—No vamos a darles opción. Mientras otros negocian con cargamentos pequeños, nosotros vamos a ofrecer lo que ellos realmente quieren.

Amelia siguió escribiendo, sin levantar la cabeza. Media hora después, había dejado listos los documentos que Pierce le había ordenado, mientras ellos continuaban hablando de los barcos que pronto zarparían. Ella no había prestado demasiada atención a la conversación, aunque lo poco que alcanzó a escuchar le bastaba para intuir que aquellas cargas eran de gran importancia.

—Puedes retirarte —ordenó Pierce, colocando los papeles sobre la pila de documentos ya revisados.

Amelia asintió en silencio y, sin demora, salió del despacho. Se encaminó hacia la habitación de juegos de sus hijos, con la idea de

aprovechar las horas que tenía en la casa, pues Pierce había decidido que los próximos días trabajarían desde allí.

Al entrar y no verlos, frunció el ceño. Bastó una mirada al reloj de pared para saber que era la hora en que Daphne y Louis solían dormir la siesta después del almuerzo.

Suspiró. Tal vez era ella quien debía comer algo, pues el horario de su almuerzo ya había pasado. Esa tarde, el doctor llegaría para cambiarle el vendaje. Lo esperaría con calma y, después, planeaba dedicar el resto del día a sus hijos, siempre que Pierce no encontrara un nuevo pretexto para requerirla.

∞∞∞

El restaurante estaba tranquilo, con el murmullo de algunas conversaciones y el aroma de mantequilla, hierbas y vino impregnando el aire. No era costumbre para Pierce salir a almorzar, pero, de vez en cuando, le gustaba degustar la comida francesa. Mesas redondas vestidas con manteles blancos, copas relucientes y candelabros de plata completaban el ambiente refinado.

En su mesa, un plato de *boeuf bourguignon* humeaba aún, la carne estofada en vino tinto con zanahorias y cebollas glaseadas. Pierce cortó un trozo con calma, llevándolo a la boca mientras escuchaba a Cecilia hablar con Marco. Él solo intervenía cuando era necesario, respondiendo alguna pregunta o asintiendo. Su mente estaba en otra parte, ocupada con demasiadas cosas, y una de ellas era Amelia.

Negar que su vida no había cambiado desde que ella apareció sería mentir. Al principio solo representaba una molestia, una mujer que insistía en llamarse su esposa y la madre de sus hijos. Ahora Amelia se había convertido en un torbellino en su cabeza, una presencia imposible de ignorar, que lo obligaba a pensar más de lo que él mismo quería admitir.

No había tenido más recuerdos de su pasado, y aquello lo frustraba profundamente. Deseaba seguir recordando, saber más, aunque no lo confesara en voz alta.

Bebió un sorbo de vino y dejó la copa sobre la mesa. A pesar de haberle dedicado solo unas escasas palabras a Amelia ese día, no podía evitar estar preocupado por ella, especialmente por la herida en su brazo. Por esa razón había decidido que lo mejor era trabajar desde casa. Bien podía haberle dicho que se tomara unos días de reposo, pero la verdad era que quería tenerla cerca, por si llegaba a sentir dolor o necesitaba algo. Al final, Amelia tendría más tiempo libre en la casa que en la fábrica, y en el fondo él se reprochaba haberla cargado de trabajo hasta el agotamiento en las últimas semanas.

—Las invitaciones de la boda serán enviadas esta tarde —comentó Cecilia, inclinándose hacia él con una sonrisa.

Pierce llevó lentamente el tenedor a la boca, masticó y la miró fijamente sin responder de inmediato. Cuando conoció a Cecilia había sentido una atracción ligera hacia ella, pero incluso después del compromiso jamás había pasado el límite, ni siquiera un beso. Su compañía era agradable, sí, pero nada más.

El tema de la boda lo incomodaba. Faltaba apenas una semana para el enlace, y cada vez le pesaba más la idea.

—¿Cuándo irás a Francia? —preguntó entonces a Marco, desviando la conversación.

—Voy a posponer el viaje —respondió, dejando el cuchillo y el tenedor sobre el plato.

Pierce arqueó una ceja. Marco no era hombre de posponer nada.

—¿Surgió algo con la naviera? —indagó, cortando otro pedazo de carne.

—No, todo está en orden. Es algo personal.

Pierce asintió. Los asuntos personales de Marco nunca fueron de su interés.

—¿Te ha interesado alguna mujer? —preguntó de pronto Cecilia, con tono juguetón y una sonrisa traviesa—. A nuestra madre le encantará saberlo.

—Cecilia —gruñó Marco, fulminándola con la mirada.

—No lo niegas, entonces es eso —canturreó ella—. ¿La conozco? Podemos invitarla a cenar y...

—Basta. No quiero que ni tú ni nuestra madre se metan en mis asuntos —ordenó Marco con voz dura.

—Pero nuestra madre estará encantada, espera hace mucho que te intereses por una mujer y al fin le des nietos —replicó Cecilia.

—Para eso estarás tú. Estoy seguro de que Pierce y tú se encargarán de dar a luz muy pronto.

Pierce tensó la mandíbula, bajando la mirada hacia el plato y limitándose a beber un sorbo de vino antes de responder algo que no debía decir. Si no estaba seguro del matrimonio, mucho menos lo estaba de traer hijos al mundo con Cecilia. Aun así, guardó silencio. La fusión de las navieras debía asegurarse a toda costa.

Mientras el almuerzo seguía, su mente volvió a lo que realmente le importaba: los barcos que zarparían pronto. Cargamentos delicados, de gran valor, que tenían que llegar intactos a Liverpool. Si lo lograban, no solo recuperarían lo perdido con el *Celestine*, sino que el contrato con los administradores del puerto se cerraría definitivamente. Ese acuerdo era la llave para expandirse en Inglaterra, abrir nuevas rutas y asegurar la prosperidad de todo lo que había construido… y, sobre todo, blindar aún más su nombre frente a cualquiera que intentara hundirlo.

∞∞∞

Amelia guió a Daphne hacia la panadería. Había decidido aprovechar aquella tarde para visitar a Ruth, ya que Pierce no le había pedido nada y seguía fuera de casa. Louis se había quedado con la niñera en Dankwroth House, pues aún no caminaba con

soltura y ella no quería exponerlo al cansancio del camino ni a demasiada atención.

—¡Hola! —saludó Amelia con una sonrisa apenas cruzó la puerta.

Ruth, al verla, dejó de inmediato lo que estaba haciendo y fue a abrazarla con el cariño de siempre.

—Mi querida niña —dijo, estrechándola con fuerza—. Ya estaba quejándome porque no venías a verme.

—Lo siento mucho, debí sacar algo de tiempo y venir —se disculpó Amelia, separándose de ella.

Fue entonces cuando notó a la otra persona que estaba en la estancia.

—Oh, Astrid, disculpa, no te había visto —le dijo con una sonrisa, mientras Ruth se inclinaba para saludar a Daph.

Astrid levantó la mirada y le respondió con una sonrisa forzada, sin decir más. Amelia no se esforzaba en sacarle conversación; intuía que la joven no le tenía simpatía y prefería no forzar la situación.

Astrid era la mejor amiga de Cole desde la infancia, según tenía entendido. La joven era pelirroja, con un cabello espeso que resaltaba bajo la luz cálida del horno; tenía unos ojos verdes brillantes que hacían contraste con su melena y un rostro redondeado, dulce, aunque su expresión solía endurecerse cuando miraba a Amelia. Era un poco rellena, con la piel sonrosada por el calor de la panadería.

Amelia había observado las interacciones entre Astrid y Cole: estaba segura de que la muchacha estaba enamorada de él desde hacía tiempo, aunque Cole nunca parecía notarlo. El problema era que Cole no ocultaba su interés por Amelia, y eso bastaba para que Astrid la viera como una rival.

Detrás del mostrador, Astrid estaba casi cubierta de harina de pies a cabeza, ocupándose de amasar y atender el horno mientras Ruth charlaba con ella.

—¿Dónde está Clariss? —preguntó Amelia al no verla.

—Me pidió la tarde libre —respondió Ruth.

Amelia frunció el ceño, preguntándose qué habría tenido que hacer su hermana para pedir el resto del día.

—Pero como Astrid me está ayudando, le dije que no había problema —añadió Ruth con una sonrisa.

Amelia asintió, pero antes de que pudiera decir más, Ruth la observó con seriedad.

—Dime, ¿cómo estás de esa herida? Clariss me contó lo que sucedió. Ese Pierce Dankwroth es todo un diablo, ¡mira que llevarte a un lugar tan peligroso para mujeres como la naviera! —exclamó con las manos en la cintura.

—Estaba haciendo mi trabajo, yo debí ser más cuidadosa y estar atenta —intentó justificar.

—No trates de defenderlo, Amelia —suspiró Ruth, negando con la cabeza mientras se acercaba y le tomaba suavemente el brazo sano —. Sé que el hombre tiene el mismo rostro que Alex, pero… ya no lo es, mi niña.

Amelia se mordió el labio inferior, luchando por contener las lágrimas mientras asentía.

—Lo sé —musitó con la voz quebrada—. Sé que Alex ya no está y… no volverá. Pero es difícil, Ruth. Es difícil cuando lo veo todos los días, cuando lo tengo tan cerca. Duele porque sé que tiene el mismo rostro, pero no me recuerda. Me mira con odio, con indiferencia. Cada día trato de olvidarlo, convenciéndome de que nunca tendré a Alex de vuelta… pero… es tan difícil.

La voz de Amelia se apagó y finalmente se dejó caer en los brazos de Ruth, permitiéndose derrumbarse. Con ella era fácil hacerlo; en los tres años que llevaba conociéndola, Ruth se había comportado como una verdadera madre para las tres hermanas.

—Sí, mi niña, sé que es difícil —le susurró Ruth acariciándole la espalda—, pero te estás destruyendo a ti misma con cada día que pasas en esa casa.

—Mami, ¿por qué lloras? —preguntó Daph, tirando suavemente de la falda del vestido de su madre.

Amelia se separó de los brazos de Ruth y miró a su pequeña con los ojos aún rojos por el llanto. Se agachó a su altura y le regaló una sonrisa triste.

—No es nada, mi amor, mami solo está cansada y por eso llora un poquito.

—Toma una galleta de la abuela Ruth —intervino Ruth, ofreciendo una bandeja.

Daph la tomó de inmediato y Amelia le acarició el cabello.

—Siéntate allí, mi vida —le indicó, señalando un banco en un rincón.

—Está muy hermosa Daph con ese vestido —alabó Ruth con ternura.

Amelia se limpió las lágrimas con disimulo y asintió.
Sin más lágrimas. —pensó.

—Al menos Pierce no escatima en gastos con los niños —respondió, antes de cambiar de tema—. ¿Y Cole?

Se reprendió en silencio por la pregunta al notar cómo Astrid, que seguía trabajando detrás del mostrador, se tensaba de inmediato. No quería causarle dolor, porque conocía el sentimiento.

—Está con su padre —respondió Ruth con pesar—. Todavía no entiendo por qué el barón de pronto decidió reconocerlo.

Amelia notó que Ruth no estaba del todo contenta con aquella decisión.

—No debes preocuparte. Es una buena oportunidad para ustedes. Si ahora Cole es reconocido y el barón no tiene más hijos, él heredará su título.

Ruth negó suavemente con la cabeza.

—Eso es lo que me inquieta, Amelia. Cole aún es muy joven, y no se crió en ese mundo. Temo que cambie por querer ser aceptado en una sociedad despiadada e hipócrita.

Amelia se mordió el labio, sin saber qué decir. Ruth suspiró con arrepentimiento.

—Perdóname, niña. Sé que tú y tus hermanas vienen de ese mundo y son unos ángeles, pero…

—Es la verdad, Ruth. No tienes que disculparte —la tranquilizó Amelia.

—Bueno —continuó la mujer, suavizando el tono—, cuéntame de ese pequeño negocio del que me habló Brianna. Me dijo que estabas buscando ideas para empezar.

—Sí, pensé en algo sencillo, pero aún no sé exactamente qué podría ser.

—Le dije a Brianna que podrían abrir una floristería-pastelería —explicó Ruth con entusiasmo—. Ella sabe de plantas y flores, y Clariss tiene un don para la repostería. Imagina: los clientes salen con un ramo de flores y una caja de pastelitos. Estoy segura de que sería un éxito.

Los ojos de Amelia brillaron al escucharla.

—Me encanta, Ruth. Nadie en Nueva Orleans tiene algo así.

—Entonces ya lo tienes —sonrió, acariciándole la mano—. Es hora de que pienses también en tu futuro.

El resto de la tarde, Amelia la pasó entre risas, conversando y escuchando los sabios consejos de aquella mujer que, sin llevar su sangre, había sabido ser madre para ellas.

Capítulo 24

El día había amanecido algo nublado. Amelia, como cada mañana, se levantó temprano, desayunó y dio el desayuno a los niños. Aún no había visto a Pierce, pero intuía que debía de estar en la naviera, ya que los barcos debían partir hacia sus destinos ese día.

Aprovechando el silencio y el tiempo, tomó unas hojas, la pluma y el tintero del despacho de Pierce, y luego se dirigió a su habitación.

Ya en la comodidad y soledad de la estancia, mientras los niños estaban con la niñera, Amelia sacó la pequeña bolsa donde guardaba su dinero y lo regó todo sobre la cama.

Había juntado lo que había podido en los últimos meses: parte de lo que ganó como obrera en la fábrica, lo poco recibido por su trabajo en la casa de Pierce, y la suma inesperada que obtuvo el día que la despidieron, cuando descubrió que Pierce y Alex eran la misma persona.

Después de hacer las cuentas con cuidado, el total ascendía a cuarenta y cinco dólares. No era una fortuna, pero sí lo suficiente para pensar en un comienzo. Tal vez alquilar un pequeño local, comprar un horno y utensilios.

Amelia tomó una de las hojas en blanco y, con decisión, la dobló por la mitad para marcar una línea divisoria.

En un lado escribió con calma lo que podía comprar de inmediato y, en el otro, lo que tendría que esperar a reunir más dinero. Bajo la primera columna apuntó lo más esencial: harina, azúcar, huevos, mantequilla, moldes sencillos y una mesa de trabajo; junto a ello, algunas macetas y semillas de flores fáciles de cultivar, lo suficiente para adornar y empezar a vender pequeños ramos.

En la segunda columna, reservada para el futuro, anotó lo más costoso: un horno, un mostrador con vitrina para exhibir los dulces,

utensilios de repostería más finos, y un surtido variado de flores de temporada que atrajeran a la clientela.

Al final, rodeó con un círculo la palabra local, pues sabía que ese sería el mayor reto: encontrar un sitio donde instalar su pequeño negocio sin gastar más de lo necesario.

Amelia miró la hoja con todo lo que había escrito, y un nudo se le formó en la garganta. Era demasiado, y sabía que aún faltaban muchas cosas más; iniciar un negocio no era sencillo.

—Tal vez deba empezar solo con la floristería... sería menos inversión —murmuró, pensativa.

La idea de Ruth era perfecta, pero requería más dinero del que tenía. Si quería independizarse de Pierce, debía empezar con algo pequeño, manejable y que no exigiera tanto capital.

—Debo salir de aquí rápido... —susurró con determinación.

La boda de Pierce con Cecilia se acercaba cada día más, y Amelia sabía que, una vez casados, Cecilia ocuparía su lugar como señora de Dankwroth House. Como mujer, entendía que no debía invadir el espacio de otra, menos aún cuando sería reconocida como la madre de los hijos de Pierce, nada más.

Además, debía proteger su corazón. Ruth tenía razón: si no se marchaba a tiempo, si seguía viviendo bajo el mismo techo con él, no quedaría mucho de ella al final de la historia.

Pensé que la respuesta de Christian llegaría a tiempo para demostrar mi verdad —pensó.
Pero también sabía que poco serviría ya; Pierce había dejado claro que no deseaba saber más de su pasado.

Con un suspiro, dobló la hoja y la guardó en la bolsita junto al dinero, escondiéndola de nuevo entre sus cosas. Antes de salir, revisó el vendaje de su brazo: el médico había ido el día anterior a cambiarlo; la herida era larga y profunda, lo que prometía dejar una cicatriz igual de larga.

Salió de la habitación y, como no tenía nada más que hacer, se entregó a lo único que le devolvía la calma: pasar tiempo con sus

hijos.

∞∞∞

Pierce había salido temprano hacia la naviera; los barcos debían haber partido después de medianoche. Él mismo había supervisado que cada navío llevase las cargas correspondientes y que las rutas quedaran fijadas al detalle.

Nada podía salir mal.

Aun así, una corazonada lo llevó de nuevo hasta allí. Ni siquiera desayunó: se levantó, se vistió con prisa y salió. Cuando llegó a la Black Tide, descendió del carruaje y acomodó con cuidado su levita antes de avanzar. Pero, a cada paso, la inquietud se hizo más fuerte. Los trabajadores lo miraban con un aire de preocupación.

Con el pulso acelerado, cruzó el almacén hasta el despacho principal. Abrió la puerta de golpe con tal fuerza que esta chocó contra la pared.

Dentro, lo esperaban el nuevo capitán supervisor y el capitán del *Saint Helena,* el barco que debía estar ya en alta mar rumbo a Liverpool.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —espetó Pierce, con la mandíbula apretada mientras avanzaba hacia él—. El *Saint Helena* debería estar ya lejos de estas costas.

El capitán dio un paso al frente, sudoroso y nervioso.

—Señor Dankwroth... lo lamento. Pero la guardia portuaria nos detuvo en pleno canal de salida. Subieron a bordo con una orden firmada por el juez del tribunal marítimo.

El hombre extendió un pliego doblado con el sello rojo de la corte de aduanas. Pierce lo arrebató con violencia. Al desplegarlo, leyó con furia contenida:

En virtud de las leyes de comercio marítimo de la ciudad de Nueva Orleans, se procede a la detención del navío Saint Helena y a la incautación de su

cargamento, hasta tanto se esclarezca la sospecha de contrabando y se presente el capitán ante el Tribunal del Almirantazgo.

Pierce apretó el papel con tanta fuerza que casi lo rasga.

—¡Malditos bastardos! —escupió con furia.

El capitán bajó la mirada, incómodo.

—Registraron la bodega. Abrieron algunas cajas... y, señor, lo tomaron como mercancía ilícita. Me entregaron este otro documento —añadió, tendiéndole un recibo de decomiso donde se enumeraban las mercancías bajo custodia de la aduana.

Pierce sintió que la sangre le hervía. No era solo el valor de la carga: aquel envío era clave, la piedra angular para cerrar el acuerdo con el puerto de Liverpool. Ahora, con un solo movimiento de la guardia, todo su plan pendía de un hilo.

Arrojó el pliego sobre la mesa con tal violencia que el tintero cercano se volcó, manchando la madera de negro.

—¿Cómo diablos supieron? —inquirió Pierce—. ¿Cómo es posible que la guardia marítima estuviera esperando justo al *Saint Helena*... y con una orden tan precisa de decomiso y revisión?

Los dos capitanes intercambiaron una mirada cargada de tensión. Ninguno parecía querer ser el primero en hablar, pero el supervisor dio un paso al frente.

—Señor Dankwroth... —tragó saliva antes de continuar—. Hice algunas indagaciones en cuanto supe lo ocurrido, con algunos de mis contactos. Todo apunta a que... alguien lo delató.

Pierce se quedó inmóvil, procesando lo que acababa de escuchar. Luego, poco a poco, su mandíbula se tensó y sus manos se cerraron en puños hasta blanquear los nudillos.

—¿Quieres decir que tenemos un maldito traidor? —escupió, cada sílaba cargada de ira.

—Sí, señor. Alguien delató la ruta y el contenido del cargamento.

—¿Y qué hay del *Dauphine* y el *Providence*? —preguntó, recordando sus otros barcos.

—Hasta ahora siguen en ruta —respondió el capitán supervisor—. Solo el *Saint Helena* fue interceptado.

Pierce se pasó una mano por el rostro, tratando de contener la furia que lo consumía.

—¿Investigaron quién pudo haber sido?

Los capitanes se miraron con evidente incomodidad, como si dudaran en hablar.

—Mis contactos aseguran que fue una mujer quien delató la ruta y el cargamento.

Pierce dio un paso al frente, sus ojos oscuros chispeando de furia.

—¿Una mujer? ¿Quién? —rugió, golpeando la mesa con el puño.

Ambos capitanes se encogieron.

—No lo sabemos, milord —repuso el supervisor con rapidez—. En la naviera no trabaja ninguna mujer, y ninguno de los hombres hubiera revelado nada.

El silencio que siguió fue denso, casi insoportable.
Una mujer… lo había traicionado. Pierce pensó con rapidez quién podía haber delatado todo. Había tratado el asunto de los barcos con extremo cuidado y absoluta discreción.

Los únicos que estaban al tanto eran Emerson y Marco.

Frunció el ceño, repasando la reunión del día anterior: Amelia y Cecilia habían estado presentes. Amelia porque él mismo lo había ordenado, para que hiciera el trabajo de secretaria. Pero ella había firmado un contrato de confidencialidad; sabía perfectamente que no podía hablar de lo que escuchaba. Y Cecilia… no había mostrado el menor interés en los negocios, mucho menos en rutas y cargamentos; además, ¿qué motivo tendría para perjudicar a su propio hermano y a su futuro esposo?

La única que quedaba era Amelia.

Ella tiene razones para querer hundirme —pensó con amargura. Había sido duro con ella, lo sabía; tal vez Amelia buscaba venganza.

Pierce apretó los puños una vez más.
Pero eso no es motivo para arruinar mis negocios.

—Hagan lo necesario para liberar al *Saint Helena*. No importa cómo. Quiero ese barco libre de las autoridades —ordenó con la voz seca.

—Sí, señor Dankwroth —respondieron al unísono los hombres.

Pierce salió del despacho con paso largo y furioso. La tensión en su semblante era tan intensa que los trabajadores se apartaban a su paso.

Todo el trayecto hacia Dankwroth House, Pierce solo pensaba en todas las formas posibles de hacer que Amelia confesara su traición.

Justo cuando había empezado a concederle un poco de consideración, cuando pensaba tratarla mejor y con mayor respeto por ser la madre de sus hijos, ella lo traicionaba. Y lo hacía precisamente con el trato que él había esperado cerrar con ansias.

Pero ahora Amelia lo conocería realmente.
Sabría de verdad por qué lo llamaban el Diablo de Nueva Orleans.

∞∞∞

Amelia seguía en compañía de sus hijos y la niñera; habían aprovechado la tarde para ayudar a Louis a dar algunos pasos y hacerle los ejercicios recomendados. Amelia agradecía que su hijo lo asimilara tan bien: no se quejaba, obedecía y seguía las indicaciones.

—Eso es, mi amor, con cuidado —lo animó Amelia, sosteniéndolo.
—Tenga cuidado, señorita, debe cuidar su herida —advirtió la niñera.
—Estoy bien —respondió Amelia con una sonrisa, sin darle más importancia.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió con un golpe violento. Todos, incluso los niños, se sobresaltaron.

—¡Por Dios, nos has asustado! —exclamó Amelia al reconocer a Pierce.

Estuvo a punto de volver la vista a Louis, pero la expresión de pura ira en el rostro de Pierce la detuvo. Lo miró, confundida.

—Amelia —su nombre salió de los labios de Pierce como una sentencia. Incluso Daph, que siempre corría hacia él con entusiasmo, permaneció quieta en su lugar—. Ven conmigo. Necesitamos hablar.

Amelia lo miró unos segundos, preguntándose qué podía tenerlo tan furioso.

—Isidora, cuida de los niños. Ya regreso —pidió a la niñera, que asintió con nerviosismo.

Apenas cerró la puerta detrás de ella, sintió la mano de Pierce aferrarse a su brazo herido con brutalidad.

—¡Auh! Me estás lastimando —se quejó Amelia, intentando zafarse, pero él solo apretó más.

Sin decir nada, la arrastró por los pasillos, ignorando a los sirvientes que presenciaban la escena con curiosidad.

—¡Pierce, por favor, suéltame! ¿Por qué me tratas así?

Él no respondió. La condujo hasta una puerta lateral que descendía a los sótanos. Amelia jamás había estado allí. Al llegar, la empujó hacia un lado; casi cayó al suelo. Pierce encendió algunas velas, pero la oscuridad seguía envolviendo el lugar.

Ella esperó que él dijera algo, una explicación de por qué la había llevado de esa forma hasta ese lugar. En cuanto lo hiciera, se iría. Ya no pensaba quedarse un día más en esa casa.

Bajó la mirada a su brazo; la herida había vuelto a sangrar, el vendaje estaba manchado y el dolor punzante le recordaba lo brusco que había sido al arrastrarla.

Respiró hondo, intentando recuperar algo de calma, y levantó de nuevo la vista.

Pierce la observaba con los ojos encendidos de ira y odio.

—Dime, Amelia. Quiero que me digas la verdad. No tengo tiempo para más mentiras.
—¿De qué hablas? —preguntó, desconcertada.

—¿Con quién me delataste? —su voz era una mezcla de amenaza y acusación.
—¿Delatarte? No entiendo, Pierce.
—¡No mientas! —rugió—. El *Saint Helena* fue incautado justo al zarpar. Esa información solo la sabíamos Emerson, Marco y yo... y tú.
—¿Yo? —Amelia se señaló a sí misma, incapaz de creerlo.
—No te hagas la inocente. Ayer, en la reunión, escuchaste todo. Y, a pesar del maldito contrato de confidencialidad que hice que firmaras... me delataste.

En ese instante, Amelia comprendió de qué hablaba. Endureció el semblante a pesar del dolor de su brazo.

—Yo no te delaté, Pierce. Aunque estuve presente, no puse atención a tus negocios. Solo hice mi trabajo y me marché.

Él negó con la cabeza, exhalando con furia contenida.

—Quise que confesaras por las buenas... pero veo que eres incapaz de decir la verdad. Entonces...

Amelia lo vio llevar la mano a la espalda y sacar un arma. El chasquido metálico al cargarla retumbó en la penumbra. Pierce levantó la pistola y apuntó directo a su cabeza.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo; el corazón le latía a un ritmo frenético. En los ojos de Pierce no había dudas: si él lo creía necesario, dispararía.

—Vas a matarme... —Amelia no preguntó; afirmó con la voz quebrada.
—Sin duda alguna —replicó él—. Dime quién te compró. ¿Un detective? ¿Un oficial? ¿Quién te pagó por traicionarme?

Amelia negó, y una lágrima resbaló por su mejilla.

—No fui yo... —musitó, mirándolo directo a los ojos.

Pierce acercó más el arma a su frente.

—¡No mientas! —gritó, haciendo que ella cerrara los ojos con terror.

El arma estaba cargada y la ira de Pierce era inestable. Nada se interponía entre ellos para evitar que él apretara el gatillo y la

matara allí mismo.

¿Mis hijos... quedarían bajo el cuidado de este hombre? —pensó con desesperación—. Dios, por favor, no...

—Bien —la voz de Pierce se volvió más fría—. Si no temes por tu vida, entonces tendré que amenazarte con algo más. Olvida volver a ver a Daphne y a Louis, ellos se quedarán conmigo. Y tus hermanas... pagarán por el daño que causaste.

—¡No tienes derecho a tocarlas! —replicó Amelia a pesar de sus lágrimas—. Tu problema es conmigo.

—Entonces habla.

—¡No hice nada! —gritó Amelia, la respiración entrecortada por el miedo.

—¿Lo seguirás negando, Amelia? Mis hombres descubrieron que fue una mujer quien dio la información.

Amelia alzó el rostro, y en su mirada se mezclaban ira, decepción y un dolor tan hondo que apenas podía respirar.

—Y enseguida pensaste que fui yo —afirmó con amargura—. ¿Por qué no Cecilia? Ella también estaba presente.

Pierce soltó una risa seca.

—Eres astuta al querer culpar a una dama. Cecilia no tiene motivos para perjudicarnos.

—¿Y yo sí? —replicó Amelia, la voz quebrada—. Eres el padre de mis hijos, Pierce. ¿Por qué habría de querer hundirte?

Pierce no respondió de inmediato; la observó con un semblante impenetrable. Finalmente habló, con un tono glacial:

—Te quedarás aquí hasta que decidas decir la verdad. —Bajó el arma y la guardó con un movimiento brusco. Luego, dándose media vuelta, avanzó hacia la salida—. Pero, mientras tanto, piensa que tus hermanas estarán pagando por tu traición.

—¡No! ¡No puedes hacerles nada! ¡No tienes derecho! —Amelia corrió tras él, pero la puerta se cerró de golpe antes de que pudiera alcanzarlo—. ¡Pierce! ¡Abre la puerta! ¡Pierce!

Sus gritos se perdieron en la oscuridad y el silencio. Nadie respondió. Poco a poco, la fuerza se le escapó del cuerpo, y se dejó caer de espaldas contra la puerta, resbalando hasta quedar sentada en el suelo frío.

Las lágrimas cayeron sin freno. En ese instante se arrepintió de haber deseado reencontrar a Alex.

Todo lo que quería era volver a la vida que había tenido antes, sencilla pero en paz: sus hijos, sus hermanas, y la lucha diaria por sobrevivir, pero juntas.

Capítulo 25

Dejó atrás los gritos de Amelia. Por un instante estuvo a punto de regresar y sacarla del sótano. Sabía que no era un lugar para una mujer, mucho menos para ella. Pero su mente llena de rabia le repetía que debía pagar, que tenía que confesar su traición.

A medida que avanzaba hacia su despacho, la ira empezó a desvanecerse y en su lugar apareció algo peor: el dolor de la traición. Porque, aunque nunca lo admitiría en voz alta, había comenzado a confiar en Amelia.

En el fondo había querido creer que podían llegar a vivir en paz, incluso tener una relación cordial por el bien de sus hijos. Había dejado de lado el plan de apartarla para siempre… pero ahora veía con claridad que ser indulgente solo servía para abrirle la puerta a la traición.

Al entrar en el despacho, se encontró a Marco esperándolo.

—Intuyo que ya sabes lo ocurrido —habló Pierce sin rodeos, mientras se servía una copa de whisky.

—¿Cómo diablos pasó? —preguntó Marco, fingiendo calma, aunque Pierce veía la tensión en su rostro.

—Al parecer, Amelia nos vendió. —Bebió un trago largo.

Marco guardó silencio, pero en sus ojos se leía la furia, el deseo de venganza. Pierce lo entendía bien: él mismo lo había sentido. En otras circunstancias, no habría dudado en apretar el gatillo contra un traidor. Pero esta vez no se trataba de cualquiera: era Amelia. La madre de sus hijos. La mujer que ocupaba su mente desde hacía semanas. La misma con la que había compartido un pasado que no recordaba.

¿Es por eso que su traición dolía tanto? —se preguntó, ahora que la ira empezaba a disiparse. La había acusado, humillado, incluso le

apuntó con un arma… y aun así no tuvo el valor de disparar. Ni siquiera de sostener su mirada mientras la presionaba. En lugar de eso, la había dejado encerrada en un sótano frío y oscuro, herida y sola.

Apretó los puños, odiándose por sentir compasión cuando lo que debería sentir era desprecio.

—¿Qué harás con ella? —preguntó Marco con voz dura.

—La tengo en el sótano. Le daré unas horas para que recapacite y confiese con quién habló. Mientras tanto, sus hermanas pagarán las consecuencias.

Marco lo miró con rapidez, aunque luego intentó disimularlo.

—¿Qué harás con ellas?

—Con la mayor pienso entregarla a su esposo, del cual huyó. —Pierce bebió otro sorbo y pensó unos segundos antes de continuar —. La menor… parece problemática. Quizá alguien esté dispuesto a pagar bien por ella.

—¿Cuánto? —preguntó Marco con frialdad.

Pierce lo miró, desconcertado.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto pides por ella?

Pierce arqueó una ceja.

—Todavía no lo sé.

—Entrégamela a mí. —Marco fue directo—. Cuando decidas el precio, me lo dices y te lo daré. Así recibirá el castigo que merece por lo que su hermana hizo.

Pierce lo observó con atención.

—¿De verdad quieres castigarla, o solo quieres que te la entregue?

Marco no mostró expresión alguna.

—Esa es mi oferta. Tú decides.

—Bien… hoy mismo te la entregaré. Tú encárgate de mantenerla en su lugar.

Marco asintió, satisfecho.

Pierce se sentó en el escritorio y tomó la pluma. Escribió primero a la naviera, ordenando trasladar la mercancía marcada en negro, la carga ilegal, al Atlantic Crow. Si la Guardia Portuaria revisaba los almacenes, no encontrarían pruebas de contrabando, y eso facilitaría la recuperación del *Saint Helena*.

Después escribió al conde de Warwick, revelando la ubicación de su esposa fugitiva. Finalmente, cartas dirigidas a sus hombres, con órdenes de localizar a las hermanas Straton y llevarlas ante él.

Pierce terminó de sellar los sobres justo cuando la puerta se abrió de golpe. Emerson entró con paso apresurado.

—¿Es cierto lo del *Saint Helena*? —preguntó sin preámbulos, con el rostro tenso.

—Sí —respondió Pierce con voz dura.

—¡Maldita sea! ¿Sabes lo que significa, Pierce?

—Ya ordené trasladar toda la mercancía marcada a la naviera de Marco. Si la Guardia aparece con una orden de registro, no encontrarán nada. —Se sirvió otra copa y la vació de un trago.

—Bien, pero el *Saint Helena* ya está bajo custodia. Y no solo el barco, también la carga que debía llegar a Liverpool. —La voz de Emerson dejaba entrever preocupación—. Si el puerto se niega a tratar con nosotros otra vez, perderemos mucho.

Pierce apretó los puños, él mejor que nadie sabía lo mucho que habían esperado ese trato.

—Lo sé —gruñó.

—Será difícil, Pierce. Si ya informaron el contenido del barco, no hay nada que podamos hacer.

Pierce lo observó con frialdad.

—Tengo al juez marítimo en nómina desde hace algunos meses. Unos cuantos dólares y el *Saint Helena* zarpará limpio cuando sea necesario.

Pierce sabía que su reputación en Nueva Orleans no había surgido de la nada. La había construido a base de dinero, amenazas y una red de lealtades ganadas y compradas. Conocía a los jueces que cerraban los ojos, a los guardias que sabían cuándo mirar hacia otro lado y a los oficiales que, con unas monedas extras, firmaban papeles como si nada hubiera pasado. La corrupción era el pan de cada día en Nueva Orleans, y él había aprendido a usarla a su favor.

Claro, no todos aceptaban sobornos. Por eso tenía a los hombres adecuados para presionar cuando hacía falta. Si alguien no se dejaba comprar, siempre encontraba a otro dispuesto a doblegar al incorruptible.

Sin embargo, había un límite que incluso él no podía ignorar: Podía controlar Nueva Orleans, pero no Liverpool. Y el retraso del *Saint Helena* podía enfurecer a los ingleses más de lo que le convenía. Todo lo que esperaba era que el puerto aceptara la demora y no cancelara el trato.

Una hora más tarde, Pierce seguía en su despacho, encerrado con Marco. Emerson había salido a resolver otros asuntos. El silencio reinaba en la habitación; solo se escuchaba el tintinear de los vasos al llevarse el whisky a los labios.

Cada uno estaba hundido en sus propios pensamientos.

Aunque no lo exteriorizaba, Pierce estaba intranquilo. Pensaba en Amelia, en lo que había pasado. Ni siquiera había ido a ver a los niños, porque sabía que le preguntarían por su madre, y aún no tenía esa respuestas. ¿Qué haría con Amelia?

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Entra —ordenó.

El ama de llaves apareció en el umbral.

—Milord, las hermanas Straton han llegado.

Pierce asintió y la mujer se retiró. Se levantó del sillón, seguido de Marco, y ambos caminaron por el pasillo hasta el vestíbulo.

Allí estaban Brianna y Clariss. Junto a ellas, la pequeña hija de Brianna, que se aferraba a la falda de su madre. Dos de los hombres

de Pierce, firmes a un costado, esperaban sus órdenes.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Brianna, dando un paso al frente.

Pierce las observó sin expresión.

—Su hermana cometió un error grave y se niega a confesar. Entonces, ustedes llevarán el primer castigo, para que aprenda.

Ambas palidecieron.

—¿Qué? —murmuró Brianna, desconcertada.

Clariss fue la que reaccionó primero, avanzando con la mirada dura.

—No tienes derechos sobre nosotras. ¿Dónde está Amelia? —inquirió, sin mostrar miedo.

Pierce desvió la vista hacia Marco, que ya tenía la mirada fija en la joven.

—Amelia está donde merece estar —replicó con frialdad—. Y ustedes pronto lo estarán también. —Su mirada se posó en Brianna —. Tu esposo vendrá por ti… y por tu hija.

Brianna palideció aún más. Clariss la miró con rapidez antes de volver a clavar sus ojos en Pierce.

—¿Qué hiciste? —su voz sonó más baja, cargada de incredulidad.

—No acepto devoluciones —le dijo Pierce a Marco.

—Bien —fue lo único que dijo el pelinegro.

Pierce se volvió hacia Clariss.

—Tú te irás con Marco. Harás lo que él diga, o te irá peor.

—¡No me iré con nadie! ¡No eres nadie para nosotras! —replicó ella, aunque en su semblante ya se notaba el miedo.

Pierce asintió hacia Marco dándole el permiso.

—Hablamos después, Pierce. —Marco se acercó y tomó a Clariss del brazo con fuerza.

—¡Suéltame! —gritó Clariss, forcejeando sin éxito.

—¡No, no pueden hacer esto! —intervino Brianna, queriendo ayudar a su hermana, pero Pierce hizo una seña a sus hombres y la

sujetaron. Clariss luchó hasta el final, pero Marco terminó arrastrándola fuera.

Brianna lo miró con furia contenida mientras intentaba liberarse.

—¡Silvia! —llamó Pierce. El ama de llaves apareció de inmediato.

—Sí, milord.

—Lleva a la niña con mis hijos. Que la cuide la niñera.

—¡Mi hija se queda conmigo! —chilló Brianna, desesperada, mientras la pequeña lloraba y se aferraba a ella. Pero nadie la escuchó. Silvia arrastró a la niña y la llevó consigo, ignorando sus sollozos.

Brianna quedó paralizada, con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué estás haciendo esto? —su voz se quebró—. Amelia te ama. Dejó su vida por ti. Pudo haber tenido un hombre mucho mejor, alguien que la valorara… pero prefirió esperarte. Tú no la mereces.

Las palabras cayeron como un golpe directo al pecho de Pierce. Se limitó a mirarla, sin responder, antes de darle la espalda.

—Enciérrenla en una habitación. Que no salga.

Salió del vestíbulo con los puños apretados.

Pierce estaba recostado en el sillón de su despacho media hora después, con otro vaso de whisky en la mano, repasando las palabras que le había soltado la hermana de Amelia.

Dejó su vida por ti.

Era un reproche, lo sabía. Como también sabía que debía bajar al sótano. Hablar con Amelia de nuevo, ahora que la ira ya no lo dominaba. Tal vez así ella confesaría con quién habló. Podría dejarla libre, llegar a un acuerdo… vivir en paz.

Le debes una disculpa. —le reprochó esa maldita voz interna.

Pero reconocía que una disculpa no bastaba. No después de haberle apuntado a la cabeza con un arma cargada. No después de ver el terror en sus ojos, esa certeza de que él sí apretaría el gatillo.

—Fue solo para asustarla —murmuró para sí, aunque sabía que era una excusa barata.

Se pasó las manos por el rostro con frustración. Era un idiota, y lo sabía.

Sacó su reloj de bolsillo: las cuatro de la tarde. Se había saltado el almuerzo, hasta ahora lo único que había hecho era beber. Tenía que detenerse antes de que el whisky lo arrastrara a la embriaguez.

Justo cuando se levantaba del sillón, llamaron a la puerta.

—¿Sí?

—Milord —la voz del ama de llaves llegó apagada a través de la madera—. Alguien lo espera en el vestíbulo.

—¿Quién?

—Dice ser el duque de Lancaster.

Pierce frunció el ceño. No conocía a nadie con ese título.

—Bien. Voy enseguida —respondió, arreglándose el chaqué antes de salir del despacho.

La mujer lo esperaba en el pasillo.

—Yo me encargo —expresó él, y se dirigió hacia el vestíbulo.

Al llegar, Pierce encontró a un hombre bien vestido que se levantó en cuanto lo vio entrar. Lo recorrió con la mirada, buscando algún indicio de reconocimiento… pero nada.

—Buenas tardes —saludó Pierce con formalidad.

El hombre sonrió y se acercó un poco.

—Me alegra volver a verte, Alex.

Pierce frunció el ceño. Ese nombre… Solo alguien de su pasado podía usarlo con tanta confianza.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz dura.

—Soy Christian Evans —respondió el hombre. Aún así, Pierce seguía sin reconocerlo—. Sé que no me recuerdas, pero fuimos amigos. Cuando aún vivías en Londres… y eras Alex Howell.

Pierce lo miró con desconfianza, aunque algo dentro de él empezaba a sentir curiosidad.

—¿Cómo supo dónde encontrarme? —inquirió. Era importante saber cómo había dado con él en Nueva Orleans y con una identidad distinta.

—Amelia me envió una carta contándome lo que ocurría —respondió Christian con calma—. Fue un alivio saber que estabas vivo. Lo malo es que no recuerdas que Amelia es tu esposa.

Pierce volvió a fruncir el ceño.

—Amelia no es mi esposa. ¿Y por qué pensaron que estaba muerto?

Christian respiró hondo antes de contestar:

—Tú y Amelia se casaron en Escocia. Luego su padre los encontró. Él le hizo creer que te habías vendido por dinero… y nosotros pensamos que él había acabado contigo.

Pierce lo observó con dureza.

—¿Estaba usted presente?

—Sí —respondió Christian—. Huimos juntos: Amelia contigo, yo con mi ahora esposa. Queríamos escapar del difunto conde de Warwick. Amelia lo dejó todo por comenzar una vida contigo. Estaban listos para partir a América… pero el conde nos alcanzó.

El corazón de Pierce comenzó a martillarle en el pecho con cada palabra.

No puede ser cierto, se dijo, intentando apaciguar su respiración.

—¿Tiene alguna prueba? —preguntó, como último recurso contra una mentira. Pero, en el fondo, ya no sentía que le estuvieran mintiendo.

Christian sacó un sobre del bolsillo de si levita y se lo entregó. Pierce lo tomó con manos temblorosas, lo abrió y extrajo el documento.

El papel era el acta de su matrimonio con Amelia. Su firma como Alex Howell era clara e inconfundible.

Pierce clavó la mirada en la hoja, intentando arrancar aunque fuera un recuerdo.

¿Cómo podía no recordar algo así?

Amelia sí es… mi esposa. —Con ese pensamiento, los recuerdos lo golpearon de lleno: su niñez, sus padres, Londres. Luego, cada instante con Amelia: cómo la amó, cómo se prometieron un futuro, su boda, las risas, las caricias. Todo volvió a la vez, con una fuerza que le partía la cabeza.

—¿Alex? ¿Estás bien? —preguntó Christian, preocupado.

Pero Pierce no pudo responder. El dolor era insoportable. El mundo giró a su alrededor y, antes de poder articular palabra, cayó al suelo inconsciente.

Capítulo 26

Amelia aún seguía encerrada en el sótano. Estaba sentada detrás de la puerta, con las rodillas pegadas al pecho. Después de haber llorado hasta quedar exhausta, se había quedado dormida en la misma posición.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Pierce la dejó allí. Intuía que era mucho: tenía sed, hambre y un dolor persistente en el brazo.

El sótano estaba a oscuras; las velas que antes iluminaban un poco la habitación ya se habían consumido, otra señal de que llevaba demasiado tiempo encerrada allí.

Había esperado que él regresara a las pocas horas. Una vez más, había depositado falsas esperanza en él.

Pensó en sus hermanas y en la amenaza de Pierce. Sabía que, cuando él quería lastimarla, no se tocaba el corazón.

Ellas sabrán defenderse, no se dejarán dominar por Pierce. —se repitió, aunque la preocupación seguía aferrada a su pecho.

Por sus hijos, el miedo era distinto. No temía que Pierce los maltratara; sabía que los quería. Lo que la aterraba era que intentara apartarla de ellos de verdad.

Él no tiene derecho. —le susurró esa vocecita en su mente.

Era verdad, Pierce no tenía ningún derecho legal sobre sus hijos mientras no reconociera el matrimonio. Y aunque lo hiciera, a esas alturas sería ella quien lo negaría.

Pierce no merecía su amor, ni su espera, y mucho menos su perdón. Nada justificaba lo que le había hecho humillarla, maltratarla, rechazarla… y ella, aún así, había permanecido ahí, esperando que

recordara su pasado juntos. Pero haberla apuntado con un arma, con la clara intención de matarla… eso jamás podría perdonárselo.

Ahora debía pensar en cómo salir de esa casa con sus hijos sin ser vista. Sabía que Pierce no los dejaría ir tan fácilmente, pero una vez lejos de Dankwroth House sería más sencillo deshacerse de él. Y si debía huir de Nueva Orleans, lo haría. No quería volver a estar cerca de él.

En el fondo debía admitir que le tenía miedo. Lo había visto a los ojos cuando le apuntó. No dudó, y ¿quién le aseguraba que la próxima vez no apretaría el gatillo?

Ese pensamiento la estremeció por completo.

—Debo sacar a mis hijos de esta casa —murmuró para sí misma, con la mirada fija en un punto invisible en medio de la oscuridad.

∞∞∞

Pierce abrió los ojos y un dolor punzante le atravesó la cabeza. Se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos con fuerza. Tardó unos segundos en ubicarse. Estaba en su habitación: la chimenea chisporroteaba débilmente y unas cuantas velas seguían encendidas. Se incorporó un poco y, al mirar por la ventana, vio que ya era de noche.

Metió la mano en el bolsillo y revisó su reloj: las cuatro de la madrugada. Todavía llevaba puesto el pantalón y la camisa de la tarde anterior.

Se levantó de la cama y tuvo que aferrarse al dosel al sentir un mareo que casi lo derriba. Cuando recuperó el equilibrio, tomó el vaso de agua sobre la mesita y bebió en sorbos cortos.

Se sentó en el borde de la cama. Poco a poco, los recuerdos antes del desmayo volvieron: la visita de Christian, la revelación… y después, el golpe de recuerdos.

Había recordado. Todo.

Recordaba a sus padres, Londres, su juventud… y a Amelia.

Su recuerdo le arrancó una sonrisa, pero la alegría no le duró mucho cuando la realidad lo golpeó de lleno.

Su memoria se desató: su reencuentro con Amelia, el rechazo, los niños, las humillaciones, el sótano… y de pronto abrió los ojos con horror.

Amelia seguía allí abajo.

Saltó de la cama y corrió por los pasillos, el corazón retumbándole en el pecho como un tambor. Llegó a la puerta del sótano y la abrió con manos temblorosas.

Por Dios, ¿qué hice? —El mismo pensamiento lo hizo aborrecerse.

¿Cómo había tratado así a la mujer que amaba más que a nada?

La oscuridad lo envolvió cuando entró. Tragó saliva y dio un paso al frente. Encendió un candelabro que descansaba en la entrada. Apenas avanzó unos metros, tropezó con algo. Miró hacia abajo… y el corazón se le detuvo al ver que era Amelia.

—¡Amelia! —bramó, arrodillándose.

El candelabro rodó al suelo. La tomó en sus brazos y la levantó contra su pecho.

—Amelia, mi amor —intentó despertarla, acariciándole el rostro, pero estaba inconsciente.

La cargó hasta su habitación y la recostó en la cama. Le dio suaves golpecitos en la mejilla, la llamó una y otra vez, pero no respondía.

Desesperado, salió de inmediato. Despertó a todos sin importarle la hora. El ama de llaves llegó de primera, con el rostro lleno de preocupación.

—¡Llama al médico, ya! —rugió Pierce.

La mujer asintió y salió corriendo.

Pierce volvió junto a Amelia y se sentó al borde de la cama. Tomó su mano entre las suyas, un escalofrío le recorrió la espalda al sentirla tan fría.

—Esto es mi maldita culpa —murmuró. Su respiración era tan débil que tuvo que inclinarse para sentirla—. ¿Por qué fui tan cobarde y

no te creí?

Le acarició la mejilla con ternura. Su mirada bajó al vendaje de su brazo izquierdo, empapado de sangre. El corazón se le oprimió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Te lastimé… —musitó, con la voz quebrada. Apretó los puños, odiándose—. Te apunté a la cabeza con una maldita pistola cargada. Si te hubiera hecho más daño… —se calló incapaz de terminar la frase, una lágrima resbaló por su mejilla. Llevó la mano de Amelia a sus labios y la besó con devoción.

—Perdóname… —susurró.

Se quedó contemplándola por minutos. Estaba hermosa, pero diferente: más madura, más fuerte, y también demacrada.

Tres años… tres malditos años lejos de ella. Y cuando al fin volvieron a encontrarse, él se comportó como el diablo que era al rechazarla y humillarla.

Cerró los ojos con fuerza, maldiciéndose a sí mismo.

Pierce abrió los ojos y se limpió las lágrimas con la manga de la camisa justo cuando escuchó los pasos apresurados en el pasillo.

El médico entró en la habitación con su maletín de cuero, acompañado del ama de llaves que traía un candil.

—Déjeme verla —pidió el doctor al acercarse a la cama y ver a Amelia recostada inconsciente.

Pierce se apartó un poco, aunque se quedó de pie cerca de la cama, observando cada movimiento del médico.

El hombre revisó el pulso de Amelia, luego acercó una vela a su rostro y le abrió los párpados con delicadeza. Después, retiró la venda de su brazo herido.

Pierce contuvo la respiración al ver la sangre seca y la piel irritada.

—La herida se ha abierto de nuevo —murmuró el doctor mientras preparaba agua limpia y paños frescos—. Es un corte profundo.

Pierce se inclinó hacia adelante.

—¿Va a sanar? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, pero necesitará cuidados constantes —respondió el médico, comenzando a limpiar la sangre—. Está débil, su cuerpo sufre los estragos de la deshidratación, y la falta de alimento no ayuda.

Pierce apretó la mandíbula, odiándose más con cada palabra.

—Dígame qué debo hacer —ordenó con firmeza.

El doctor lo miró de reojo, sorprendido por su tono ansioso.

—Debe mantenerla en reposo absoluto. Caldos ligeros, agua en pequeñas cantidades. El brazo hay que vendarlo a diario con paños limpios. Y sobre todo, calor: no debe pasar frío.

Pierce asintió de inmediato.

—Lo haré yo mismo, si es necesario.

El médico arqueó las cejas, pero no dijo nada. Siguió trabajando en silencio hasta terminar el nuevo vendaje. Amelia seguía inconsciente. Pierce volvió a sentarse al borde de la cama.

El médico cerró su maletín.

—Si sigue las instrucciones, mejorará.

Pierce asintió una vez más, con la mirada fija en Amelia. El médico se marchó, y el ama de llaves quedó en la puerta.

—¿Necesita algo más, milord? —preguntó ella.

Él ni siquiera la miró; negó con la cabeza. La mujer salió y la puerta se cerró tras ella, dejándolos solos.

Pasaron unos minutos. Entonces, Pierce se levantó, se quitó los zapatos y, tal como estaba, se recostó al lado de Amelia. La abrazó contra su pecho, buscando el calor de su cuerpo. Se aferró a ella como si pudiera perderla en cualquier momento.

Sabes que ya la perdiste —le susurró esa voz cruel en su mente.

Pierce cerró los ojos y apretó más su abrazo sin llegar a hacerle daño en su herida. No, no iba a aceptarlo. Él era Alex Howell. Su esposo. El hombre que la amaba. Amelia tenía que entender que no recordaba nada, que había perdido la memoria de quien era. Aunque sabía que no había excusa. Ni una. No después de como la había tratado. Y peor aún, sabiendo que ella era la madre de sus hijos.

Ese pensamiento lo golpeó con fuerza. Recordó cómo, al principio, había rechazado rechazado a sus propios hijos. Cómo los había negado, cuando en realidad, siendo Alex, había anhelado ese momento. Siempre había querido que Amelia fuera la madre de sus hijos.

Recordó cómo la había amado, cómo había buscado no solo el placer de su cuerpo, sino también el anhelo profundo de dejarla encinta, de formar una familia con ella.

El cuerpo de Amelia estaba perlado de sudor, sus pechos rebotaban mientras lo montaba con deseo, dispuesta a alcanzar su liberación. Para Alex era la vista perfecta, y el momento en el que pensaba en todo menos en el gran deseo que sentía por su mujer. Quería alargar su propio orgasmo todo lo posible para que Amelia alcanzara el suyo. Le encantaba verla deshacerse en el clímax, algo que inevitablemente lo arrastraba a él también.

—Ah… —jadeó Amelia con desesperación, apoyando las manos en su pecho mientras seguía moviéndose con ansiedad. Él clavó sus dedos en su cadera, conteniéndose.

—Más rápido —gimió él, retorciéndose cuando ella comenzó a moverse con más ímpetu. La tomó con fuerza por las caderas y empezó a embestir contra ella con intensidad.

—Ah… —gruñó, liberando su elixir con fuerza, al mismo tiempo que Amelia se abandonaba a su propia liberación.

Alex la contempló desde su posición. Su cabellera rubia era un desastre, él mismo la había dejado así, pero aun así estaba hermosa, radiante. Amelia lo tenía completamente enamorado. Había sido así desde el primer momento en que la vio y, dos años después, tenerla bajo su cuerpo y en su corazón no había cambiado nada. Seguía amándola con la misma intensidad, tanto que deseaba dejarla embarazada y tener una razón para llevársela a Escocia y hacerla su esposa. En esos momentos no le importaba que Amelia fuera la hija de un conde.

La imagen de ella embarazada de su hijo lo encendió otra vez, y su miembro volvió a endurecerse aún dentro de ella.

—¡Alex! —jadeó Amelia, sonriéndole con la respiración agitada.

Alex la volteó, quedando sobre ella. La besó con todo el amor que sentía, luego la miró directo a sus ojos azules.

—Cásate conmigo —pidió de repente.

No fue una propuesta romántica, pero sí sincera. Había querido esperar hasta tener los anillos que planeaba comprar, pero en ese instante sintió que era el momento perfecto.

Amelia abrió los ojos con sorpresa.

—¿En serio? —preguntó.

—Sí. Te amo, Amelia. Quiero que seas mi mujer, mi esposa, la madre de mis hijos. Sé que no soy un duque ni un conde, tampoco tengo el dinero para darte el lujo que mereces, pero…

Amelia lo calló con un beso, lo abrazó del cuello y juntó sus cuerpos. Él sintió cómo lo rodeaba con las piernas, haciendo que quedara aún más adentro. Soltó un jadeo sobre el beso por la sensación que ella le provocaba.

—Te amo, Alex. Y nada me haría más feliz que ser tuya, tu esposa.

Pierce cerró los ojos, intentando contener las lágrimas. No era un hombre que llorara… pero el dolor de los recuerdos, y de todo lo que le había hecho a Amelia en los últimos dos meses, era suficiente para quebrarlo.

Amelia lo había aceptado y amado cuando él solo era un mozo de cuadras. Nunca le reprochó su origen, nunca lo trató con indiferencia. Él había soñado con tener dinero algún día, no por ambición, sino para complacerla, para tratarla como la reina de su corazón.

Y ahora que lo tenía todo… la había reducido al papel de sirvienta.

Apretó el cuerpo de Amelia contra sí, sollozando en silencio. Sus labios temblaron en una súplica silenciosa, un ruego desesperado por el perdón de la única mujer que había amado en toda su vida.

Capítulo 27

Pierce no pegó los ojos en lo que quedaba de la noche. Pasó las horas velando a Amelia, sin apartarse de su lado ni un instante.

En esas horas, además de retorcerse por dentro, pensó en Emerson. Repasó con calma todo lo que había sucedido antes del accidente que le robó la memoria. Recordaba que le había dicho a Emerson que estaba casado.

El recuerdo hizo que la furia le hirviera en la sangre. Como Alex, no había sido violento ni buscaba conflictos, pero ahora también era Pierce, el Diablo de Nueva Orleans. Y aunque gran parte de su reputación se debía a Emerson, él mismo había sudado para levantarla hasta lo que era hoy.

Emerson no se libraría de su ira. Porque desde el principio pudo evitar todo. Bastaba con que le hubiera confirmado que Amelia decía la verdad.

¿Y acaso eso habría cambiado algo? —susurró la molesta voz en su cabeza.

Pierce frunció el ceño. Siempre había sido terco y odiaba las mentiras. Por eso había rechazado a Amelia al inicio: porque pensó que intentaba aprovecharse de él... cuando en realidad la verdad era otra.

Recordó las palabras de Brianna : *«Dejó todo por ti».*

Y era cierto. Amelia había dejado una vida de lujos por seguirlo, sin reproches, sin arrepentirse nunca. Y él, ¿cómo le pagó? Humillándola. Haciéndola trabajar como su empleada, cuando era él quien debía darle el amor incondicional y la familia que le había prometido.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Milord, los niños ya están despiertos y preguntan por su madre —informó la niñera desde el umbral.

Pierce levantó la vista. Estaba en su despacho, esperando a Emerson, pero había dado la orden de que lo llamaran en cuanto sus hijos despertaran. Necesitaba verlos. Abrazarlos. Pedirles perdón.

Amelia seguía inconsciente en su habitación, y la preocupación lo consumía.

Se levantó enseguida y siguió a la niñera hasta la habitación de los niños. Antes de entrar, se giró hacia ella.

—Estaré con ellos un rato. Quédate cerca, por si te necesito.

—Sí, milord.

Pierce abrió la puerta y los vio en la cama, todavía entre las sábanas. Daph, al verlo, se levantó y corrió hacia él.

—¡Papá! —chilló, lanzándose a sus brazos.

Pierce la alzó y la abrazó con fuerza. Su pequeña.

Antes los quería, aceptaba que eran sus hijos. Pero ahora… ahora los amaba con la certeza de saberlos suyos y de Amelia.

El golpe de la realidad le destrozó el corazón: al final, sí había logrado dejarla embarazada. Pero no estuvo a su lado en los momentos difíciles. No vio su vientre crecer, no presenció el parto, ni los primeros pasos de sus hijos, ni sus primeras palabras. No estuvo cuando enfermaron, cuando más lo necesitaban.

Dios… voy a matar a Emerson. —pensó, ardiendo de rabia.

Dejó a Daph de nuevo en la cama, junto a su hermano.

—¿Cómo está esa pierna, pequeño? —preguntó, inclinándose hacia Louis.

El niño lo miró con sus grandes ojitos azules.

—¿Dónde está mamá? —preguntó.

La garganta de Pierce se cerró. Tragó grueso y, forzando una sonrisa suave, se sentó al borde de la cama.

—Mamá está descansando —explicó con calma—. Estaba muy cansada, y necesita dormir para ponerse fuerte otra vez.

Louis lo miró como si tratara de entender cada palabra. Daph, en cambio, frunció los labios y habló con esa inocencia suya:

—Sí, porque estaba llorando. Yo la vi…

Pierce se quedó helado. La tensión le recorrió todo el cuerpo.

—¿Estaba llorando porque estaba cansada? —preguntó Pierce, Daph asintió repetidas veces.

¿Cuántas veces la hice llorar? —se reprendió mentalmente.

Pierce respiró hondo, apartando la mirada un segundo para no romperse delante de ellos.

Louis tiró de su manga y cambió de tema con la naturalidad propia de los niños.

—Papá… ¿dónde está Aurora?

En ese momento, Pierce recordó que también tenía encerrada a Brianna.

Se pasó una mano por el rostro, la frustración creciendo a medida que sus crueldades regresaban a su memoria.

Amelia no me va a perdonar. —pensó con pesar.

Había hecho cosas imperdonables. ¡Había entregado a Clariss a Marco!

Debía resolver y deshacer cada una de sus idioteces. Al menos todavía estaba a tiempo de remediar lo que había hecho con las hermanas de Amelia.

—Debe estar durmiendo —aseguró a sus hijos con una sonrisa suave—. Más tarde se unirá a ustedes a jugar.

Se despidió de ellos con un beso en la sien antes de dejarlos en manos de la niñera.

Enseguida ordenó que soltaran a Brianna y la llevaran al comedor para desayunar.

Debía disculparse con ella. Y prometerle que Clariss estaría de vuelta ese mismo día. Después de todo, Marco y él no habían cerrado un acuerdo oficial.

Mientras esperaba, apenas pudo probar un poco de café. El estómago lo tenía revuelto; y la comida no era opción en ese momento.

Brianna llegó escoltada por una sirvienta. Pierce se levantó de inmediato al verla. Estaba erguida, con el rostro serio y la mirada cortante.

—Buenos días —saludó él, intentando sonar amable.

—¿Dónde están mis hermanas? —fue la respuesta de Brianna. Su tono demostraba que no quería ser cortés ni educada.

—Amelia está… —carraspeó— descansando. Quería hablar con usted primero. Para disculparme.

Brianna lo miró de arriba abajo y alzó una ceja al escucharle hablar con tanta suavidad y formalidad. Ese no era el mismo Pierce del día anterior.

—¿Acaso recuperaste la memoria? —se burló, no tenía intención de demostrar educación, ni brindarle la formalidad que él esperaba.

Pierce apretó los puños ante su su burla, pero respiró hondo. Era la hermana de Amelia. Debía controlarse.

—Sí —respondió firme—. Sé que estuve mal ayer. Pido disculpas. Su hermana menor regresará hoy mismo, se lo aseguro.

Brianna asintió, sin bajar la guardia.

—Bien. En cuanto Amelia despierte, quiero verla. Y si ella decide irse, tendrás que dejarla ir.

Los ojos de Pierce brillaron de furia.

—No —respondió con dureza.

Brianna soltó una risa seca.

—A pesar de haber recuperado tus recuerdos, sigues siendo el mismo hombre que humilló a mi hermana. ¿Crees de verdad que ella se quedará después de todo lo que hiciste?

Pierce vaciló. Esa era la respuesta que más temía.

—Es mi esposa —replicó sin dudas—. Tiene que estar a mi lado.

—¿Ahora sí es tu esposa? —contraatacó Brianna, avanzando un paso; solo la mesa los separaba—. Recuerdo perfectamente cómo la negaste. Tú, no viste la desesperación en su rostro, la forma en que buscaba soluciones para que le creyeras. —Su voz se quebró un instante, pero alzó la mirada con el mismo odio—. Por tu maldita desaparición repentina, Amelia dejó atrás su hogar para evitar el escándalo que sus hijos provocarían en Londres por la falta de un esposo que justificara su embarazo. No estuviste para ayudarla cuando más te necesitaba.

Cada acusación dolía. Porque era la verdad.

—Yo… no la recordaba —musitó, derrotado—. No quise que nada de eso pasara. Amo a Amelia con mi vida. Ella sabe que, de no ser por su padre, jamás me habría apartado de su lado.

—Pero bien pudo tratarla mejor desde el primer momento en que ella fue a ti.

Pierce bajó la cabeza. Era cierto.

Suspiró, y cuando iba a responder, la puerta del comedor se abrió. Emerson entró.

La mirada de Pierce se encendió de ira al verlo.

Brianna, notando la tensión, decidió cortar la conversación, usaría otra ocasión para saber que hizo para contactar a su esposo,

—Espero que Clariss regrese hoy, como prometió —habló con frialdad. Luego abandonó el comedor sin mirar atrás.

—Pensé que me estabas evitando —habló Pierce una vez estuvo completamente solo con Emerson en el comedor.

Estaba vestido de forma impecable, y el rostro sereno.

—No tengo motivos para hacerlo.

—¿No? —Pierce ladeó la cabeza, apoyando una mano en el respaldo de la silla—. Me ocultaste algo esencial. Sabías que estaba casado, sabías quién era Amelia… y callaste.

Emerson no respondió de inmediato.

—Pierce, estaba protegiéndote. Tenías una nueva vida, un nuevo nombre, un imperio que levantar. Creí que recordar solo arruinaría lo que estabas construyendo. Le quité un problema a tu nueva vida.

Pierce dio un fuerte golpe en la mesa del comedor. Estaba lleno de ira. Emerson no se inmutó.

—¿Problemas? ¿Llamas problemas a mi esposa rogando que la escuche? ¿Llamas problemas a mis hijos? ¡No estuve con ellos por tres malditos años!

Su voz fue subiendo con cada palabra.

—Pensé que era lo mejor. Pero al saber de los niños, decidí intervenir. ¿Debo recordarte que querías rechazarlos y deshacerte de ellos?

Pierce dio un paso atrás, como si uba fuerza invisible lo hubiera empujado.

Claro que recordaba ese momento, y no porque se enorgulleciera.

—¿Debo agradecerte por eso? ¡Lo mejor hubiera sido que me dijeras la verdad en cuanto Amelia apareció! —rugió, golpeando la mesa nuevamente con tanta fuerza que los cubiertos tintinearon.

Emerson intentó mantener la compostura.

—Pierce, entiéndelo… tú no eras Alex. Habías cambiado. Yo solo traté de preservar lo que habías construido.

Pierce lo fulminó con la mirada.

—No. Lo que hiciste fue quitarme la oportunidad de elegir. Me usaste para tus planes de casarme con Cecilia. Y por tu silencio, la mujer que amo piensa que soy un monstruo… y no se equivoca.

Un silencio pesado cayó entre ambos. Emerson abrió la boca para responder, pero Pierce lo interrumpió:

—Te debo parte de lo que soy y de lo que tengo ahora. Te agradezco que no me abandonaras en ese barco… solo por eso, no te convertiré en mi enemigo.

Pierce se dirigió hacia la puerta para abandonar el comedor, pero Emerson lo detuvo.

—Lo siento, hijo. De verdad espero que puedas perdonarme.

Pierce no respondió. Simplemente lo dejó atrás, sin una palabra más.

Emerson había sido para él como un padre durante todo ese tiempo. Precisamente por eso le dolía más que hubiera ocultado el dato más importante. Emerson lo vio humillar a Amelia, lo vio ponerla a trabajar como una sirvienta, y aun así calló. Debió decirle que Amelia nunca le mintió, que sí era su esposa.

Pierce estaba furioso con él, muchísimo, pero no podía odiarlo. Después de todo, Emerson nunca lo había abandonado y le había enseñado tanto. Podría ser muchas cosas, pero no un desagradecido.

Abrió la puerta de su habitación con el corazón en vilo, esperando encontrar a Amelia despierta. Ella necesitaba despertar, comer, recuperar fuerzas… y después, hablar. Tenía demasiado de qué hablar, y más aún de qué disculparse.

La habitación estaba en penumbra, las cortinas aún bloqueaban la luz del día. Pierce se acercó a la cama y corrió un poco la tela del dosel. Amelia seguía dormida, su respiración era tranquila y pausada.

Se inclinó con cuidado para revisar la herida. El vendaje estaba limpio. Soltó un suspiro de alivio al comprobar que no había vuelto a sangrar.

Estaba nervioso. No solo por su salud, sino por la conversación que tendrían cuando ella despertara.

También había otros asuntos: la naviera, el *Saint Helena*. Pero eso era lo de menos. Amelia era mucho más importante; ella era su prioridad.

Luego estaba Cecilia. Tenía que terminar ese compromiso antes de que pasara otro día. La boda estaba fijada para dentro de tres días, y aquello no sucedería. Si no hubiera recuperado la memoria a tiempo, habría cometido el peor error de su vida casándose con Cecilia… teniendo ya a la mujer que amaba como esposa.

Miró a Amelia y pensó en todos los momentos en que había paseado a Cecilia en público, dándole el lugar que nunca le correspondió. Mientras tanto, Amelia lo observaba, sufriendo, viendo a su esposo del brazo de otra. La sola idea lo desgarró.

Él no soportaría verla con otro hombre, ni siquiera cerca. Los celos lo enloquecerían.

Entonces, Amelia se removió en la cama. Pierce contuvo la respiración mientras la veía despertar. Su corazón latió desenfrenado cuando sus ojos azules parpadearon, intentando reconocer el entorno.

Pero en cuanto lo miró, la calma que había sentido se desvaneció de golpe. Un vacío helado lo atravesó, reemplazado por un dolor insoportable al ver cómo ella lo miraba… con miedo.

Capítulo 28

Cuando Amelia abrió los ojos, pensó que seguiría en el suelo frío del sótano. Para su sorpresa, estaba en una cama cómoda. Por un instante sintió alivio… hasta que reconoció la figura de Pierce muy cerca de ella.

El miedo floreció en su interior de golpe.

¿Quería terminar lo que había empezado en el sótano?

—No te haré daño, mi amor —expresó Pierce con voz suave, sentándose en el borde de la cama.

Amelia lo miró, desconcertada, y luego frunció el ceño al comprender lo que acababa de decir.

¿Lo había escuchado bien? ¿Acababa de llamarla *mi amor*?

Lo recorrió con la mirada. Llevaba solo pantalón, camisa y chaqué. Su cabello negro estaba despeinado, como si hubiera pasado las manos repetidamente por los mechones. Sus ojos ónix… se veían apagados, llenos de culpa.

Amelia vio como servía agua de la jarra que reposaba en la mesita de noche. Luego le tendió el vaso.

—Necesitas hidratarte y comer bien —comentó Pierce con suavidad, acercándole el vaso para que lo tomara.

Amelia dudó, pero la sed era más fuerte. Además, si Pierce quería matarla, estaba segura de que el envenenamiento no sería su estilo. Bebió con ansia hasta terminarlo.

—¿Quieres un poco más? —preguntó él.

Ella titubeó. Estuvo a punto de negarse, pero la necesidad fue más grande y terminó asintiendo. Pierce le llenó el vaso de nuevo y Amelia lo bebió con la misma rapidez.

Después, él se levantó y tiró de la cuerda que llamaba a los sirvientes. Amelia aprovechó para observar la habitación. Era amplia, de altos techos, con gruesas cortinas de terciopelo que aún mantenían la luz del día a raya. Una chimenea de mármol con las brasas ya apagadas, y algunos muebles de caoba oscura estaban distribuidos estratégicamente por la estancia. Un cuadro de gran tamaño presidía la pared frente a la cama. No había duda: era la habitación de Pierce.

¿Pero por qué estaba ella allí… y en su cama?

Pierce regresó y volvió a sentarse al borde del colchón, esta vez más cerca. Cuando intentó tocarla, Amelia retrocedió de inmediato, el corazón golpeándole en el pecho.

Vio cómo los ojos de Pierce destellaban frustración y tristeza. Retiró lentamente la mano y la dejó descansar sobre sus muslos.

—No tienes nada que temer. No te haré daño, Amelia —murmuró con voz casi quebrada.

Amelia habría reído con cinismo de no ser por la seriedad de la situación. Estaba actuando… raro. Muy raro.

—Quiero pedirte perdón, Amelia —comenzó él, mirándola a los ojos —. Lo que hice… Dios, lo siento tanto.

—Bien —respondió Amelia, sin emoción en su voz ni en su rostro.

Lo único que quería era salir de allí en paz, sin levantar sospechas. Lo mejor era hacerle creer a Pierce que aceptaba sus disculpas.

—Ahora… ¿puedo irme a mi habitación?

Pierce la miró con los ojos entrecerrados.

—No —replicó con rapidez—. Te quedarás aquí. Debes descansar y comer bien.

—Eso puedo hacerlo en mi habitación. Además, no es correcto que me vean aquí… Cecilia no estaría muy complacida al saber que...

—Olvídate de ella. Cecilia no importa —la interrumpió de golpe.

Sin preverlo, tomó su mano. Amelia se tensó, mirando sus dedos entrelazados, sintiendo el calor que él le transmitía.

—Este es tu lugar, como mi esposa.

Amelia levantó la mirada con rapidez, incrédula.

¿Su esposa?

Su corazón empezó a latir con fuerza. Pierce le devolvió una sonrisa triste, cargada de dolor y culpa.

—Recordé todo, mi amor. Te recordé a ti… —murmuró, acercándose más para tomar su rostro entre sus manos.

Amelia estaba tan conmocionada que no se movió. Pierce apoyó su frente contra la de ella.

Ella cerró los ojos. Había recordado. Él por fin había recordado. Pero… era demasiado tarde.

Con movimientos lentos, levantó las manos y las apoyó en el pecho de Pierce para apartarlo, poniendo distancia entre ellos. Respiró hondo para no derrumbarse allí mismo.

—Me alegra saber que recuperaste tus recuerdos —expresó sin una gota de emoción en la voz. Pierce la miraba atento—. Pero eso no cambia nada.

Los hombros de Pierce se desplomaron.

Días atrás, si él le hubiera dicho esas mismas palabras, Amelia se habría lanzado a besarlo y abrazarlo como tanto deseaba. Pero ahora… lo único que quería era estar lejos de él y de todo lo que representaba.

—No digas eso, mi amor. Con mis recuerdos de vuelta, todo cambia —dijo Pierce, con la ilusión ardiéndole en los ojos.

—No veo qué podría cambiar. Seguirás siendo Pierce Dankwroth, te casarás en pocos días y continuarás tu vida de empresario. Yo seguiré la mía con mis hijos.

—No me voy a casar con Cecilia. Tú eres mi esposa, mi amor.

Amelia lo miró unos segundos.

—¿Qué hizo que tus recuerdos volvieran? —preguntó. Quería saber qué había sido lo que los despertó, cuando ella lo había intentado de todas las formas posibles.

Pierce bajó la mirada.

—Christian —respondió, y Amelia entendió al instante—. Llegó ayer, hablamos… y me mostró nuestro acta de matrimonio. Fue entonces cuando recordé todo.

Ella asintió lentamente. Bastaba con un papel para que él recordara. Y todo lo que ella había hecho antes… no sirvió de nada.

Se alejó de él y bajó por el otro lado de la cama, evitando rozar su cuerpo con el de Pierce. Pero él se levantó enseguida y la alcanzó en pocas zancadas.

—No te levantes, debes comer algo primero.

Intentó tocarla para llevarla de vuelta, pero Amelia retrocedió.

—No me toques —demandó con firmeza.

Pierce quedó inmóvil, mirándola con una expresión de dolor.

—Quiero ver a mis hijos y a mis hermanas —dijo ella, imponiendo distancia.

Se sentía débil y hambrienta, pero no iba a permitir que la controlara más.

—Al menos hablemos —insistió él.

—Creo que ya hablamos suficiente.

—No, Amelia. No lo hemos hecho. Sé que estás molesta, y tienes toda la razón. Pero debes entender que ayer actué sin pensar. Estaba furioso… y no tenía mis recuerdos.

La furia estalló en ella al escuchar su excusa barata. Había tratado de ser civilizada, de salir de allí en paz. Pero escucharlo victimizarse era demasiado.

—¿Yo tengo que entenderte, Pierce? —inquirió con voz dura—. ¿Tengo que entender que todas las humillaciones, los rechazos, que me apuntaras con un arma cargada fue porque "no me recordabas"? No seas sinvergüenza.

Amelia se acercó, y aunque era más pequeña comparada con el enorme cuerpo de Pierce, no le importó. Lo empujó con furia, pero apenas logró moverlo.

—Desde el inicio te hablé sobre nuestro matrimonio, ¿y qué hiciste? Me tachaste de cazafortunas. Lo dejé pasar y aun así seguí intentando que recordaras. Intenté hablarte. ¿Recuerdas esa noche? —preguntó, mirándolo fijamente, con la furia desbordándose en sus ojos—. ¿Recuerdas la noche en que me humillé aún más y te besé? Cuando me tiraste a un lado y me rechazaste, cuando me callaste diciéndome que no te importaba tu pasado. ¿Y yo debo entenderte?

Pierce abrió la boca, pero Amelia siguió:

—Tú no querías recordarme, Pierce. Y lo acepté. Comprendí que debía dejarte ir, que el Alex del que me enamoré profunda e incondicionalmente ya no estaba… y no regresaría.

—Pero ahora estoy aquí…

—Y la Amelia que ahora quieres ya no está —lo interrumpió con serenidad—. No apretaste el gatillo ayer para matar mi cuerpo, pero sí mataste mi corazón.

Por dentro estaba a punto de quebrarse, pero no se lo mostraría.

Pierce negó con la cabeza, los ojos húmedos, llenos de desesperación.

—No digas eso, por favor —suplicó, acercándose—. Eres todo para mí. Pídeme que me arrepienta, que expíe mis pecados, que me arrastre… lo haré.

Amelia negó con la cabeza.

—No deseo tu mal. Deseo que tu vida siga siendo próspera.

—Nada de eso tiene valor sin ti. Sin mis recuerdos estaba ciego, pero ahora no es lo mismo, mi amor.

—¿Tú me perdonarías si fuera al revés? —lo miró directo a los ojos —. ¿Perdonarías que te negara, que estuviera comprometida con otro y quisiera deshacerme de ti?

Pierce no respondió; solo bajó la cabeza.

—Sé que no merezco perdón —dijo al fin—. Pero tú me amas. Eres mi esposa. Juro que pasaré el resto de mi vida compensándote por todo el daño que te hice.

Se arrodilló frente a ella, tomando sus manos.

—Dame una oportunidad. Por ti, por mí, por nuestros hijos. Te amo, Amelia. Sabes que lo hago.

—No… no lo sé —susurró ella, perdiendo la batalla contra sus lágrimas—. Ya no lo sé.

Lo miró con dolor.

—Me apuntaste con un arma, Pierce. No dudaste ni un segundo, y ni siquiera nuestros hijos te detuvieron. Y lo peor… es que soy inocente. No te traicioné.

—Te creo. Sé que nunca lo harías —expresó él con desesperación, aún de rodillas.

—Me alegra que lo entiendas. También espero que comprendas que nuestros caminos deben separarse. Tú hiciste tu vida… y yo continuaré con la mía.

Amelia retiró sus manos y pasó a su lado, dejándolo ahí, derrotado.

Pero la voz de Pierce la detuvo antes de que llegara a la puerta.

—Si insistes en irte, te quitaré a los niños —la amenaza hizo que Amelia se tensara—. Son mis hijos.

Amelia apretó los puños y se giró para enfrentarlo.

Estaba de pie, pero su expresión era devastadora.

—No tienes derechos legales sobre ellos. Mientras no se reconozca un matrimonio entre nosotros, no tienes derechos sobre Daphne y Louis.

—Estamos casados.

—Estoy casada con Alex Howell, no con Pierce Dankwroth —atacó Amelia—. No creo que estés dispuesto a recuperar tu antiguo nombre.

—Por ti lo haría —afirmó él. El corazón de Amelia dio un salto con esas palabras.

No te dejes engañar —se reprochó.

—Por ti recuperaré mi nombre, y nuestro matrimonio será válido ante todos.

Amelia lo miró, cansada.

—Déjame ir. Tu vida seguirá siendo perfecta sin mí.

Pierce negó con la cabeza y se acercó a ella.

—Pídeme cualquier cosa, menos que te deje ir, Amelia. No puedo hacer eso, ni ahora ni nunca. Y si insistes, ya sabes lo que pasará con nuestros hijos.

Amelia se mordió el labio inferior para detener el temblor.

—Eres cruel —murmuró—. Tú no eras así, y aun con tus recuerdos me has demostrado por qué te llaman el Diablo de Nueva Orleans. Tu corazón se ha vuelto cruel.

Pierce pasó los nudillos por su mejilla, deteniendo una lágrima.

—Solo tú puedes hacer que deje de tener el corazón de un Diablo.

∞∞∞

Alex se encontraba en la caballeriza, cuidando de los caballos junto a otro mozo de cuadras. Apenas llevaba unas semanas trabajando para el conde de Warwick y ya le había tomado el gusto a estar entre animales.

Había llegado a Inglaterra con la idea de ganar dinero y forjarse un camino, pero había sido más difícil de lo que imaginaba. Antes de llegar a Windsor, había pasado por Londres, convencido de que allí todo sería más fácil. Pero nada era como creía.

Se había enfrentado a la discriminación por ser irlandés. Los trabajos que le ofrecían eran miserables, mal pagados y con horarios agotadores. Por eso optó por buscar fuera de Londres. Así llegó a Windsor y consiguió empleo con el conde.

Los trabajadores allí eran más amables. En cuanto lo contrataron, lo acogieron y le enseñaron con respeto cómo funcionaba todo.

—Ese alazán ya confía en ti —comentó Harry, el mozo que trabajaba con él, mientras lo observaba cepillar a uno de los caballos—. Tienes buena mano para los animales, Alex.

—Supongo que me entienden —respondió él con una ligera sonrisa, pasando el cepillo por el lomo brillante del animal.

Harry rió, apoyándose en la viga.

—Pues espero que también entiendas a las mujeres, porque este fin de semana hay fiesta en el pueblo. Todos iremos. Deberías venir.

Alex levantó la vista, arqueando una ceja.

—¿Fiesta?

—Sí, cerveza, música… y mujeres bonitas. —Harry le guiñó un ojo con tono de conspiración—. Quién sabe, tal vez una de esas jóvenes te robe el corazón.

Alex resopló con una mueca divertida.

—No vine a Inglaterra para estar con mujeres. Vine a trabajar.

—Bah, eso dices ahora —rió Harry—. Pero ya veremos el sábado.

Alex pensó que sería buena idea asistir a la fiesta del pueblo. Si todos irían, ¿por qué no él? Al fin y al cabo, debía conocer el ambiente en el que viviría los próximos meses.

—Buenos días.

Ambos hombres se giraron al escuchar la voz femenina.

A Alex le pareció una voz dulce, melodiosa… pero cuando se dio la vuelta, su corazón latió con fuerza. La mujer que tenía delante era hermosa, y su sonrisa radiante resultaba contagiosa. Vestía un elegante traje de montar, con chaqueta entallada y sombrero; su porte era esbelto, elegante, imposible de pasar por alto.

—Milady —saludó Harry, inclinándose en una reverencia.

Alex lo miró, y entonces entendió.

Ella debía ser una de las hijas del conde. Había escuchado hablar de ellas, pero aún no había tenido el privilegio de conocerlas.

—Deseo dar una vuelta, la mañana está muy bonita, ¿no lo cree? — expresó ella sin perder la sonrisa.

Alex no dejó de observarla, hasta que los ojos azules de ella se posaron sobre él. Sus miradas se encontraron, y hubo un magnetismo inmediato, que ninguno de los dos pudo romper.

—Alex, ensilla a Brig —ordenó Harry con rapidez—. Es el favorito de Lady Straton.

Alex la miró una última vez antes de asentir y dirigirse al caballo. Mientras lo preparaba, sus pensamientos no podían apartarse de ella.

No pienses en esas cosas. Es la hija del conde. —se recriminó.

Una vez listo, llevó al caballo hacia ella. Al acercarse, sintió su fragancia floral.

—Gracias —le sonrió—. ¿Puedes ayudarme a subir?

—Por supuesto —respondió él.

Ella era menuda en comparación con su cuerpo grande y fuerte. Se giró para montar, y fue entonces cuando Alex notó su cabellera dorada.

Su corazón se detuvo un instante. Recuerdos de su infancia lo golpearon como un castigo. Se quedó tan atrapado en el pasado que no reaccionó a tiempo, y ella estuvo a punto de resbalar. Por suerte, logró sujetarla con firmeza por la cintura.

—Lo siento —se disculpó, esperando un regaño. Pero en lugar de eso, ella le sonrió con tranquilidad.

—No te preocupes, hagámoslo de nuevo.

Alex asintió y esta vez no apartó las manos hasta que ella estuvo segura sobre el caballo.

—Gracias.

—¿Necesita escolta, milady? —preguntó Harry.

—No, quiero estar sola. No tardaré mucho —respondió ella, y antes de marcharse volvió a dedicarle una mirada a Alex.

Él la siguió con los ojos hasta que desapareció de su campo de visión.

Suspiró, reprendiéndose mentalmente. Había permitido que viejos recuerdos volvieran.

La cabellera dorada y los ojos azules de Lady Straton eran un recordatorio inevitable. Su madre tenía esas mismas características.

Y no eran recuerdos agradables.

Ella no es tu madre. —se recordó.

Alex había crecido en un pueblo de Irlanda, en Kilkenny, con su padre, su madre y dos hermanas mayores. Ellas eran rubias, de ojos verdes, casi azules. Él era el único pelinegro, con ojos oscuros. Siempre pensó que venía del lado de su padre, que tenía cabello negro y ojos verdes.

Su madre lo castigaba con encierros en cuartos oscuros, lo dejaba sin cenar por cualquier error, y sus hermanas apenas le dirigían la palabra. Su padre, indiferente, jamás lo defendía. Creció con miedo, preguntándose por qué su madre lo trataba así, como si lo odiara. El rechazo de la mujer a la que llamaba madre le dolía más que cualquier castigo.

Todo cobró sentido cuando cumplió quince años. Su padre había muerto y, sin miramientos, ella lo echó de la casa. Le dijo que solo lo había aguantado por su esposo, pero que en realidad nunca fue su madre: él era el bastardo de su padre con una cortesana.

Ese día entendió todo. Y decidió dejar atrás esa vida. Trabajó en lo que pudo: descargando barcos, ayudando en tabernas, recogiendo cosechas… hasta que al fin decidió partir a Inglaterra.

El recuerdo lo estremeció.

Ella no parece una mala persona. —pensó en la hija del conde y en la dulzura de su sonrisa.

—Lo mejor es que mantengas distancia con las hijas del conde, Alex —comentó Harry, sacándolo de sus pensamientos.

—¿De qué hablas?

—Vi cómo la miraste. Lady Amelia es la mayor de las Straton. Y créeme, será la primera a la que el conde casará con un lord rico. Mujeres como ella no son para nosotros.

Le palmeó el hombro antes de alejarse un poco.

Alex se quedó quieto, repitiendo en su mente aquel nombre.

Amelia.

Era un nombre hermoso.

Pierce sonrió ante el recuerdo de su primer encuentro con Amelia. Ella había sido tan amable con él, tan hermosa como siempre.

La tuvo para él, en sus brazos, en su corazón… y la había perdido.

Sentado en el suelo de su habitación, recostado contra la cama, miraba la puerta cerrada por donde Amelia había salido hacía ya quince minutos. Solo podía pensar en todos los malditos errores que había cometido con ella, todo por querer hacerse el digno y alimentar la máscara del Diablo de Nueva Orleans.

Ahora que recordaba todo, admitía incluso para sí mismo que Amelia, aún sin sus recuerdos, nunca le fue indiferente. Siempre le había parecido hermosa e interesante, aunque lo atormentara esa vieja aberración hacia las mujeres rubias.

Hasta sin recuerdos, eso me perseguía —pensó con amargura.

—Debo hacer que vuelva a quererme —murmuró para sí.

No podía perderla así. Debía luchar, demostrarle que podía volver a ser el Alex del que ella se había enamorado. Que por ella estaba dispuesto a dejar de ser El diablo de Nueva Orleans. La reputación ya no importaba; lo único que quería era recuperarla y vivir al lado de la única mujer que había amado en toda su vida.

«Eres cruel».

Las palabras de Amelia volvieron a él, y dolieron igual que si se las acabara de decir una vez más.

Sabía que con amenazas jamás lograría que lo amara otra vez, pero al menos de esa forma tendría la oportunidad de mantenerla a su lado. Además, por mucho que ella lo negara ahora, estaban casados, y él no tardaría en hacer público su matrimonio. Quería que toda Nueva Orleans supiera que Amelia era su esposa.

No le importaba que saliera a la luz su verdadero nombre ni su origen. Después de todo, su reputación no se debía del todo al nombre, sino lo que había hecho sin él.

Ahora recuperar a su mujer era lo más importante.

Capítulo 29

Apenas salió de la habitación de Pierce, Amelia se derrumbó en un llanto silencioso, sin importarle que estaba en medio del pasillo. Había aguantado demasiado estando frente a él. Podría mostrar fortaleza, pero por dentro estaba rota.

Él por fin había recordado… pero ya no importaba. No después de todo lo que le había hecho.

Se limpió como pudo las lágrimas y caminó hacia el cuarto de juegos de sus hijos. Necesitaba verlos. Después comería algo y buscaría a sus hermanas; debía asegurarse de que estaban bien, de que Pierce no les había hecho nada en medio de su ira del día anterior.

Antes de abrir la puerta, se enjugó los ojos y respiró hondo para detener otro torrente de lágrimas. Estaba segura de que su rostro seguía enrojecido por el llanto, pero al menos podía disimular si no lloraba.

Abrió la puerta con una sonrisa forzada… y se sorprendió al ver a Brianna allí, junto a la niñera y los niños, jugando.

—¡Amelia! —exclamó Brianna levantándose enseguida y corriendo a abrazarla—. ¿Estás bien?

Amelia frunció el ceño, confundida por verla en Dankwroth House.

—Sí —respondió, aunque su voz apenas se sostuvo—. ¿Qué haces aquí?

—¿No lo sabes? —inquirió Brianna, arqueando las cejas.

Amelia suspiró.

—Sí. Sé que Pierce recuperó la memoria. —Bajó la mirada un instante—. Pero no pensé que las buscaría tan rápido.

Esta vez fue Brianna quien frunció el ceño.

—¿Dónde está Clariss? —preguntó Amelia, recorriendo la estancia con la mirada.

—Eso es lo que no sabes —dijo Brianna, preocupada.

Amelia sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué hizo Pierce? —preguntó en un hilo de voz, temiendo lo peor.

Brianna vaciló, pero al final respondió:

—Él… entregó a Clariss a su amigo. Marco, creo que se llama.

—¡¿Qué?! —chilló Amelia, incrédula.

El suelo pareció moverse bajo sus pies. No podía creer que Pierce hubiera sido capaz de hacer algo así… con su hermana.

Con furia, se dio la vuelta y salió del cuarto de juegos, con Brianna siguiéndola de cerca.

—Amelia, cálmate. No puedes enfrentarlo así, él es más fuerte que nosotras —intentó razonar Brianna.

Pero Amelia solo quería llegar hasta Pierce y exigirle que le devolviera a su hermana. Y aunque Brianna tenía razón, sabía en el fondo que ahora era Alex quién intentaba recuperarla. No le haría daño… al menos eso quería creer.

—¡Pierce! —gritó al llegar a su habitación, sin importarle el escándalo—. ¡Pierce!

Justo cuando iba a abrir la puerta, esta se abrió y Pierce salió con el rostro preocupado.

—¿Pasó algo con los niños? ¿O te duele algo? —preguntó acercándose para examinarla.

Pero Amelia lo apartó de un manotazo lleno de ira.

—¡No me toques! ¿Con qué derecho entregaste a Clariss?

Pierce se tensó.

—Fue una estupidez de mi parte. Ayer estaba muy molesto y no pensé en lo que hacía —admitió, con culpabilidad—. Pero no te preocupes, iré a buscarla ahora mismo. Marco no le hará daño.

—Espero que mi hermana esté bien, Pierce —le replicó Amelia con severidad.

Pierce asintió, sin saber qué más decir. Aquello era otra razón más para que Amelia no lo perdonara jamás.

—¿Comiste algo? —preguntó después, con preocupación—. El médico dijo que debías alimentarte bien.

—Aunque me molesta admitirlo, él tiene razón, Amelia —intervino Brianna—. Necesitas comer y descansar. Estás muy pálida.

Amelia suspiró. Lo cierto era que ambos tenían razón. Se sentía débil, como si en cualquier momento fuera a desmayarse.

—Bien… iré a desayunar —dijo finalmente.

Pierce asintió.

—Ordenaré que preparen la mesa para ti.

—No es necesario, puedo tomar cualquier cosa en la cocina —replicó Amelia con frialdad.

—No. Te sentarás en la mesa y serás atendida como corresponde… como mi esposa —refutó Pierce, con un tono que no admitía discusión.

Amelia iba a negarse, pero Brianna la jaló del brazo para que lo siguiera.

—Al menos disfruta esta parte y no te hagas la decente —le susurró Brianna.

Amelia la fulminó con la mirada. Brianna no entendía lo enojada, decepcionada y dolida que Amelia estaba con Pierce. Ya quisiera verla comportarse con tanta serenidad si fuera Ian quien estuviera allí y ella en su lugar.

Al llegar al comedor, Pierce llamó al ama de llaves y al mayordomo. Ambos entraron enseguida, de pie uno al lado del otro, esperando sus órdenes.

—Preparen el desayuno para Amelia y su hermana —ordenó con su típico tono duro—. Y a partir de ahora, Amelia tendrá siempre un plato en la mesa. Ella es mi esposa.

La sorpresa en los rostros del ama de llaves y del mayordomo fue evidente, aunque supieron ocultarla con rapidez. Amelia, en cambio,

aunque por fuera mantuvo la calma, por dentro estaba desconcertada. Pierce realmente estaba anunciando que era su esposa.

—Quiero que sea tratada con el respeto que merece —añadió él con voz firme—. Y si escucho el más mínimo comentario negativo… se arrepentirán de seguir respirando bajo este techo.

Ambos asintieron sin decir una palabra, hicieron una reverencia y salieron.

—No era necesaria la amenaza —comentó Amelia, con sequedad.

Pierce se giró hacia ella; su mirada se suavizó.

—Lo era. Ahora saldré, iré por tu hermana. —Luego miró a Brianna —. Asegúrate de que Amelia coma lo suficiente y luego descanse.

Brianna lo fulminó con la mirada, pero al final asintió. Pierce miró a Amelia una última vez antes de abandonar el comedor.

Cuando quedaron solas, se sentaron a esperar.

—Debemos salir de aquí —expresó Amelia en voz baja, asegurándose de que no hubiera sirvientes cerca.

—No creo que Pierce te deje tan fácil —respondió Brianna—. Mira, yo estoy furiosa con él, lo odio por todo lo que nos ha hecho… sobre todo a ti. Pero es Alex, y recuperó la memoria. Se le nota el arrepentimiento.

Amelia la miró conmocionada. ¿Ahora su hermana estaba del lado de Pierce?

—¿Quieres que lo perdone así, tan fácil? —replicó, incrédula.

—No. Tiene que sufrir un poco, que se arrastre por lo que hizo. Pero… tú aún lo amas.

Amelia resopló.

—Estás dolida, y lo entiendo. Pero lo amas. Tienes dos hijos con él. Cuando la rabia se te pase, cuando veas todo lo que hará para recuperarte… lo perdonarás —sentenció Brianna.

—No estés tan segura —expresó Amelia, cruzándose de brazos. Una punzada de dolor en su herida la obligó a descruzarlos enseguida.

—Pierce no merece mi perdón. Él…

Amelia calló y se mordió el labio inferior. No podía decirle a su hermana que él la había apuntado con un arma cargada, dispuesto a matarla. Estaba segura de que, de saberlo, Brianna no dudaría en apoyarla para escapar de inmediato. Pero en su interior… ¿por qué le resultaba tan imposible ser indiferente y olvidarlo? Todo sería más fácil así.

—¿Él qué? —insistió Brianna.

En ese momento, varios sirvientes entraron con bandejas y platos. Colocaron sobre la mesa panecillos calientes, huevos revueltos, lonjas de tocino crujiente, frutas frescas y una jarra de leche tibia con canela. También había café recién hecho y una bandeja de mermeladas. Una vez dispuesto todo, los criados hicieron fila a un costado, como era costumbre.

Amelia agradeció la interrupción; le dio unos segundos para recomponerse.

—Christian está aquí —dijo con naturalidad, sirviéndose un poco de fruta

Brianna levantó la cabeza de golpe, con la boca llena de pan. Masticó rápido antes de hablar.

—¿El marqués de Winchester?

—¿Conoces a otro Christian? —replicó Amelia, arqueando una ceja.

Brianna entrecerró los ojos.

—Necesito verlo. La verdad pensé que solo enviaría lo que le pedí, pero vino en persona. Debo agradecerle. Seguro Jayne también lo acompaña.

Brianna solo asintió. Amelia entendía su falta de entusiasmo: al fin y al cabo, Brianna no los había conocido tanto como ella. Asi que decidió cambiar el tema.

—Tengo parte del dinero para abrir una floristería.

—¿En serio?

—Ajá. Ruth me dio la idea de abrir una floristería… o una dulcería. Pero eso requiere mucho capital. Lo mejor sería empezar con algo más pequeño.

—Me parece bien —respondió Brianna, aunque Amelia notó que no sonaba emocionada.

—¿Pasa algo?

Brianna negó con la cabeza y siguió comiendo.

—Nada. Solo estoy preocupada por Clariss.

Amelia no le creyó. Sabía que había algo más atormentándola, pero no insistió. Ya le contaría cuando estuviera lista. Después de todo, ella también ocultaba cosas. No porque desconfiara de sus hermanas, sino porque no quería sumarles más problemas del que ya cargaban.

∞∞∞

Pierce esperaba en el vestíbulo de Fairfax House. Había ido allí con dos propósitos claros. El primero, exigirle a Marco que le devolviera a Clariss: había cometido un error imperdonable al creer que tenía algún derecho sobre ella, como si pudiera entregarla a Marco como parte de un trato. El segundo, cancelar de una vez el compromiso con Cecilia.

No le apenaba hacerlo, mucho menos le dolía. Pero sabía que aquello generaría escándalo. Y aunque Cecilia no era una mala mujer, no podía seguir con la farsa de una boda que jamás debió existir.

Solo esperaba que Marco entendiera. Pierce sabía que la cancelación arruinaría la unión entre ambas navieras, y seguramente también pondría en riesgo la amistad que habían mantenido hasta ahora.

Como también sabía que esa era la verdadera razón por la que Emerson había callado sobre su matrimonio con Amelia. No era solo

por protegerlo, sino para proteger el negocio, y la alianza con los Fairfax.

En ese momento, al vestíbulo entraron Cecilia y Elaine, su madre.

—Pierce, qué alegría tenerte de visita —expresó Elaine con una sonrisa amplia.

—Es un placer, aunque mi visita no será muy agradable —respondió Pierce, mirando a Cecilia, que también sonreía.

—No digas eso —rió Elaine—. Justo íbamos a buscar el vestido de Cecilia. Es una preciosidad, ya lo verás.

El entusiasmo de Elaine era evidente, pero Pierce sabía que debía terminar con todo aquello.

—¿Dónde está Marco? Necesito hablar con él —preguntó, ignorando por completo lo que Elaine acababa de mencionar.

Aquello no pasó desapercibido para Cecilia, su sonrisa titubeó, aunque intentó mantenerse serena.

El rostro de Elaine, en cambio, se endureció con la mención de su hijo. Suspiró y se dejó caer en uno de los sillones.

—Estoy preocupada por él. Ayer llegó con una... joven. No era nada educada y armó un escándalo. ¿Imaginas? Un escándalo en esta casa respetada. —Llevó una mano al pecho—. Y lo peor, Marco insistió en que se quedara, a pesar de todo. No sé por qué está actuando así. Esa mujer no está... a su altura.

Pierce asintió con calma, comprendiendo al instante el interés que Marco había mostrado por la hermana de Amelia.

—Anoche salió con ella —continuó Elaine—. Y aún no ha regresado. Pasó la noche fuera con esa mujer. Mi hijo siempre ha sido sensato, siempre piensa con la cabeza fría. ¿Cómo es posible que ahora pierda el rumbo por alguien así?

—Mamá —intervino Cecilia, acercándose para consolarla—. Cálmate. Marco sabe lo que hace.

—No, no lo sabe.

Pierce observó la escena sin un ápice de compasión. Conocía bien a Elaine y lo controladora que era con sus hijos. Desde que conocía a Marco, había visto innumerables veces cómo su madre intentaba emparejarlo con damas de familias influyentes y adineradas. Pero Marco siempre había dictado su propio camino.

Elaine lo miró con súplica.

—Por favor, haz que mi hijo deje a esa mujer. Él te escucha.

Pierce arqueó una ceja.

—Por supuesto. Haré lo que pueda —mintió, solo para tranquilizarla.

No pensaba meterse en la vida privada de Marco. Su único interés era exigirle el regreso de Clariss. Si después ella elegía quedarse con él, ya no sería su asunto.

—Lo que diré ahora no será tomado muy bien —advirtió Pierce, cambiando el tema. Ambas mujeres lo miraron expectantes. Clavó la mirada en Cecilia, que aguardaba en silencio—. Debo cancelar el compromiso.

—¡¿Qué?! —chilló Elaine, levantándose de golpe—. ¡Esto es demasiado para mí…!

La mujer se tambaleó y casi se desplomó, pero Pierce la sostuvo con firmeza.

—Trae algunas sales aromáticas, Cecilia —ordenó, recostándola de nuevo en el sillón.

Cecilia se había quedado paralizada, sin moverse, con la mirada fija en un punto.

—¡Cecilia! —repitió Pierce, más fuerte.

Entonces reaccionó y fue en busca de las sales. Quizá debió tener un poco más de tacto al romper el compromiso.

Cecilia regresó aún conmocionada, y él pasó las sales bajo la nariz de Elaine.

—¿Por qué? —escuchó la voz de Cecilia.

Pierce la miró y suspiró.

—Te pido disculpas. Sé que todo estaba preparado, pero…

—Es por ella, ¿cierto? —lo interrumpió Cecilia—. ¿Por Amelia?

Pierce asintió, pero habló antes de que pesara algo que no era:

—Ella es mi esposa, Cecilia.

—¿Qué? Pero…

—Mi verdadero nombre es Alex Howell. Perdí la memoria en un accidente. No recordaba nada de mi vida, ni que Amelia era mi esposa —explicó Pierce, con la voz cargada de culpa.

Cecilia se llevó una mano al rostro, conmocionada.

—Entonces… ella siempre dijo la verdad. Amelia era tu esposa y nosotros… Dios, qué vergüenza.

Pierce la observó, agradeciendo en silencio que lo que más le doliera a Cecilia no fuera el compromiso roto, sino la humillación de la verdad.

—No lo sabías —dijo con sinceridad. Él en cambio, no tenía excusa: Amelia siempre fue clara, y él, un necio que no la escuchó.

Cecilia dudó, pero al final asintió.

—Entiendo, Pierce. Además, tienes hijos con ella. Y estoy segura de que… la amas.

Pierce sostuvo su mirada.

—Sí. La amo. Y me odio por no haberlo visto antes, por no recordarlo a tiempo.

Cecilia asintió, aún con la mirada baja. Pierce frunció ligeramente el ceño, pero decidió no indagar en su tristeza.

—Te deseo que seas feliz con tu familia —Cecilia le sonrió, aunque la sonrisa se notaba forzada. Luego miró a su madre, que comenzaba a removerse en el sillón—. Lo mejor es que te vayas antes de que despierte, si no quieres enfrentarte a las miles de preguntas de mi madre. Yo me encargaré de explicarle.

Pierce asintió. La verdad, no quería seguir hablando con Elaine; con quien realmente debía hacerlo era con Marco. Esperaba que lo entendiera, pero si no... la amistad acabaría. Amelia era su esposa, y esta vez le daría el lugar que le correspondía a su lado.

Capítulo 30

Amelia estaba sentada en la cama mientras Pierce terminaba de cambiarle el vendaje de la herida. Había sido casi una guerra entre ellos, una discusión en la que al final él se impuso, y ahora estaban peligrosamente cerca uno del otro.

El enojo de Amelia no cedía. Además de obligarla a permanecer a su lado y amenazarla con quitarle a sus hijos, Pierce no había logrado traer de vuelta a Clariss. La preocupación la consumía: no sabía qué intenciones tendría Marco con su hermana. Pierce le aseguró que Clariss estaba a salvo, pero ella no podía dejar de temer lo contrario. Su hermana era una dinamita a punto de estallar cada vez que la obligaban a algo.

—¡Ah! —se quejó Amelia al sentir el ardor cuando él pasó un paño con alcohol.

—Lo siento —murmuró Pierce, limpiando con una suavidad extrema. Después de un silencio tenso, habló de pronto—. ¿Te gustó el vestido?

—Es muy bonito, gracias —respondió ella con voz dura. No iba a mostrar amabilidad por un vestido y un par de joyas.

Esa misma tarde, cuando volvió sin Clariss y después de que Amelia lo enfrentara con furia, Pierce le dio un obsequio. Era un vestido verde esmeralda de seda, con delicados bordados en hilo dorado en el corpiño y las mangas, acompañado de un collar de esmeraldas y pendientes a juego. Era un conjunto verdaderamente hermoso… pero Amelia no permitió que se le escapara ni una chispa de emoción. Él no lo merecía.

—Siempre quise regalarte algo así… joyas, perfumes, vestidos. Pero en ese entonces no tenía dinero —confesó Pierce sin detener su

labor. Sus palabras hicieron que Amelia se tensara; el corazón se le encogió sin quererlo—. Quería darte tantas cosas, rodearte de lujos, aunque siempre vi ese deseo muy lejano. Pero ahora…

—Lo único que quería era tu amor. Nunca pedí nada más —lo interrumpió Amelia, evitando mirarlo.

Era cierto. Nunca exigió nada material. Su mayor felicidad era compartir momentos con él, intercambiar amor, nada más.

—Siempre te di mi amor —replicó Pierce. Era irónico cómo ahora su voz se había vuelto suave, mientras la de ella se mantenía dura—. Pero pensaba en lo que pasaría cuando solo estuviéramos nosotros, cuando ya no tuvieras los lujos de ser la hija de un conde, cuando apenas nos quedara tiempo porque yo estaría trabajando. La vida es dura, Amelia… y aun así, lo único que quería era que fueras feliz, que no vieras lo áspero de la realidad.

Amelia tragó grueso ante la confesión de Pierce. Ella recordaba bien lo duro que trabajaba, lo agotado que terminaba cada día, y aun así, nunca canceló una cita ni la apartó para descansar; siempre estuvo a su lado, incluso hasta altas horas de la noche, sin importarle madrugar al día siguiente, mientras ella podía dormir hasta más tarde.

—Por eso te amaba, Pierce. Siempre me ponías en primer lugar sin pensar en ti. Y si hubiéramos terminado solos, tú y yo, hubiéramos salido adelante, porque estaríamos juntos —dijo con un tono más suave, sin reproches ni odio—. Yo huí de mi vida llena de lujos. Huí con mis hermanas, embarazada, empecé de cero en una nueva ciudad. Trabajé, pasé hambre, pasé frío… pero nunca me quejé porque tenía a mis hermanas y a mis hijos. Tenía por quién luchar y madrugar cada día.

Por el rabillo del ojo, Amelia notó cómo Pierce apretaba los puños con fuerza.

—No sabes cuánto me duele que hayas pasado por todo eso, mi amor. Que cargaras con nuestros hijos sola todo este tiempo —su voz casi se quebró—. Me odio por no haberte buscado, por no haber indagado más. No tengo justificación.

Amelia lo vio bajar la cabeza. Su corazón latía con fuerza, y por dentro lo único que deseaba era consolarlo. Pero se contuvo. Él estaba sufriendo… pero ella había sufrido el doble mientras él la trataba con indiferencia, la humillaba y se divertía ignorando su dolor.

—Entonces debes odiarte mucho —expresó apartando el rostro. No quería que la mirara a los ojos y descubriera que, en realidad, todo lo que decía le dolía también a ella. Así que fingió una sonrisa cínica —. Tú mismo me pusiste de sirvienta en tu propia casa, me obligaste a trabajar en tu fábrica por la mañana y en la tarde como sirvienta aquí.

Pierce la miró con un dolor tan profundo que Amelia alcanzó a ver cómo sus ojos se cristalizaban. El corazón se le rompió al saberse la causante de ese dolor.

Él es Alex, ya no es Pierce —se dijo. Ella sabía que Alex no era cruel; era un hombre sensible, que amaba con todo el corazón.

—Amelia, por favor, no seas cruel como yo lo fui. Tú no eres así —suplicó Pierce.

Su sonrisa titubeó. Apartó el rostro y vio que la herida ya estaba vendada. Se levantó de la cama y se alejó de él.

—Iré a dormir —dijo, dándole la espalda.

—Buenas noches, Amelia.

Ella no respondió. Salió de la habitación y caminó apresurada hasta la suya. Al entrar, vio que Daph y Louis dormían plácidamente. No aguantó más, la primera lágrima rodó por su mejilla.

Pierce tenía razón, ella no era cruel… pero deseaba con todas sus fuerzas que él sintiera al menos una parte del mismo dolor que él le había causado. Y sin embargo, ser cruel con él también la hacía sufrir. Porque lo amaba todavía. Lo amaba demasiado, y contenerse cuando él la miraba como antes era casi imposible.

Se acercó a la cama y cubrió a sus hijos. Luego se dejó caer en el sillón frente a la cama aun con los ojos empañados. Sería una larga noche, no tenía sueño y dudaba que pudiera pegar los ojos.

∞∞∞

Dos días habían pasado desde todos los acontecimientos. Marco aún no aparecía con Clariss, y Pierce seguía intentando ganarse el perdón de Amelia a toda costa. Ella, en cambio, había decidido evitarlo. Si no podía herirlo con sus palabras, al menos lo haría con su ausencia e indiferencia.

A pesar de esa distancia, sabía que Pierce estaba inmerso junto a Emerson en los asuntos del *Saint Helena*. Amelia no había preguntado qué había sucedido con el barco, y tampoco pensaba hacerlo.

En ese momento se dirigían a ver a Christian. Amelia había expresado su deseo de verlo, y Pierce se encargó de conseguir la dirección. Ella hubiera preferido ir sola con los niños, pero él insistió en acompañarla.

Dentro del carruaje, Daph y Louis estaban inquietos, tocando todo con curiosidad y moviéndose de un lado a otro. Nunca habían viajado en un carruaje, y ella entendía su entusiasmo.

Amelia llevaba un vestido ligero de muselina color crema, con delicados bordados florales en tonos dorados en el escote y las mangas. El talle alto realzaba su figura esbelta, y un lazo de seda verde pálido ceñía su cintura. El sombrero de ala ancha, adornado con cintas y pequeñas flores de tela, le daba un aire fresco y elegante.

Al llegar al hotel, el carruaje se detuvo frente a la entrada del Hotel d'Orléans, el más distinguido de la ciudad. La fachada ostentaba columnas blancas y balcones de hierro forjado. Al cruzar las puertas, se encontraron con un vestíbulo amplio, iluminado por lámparas de gas y un gran candelabro de cristal que colgaba en el centro.

Un empleado uniformado los recibió con una reverencia y los condujo hacia el el Dining Room del hotel. El lugar hacía honor a su nombre: espejos dorados enmarcaban las paredes, las mesas

estaban cubiertas con manteles blancos y adornadas con jarrones de porcelana y flores frescas.

Allí, el encargado les indicó una mesa apartada, junto a un ventanal con vista a Gallier St. Amelia se acomodó entre Daph y Louis, mientras Pierce se sentaba frente a ellos, observándola con una mezcla de devoción y dolor. Ella, sin embargo, mantuvo su atención en sus hijos, ignorándolo lo mejor que podía.

Ahora solo quedaba esperar a Christian.

Un mozo de chaqueta negra se acercó a la mesa con una leve inclinación respetuosa.

—¿Desean algo? —preguntó con cortesía.

Amelia iba a responder con un simple *«no»*, pero Daph se inclinó hacia adelante en la mesa.

—¡Yo quiero pastel! —exclamó con entusiasmo, señalando con su dedito un carrito que pasaba cerca, cargado con dulces glaseados.

Louis golpeó la mesa con su cuchara.

—Y yo chocolate.

Murmullos discretos se escaparon de una mesa cercana. Amelia sintió el calor subirle al rostro, pero antes de regañarlos, el mozo asintió sin perder la compostura.

—Claro. Pastel y chocolate. ¿Y para los señores?

—Café —ordenó Pierce con tono seco, aunque disimulando una sonrisa contenida al ver el entusiasmo de sus hijos.

—Té para mí —expresó Amelia.

El mozo se inclinó otra vez y se retiró. Daph, quiso levantarse de su lugar para caminar por la estancia, pero Amelia la detuvo.

—Siéntate, Daphne —ordenó Amelia con el tono justo para hacerle entender a su hija que no era hora de jugar.

Louis, mientras tanto, seguía golpeando con la cuchara contra la mesa, marcando un ritmo desordenado que hizo que Pierce terminara por ponerle la mano sobre la suya para detenerlo.

—Basta, pequeño —dijo con voz firme pero sin dureza. Louis lo miró con los labios apretados y luego miró a Amelia buscando su apoyo, pero ella negó con la cabeza.

Amelia suspiró. Debía poner más control a sus hijos. Antes, ellos no salían mucho; ninguna de sus hermanas ni ella misma tenía el tiempo suficiente para enseñarles la educación que a ellas les habían inculcado. Pierce había accedido a contratar una institutriz, pero Amelia había querido que disfrutaran un poco más de su niñez antes de comenzar con lecciones estrictas. Ahora, viendo su comportamiento, comprendía que no podía postergarlo más. La educación era demasiado importante.

—Ahí vienen —anunció Pierce.

Amelia levantó la cabeza y, al ver cómo Christian se acercaba con Jayne a su lado, una inmensa alegría le recorrió el cuerpo.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, Amelia se levantó de su lugar y, dejando de lado cualquier protocolo social, corrió a abrazar a Jayne. Ella le devolvió el abrazo con la misma emoción.

Había pasado tanto tiempo… los había extrañado más de lo que había querido admitir. Jayne y ella compartieron demasiadas cosas: la presión de vivir bajo el techo de su padre, el dolor de amar a un hombre al que la sociedad nunca aceptaría para ellas.

—Jayne… —musitó Amelia con la voz entrecortada.

Ambas se separaron apenas un instante, lo suficiente para mirarse a los ojos. Los de Jayne estaban empañados de lágrimas.

—¿Por qué nunca nos escribiste? No sabía dónde estabas, Amelia —expresó ella, apretando con fuerza sus manos.

Ambos hombres se mantuvieron en silencio, observando el reencuentro.

Amelia bajó la mirada un instante, apartando el rostro. Quería hablar con Jayne, pero en un espacio solo para ellas, donde pudieran desahogarse sin nadie más al rededor.

Entonces vio a Christian, que la observaba con una sonrisa. Ella le devolvió el gesto con otra sonrisa igual de sincera, aunque más

contenida. El cariño estaba allí, pero no podía demostrarlo de la misma forma que con Jayne.

—Sentémonos —indicó Pierce, rompiendo el silencio y llamando la atención de todos.

Tomaron asiento en torno a la mesa. Daph y Louis se habían quedado quietos y miraban con curiosidad a Christian y Jayne.

—Alex, me alegra verte de nuevo —mencionó Jayne con una sonrisa cálida.

Amelia estuvo a punto de corregir a Jayne y decirle que él ahora era Pierce, pero decidió callar.

—Lo mismo digo. Me alegra verlos casados y felices, al fin —respondió Pierce.

Amelia asintió en silencio. Ella misma había sido testigo de todo lo que Jayne y Christian habían luchado para estar juntos. Una punzada de tristeza le atravesó el pecho: ella también había deseado lo mismo, y en ese instante se dio cuenta de cuánto anhelaba esa felicidad en su propia vida.

—Estos hermosos niños deben ser Daphne y Louis, ¿cierto? —preguntó Christian, desviando el tema mientras señalaba a los pequeños.

Amelia miró a sus hijos con ternura. Ellos permanecían quietos, observando a los con atención.

—Sí. Saluden a los amigos —les indicó Amelia suavemente.

—Hola —respondieron ambos al unísono, con un deje de timidez que los hizo aún más encantadores.

—Qué lindos, Amelia —expresó Jayne con ternura.

En ese momento, el mozo se acercó con la bandeja. Dejó en la mesa el pastel de Daph, el chocolate de Louis, el café de Pierce y el té de Amelia.

Christian y Jayne aprovecharon para pedir té también.

Amelia tomó la taza entre sus manos y le dio un sorbo. Era té de jazmín, suave y delicado, justo como lo prefería. Luego miró a su

amiga con una sonrisa. Jayne estaba reluciente: su rostro brillaba con la calidez de su sonrisa.

—¿Dónde está el bebé que tuvieron? —preguntó Amelia con un dejo de tristeza—. Salí de Londres sin conocerlo.

—Tuvimos una niña —respondió Jayne con una amplia sonrisa—, y luego un niño.

—Ahora viene otro en camino —añadió Christian, mirando a su esposa con amor mientras tomaba su mano.

Amelia observó el gesto y se mordió el labio. Por el rabillo del ojo miró a Pierce, y rápidamente apartó la mirada al notar cómo él la observaba sin pudor.

—Felicidades —expresó Amelia, obligándose a concentrarse en sus amigos—. Me alegro por ustedes. ¿Y Londres? ¿Cómo está?

—Igual que siempre —contestó Jayne, rodando los ojos—. Escándalos y la sociedad más hipócrita que puedas imaginar.

—Lo imagino —musitó Amelia, bebiendo otro sorbo de té mientras ayudaba a Louis a cortar un trozo de pastel y limpiaba las migas de la mesa que Daph había dejado.

—Christian, ¿podemos hablar afuera? —intervino Pierce de pronto.

Christian lo miró un instante y asintió. Ambos se levantaron y salieron del Dining Room, dejando a las mujeres y a los niños solos.

—Alex sabía que necesitábamos un momento a solas —comentó Jayne con una risa cómplice. Pero Amelia no rió. Jayne lo notó enseguida y su expresión se volvió más seria—. ¿Pasa algo? Te noto triste, Amelia. Pensé que estarías feliz porque Alex pudo recordar todo.

Amelia suspiró. Tenía tanto que contarle. Limpió con una servilleta un resto de chocolate de la mejilla de Louis antes de responder.

—Me alegra que haya recuperado la memoria, pero… han pasado muchas cosas entre nosotros, cosas que no puedo perdonar.

Jayne frunció el ceño.

—Mientras no recordaba quién era, me trató muy mal. Si me quedé todo ese tiempo y sigo bajo su techo es solo por mis hijos —señaló a Daph y Louis, que estaban entretenidos con el pastel—. A pesar de todo, no es un mal padre y ellos lo quieren mucho. No quisiera apartarlos de su lado. Pero yo no puedo perdonarlo.

—¿Fue tan grave lo que te hizo? —preguntó Jayne con cautela—. Tú lo amas, Amelia. De eso no tengo dudas. Y él a ti… recuerdo nuestros días en Escocia. Siempre era atento, te miraba como si fueras su mundo. Y ahora, por la forma en que te mira… Alex sigue amándote.

Amelia sonrió con ironía, solo para no llorar. Claro que recordaba cómo él le había demostrado su amor, pero esa versión de Alex parecía tan lejana.

—Solo digo que, él ya recuperó la memoria, están casados y tienen dos hijos preciosos. Ambos se amaban. Como consejo, no pierdas un tiempo que luego vas a querer recuperar. Christian y yo pasamos cinco años separados por algo que al final era mentira. Tú viste todo lo que sufrimos y lo mucho que luchamos para estar juntos. Y aunque hoy somos felices y tenemos hijos, todavía lamentamos haber perdido esos cinco años.

—No es lo mismo, Jayne —replicó Amelia con amargura—. Christian jamás te habría apuntado con un arma en la cabeza para matarte.

Jayne se quedó sin aire. Llevó las manos a su boca, desconcertada.

—¿Alex… hizo eso? —susurró incrédula.

—Mami, quiero agua —pidió Daph en voz baja.

Amelia llamó al mozo y en pocos instantes la jarra de agua y un vaso estuvieron en la mesa. Sirvió para su hija con calma, como si no acabara de soltar una confesión devastadora.

—Sí —confirmó con firmeza—. Aún no recordaba, me culpó de una traición que no cometí y me amenazó con un arma para que confesara. Me dejó encerrada en el sótano hasta deshidratarme.

—No puedo creer que él hiciera eso… —musitó Jayne, todavía en desconcertada—. Pero, Amelia… él no recordaba.

—No lo justifiques. —Amelia negó con la cabeza—. Él tuvo la oportunidad de hablar, de escuchar, de considerar que yo podía estar diciendo la verdad. Nunca quiso hacerlo. Sufrí mucho, Jayne. Y eso no se olvida de la noche a la mañana solo porque ahora sí recuerde quién soy.

Jayne bajó la mirada, sin palabras. Amelia sabía que nada de lo que dijera cambiaría lo que ella sentía. Pierce había cometido errores demasiado graves. Y aunque ahora su memoria hubiera regresado, las cicatrices que él le había dejado no se borraban con un simple *«lo siento»*.

—Entiendo que no quieras perdonarlo, Amelia —admitió Jayne al fin, con voz baja—. Es difícil hacerlo después de todo lo que me cuentas. Pero piensa en lo que te dije. Si algún día decides perdonarlo, no dejes que el pasado te robe más tiempo del que ya lo hizo. Si algo aprendí es que el pasado, cuando fue malo, puede convertirse en la peor prisión para el presente.

∞∞∞

Luego del encuentro con Christian y Jayne, donde pasaron toda la mañana y hasta almorzaron juntos en el hotel, Amelia y Pierce regresaron a Dankwroth House con los niños.

La tarde, Amelia la pasó en compañía de su hermana, quien esa vez la ayudó a cambiarse el vendaje de la herida. Afuera, en el jardín, los niños jugaban con la niñera mientras ellas conversaban sentadas en la mesa con bocadillos y limonada.

Hablaban sobre su encuentro con Jayne esa mañana, pero Amelia sabía que su hermana deseaba preguntar si Jayne había mencionado algo de Ian. Se estaba conteniendo, luchando por no hacerlo.

Amelia tampoco quería sacar el tema. Sin embargo, lo que tenía que decirle era asunto suyo, y no podía guardárselo.

—Ian dejó Londres hace unos meses —soltó de pronto, sin ocultarlo más—. Jayne me lo dijo. Dice que nadie sabe nada, ni dónde está.

Muchos especulan que está contigo, porque él afirma que estamos en Windsor.

Brianna abrió los ojos, su expresión encendida de furia.

—¿En serio ha mentido tan descaradamente? ¿Entonces qué ha dicho sobre su amante? ¿Que es su prima escocesa? —ironizó, pero al ver que Amelia callaba, los hombros de Brianna se desplomaron—. Es eso lo que dijo, ¿cierto?

La voz de su hermana sonaba rota. Por eso Amelia no había querido hablarle de Ian, pero lo peor aún no lo había dicho.

Se mordió el labio inferior, dudando. No quería verla sufrir más de lo que ya estaba sufriendo.

Hazlo, ella debe saberlo. —le susurró esa vocecita insistente en su mente.

—Hay algo más —continuó en voz baja—. Jayne me dijo que había rumores sobre esa supuesta prima…

—Dilo, Amelia. No soy tan débil —pidió Brianna con dureza, aunque Amelia sabía que por dentro estaba sangrando.

—Se rumoreaba que estaba encinta.

Las manos de Brianna temblaron, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Trató de disimular parpadeando varias veces y mirando hacia otro lado. Pasaron unos segundos, hasta que se levantó de golpe.

—Iré por más limonada para los niños —anunció con la voz forzada, y sin darle tiempo a Amelia de replicar, se alejó casi corriendo.

Amelia no la siguió. Sabía que su hermana necesitaba ese tiempo a solas, y que lo mejor era dejarla desahogarse en lágrimas antes de hablar de nuevo.

Esperó media hora antes de ordenar a la niñera que entrara con los niños. Pero al pasar por el vestíbulo rumbo a la sala de juegos, Amelia se detuvo en seco.

Allí, frente a ella, estaban Pierce y Cecilia. Juntos, solos… y conversando animadamente.

Capítulo 31

Encerrado en su despacho, escribía algunas misivas dirigidas a socios y conocidos influyentes en Nueva Orleans que podrían ayudarlo con el asunto del *Saint Helena*. Esta vez no había recurrido ni a la amenaza ni al soborno; no después de recordar quién era realmente.

Ahora que había recuperado la memoria, que sabía que Amelia era su esposa y que deseaba formar una familia con ella y sus hijos, quería alejarse poco a poco del contrabando. Sabía que no sería sencillo, pero aquella vida estaba marcada por la inestabilidad y el peligro, y él anhelaba algo más seguro para sus hijos.

Con la naviera y sus inversiones en las minas, era más que suficiente para mantener una vida de lujos y una buena posición social en la ciudad. Dejaría de ser el Diablo de Nueva Orleans. Lo haría por Amelia, por sus hijos… por su familia. Volvería a ser el hombre del que ella se enamoró, no el cruel y despiadado al que todos temían.

En esos dos días apenas había hablado con Emerson, y solo de negocios. La ira seguía viva en su interior: Emerson había hecho todo lo posible para enmendar su error, pero nada borraba el hecho de que su silencio había sido una de las razones por las que Amelia había sufrido sola durante tres años.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos.

—Entra —ordenó Pierce.

El mayordomo apareció con gesto solemne.

—La señorita Fairfax quiere verlo, milord.

Pierce frunció el ceño. ¿Qué hacía Cecilia allí?

Asintió sin decir palabra, se levantó de la silla y salió al vestíbulo. Encontró a Cecilia sentada en uno de los sillones. Al verlo, ella se puso de pie y lo saludó con una sonrisa.

—Hola.

—Hola —respondió Pierce, aún con el ceño fruncido—. Puedes sentarte.

Cecilia retomó su asiento y él hizo lo mismo frente a ella.

—¿Pasó algo? —preguntó Pierce, directo al punto—. ¿Has sabido algo de Marco?

Ella asintió y sacó un sobre que le extendió.

—Esto llegó esta mañana.

Pierce abrió la carta con premura. Dos días habían pasado sin rastro de Marco; ni siquiera se había presentado en la naviera, lo que complicaba todo para él.

Leyó el contenido y sus ojos se abrieron con sorpresa. Marco estaba en Boston… y había hecho de Clariss su esposa.

Amelia no estará contenta con esto. Y todo es por mi culpa. Le di a Marco la libertad para encadenar a Clariss a su lado. —Pierce apretó la carta en su mano, sintiendo el peso de la culpa.

—¿Tu madre ya leyó esto? —preguntó Pierce con seriedad. Sabía que Elaine no estaría nada feliz con la decisión de Marco.

—Está muy mal —respondió Cecilia con un suspiro.

—Debemos esperar a que Marco regrese. Solo él puede explicar esta locura —dijo Pierce, aunque la molestia vibraba en su voz.

—Por primera vez estoy de acuerdo con mi madre —admitió Cecilia —. No comprendo por qué se casó con… Clariss, y de manera tan repentina.

Pierce iba a responder cuando escuchó pasos en el vestíbulo. Levantó la vista y vio entrar a Amelia, acompañada por los niños y la niñera. Se puso de pie de inmediato, instintivamente acercándose a ella.

Amelia, sin embargo, no lo miraba a él, sino a Cecilia.

Pierce se maldijo internamente. No había aclarado a Amelia que el compromiso con Cecilia ya estaba roto, y debía hacerlo cuanto antes, antes de que ella pensara lo que no era.

—Amelia —se acercó más a ella, pero antes de poder tocarla, Daph se interpuso con los brazos extendidos para que la cargara. Pierce la tomó enseguida en sus brazos, depositándole un beso en la sien, aunque nunca dejó de mirar a Amelia. Ella, en cambio, lo observaba con una frialdad que lo atravesaba como cuchillos—. Cecilia vino a traerme noticias de Marco.

El corazón de Amelia dio un salto y lo miró con atención.

—¿Dónde tiene a mi hermana? —preguntó, dando un paso al frente.

Pierce dejó a Daph en el suelo con suavidad y luego señaló el sillón donde minutos antes él mismo había estado sentado.

—Ven, siéntate aquí, y así podremos hablar —le indicó, dejando claro que quería que ella estuviera a su lado. Cecilia, mientras tanto, permanecía sentada al frente, expectante.

Amelia miró primero los sillones y luego a Pierce. Él esperaba que aceptara, que entendiera, con ese simple gesto, que entre Cecilia y él no había nada más que amistad. Que el compromiso ya estaba roto.

Pero Amelia se inclinó apenas hacia él, lo suficientemente cerca para que solo él la escuchara.

—No sé si deba sentarme —murmuró con dureza y sus ojos lo miraban con reproche.

Pierce frunció el ceño, confundido.

—¿Por qué no?

Si Amelia todavía no había comprendido que esa casa era suya tanto como de él, era porque claramente él había fallado en demostrárselo. Era su esposa, había anunciado a todos los sirvientes que debían obedecerla.

—Tengo prohibido sentarme en los sillones —respondió ella, clavándole los ojos.

Él frunció el ceño aún más.

—Por supuesto que no. Esta casa es...

—Cuando llegué aquí, no me dejaron hacerlo. Tuve que esperarte sentada en el suelo, ¿lo recuerdas? —lo interrumpió Amelia con voz firme.

«—¿Por qué están en el suelo? —preguntó Pierce, cruzando las manos tras la espalda.

—Tu ama de llaves me dijo que no me sentara en los sillones con mis ropas sucias —respondió Amelia, con la voz grave, como si aquello fuera un insulto.

—Tiene razón. La tela de los sillones es demasiado costosa como para ensuciarla.»

Pierce cerró los ojos con un gesto de dolor. El recuerdo lo golpeó como un látigo, aquella primera vez que la encontró esperándolo, sentada en el suelo como una cualquiera. Y lo peor de todo era que en ese entonces no le importó.

—Dime dónde Marco tiene a Clariss —exigió Amelia, sacando a Pierce de sus pensamientos.

Él la miró unos segundos, luego giró hacia Cecilia.

—Gracias por avisarme, Cecilia. Pero ahora debo hablar con mi esposa —anunció, notando la sorpresa en los ojos de Amelia, que enseguida miró a Cecilia con atención.

La joven asintió y se levantó del sillón.

—Si vuelve a llegar otra misiva, te avisaré. Te pido lo mismo si llegas a saber algo.

—Por supuesto —respondió Pierce con firmeza—. Isidora, acompaña a la señorita a la puerta y luego lleva a los niños a la sala de juegos.

La niñera obedeció y se marchó con Cecilia. Pierce se giró hacia Amelia.

—¿Me acompañas?

Ella dudó un segundo, pero al final asintió. Pierce la guió hasta su despacho. Una vez dentro, él se sirvió una copa de whisky antes de

hablar.

—Veo que cambiaron la venda de tu herida —mencionó, señalando su brazo.

—Sí, Brianna me ayudó —respondió Amelia, tajante—. Ahora dime dónde está Clariss.

La impaciencia vibraba en sus palabras.

—Ella está bien —afirmó Pierce.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué lo dice Cecilia? Quiero saber dónde está mi hermana.

Pierce apretó la copa con fuerza antes de soltar la verdad.

—Marco la desposó.

Amelia quedó desconcertada.

—¿Qué hizo qué? —preguntó en un susurro. Tras unos segundos, ladeó la cabeza y lo miró fijo—. La obligó a casarse con él. ¿Por qué? Si tenía interés en ella, ¿por qué no la cortejó como un hombre normal?

—No lo sé, Amelia —suspiró Pierce.

—¿No lo sabes? Es tu amigo. Debiste, al menos, sospecharlo.

—Aunque no lo creas, jamás hablamos de nuestra vida personal.

Amelia arqueó las cejas, incrédula.

—Entonces, ¿qué? ¿Debo quedarme cruzada de brazos? —exclamó, caminando de un lado a otro del despacho, con las manos en la cintura.

—No podemos hacer nada. Ahora es su esposa ante la ley —le recordó Pierce.

Amelia soltó un bufido de rabia.

Él la miraba en silencio, siguiéndola con la vista, y no pudo evitar sonreír apenas. Había cambiado tanto en esos tres años. Se levantó y fue hacia ella, sujetándola suavemente de los hombros. Amelia lo miró con el ceño fruncido, pero Pierce no se detuvo, la atrajo por la cintura contra su cuerpo.

—¿Qué haces? Suéltame —pidió ella, colocando las manos sobre su pecho, para alejarlo.

—Te extraño, Amelia. Esta distancia me está matando —susurró él, apoyando su frente contra la de ella.

Amelia no se movió. Pierce aprovechó para acercarse más y rozar sus labios con los de ella. Esperó a que lo apartara, pero al ver que no lo hacía, se atrevió a profundizar el beso. Gimió suavemente al sentir que ella, aunque dudosa, le correspondía. El calor del contacto lo embriagó, sus manos recorrieron con ansias contenidas su silueta.

—Dios... había deseado esto desde que recordé —murmuró contra sus labios. Cuando fue a besarla de nuevo, Amelia se apartó bruscamente.

—Suéltame, Pierce —pidió ella en voz baja, sin mirarlo a los ojos.

Dale tiempo. —susurró la voz en su mente.

Pierce suspiró, derrotado, y la soltó.

—¿Cecilia y tú...? —preguntó Amelia luego de varios segundos de silencio.

—No somos nada —la interrumpió de inmediato—. Rompí el compromiso. Ella sabe que eres mi esposa.

Amelia asintió apenas.

—Eres mi esposa, Amelia, y casi toda Nueva Orleans ya lo sabe. Eres la única mujer para mí —afirmó con firmeza, mirándola a los ojos.

Ella no dijo nada, solo se apartó para tomar distancia.

—No pienses que porque sigo en esta casa es porque te voy a perdonar, Pierce. Si no me he ido, es solo por Daph y Louis.

Pierce no respondió. Sabía que ella quería hacerlo sufrir, y se lo merecía. Pero también sabía que no le era indiferente: si lo fuera, no le habría permitido besarla, aunque fuera por un instante.

Amelia salió del despacho sin una palabra más, dejándolo solo.

∞∞∞

Brianna miraba por la ventana de la habitación que le habían asignado en Dankwroth House. La vista daba a Royal St. un barrio elegante y refinado donde solo pasaban carruajes distinguidos. Nada que ver con Faubourg Sainte-Marie, el lugar donde había vivido hasta ahora.

Después de casi media hora llorando en silencio, al fin logró calmarse. A pesar de que hubiera puesto un océano de distancia y años de por medio, Ian seguía lastimándola.

Durante esos tres años no había dejado de pensar en él y en Isobel, la amante de Ian. Era un tormento masoquista imaginar a los dos juntos, pero su mente volvía una y otra vez a la misma herida.

—Si tan solo no me hubiera enamorado de él… —susurró con la mirada perdida en la calle.

Todo hubiera sido más fácil si se hubiese mantenido indiferente. Pero fue imposible: bastó verlo una vez para caer enamorada. Y cuando supo que sería su esposo, la alegría la consumió por completo. Hasta que llegó la noche de bodas.

«*—No olvides tomarte el brebaje. Quiero cero oportunidades de que quedes embarazada*»—le había Ian dicho tras consumar el matrimonio.

Aquello la destrozó. Aunque él se lo advirtió antes de tocarla, ella había guardado una pequeña esperanza de que después cambiara de parecer. Por eso no tomó el dichoso brebaje, esa mezcla escocesa que, según Ian, evitaba que la mujer concibiera en el momento menos oportuno.

Esperó que él volviera a visitarla en la noche, que buscara de nuevo su lecho. Pero terminó sintiéndose ridícula, aguardando en vano… hasta que lo vio entrar con Isobel a Warwick House. Entonces entendió que su corazón nunca sería suyo.

Las esperanzas se habían evaporado hasta que notó su retraso. Estaba embarazada. Y con la ilusión renovada, corrió a contárselo a

Ian. Pero ahí supo, con certeza, que jamás la vería como su esposa, ni como la madre de su hijo.

«—*Debiste tomarte el brebaje, Brianna. Aún estás a tiempo. Esta noche te lo daré de nuevo y lo tomarás. No deseo mezclar mi sangre escocesa con una inglesa.*»

La dureza de sus palabras la heló. El miedo fue lo único que la impulsó a irse con Amelia y Clariss. Antes no estaba segura de abandonar Londres, pero Ian mismo la impulsó a tomar la decisión correcta.

Nunca le contó a sus hermanas sobre su embarazo. Sabía que Amelia no la habría dejado marcharse encinta si Ian estaba allí para hacerse responsable. Guardó silencio hasta dos meses después de llegar a Nueva Orleans, cuando ya era demasiado tarde para volver.

Ahora… Isobel estaba embarazada. El hijo que Ian siempre había querido, el escocés de sangre pura. A ese niño lo reconocería, lo enorgullecería. Mientras tanto, su pequeña Aurora crecería sin padre, marcada por un rechazo que comenzó mucho antes de nacer.

Ni siquiera me buscó. Solo alimentó la mentira de que estaba en Windsor —pensó con amargura.

Desde que supo que Pierce le había revelado su paradero a Ian, se había llenado de ansiedad, temiendo que apareciera en cualquier momento. Pero ahora estaba segura que eso no iba a pasar. Ella no importaba ya para él. Seguramente estaría aliviado de que hubiese desaparecido de su vida.

—Olvídalo de una vez, Brianna —se dijo en voz baja.

Debía olvidarlo. Debía empezar de nuevo, sin esa esperanza inútil. Tenía su trabajo en la floristería y en el puesto médico; quizás pronto la asignaran de manera permanente como enfermera. Tenía a su hija, y con ella una razón para seguir adelante.

Criaría sola a su pequeña y le daría un futuro digno. Ian podía quedarse con todo: el título de su padre, la fortuna, su amante, su hijo escocés.

Porque ahora, por primera vez, era ella la que no lo quería en su vida.

Capítulo 32

Pierce se adentró en el almacén del Black Tide hasta llegar al despacho. Al abrir la puerta encontró al capitán del *Saint Helena* esperándolo.

—Buenas tardes, milord —saludó el hombre.

Pierce asintió con la cabeza a modo de respuesta.

—¿Qué has descubierto? —preguntó, sentándose en la silla frente al escritorio. El capitán lo miró con seriedad desde su lugar.

Ese mismo día, el hombre le había enviado una misiva comunicándole que tenía la información sobre la mujer que lo había traicionado.

Pierce deseaba saber quién había osado hacerlo y castigarla. Como él había castigado a Amelia por ello. Apretó los puños con rabia al recordar lo que le había hecho.

—La información le fue dada al nuevo detective que llegó de Nueva York para investigar el contrabando de armas —explicó el capitán. Pierce escuchó en silencio, sin interrumpir, pues ya sospechaba algo al respecto—. Y según mis contactos, quien reveló toda la información del *Saint Helena* fue... la señorita Cecilia Fairfax.

Pierce abrió los ojos sorprendido y se levantó de inmediato de la silla.

—¿Qué?

El capitán retrocedió dos pasos al ver la furia en los ojos oscuros de Pierce.

—Es la información que me dieron, milord.

Pierce negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que Cecilia fuera la traidora? ¿Por qué los habría perjudicado?

Lo que más rabia le daba era que nunca había pensado en la posibilidad de que ella los traicionara, y sin embargo, con Amelia... la había atacado en seguida, sin darle el beneficio de la duda. Sin detenerse a pensar siquiera.

—Dios... —murmuró, pasándose las manos por entre los mechones de su cabello negro.

Había culpado a la mujer equivocada. Había lastimado sin razón alguna a su esposa, le había apuntado con un arma, cuando ella jamás había sido la culpable.

Pero Cecilia no saldría impune de aquella situación. No después de que por su culpa él creyera que Amelia era la traidora... y la hubiera encerrado en un maldito sótano.

Pierce miró al capitán con frialdad.

—En unos días dejarán ir al *Saint Helena*. No han encontrado armas de contrabando y las demás cargas seguirán su curso.

El capitán asintió en silencio. Pierce no añadió nada más; abandonó el despacho con paso firme, aunque la furia le hervía por dentro.

Había movido a muchos de sus socios para que el *Saint Helena* quedara libre de la guardia marítima. Al final no había sido tan difícil: lo que buscaban eran armas robadas de un barco inglés, y con los contactos adecuados habían hecho la vista gorda con el resto de las mercancías.

Pero lo que realmente lo atormentaba no era el barco, sino la revelación que acababa de recibir.

—¿Por qué lo hizo? ¿Qué razón pudo tener Cecilia para delatarnos? —murmuró entre dientes mientras subía al carruaje.

Indicó al cochero hacia dónde ir, y pronto el vehículo avanzó por las calles de Nueva Orleans.

Pierce se llevó una mano al rostro, apretando la mandíbula. Lo que más le dolía no era la traición de Cecilia, sino la injusticia que él mismo había cometido con Amelia. Ella había recibido un castigo que no merecía, y por eso lo rechazaba, lo miraba con frialdad. Y tenía razón.

Lo comprendía. Amelia tenía derecho a quererlo lejos. Si él fuera el hombre que alguna vez fue, la dejaría marchar, la dejaría vivir en paz y buscar su felicidad lejos de él. Porque sabía que no la merecía.

Ahora tenía dinero, más del que jamás soñó para darle todos los lujos a los que ella había estado acostumbrada en Londres. Pero ¿de qué servía todo eso si ella no era feliz a su lado? Y todo era su culpa, porque desde el principio la había tratado mal. No la respetó ni como mujer ni como la madre de sus hijos. No le dio el lugar que ella merecía.

Pierce cerró los ojos un instante, respirando hondo.

Pero él era egoísta. No quería dejarla ir. La amaba demasiado, y en el fondo estaba convencido de que ella también seguía queriéndolo.

El carruaje se detuvo frente a Fairfax House. Pierce descendió con paso firme y el rostro endurecido. Subió los escalones y golpeó la aldaba con fuerza.

El mayordomo abrió casi de inmediato, inclinando la cabeza con respeto.

—Milord.

Pierce asintió con frialdad y entró sin esperar invitación.

Sabía que no podía lastimar físicamente a Cecilia; era la hermana de Marco, y él se encargaría de darle el castigo que ella merecía cuando volviera. Pero eso no significaba que todo iba a quedar así en silencio. No después de lo que había hecho.

Esperó en el salón, de pie junto a la chimenea apagada. No quiso sentarse; su cuerpo estaba demasiado tenso para el reposo.

Al cabo de unos minutos, Cecilia apareció con una sonrisa encantadora, radiante como si nada hubiese ocurrido. A su lado, Elaine entró con gesto serio y los labios apretados en una fina línea.

—Pierce —saludó Cecilia con una inclinación ligera.

Pierce apenas inclinó la cabeza. Cecilia no tardó en notar la tensión de su cuerpo.

—Me sorprende su visita —habló Elaine con un deje de incredulidad en la voz—. Después de romper el compromiso con mi hija y, como

si fuera poco, divulgar por toda Nueva Orleans que está casado con una… obrera de su fábrica. Ha sido una humillación imperdonable para Cecilia. ¿Cree usted que encontrará pretendiente alguno ahora? Lo dudo mucho.

Cecilia bajó un poco la mirada, jugando con sus manos sobre el regazo de su vestido azul pálido, aunque mantuvo la sonrisa débilmente, como si quisiera aparentar calma.

En otra ocasión, Pierce se habría sentido un poco mal por la situación en la que había dejado a Cecilia y a su familia. Pero después de todo lo ocurrido, eso no era de su incumbencia. Menos aún cuando Elaine había hablado con tanto desprecio de Amelia.

—Esa obrera, como usted dice, es mi esposa y madre de mis hijos —replicó Pierce, con un tono tan firme y amenazador que Elaine se encogió apenas en su lugar—. No permito que nadie, ni siquiera usted, hable de Amelia de esa forma.

Cecilia lo miró con el ceño fruncido, sorprendida, y justo cuando estaba a punto de replicar, Pierce la cortó de golpe:

—Su hija no es tan buena como la pintan, es una traidora.

Los ojos de Cecilia se abrieron con desconcierto. Elaine, en cambio, lanzó un chillido indignado.

—¿Qué dice? ¿Cómo se atreve a decir algo así de mi hija? En cuanto Marco regrese…

—¿Por qué precio has traicionado a tu hermano? —la interrumpió Pierce, clavando la mirada en Cecilia—. ¿Eras consciente de que al delatar uno de mis barcos también estabas afectando a Marco?

El rostro de Cecilia perdió el color. Elaine corrió a abrazarla por los hombros, protegiéndola como a una niña.

—¡Eso es una calumnia! —vociferó.

Pierce apretó la mandíbula. Imaginó, por un instante, la convivencia que tendrían Elaine y Clariss una vez Marco regresara… y casi pudo ver el choque de trenes que sería, porque Clariss no era una mujer fácil de dominar.

—Yo no tengo la potestad de aplicarte el castigo que mereces —prosiguió Pierce con los puños cerrados, su voz llena de ira contenida—. Pero Marco sí lo hará.

—Mi hijo jamás castigaría a su propia hermana por una calumnia —replicó Elaine con altanería.

Pierce arqueó una ceja.

—Entonces no conoce a su hijo.

—Mi hija no…

—Sí lo hice. —La voz de Cecilia rompió el aire, baja pero clara. Había estado inmóvil desde la acusación de Pierce.

Elaine la miró incrédula, con el ceño fruncido.

—¿Qué dices, Cecilia?

—Yo… lo hice. —expresó. Las lágrimas ya asomadas en sus ojos—. Pero me aseguraron que ni tú ni mi hermano estarían involucrados.

—¿Crees que soy idiota? —estalló Pierce, fulminándola con la mirada—. ¿Cómo no ibas a saber que si delatabas mi barco, no estaríamos involucrados?

—Él… él dijo que solo quería saber si el *Saint Helena* llevaba armas o mercancía de contrabando. Yo estaba segura de que ustedes no tenían nada que ver… y lo conté. —Su voz se quebró al final, bajando la cabeza con vergüenza.

—¿Por qué hiciste eso, Cecilia? ¡Debías callar y punto! —refutó Elaine.

Pierce no tenía paciencia para rodeos.

—¿Qué te prometió el detective? —preguntó, avanzando un paso. Al no recibir respuesta, insistió con la voz más dura—. ¡¿Qué te prometió?!

Cecilia se sobresaltó y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Miró a Elaine, luego apartó la vista.

—Dijo… que tenía información sobre mis verdaderos padres. —Las palabras apenas fueron un susurro.

Pierce frunció el ceño, desconcertado. ¿Verdaderos padres? ¿Entonces Elaine no era su madre… y Marco no era realmente su hermano?

—Cecilia… —murmuró Elaine, su voz temblando de dolor—. ¿Has delatado a tu hermano porque querías saber de tus padres?

Cecilia asintió entre lágrimas, buscando consuelo en los ojos de Elaine, que la miraban petrificada.

—Lo siento… —susurró—. No quería nada de lo que él decía, no al principio. Pero cuando mencionó a mis padres… Hace tiempo los busco, no porque quisiera reconocerlos ni dejar de ser parte de esta familia, sino porque necesito saber por qué me abandonaron.

Pierce desvió la mirada, crispado. Ese asunto no era suyo. Lo que sí sabía era que Marco haría pagar a Cecilia por lo que había hecho, y él mismo se encargaría de recordárselo. Porque, para Pierce, sus motivos no justificaban una traición.

∞∞∞

Amelia estaba lista para salir hacia la casa de Ruth. Hoy era su cumpleaños y, como siempre desde que la conocían, organizarían una pequeña reunión con los amigos más cercanos.

Ese año había querido excusarse y no asistir. No estaba en su mejor momento, al igual que sus hermanas. Clariss seguía lejos con Marco, y hasta no hablar con ella, Amelia no estaría tranquila. Por otro lado, estaba Brianna, que desde la conversación sobre Ian hacía tres días se mostraba decaída, por más que intentara ocultarlo. Brianna había querido regresar a Faubourg Sainte-Marie, pero Amelia le había pedido que se quedara al menos unos días más, porque su hermana insistía en no permanecer allí.

Luego estaba ella misma. Era infeliz en esa situación. El castigo que le estaba dando a Pierce era igual de doloroso para ella. Vivían bajo el mismo techo, y él buscaba cualquier excusa para acercarse lo más posible a ella. Antes, cuando él no recordaba quién era, la distancia

era más llevadera, pero ahora, que era él quien buscaba su cercanía, se le hacía difícil contenerse.

Recordó el día en el despacho, después de que Cecilia trajera la noticia del matrimonio de Clariss y Marco. Cuando Pierce la besó, había sentido sus labios como un elixir de vida. Lo había extrañado, pero se apartó a la fuerza. Aún seguía demasiado molesta y dolida con él, y sabía que si permitía que siguiera besándola y tocándola, acabaría cayendo rendida en sus brazos.

Suspiró y meneó la cabeza para alejar esos pensamientos. Se miró en el espejo: no había elegido uno de sus vestidos nuevos, prefirió uno antiguo, con un peinado sencillo y apenas un poco de maquillaje. Todos los invitados a la reunión eran personas de recursos modestos y no quería hacer sentir incómodo a nadie con un vestido ostentoso.

Salió de su habitación y fue a buscar a sus hijos a la sala de juegos. A ellos los había arreglado más temprano y con tiempo.

Antes de llegar, se encontró con Emerson en el pasillo. Ambos se miraron por unos segundos. Amelia no había hablado con él desde que Pierce recuperó la memoria. No sabía si era porque Emerson los estaba evitando o porque realmente estaba ocupado, ya que, pese a vivir bajo el mismo techo, rara vez asistía a las cenas o desayunos en el comedor. Y si la estaba evitando, no entendía por qué; puesto que habían comenzado a tener una relación más cordial después de que Brianna y ella lo salvaran de una muerte segura.

Amelia iba a continuar su camino con un simple y educado saludo, después de todo, esa era su casa, pero él la detuvo.

—Amelia, quisiera hablar contigo unos minutos —pidió Emerson.

Amelia asintió tras pensarlo unos segundos. Él la condujo hacia el despacho, donde no había nadie, lo que le hizo fruncir el ceño. Se preguntó dónde estaría Pierce, pues solía pasar allí el tiempo cuando no buscaba cualquier excusa para estar cerca de ella.

—Sé que han pasado varias semanas desde que Pierce recuperó la memoria —comenzó Emerson, ofreciéndole asiento en uno de los

sillones—. He pospuesto esta conversación demasiado tiempo porque aún estoy… avergonzado.

Amelia lo miró frunciendo el ceño, sin entender por qué debía sentirse avergonzado.

—Yo siempre supe que Pierce estaba casado. Él me lo dijo en el barco.

Amelia alzó las cejas y se mordió el labio inferior. No dijo nada; esperó a que Emerson terminara.

—Cuando despertó sin recordar nada, pensé que lo mejor sería darle un nuevo nombre y una nueva vida, una mejor de la que tenía en Londres. Él me contó que eras la hija de un conde, y que tu padre no aceptaba su unión contigo; por eso estaba en ese barco… Creí que, de ese modo, lo estaría salvando. Sé cómo funciona el mundo de la aristocracia.

Amelia apretó los labios. Comprendía esa parte. Su padre nunca habría aceptado que Pierce fuera su esposo. Si él hubiese regresado antes de que su padre muriera, tal vez… Lo mejor era no pensar en eso.

—Tenía grandes planes para Pierce, y en poco tiempo le enseñé a ser ambicioso. Me enorgullece cómo levantó su fortuna y triplicó la mía. Por eso, cuando apareciste diciendo que eras su esposa, te vi como una amenaza. Temí que me lo arrebataras, que lo llevaras lejos de mí. Además de ser mi discípulo, es como un hijo y lo amo como tal. Pensé que si recordaba, se alejaría y dejaría de ser el hombre en que se había convertido. —Hizo una pausa—. Pero me equivoqué. Su ingenio sigue ahí, incluso más fuerte gracias a ti. Si se equivocó todo este tiempo, fue por mi culpa. Yo debí decir la verdad y apoyarte desde el inicio. Sé que una disculpa no borrará los tres años que estuviste sola, ni los días de dolor a su lado sin que él recordara. Pierce te ama y sufre tu lejanía. Espero que lo perdones a él, Amelia. No a mí.

Amelia lo miró fijamente, sin saber qué decir ante aquella confesión. Emerson se estaba atribuyendo toda la culpa por lo que Pierce le había hecho sufrir, y además le pedía que lo perdonara.

Suspiró antes de hablar:

—Entiendo su posición, pero no puede pedirme que perdone a Pierce. Aunque usted no le haya dicho la verdad, él tenía decisión propia para haberme tratado, al menos, un poco mejor de lo que hizo. Usted no lo obligó. —Se levantó de su asiento—. Espero verlo más seguido en el comedor. No es justo que deje de asistir solo para no incomodarme. Esta es su casa.

—Y también tuya, Amelia.

Ella lo miró, asintió con un leve gesto y, sin añadir nada más, salió del despacho rumbo a la sala de juegos. No haría preguntas, no diría nada. Estaba cansada de que todos abogaran por Pierce. ¿Acaso el hecho de que él no la recordara justificaba la forma en que la había tratado? ¿Apuntarla con un arma? Ella tenía sentimientos, y nadie más que ella sabía lo que sufrió durante ese tiempo en que Pierce fue cruel con ella.

Al llegar a la sala de juegos, encontró a sus hijos junto a Brianna y Aurora, que jugaban animadamente. La hija de Brianna estaba tan hermosa como Daph, con su vestidito amarillo pastel y sus rizos rubios. Daphne, con su vestido rosa y rizos oscuros, parecía una muñeca. Louis, en cambio, llevaba un pequeño traje azul marino con chaleco marfil y una corbatita celeste, su cabello negro estaba perfectamente peinado hacia un lado.

—Te demoraste —reprochó Brianna al acercarse—. Ya es tarde.

—Lo siento. Estaba hablando con Emerson —explicó Amelia—. ¿Tienes el regalo de Ruth?

Brianna asintió, mostrándole el paquete envuelto.

—Bien. Vamos.

Todos salieron de la sala de juegos y se dirigieron afuera para subir al carruaje que los llevaría a la casa de Ruth.

El trayecto fue tranquilo, con una conversación ligera entre las hermanas. Al llegar a la casa de Ruth, la felicitaron por su cumpleaños y le entregaron el obsequio que habían comprado entre las dos: un pequeño broche de plata en forma de flor.

—Muchas gracias, me ha encantado —agradeció Ruth con una sonrisa cálida—. Extraño a Clariss, siento mucho su ausencia.

—Imagina nosotras —respondió Brianna con pesar—. Estamos muy preocupadas por ella, no sabemos si Marco la está tratando bien.

Amelia asintió en silencio, compartiendo la preocupación de su hermana.

Ruth se alejó para guardar el regalo, y ellas aprovecharon para saludar a los presentes. No eran muchos: Cole, el señor Delacroix, Astrid y su madre, Luana.

La casa de Ruth era modesta, pero todo estaba impecable. Los suelos brillaban, las cortinas estaban recién lavadas, y en el centro de la sala había una mesa adornada con un mantel de lino blanco. Sobre ella descansaba un pastel de cumpleaños de glasé simple, rodeado de platos con galletas, dulces y algunas botellas de vino.

Luego de cantarle felicidades a Ruth y probar un pedazo de pastel, la conversación fluyó entre copas de vino para los adultos y bocados dulces para los niños.

—Debemos celebrar también el compromiso de mi hija —anunció de pronto Luana con orgullo.

Todas las miradas se posaron en Astrid, que había permanecido en un rincón, callada y cabizbaja. Amelia no había reparado en ello, como tampoco en que Cole había estado distante de la joven, cuando siempre solían compartir risas juntos.

¿Habrá pasado algo entre ellos? —se preguntó Amelia, intrigada. Cole apenas la había saludado también, y no se había acercado más. Lejos de entristecerla, a Amelia aquello le dio cierta esperanza: quizás Cole había comprendido, al fin, que ese interés por ella no lo llevaría a ningún lado.

—¿Quién es el afortunado? —preguntó Ruth con una sonrisa.

—Es el señor Étienne Morel —respondió Luana.

El gesto de Ruth se endureció al instante.

—¿Ese no es el hombre al que Dom le debe dinero, Luana? —preguntó con la voz carente de emoción.

Amelia y Brianna se miraron, sin comprender, por lo que prefirieron guardar silencio.

—Sí —admitió Luana—. Él dijo que perdonaría la deuda si formalizábamos un compromiso con Astrid.

—¡Por Dios, Luana! ¿Están locos? —exclamó Ruth—. Ese hombre no es para Astrid. Es mucho mayor que ella, además de un cerdo.

Amelia miró a la joven y comprendió de inmediato la razón de su abatimiento. La estaban obligando a casarse con un hombre que no quería… y peor aún, cuando en el fondo quería a Cole.

—Debes hacer que tu esposo detenga esa locura —pidió Ruth, indignada.

—No podemos. Ya todo está arreglado —expresó Luana con frialdad.

Amelia desvió la mirada hacia Cole, buscando en él alguna reacción. Pero su expresión era serena, demasiado calmada, como si aquello no le afectara. ¿De verdad no le importaba?

—Además, Astrid está de acuerdo —añadió Luana con firmeza.

Amelia frunció el ceño. Lo dudaba. Bastaba ver el rostro de la joven para saberlo.

Ruth negó con la cabeza, y en su rostro se dibujó una profunda pena por Astrid. No era para menos. Amelia no conocía al señor Morel, pero si Ruth lo describía como un hombre ruin, no podía imaginar un destino peor para Astrid. Era demasiado joven para una vida de sufrimiento al lado de un esposo impuesto.

Amelia bebió de su copa de vino, intentando apartar esa preocupación, y volvió la mirada hacia sus hijos. Louis, con el rostro manchado de chocolate, devoraba su pastel con entusiasmo, mientras Daph compartía galletas con Aurora. Aquella imagen le arrancó una sonrisa, pero también la hizo pasar.

No quería un futuro semejante para ellos. No deseaba que sus hijos cargaran con un destino impuesto o una vida de infelicidad. Dseaba para ellos lo mejor que la vida pudiera ofrecerles… y eso debía

comenzar por darles una familia estable, un hogar lleno de paz y amor.

Capítulo 33

Dos semanas y media después, por fin Clariss había regresado a Nueva Orleans. Fue un alivio para Amelia y Brianna, que ya no soportaban más angustia, sobre todo porque ni siquiera habían recibido cartas de ella durante su ausencia.

Amelia respiraba más tranquila al ver a su hermana en perfectas condiciones mientras conversaban. Aún no les había dicho por qué aceptó casarse con Marco, ni tampoco si él la obligó. Hasta ese momento, Clariss había mantenido ese asunto cuidadosamente a raya.

—Me hubiera gustado asistir al cumpleaños de Ruth. Desde hacía meses tenía en mente una receta de tarta de fresas cremosas —comentó Clariss después de escuchar de Brianna cómo había sido la festividad.

—Puedes hacerla para el cumpleaños de Daph y Louis el próximo mes —indicó Amelia, llevándose la taza de té a los labios.

—¡Sí! Con todo lo que ha pasado, casi olvido que ya se acerca septiembre —expresó Clariss con una sonrisa.

Amelia y Brianna sonrieron. Al menos Clariss seguía siendo la misma de antes.

En ese momento, una sirvienta pasó por el jardín y Clariss la detuvo:

—Por favor, trae más fresas y duraznos con crema batida y té —ordenó. La sirvienta asintió enseguida.

Se encontraban en el jardín de Fairfax House, disfrutando del sol de la tarde. Ahora que Clariss era esposa de Marco, residía allí. Y al parecer, le estaba gustando demasiado dar órdenes a diestra y siniestra. No solo eso, también había sustituido sus antiguos vestidos

por otros mucho más ostentosos. Clariss siempre había sido, de las tres, la más llamativa en cuanto a colores y joyas. Aun sin haber debutado en sociedad, ya usaba vestidos brillantes, aunque su padre no lo permitió del todo, por lo que solo podía lucirlos dentro de Warwick House.

Ahora, sin nadie que la detuviera, llevaba un vestido de seda turquesa, ceñido al talle y con mangas adornadas en encaje blanco, que resaltaba aún más con las joyas doradas en su cuello y muñecas.

Brianna terminó su taza de té y luego se levantó. Clariss y Amelia la miraron con extrañeza.

—Debo regresar al puesto médico. Esta noche iré por Aurora a Dankwroth House —expresó Brianna, dándoles un beso en la mejilla a cada una.

—Pero… —balbuceó Clariss sin entender—… no tienes que irte tan pronto.

—Debo trabajar, hermanita —sonrió Brianna, y con un último adiós las dejó solas en el jardín.

Clariss miró a Amelia con el ceño fruncido.

—¿Por qué Brianna no acepta nuestra ayuda? Debería dejar de trabajar en el puesto y vivir, al menos, con una de nosotras —expresó con los hombros decaídos, y luego añadió casi en un susurro—: Pensé que, si aceptaba a Marco, podría cambiar nuestras vidas.

Amelia la miró sorprendida.

—Clariss… —la llamó suavemente. Su hermana menor levantó los ojos, llenos de tristeza—. ¿Aceptaste a Marco por nosotras?

Clariss bajó la mirada.

—Por eso y por otras cosas —respondió—. Quería sacarte de las garras de Pierce, ayudarlas y darnos una vida mejor.

Amelia sintió una punzada de dolor al comprender el sacrificio que su hermana había hecho. Clariss no debió hacerlo. Ella siempre

había deseado que, al menos de las tres, su hermana menor pudiera ser feliz y no sufrir como lo estaban haciendo ella y Brianna.

Amelia le tomó la mano con ternura.

—No debiste hacerlo —expresó con firmeza—. Yo, por obligación, debo estar al lado de Pierce. Tengo dos hijos con él que necesitan a su padre, y además, ya estaba casada con él. Pero tú… —Amelia negó con la cabeza—… yo soy quien debo protegerlas y velar por ustedes.

Clariss le sonrió débilmente

—Ya has hecho mucho por nosotras, quería al menos ser de ayuda y sacarnos de la pobreza, volver a tener un poco de lo que teníamos en Londres… yo extrañaba esa vida, Amelia. ¿Soy una mala persona por eso?

Amelia negó con la cabeza y sonrió con ternura ante la inocencia de su hermana.

—No eres mala persona por querer mejorar, Clariss. Pero si dejamos Londres fue para ser libres y escapar de los matrimonios por conveniencia —Clariss no dijo nada, así que Amelia aprovechó para indagar sobre lo ocurrido entre Marco y ella durante las últimas semanas—. Ahora dime todo. ¿Por qué Marco quiso casarse contigo? Ya me dijiste por qué aceptaste, pero alguna razón él debió tener.

Clariss hizo una mueca de desagrado y se cruzó de brazos.

—Marco es un idiota, pero al menos no es tacaño —respondió con molestia en la voz—. Solo me está usando para sus asuntos de contrabandista.

Amelia jadeó horrorizada y llevó una mano al pecho.

—¡Por Dios, Clariss! No puedo permitir que te quedes con él. Debe haber una forma de anular ese matrimonio —expresó con nerviosismo.

No podía creer que su hermana hubiera caído en manos de alguien así.

Pierce no es tan diferente. —le recordó una vocecita en su interior. Amelia sabía que Pierce tenía sus negocios turbios. No sabía en qué

estaba realmente metido, porque nunca preguntaba.

Pero entonces se planteó la pregunta inevitable:

¿Y si Pierce era igual que Marco? Son amigos y hacen negocios juntos. —pensó con inquietud.

—No puedo simplemente dejarlo, Amelia. Hicimos un acuerdo —confesó Clariss.

Amelia frunció el ceño.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Él necesita una esposa para tener una especie de escudo social dentro de su círculo. Según él, el matrimonio no durará toda la vida. Apenas uno o dos años, hasta conseguir lo que busca. Luego… —Clariss calló con un suspiro. Amelia esperó pacientemente sin presionarla—… luego cada uno tomará caminos separados. Yo con una buena cantidad de dinero para nuestro negocio, y él quedará libre para casarse con la mujer que ama.

—¿Y por qué no se casó con ella, entonces? —preguntó Amelia con las cejas arqueadas.

Clariss se encogió de hombros.

—Dice que lo hace para protegerla de sus enemigos.

—¿Y a ti quién te protege? —Amelia golpeó la palma de su mano contra la mesa, indignada—. Se casa contigo para exhibirte ante sus enemigos, mientras oculta a la otra en las sombras para protegerla. El dinero no vale tu vida, Clariss.

—Él dijo que no me pasaría nada —respondió su hermana—. No te preocupes, estoy bien. Mientras no me involucre en sus asuntos, todo estará bien.

Amelia no estaba tan segura de eso. Clariss era demasiado curiosa y jamás se quedaba callada.

—Por favor, Clariss. Lo mejor es que, mientras estés con ese hombre, no te metas en sus negocios —suplicó Amelia.

—Claro, trataré de comportarme como una dama —aceptó Clariss con una sonrisa, aunque luego frunció los labios—. Pero no puedo

decir lo mismo de Elaine, la madre de Marco. ¡Es una bruja que se mete en todo! Sé que no le caigo bien, y ella tampoco a mí, pero al menos yo disimulo.

—¿Y Cecilia? ¿Te trata bien? —preguntó Amelia, deseando que su hermana no estuviera en guerra con todos dentro de esa casa.

—Ella sí, es amable… aunque la veo muy poco, escuché que está recibiendo un castigo. No sé qué hizo —respondió Clariss encogiéndose de hombros—. Pero Marco está furioso con ella. Mencionó algo de casarla con un socio mayor como castigo. ¿Te imaginas?

Amelia bajó la cabeza, pensativa ante esas palabras.

¿La castiga porque Pierce rompió el compromiso? —se preguntó. Aunque nunca le había agradado Cecilia, por el simple hecho de haber estado comprometida con Pierce, eso no le impedía sentir empatía por ella. Sabía lo que era ser obligada a casarse con alguien a quien no se amaba.

—Y lo que más le molesta a Elaine —continuó Clariss— es que Marco me llena de regalos. Me da joyas, vestidos, perfumes, me compra libros.

Amelia frunció ligeramente el ceño. Para alguien que afirmaba amar a otra mujer y solo quería aparentar, Marco estaba siendo demasiado detallista con su hermana. Pero no dijo nada. Solo observó en silencio. Esperaría a ver cómo transcurría ese supuesto matrimonio entre Clariss y Marco.

∞∞∞

Lo último que quería Amelia era asistir a la boda de su media hermana, la hija de su madre. No la conocía, ni siquiera sabía su nombre. Pero la invitación había llegado a Pierce y, como su esposa ante todos, debía asistir.

Poco a poco, Amelia aceptaba, o más bien se resignaba, al papel de esposa de Pierce. Él se había encargado de validar el matrimonio

con sus dos nombres y, aunque aún no lo perdonaba, Amelia conservaba muy arraigada su crianza inglesa: la de mantener las apariencias.

Nueva Orleans no era Londres, ni de cerca, en lo que respectaba a los escándalos; de serlo, ella misma habría sido uno, tanto en los salones de baile como en las calles de la alta sociedad de la ciudad.

Como dama inglesa, había ignorado con éxito a Lidya, su madre, sin mostrar ninguna emoción. Por dentro, sin embargo, ardía de rabia, rencor y dolor al presenciar cómo la mujer que debía cuidarla y amarla había rehecho su vida sin el menor remordimiento. El hombre con el que se había casado era rico e influyente en la ciudad. Pierce se lo había presentado como el Senador Duval.

—A mi esposa le encantaría conocerla, Lady Dankwroth —había dicho el hombre.

Amelia solo sonrió con rigidez, algo que Pierce notó enseguida, pues inmediatamente le preguntó si se encontraba bien. Pero ella se limitó a fingir otra sonrisa.

La celebración continuó, y Amelia hizo lo posible por evitar el encuentro con su madre, escabulléndose de vez en cuando hacia Clariss, que estaba acompañando a Marco, o saliendo al jardín.

Era una boda hermosa; en otro momento quizá hasta la hubiera disfrutado. Pero estar allí solo era un recordatorio constante de lo que nunca tuvo.

—Aquí estás —la voz de Pierce sonó detrás de ella. Amelia no se giró; mantuvo la vista perdida en el jardín—. Si quieres irte, puedo ordenar que preparen el carruaje y volver a casa.

A casa. Pierce siempre usaba esas palabras, como si de verdad fueran un matrimonio feliz.

No lo son porque te niegas a serlo —susurró la molesta voz en su cabeza.

Amelia suspiró y se giró para enfrentarlo. Él estaba a unos pasos de distancia, tan guapo y elegante con su levita oscura de corte largo, que parecía hecho a su medida, resaltando sus hombros anchos y la

imponente presencia de su cuerpo. Un impulso irracional la invadió: abrazarlo y dejarse consolar. Esa noche combatía sola una batalla interna.

—Puedo irme primero —expresó Amelia con voz suave—. No es necesario que abandones la celebración por mí.

—Si te vas, yo me iré también. Eres mi esposa, y donde estés tú, estaré yo —respondió Pierce acercándose.

Amelia se mordió el labio inferior; esas palabras la derrumbaban. Pierce se lo demostraba día a día: su arrepentimiento, su dolor, su amor. No pasaba un momento sin pedirle perdón. La trataba con el orgullo y el respeto al ser su esposa y madre de sus hijos; la colmaba de detalles y la exhibía como su mayor tesoro.

—¿Algo te perturba? —preguntó él con suavidad, acariciándole la mejilla.

Amelia deseaba, necesitaba, decir lo que sentía. Nadie más sabía que Lidya era su madre, por lo que nadie entendería lo que en realidad estaba sufriendo.

—¿Recuerdas mi historia con mi madre? —preguntó Amelia.

Pierce asintió; claro que lo recordaría, ella había llorado en su hombro muchas veces por esa herida.

—La encontré.

Los ojos de Pierce se abrieron con sorpresa.

—Eso es bueno, mi amor. ¿Pero por qué estás triste? —él la conocía demasiado bien; siempre supo leerla con facilidad.

—Es la esposa del Senador —respondió Amelia. Luego, con voz contenida, le relató lo ocurrido, cómo se habían cruzado y en qué había terminado todo entre ellas.

Pierce apretó los puños y después la envolvió en un abrazo, cubriéndola con su cuerpo. Amelia cerró los ojos, embriagada por su fragancia masculina, dejándose llevar por la calidez de su protección. Era una sensación reconfortante. Tras unos segundos, se apartó.

—Lo siento —murmuró él, mirándola a los ojos—. Daría todo por volver atrás y estar contigo en cada momento difícil. No sabes

cuánto me duele que hayas sufrido sola, Amelia.

Ella no respondió. Prefirió callar y abrazarlo de nuevo, solo para sentir un poco más de aquel calor. Pierce, en seguida aprovechó la cercanía y la apretó con fuerza contra su pecho, como si no quisiera soltarla jamás.

—¿Nos vamos? —preguntó al cabo de unos minutos en los que permanecieron fundidos en silencio.

Amelia asintió.

Sin despedirse de nadie, salieron de la celebración y subieron al carruaje que los esperaba. Apenas estuvieron dentro, Amelia se recompuso y volvió a tomar distancia. Por esa noche, había sido ya lo suficientemente débil frente a él.

—¿En serio vas a alejarte de nuevo, Amelia? —la voz de Pierce sonaba dolida y cansada de aquella situación.

—Nunca dije que te perdonaba. Lo de hace unos momentos fue... olvídalo —expresó ella.

Pierce la miró con súplica y se inclinó hacia adelante, pegando sus rodillas a las de ella.

—¿Cómo quieres que te gane el perdón si ni siquiera me das la oportunidad? Te amo, Amelia. Y sé que lo que hice es imperdonable... me alejaría si hubiera sido consciente, si hubiera tenido mis recuerdos. Pero sé que merezco la oportunidad de redimirme. Tú sabes que, siendo yo, jamás habría sido cruel contigo, nunca te habría negado, porque eres la mujer de mi vida... la única mujer que he amado.

Amelia apartó el rostro.

—Deja de decir esas cosas, por favor... —pidió en un susurro.

—¿Por qué? —insistió, tomando su mano entre las suyas—. ¿Temes que, si sigo diciéndote cuánto te amo, termines creyéndome y acabes perdonándome?

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. No estaba tan lejos de la verdad. Y quizás por eso se mentía, diciéndose que aún tenía el poder de decidir si lo aceptaba o lo alejaba para siempre.

Pierce se inclinó más hasta quedar de rodillas frente a ella. Aun así, por su altura, seguía estando a su nivel. Tomó su rostro entre sus manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Por favor —suplicó, acercándose hasta depositar un beso en sus labios.

Amelia no lo rechazó; al contrario, anheló con más fuerza el contacto, su boca, su cuerpo...

¿Sería débil y estúpida si dejo que él continué? ¿Si me entrego? —se preguntó.

Pierce la sujetó suavemente de la barbilla, levantando su mentón para profundizar el beso. Los labios de Amelia temblaron bajo los suyos. Ser besada por él siempre había sido una experiencia electrizante, capaz de despertar en ella el deseo y el amor que tanto le costaba ocultar. Pero aquel beso, después de semanas de distancia, era como hundirse en las aguas profundas y descubrir que la única salida era dejarse llevar.

Quería seguir castigándolo, pero estaba tan cansada de su modo de huir de él que, a esas alturas, le resultaba imposible recordar por qué debía resistirse. Las emociones del beso, tenerlo tan cerca como lo había deseado los últimos días, le nublaban la mente hasta el punto de abrir la boca. Esa ligera vacilación era justo lo que Pierce necesitaba para arremeter contra ella en un beso salvaje y arrasador. Sus dientes mordisqueaban la lengua de Amelia y, sin previo aviso, Pierce se incorporó, se sentó en su lugar y la tomó para sentarla a horcajadas sobre su regazo.

Volvió a besarla con hambre. Sus manos no se detenían, recorrían su cintura y sus pechos a través de la tela. Amelia sintió cómo una de las manos de Pierce levantaba el dobladillo de la falda y se deslizaba por debajo, acariciando sus piernas hasta llegar a su feminidad.

Gimió al sentir cómo él la rozaba por encima de las enaguas.

—Estás muy sensible —jadeó Pierce sobre sus labios.

Habían pasado más de tres años desde la última vez que él le había hecho el amor, y desde entonces Amelia no había tenido contacto

alguno con ningún otro hombre. Era evidente que estaría sensible y deseosa.

—Te deseo, Amelia. Te necesito... pero quiero que tú también me desees y me necesites —musitó, dejando un reguero de besos sobre su cuello y su pecho.

Sí lo deseaba. Lo necesitaba. Quería que la tomara y le hiciera el amor como solía hacerlo.

«No dejes que el pasado te robe más tiempo del que ya lo hizo.» —Las palabras de Jayne resonaron en su mente, como si su subconsciente le estuviera diciendo que avanzara.

En ese momento, el carruaje se detuvo, anunciando que habían llegado a Dankwroth House. Pierce apartó un mechón de cabello dorado de su rostro y acunó su mejilla, mirándola fijamente.

—Tú tienes el control de decidir lo que quieres. Aceptaré tu decisión —musitó. Pero en sus ojos estaba la súplica muda de que lo aceptara.

Amelia se mordió el labio inferior.

Escoge lo que te haga feliz, Amelia —se dijo a sí misma, cansada de vivir en la infelicidad durante tanto tiempo.

Asintió, mirándolo con firmeza.

—Llévame a tu habitación.

Capítulo 34

En cuanto cerró la puerta de su habitación, tomó posesión de los labios de Amelia. La había llevado allí casi corriendo, temiendo que ella cambiara de opinión y dejara de desearlo.

Amelia lo había aceptado, al menos en su cama, porque aún no le había otorgado su perdón por completo.

Pero tenerla en sus brazos y hacerla suya era algo que anhelaba y necesitaba. La extrañaba, la deseaba como un loco. Ya no sabía qué hacer con el fuego que lo consumía; sus recuerdos lo consolaban, pero no era suficiente, no era lo mismo que tenerla en carne y hueso, aceptando sus besos y sus caricias como antes.

Sin perder tiempo, la giró y, con suavidad pero manos ágiles, comenzó a deshacer los botones de su vestido. Fue dejando besos sobre sus hombros mientras las mangas caían, hasta que la prenda se deslizó por su cuerpo y quedó amontonada a sus pies. Continuó retirando capa tras capa hasta dejarla completamente desnuda.

La contempló de espaldas, y su miembro se endureció aún más al recorrer con la mirada cada curva de Amelia, deseoso de recorrerla también con sus manos.

Antes de girarla, liberó su cabellera rubia, dejando que cayera en ondas sobre su espalda.

Cuando la tuvo de frente, quedó embelesado con su cuerpo, que había cambiado un poco desde la última vez que la tuvo desnuda. Sus pechos eran más grandes, probablemente por el parto, al igual que sus caderas, que acentuaban aún más la curva de su cintura.

La boca se le hizo agua solo de mirarla.

—Eres tan hermosa… —murmuró, acercándose. Ella lo miraba con deseo contenido. Pierce la besó con pasión mientras la conducía

hasta la cama. La recostó sobre las sábanas, y el cuerpo de Amelia se arqueó, ofreciéndole sus pechos desnudos.

—¡Ah! —gimió cuando Pierce los rodeó con ambas manos, amasándolos con suavidad—. Sí… tócame.

El ruego lo desarmó y encendió al mismo tiempo.

Pierce atrapó uno de sus pezones con la boca mientras sus dedos se deslizaban hasta su núcleo húmedo, estimulándola en el punto exacto.

Amelia jadeó, moviendo las caderas con desesperación, buscando más fricción.

—Alex… —lo llamó con su antiguo nombre. A él no le importó; lo llenaba de ternura y deseo.

Ella intentó desnudarlo, pero él no se lo permitió aún. En su lugar, bajó con los labios por su cuello, sus pechos, su abdomen… hasta que un gemido entrecortado se escapó de Amelia cuando lo sintió saborearla en lo más íntimo.

—Alex… —suspiró, arqueando la espalda ante la intensidad con la que le hacía el amor con la boca.

Amelia aferró su cabellera oscura, rogando que no se apartara. Se retorció contra él, y Pierce intensificó sus movimientos hasta que la hizo cubrirse la boca con ambas manos para ahogar el grito de su orgasmo.

Entonces, comenzó a desnudarse, despojándose con rapidez de la ropa que lo separaba de la suave piel de su mujer. La miró a los ojos mientras se desvestía, impaciente por hundirse en ella, por sentir de nuevo la increíble sensación de hacerle el amor.

Las prendas cayeron al suelo, amontonadas.

Pierce regresó a la cama, se inclinó sobre ella y abrió sus piernas con dominio. Antes de hundirse en ella, la besó con urgencia, recibiendo la misma entrega de parte de Amelia. Ella lo tomó por la nuca, enredó sus piernas en su cintura y lo atrajo hacia sí, profundizando el beso.

—Te deseo, te anhelo… siento que si no me uno a ti pronto moriré —murmuró contra su cuello, cubriéndolo de besos.

—Tómame —suplicó Amelia, jadeante y encendida.

Pero Pierce negó con la cabeza.

—No solo voy a tomarte, Amelia. Te haré el amor. Te haré mía, porque eso eres: mía.

Una oleada de lujuria recorrió su cuerpo al escucharlo. ¿Por qué aquellas palabras la excitaban tanto?

Sintió cómo se posicionaba en su entrada y esperó la embestida con el corazón acelerado, deseosa de fundirse en él. Pierce presionó sus pechos con firmeza y, sin más espera, se hundió en su interior de una sola estocada, llenándola por completo.

—Sí, Alex… no te detengas —suplicó Amelia entre gemidos mientras él la embestía con fuerza.

Ella arqueó más la espalda, abriendo las piernas para que sus movimientos fueran más certeros, más placenteros.

No quería que ese momento acabara. Solo necesitaba tenerlo dentro de ella por la eternidad, volver a poseerlo sin el peso del pasado atormentándolos.

—Te amo —gruñó Pierce en su oído, mordiéndole el lóbulo con deseo.

Ella respondió entre jadeos, pidiéndole más.

—¡Ah! —gimió cuando, con un ágil movimiento, Pierce le levantó una pierna y la posó sobre su hombro, embistiéndola con mayor profundidad. Su mano bajó hasta su botón hinchado y comenzó a estimularla, provocando que Amelia se retorciera bajo él.

—Sí… más… Alex… —rogó, arqueando la espalda, dejándose llevar.

Lo miró, y sus ojos se encontraron. Su hermoso rostro estaba tenso, concentrado en darle placer. Ella no pudo contenerse más y dejó que su cuerpo alcanzara la liberación. En ese mismo instante, Pierce también se desbordó, llenándola con su placer.

Se dejó caer junto a ella, abrazándola con fuerza. La besó con ternura, sin necesidad de palabras, demostrando su amor con ese gesto de suavidad después de la agitación del momento.

Amelia no dijo nada; se quedó quieta mientras él la abrazaba y acariciaba.

—No quiero presionarte para que me des una oportunidad —habló Pierce rompiendo el silencio—. Es lo que más deseo, pero seré paciente contigo. Lo único que no quiero es que te alejes.

Ella suspiró y asintió. Luego se giró para quedar frente a él.

—Debes entender que me es difícil olvidar todo lo que me hiciste tan rápido. Incluso ahora, cuando la pasión no me nublaba los sentidos, quiero alejarme —expresó con la voz suave. Pierce sintió un nudo en la garganta—. Pero también sé que te amo; si no fuera así, me habría ido hace tiempo.

Eso lo consolaba y le daba esperanzas.

Por eso no me doy por vencido. sé que en el fondo me sigues queriendo. —pensó él.

—Dame un poco más de tiempo para sanar y olvidar ciertas cosas.

Pierce asintió, aceptando esa condición. Al menos ella se quedaba; le daba la oportunidad y la esperanza de que, en el futuro, todo podría ser como antes y finalmente serían una familia.

La apretó en sus brazos sin poder contenerse, necesitaba tocarla, necesitaba confirmar que no era un sueño. Entonces sintió la herida de su brazo izquierdo y se tensó. Le habían quitado los puntos y la herida había sanado, pero la cicatriz seguía allí, como un recordatorio de lo idiota e insensible que había sido al exponer a Amelia al peligro de la naviera. Eso no se lo perdonaría jamás.

Después de unos segundos, Amelia se acomodó sobre su pecho y su corazón latió con fuerza; ese simple gesto le dio más fuerzas y esperanza. Tomó su mano y la llevó a sus labios, depositando un beso suave, dándose cuenta que ya no eran tan delicadas como antes. Otra de las cosas que no se perdonaba era haberla puesto a

trabajar como sirvienta en su propia casa, cuando era ella quien merecía ser atendida.

Recordó cómo la veía limpiar, recoger hierbas en el jardín, servir en el comedor. Cada recuerdo le dolía; y aun así, ¿le pedía una oportunidad? Amelia era demasiado buena para él, aún sufriendo, se había entregado a él con pasión y le había dicho que lo amaba.

—¿Dónde está el anillo que te di en nuestra boda? —preguntó de pronto, notando la falta de la argolla en su dedo.

Amelia tardó unos segundos en responder.

—Yo… tuve que venderlo —contestó en un susurro—. Cuando llegamos a Nueva York nos asaltaron y nos quedamos sin dinero; era lo único de valor que tenía… Lo siento, sé cuánto te costó comprarlo.

Pierce sólo escuchó la parte del asalto. Otra oleada de rabia le recorrió el cuerpo al imaginar a su mujer embarazada siendo asaltada por bandidos.

—No te preocupes —musitó, tratando de tranquilizarla—. Soy yo quien lo siente por no haber estado a tu lado.

Amelia no respondió; apoyó la cabeza en su pecho y, al poco rato, Pierce notó que su respiración se volvía tranquila y pausada. Se había dormido. Él aprovechó para abrazarla y lamentarse en silencio.

Pasó una mano por la mejilla de su esposa con delicadeza, observando sus rasgos.

—Te amo —murmuró para sí—. No sé qué sería mi vida si me dejaras.

∞∞∞

Pierce maldijo a Marco por hacerlo levantarse tan temprano e ir a la naviera. Lo que más le molestaba no era el encargo en sí, sino haber tenido que dejar a Amelia profundamente dormida en su cama. Quería haberse quedado allí, despertar con ella entre sus brazos y volver a hacerle el amor hasta que el sol se asomara por completo.

Si tenía suerte, terminaría rápido y regresaría. Quizás aún la encontraría dormida, envuelta en sus sábanas, y podría deslizarse junto a ella para seguir soñando despierto con un futuro donde todas sus mañanas fueran así. La idea lo hizo sonreír.

Lo que tenía que hacer era simple: recibir una mercancía que había llegado durante la madrugada. Marco, en la boda de la hija del Senador, le había pedido que se encargara del asunto mientras él se reunía con unos franceses.

Pierce caminó por los muelles hasta uno de los almacenes del Atlantic Crown. El lugar estaba atestado de cajas, sacos apilados y toneles que guardaban desde telas y especias hasta pólvora y alcohol.

Revisó los cargamentos, que eran armas envueltas en telas, barriles de ron, cajas repletas de joyería barata para despistar. Todo parecía estar en buen estado.

—La mercancía llegó como prometimos —habló el hombre que realizó la entrega, un comerciante alemán de bigote fino y acento marcado.

Pierce lo observó con esa seriedad que intimidaba a cualquiera.

—Eso espero. Marco no tiene paciencia para los errores —respondió con voz grave.

El alemán asintió y abrió un cuaderno de cuentas manchado de tinta.

—El traslado fue discreto. Los cajones se descargaron río arriba y se hicieron pasar por barriles de harina y azúcar. De esa forma, ningún inspector sospechó al pasarlos por la aduana. Después, los distribuimos en carretas cubiertas y llegaron hasta aquí en la madrugada.

Pierce hojeó por encima el documento donde estaban detalladas las cantidades.

—¿Y el pago?

—Mitad en efectivo, mitad en mercancía —explicó el alemán bajando la voz—. Recibimos el oro acuñado y, en el próximo

embarque, Marco enviará algodón y tabaco hacia Hamburgo.

Pierce asintió con lentitud. Un alboroto lo sacó de la conversación. Al girar la cabeza, vio a varios hombres salir corriendo del almacén contiguo. Algunos tropezaban en su huida, como si alguien los persiguiera para acabar con sus vidas.

Frunció el ceño, confuso.

—¿Qué demonios…? —musitó, dando un paso para acercarse. Pero no tuvo tiempo de averiguar.

El suelo vibró bajo sus botas, y entonces, todo estalló.

Una explosión brutal partió el silencio del muelle. El almacén se iluminó con un destello cegador seguido de una oleada de calor insoportable. La madera saltó en astillas, los barriles estallaron en llamas y el humo lo cubrió todo en cuestión de segundos.

Pierce apenas alcanzó a levantar un brazo para protegerse el rostro. Cayó al suelo con un golpe seco, el aire escapando de sus pulmones. Su visión se nublaba, entre destellos rojos y negros. Podía oír gritos lejanos, pasos que se alejaban...

El dolor lo atravesaba entero, pero lo peor era la pesadez en sus párpados.

Amelia…

Ese fue su último pensamiento antes de perder la conciencia, convencido de que quizá no volvería a abrir los ojos.

Capítulo 35

La luz del sol se filtraba por las cortinas de la habitación de Pierce, despertándola con suavidad. Se acurrucó un momento más entre las sábanas, disfrutando de esa calma que hacía tanto no sentía.

Estiró una mano y se dio cuenta de que la cama estaba vacía. Frunció el ceño y volteó hacia el reloj de pared que colgaba al lado del armario.

—¿Las diez? —murmuró, sorprendida.

No solía dormir tanto, su cuerpo se había acostumbrado a madrugar, pero después de la noche anterior, no le sorprendía. Había dormido profundo, como hacía más de tres años no lograba hacerlo. Todavía podía sentir en su piel el calor de Pierce, sus besos, el modo en que la había amado.

Se levantó despacio sin importarle su desnudez, buscó el vestido que había usado la noche anterior: de seda color vino, con bordados discretos en el corpiño y mangas caídas. Se lo acomodó un poco después vestirse, antes de salir de la habitación.

El estómago le rugía. Pensaba bajar al comedor, tomar algo de comer y luego… hablar con Pierce. Tenía que hacerlo. Mientras bajaba las escaleras, no pudo evitar sonreír. Había llegado el momento de dejar el rencor y el miedo atrás.

Después se daría un baño, se pondría un vestido fresco y pasaría el día con sus hijos. Era un buen plan para un día perfecto.

Cuando pasó cerca del vestíbulo, rumbo al comedor, escuchó un alboroto en la estancia. Frunció el ceño al escuchar el tono grave de Emerson:

—¡Con cuidado! Llévenlo a su habitación. Sígame, doctor. ¡Rápido!

Amelia iba a ver que estaba pasando pero se detuvo en seco. Su corazón dio un vuelco y una punzada de miedo se le clavó en el pecho.

—¿Pierce? —susurró, sin aliento.

Dos hombres cargaban el cuerpo de Pierce, inconsciente, ensangrentado, con la ropa sucia y casi quemada, rota en varios lugares. Tenía el rostro manchado de sangre seca, una herida en la sien, y su piel estaba pálida, casi gris.

El mundo de Amelia se detuvo. Sintió que la sangre le abandonaba el rostro, que las piernas le temblaban tanto que apenas podía sostenerse. Lo estaba viendo. El hombre que amaba, con quien acababa de decidir ser feliz, estaba ahora... ¿Muerto?

No podía respirar. Las manos le temblaban sin control, la garganta se le cerraba y un pensamiento aterrador le golpeó la mente: Lo perdí.

—¡Pierce! —gritó con desesperación cuando reaccionó, lanzándose hacia él.

Pero antes de que pudiera llegar al cuerpo, Emerson la sujetó con fuerza por los brazos.

—¡No, Amelia! —exclamó, tratando de contenerla.

—¡Suéltame! ¡Déjame! ¡Pierce! —la voz de Amelia se quebró, los sollozos brotando sin poder detenerlos.

Se revolvió en los brazos de Emerson, intentando liberarse para tocarlo, para comprobar que aún respiraba, que seguía con ella. Lo único que alcanzó a ver antes de que lo llevaran escaleras arriba fue el rostro inerte de Pierce, la cabeza ladeada, y la sangre .

—No puedo perderlo otra vez, no ahora —sollozó Amelia, dejando de luchar contra el agarre de Emerson.

—Cálmate, Amelia —pidió él, soltándola poco a poco—. Debes mantener la calma. Pierce aún está vivo, pero está… grave.

Amelia rompió en un llanto más fuerte al escucharlo.

—¿Qué pasó? —preguntó entre hipidos, con la voz rota.

Los sirvientes estaban amontonados en el vestíbulo, observando la escena con asombro y preocupación.

—Sabotearon la naviera de Marco. Pierce estaba demasiado cerca de la explosión —explicó Emerson con seriedad—. El doctor lo revisará y dará un análisis de su condición.

Amelia siguió con la mirada cómo subían el cuerpo de su esposo por las escaleras, escoltado por el doctor.

Por favor… no puedo perderlo otra vez, no lo soportaría dos veces —pensó Amelia con angustia, sintiendo cómo las lágrimas le quemaban el rostro.

Apenas Emerson la soltó completamente, se apresuró tras los hombres que cargaban a Pierce, subiendo las escaleras casi a trompicones. Amelia se aferró a la barandilla con manos temblorosas, intentando no derrumbarse antes de llegar.

Al entrar en la habitación, los sirvientes dejaron el cuerpo de Pierce sobre la cama. Amelia se quedó helada al verlo tendido ahí, inerte, con el pecho apenas levantándose al respirar.

—Tráiganme agua limpia y vendas —ordenó el doctor con voz firme.

Amelia corrió hacia la cama, tomó la mano de Pierce y la apretó contra su pecho, como si al tocarlo pudiera devolverlo a la vida.

—Pierce… por favor, resiste —susurró entre sollozos, inclinándose para rozar su frente con los labios.

El doctor la apartó y comenzó a revisar sus heridas. Primero palpó con cuidado las costillas, comprobando que no hubiera fracturas letales. Después, con unas tijeras pequeñas, terminó de cortar los restos de la camisa para exponer el torso. Amelia apretó los dientes al ver los moretones extendiéndose por toda su piel, algunos tan oscuros que parecían quemaduras.

—Tiene varias laceraciones, y una herida profunda en la sien. Si la hemorragia no se controla, podría ser fatal —habló el médico, más para Emerson que para ella.

Amelia sintió que el aire le abandonaba los pulmones.

El doctor limpió con paños empapados en agua las manchas de sangre y hollín, revelando la magnitud de las heridas. Luego tomó un frasco de alcohol y lo vertió con cuidado sobre los cortes abiertos. Pierce no reaccionó, ni un movimiento, y ese silencio era lo que más la destrozaba.

—Dios mío, no reacciona… —Amelia apretó su mano más fuerte, sus ojos rojos de tanto llorar.

El médico comenzó a coser los cortes más graves, su aguja entrando y saliendo de la piel mientras los sirvientes acercaban más vendas y recipientes de agua caliente. Amelia sintió náuseas, pero no apartó la mirada. No podía.

—Debemos esperar que despierte para completar los resultados. Puede que quede con daños, en muchos caso la audición, lecciones musculares o la vista. Él estuvo muy expuesto a la explosión —explicó el doctor, terminando de vendar su frente y su torso.

Amelia cerró los ojos con fuerza al escuchar todas esas palabras.

Se sentó al borde de la cama, tomó la mano de Pierce entre las suyas.

—Te necesito, Pierce. No me dejes, no ahora que por fin entendí que quiero ser feliz contigo… —musitó, dejando caer su frente sobre la mano de él.

El doctor abandonó la habitación junto a Emerson, dejando un silencio denso, roto solo por los sollozos contenidos de Amelia.

—¡Lady Daphne, Lord Louis! ¡Por favor, deténganse! —Amelia escuchó el alboroto fuera de la habitación de Pierce. Al girar el rostro, vio cómo sus hijos corrían hacia ella.

Con rapidez los alcanzó y los detuvo antes de que llegaran hasta la cama. No quería que vieran a su padre en esas condiciones.

En ese momento, la niñera entró agitada.

—Lo siento, milady… Ellos salieron corriendo al escuchar la conmoción —explicó Isidora con tono de disculpa.

Amelia, con los ojos rojos y la nariz aún húmeda de llanto, se inclinó para quedar a la altura de sus hijos.

—Regresen con Isidora a la sala de juegos —pidió con voz rota.

—¿Dónde está papá? —preguntó Daphne con inocencia.

—¿Se rompió una pierna como yo? —añadió Louis.

Amelia frunció el ceño y miró a la niñera, que enseguida bajó la cabeza.

—Ellos… alcanzaron a ver cuando subían a Lord Dankwroth inconsciente —confesó Isidora con culpa.

Amelia apretó los puños, pero no tenía fuerzas para discutir con la niñera ni para reprocharle su descuido.

—Llévalos de vuelta a la sala de juegos, y asegúrate de que no salgan hasta que yo vaya —ordenó.

—Sí, milady —respondió la mujer con rapidez.

Daphne y Louis abrazaron a su madre antes de tomar la mano de Isidora y salir de la habitación.

Amelia suspiró y regresó al lado de Pierce. Él seguía inconsciente.

¿Por qué no puedo ser feliz? —se preguntó, acariciando con la yema de los dedos el rostro magullado de su esposo.

Siempre que pensaba que su vida mejoraría, que al fin podría saborear un poco de paz, algo se la arrebataba de las manos.

«No pierdas un tiempo que luego vas a querer recuperar.»

Cuánta razón había tenido Jayne. Por necia, por querer castigarlo, había desperdiciado el tiempo que en realidad había deseado pasar con él desde el primer momento en que lo volvió a encontrar.

¿Y si perdía la memoria de nuevo? —el pensamiento le heló la sangre. Pero prefería eso, prefería que la olvidara otra vez, antes que verlo condenado a una de esas lesiones que el doctor mencionó. Lo quería sano, aunque no recordara, antes que verlo sufrir toda la vida.

Una hora más tarde, la puerta se abrió de golpe. Clariss entró con el rostro angustiado, seguida de Emerson y Marco, quienes se quedaron en el umbral, observando en silencio.

Amelia corrió hacia su hermana y se derrumbó en sus brazos. Clariss la sostuvo con firmeza, acariciándole la espalda mientras la mecía suavemente.

—Tranquila, Amy… Pierce es fuerte. Y además, es un hombre malo, la gente mala no muere tan pronto —expresó con su desparpajo habitual.

Amelia soltó una risa entre lágrimas. Era imposible no hacerlo con ella. Clariss siempre encontraba la manera de aliviar la tensión.

—Gracias… —susurró Amelia.

Emerson dio un paso adelante.

—Los sirvientes me dijeron que no has probado bocado en toda la mañana, Amelia. Si quieres ayudar a que Pierce se levante de esa cama, necesitas alimentarte.

—No pienso dejarlo solo —respondió Amelia con firmeza, negando con la cabeza.

—Amelia, escúchame —intervino Clariss tomando su rostro entre las manos—. No vas a poder cuidarlo si tú te desmayas primero. Vamos al comedor, comerás algo y luego regresamos juntas. Yo me quedaré contigo, no estarás sola.

Amelia dudó unos segundos, pero terminó cediendo.

En el comedor, la mesa estaba servida, aunque Amelia apenas probó un par de cucharadas de sopa y un pedazo de pan. Clariss, en cambio, comió con más entusiasmo, intentando contagiarle fuerzas.

—Debes tener fe —le dijo mientras se limpiaba los labios con la servilleta—. Pierce es terco, testarudo… no va a dejarse vencer tan fácilmente por la muerte.

Amelia asintió en silencio, bajando la mirada.

Sabía que su hermana tenía razón, pero la tristeza y la preocupación seguían clavadas en su pecho. Nada la tranquilizaría hasta que Pierce abriera los ojos.

∞∞∞

Marco permanecía de pie junto a Emerson, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, observando el cuerpo maltratado de su amigo. Pierce parecía un hombre muerto, apenas sostenido por el leve vaivén de su respiración. Esa imagen lo enfurecía porque sabía que el lugar de Pierce debía haber sido suyo. El ataque no había sido contra Pierce, sino contra él. Y aun así, su amigo había caído en medio de la emboscada.

—¿Tienes idea de quién pudo ordenar el sabotaje? —preguntó Emerson en voz baja.

Marco entrecerró los ojos.

—Tengo a varios en mente. —Se giró un poco hacia él, su expresión oscura como la noche—. Muchos no soportaron el hecho de que ahora soy el Gang Leader[10]. Y es claro que quieren deshacerse de mí lo antes posible. Pero no esperaba que atacaran tan rápido.

Semanas atrás había viajado a Boston por dos razones: reclamar lo que le correspondía en la sociedad de Gangs Leader y hacer a Clariss su esposa. Él necesitaba una y ella era perfecta para ese papel.

En Boston, se había llevado a cabo una de las reuniones más importantes entre los grupos de contrabandistas. A esos encuentros acudían representantes de las ciudades más importantes de Estados Unidos: Nueva York, Nueva Orleans, Boston, Charleston, Filadelfia y hasta Baltimore.

Cada cinco años, elegían a los líderes de cada puerto, hombres que no solo dirigían sus propias bandas, sino que se encargaban de mantener el equilibrio y los acuerdos entre todos.

El padre de Marco había ocupado ese puesto en Nueva Orleans hasta que lo asesinaron. Después, otro hombre tomó el mando… hasta que Marco decidió reclamar lo que le correspondía por sangre y por astucia.

Tras varias reuniones, había conseguido los votos. Ahora era el Gang Leader de Nueva Orleans, y cargaba el apodo que representaba la ciudad: el Lobo Negro.

—Entonces esto fue una advertencia —refutó Emerson con el tono lleno de ira.

—No, Emerson. No fue una advertencia. Querían matarme, arruinar mi naviera y demostrar que no merezco el título. Pero se equivocaron al meterse conmigo. Esto no se quedará así. Voy a encontrar a los culpables y los haré pagar.

El silencio se extendió varios segundos, roto solo por la respiración trabajosa de Pierce.

—Me enteré de que el *Saint Helena* partió hace dos días hacia su destino.

—Así es —respondió Emerson—. Esperemos que los de Liverpool sigan interesados en cerrar el trato.

Marco apretó la mandíbula, y después habló con dureza:

—Siento que ese inconveniente lo provocara Cecilia. Pero ya le di el castigo que merecía.

Emerson lo miró de reojo, con cautela.

—¿Casarla con don Alonso de Villalba? —murmuró, pronunciando el nombre con cierta incredulidad—. Le dobla la edad, Marco… ¿no crees que es demasiado extremo?

Marco se encogió de hombros.

—Los traidores deben pagar con la muerte. Ni siquiera por ser mi hermana se libraría de un castigo. Que agradezca que aún respira.

Emerson no respondió. Bajó la vista, sabiendo que discutir con Marco era inútil.

En ese momento, la puerta se abrió y las mujeres entraron. Amelia iba al lado de Clariss, quien vestía un escandaloso vestido naranja que resaltaba demasiado en aquella habitación sombría. Marco la observó sin disimulo: se veía hermosa, radiante, con esa chispa que lo enloquecía y lo sacaba de quicio a la vez. Clariss ni siquiera lo miró, y aquello le encendió la sangre.

Ella podía ignorarlo cuanto quisiera, fingir que no le importaba. Pero Marco se juró en silencio que, así como había conseguido lo que

quería en Boston, también terminaría consiguiendo que Clariss lo mirara como él quería.

Capítulo Final

Ya habían pasado tres días, y para Amelia habían sido los más largos y dolorosos de su vida. Tres días de angustia, sin dormir bien, sin paz, esperando a que Pierce despertara. El doctor había dicho que ya debía haber abierto los ojos, que si pasaba demasiado tiempo inconsciente podría deshidratarse o empeorar. Ese pensamiento la aterraba.

Daph y Louis no habían dejado de preguntar por su padre, y a Amelia le partía el alma mentirles, diciendo que él estaba trabajando. Ellos eran demasiado pequeños para comprender que su padre yacía inconsciente, luchando por su vida.

Brianna y Clariss se turnaban para hacerle compañía, quizá porque temían que ella terminara igual que Pierce si seguía sin comer ni descansar. Amelia lo sabía. Por eso se obligaba a alimentarse, aunque no tuviera hambre. Debía ser fuerte por sus hijos, por ella misma… y sobre todo, por Pierce.

Esa tarde, como en los últimos tres días, estaba en la habitación de su esposo. Solo salía de ahí para ver a sus hijos un rato; el resto del tiempo comía y se bañaba en ese mismo lugar, con tal de estar presente cuando él abriera los ojos.

Hacia un poco de calor, a pesar de tener todas las ventanas abiertas con las cortinas corridas para que entrara la brisa. Tenía un libro en las manos, pero apenas lo leía. Sus ojos iban de las letras al rostro inmóvil de Pierce, y se quedaban ahí, buscándole un gesto, un leve movimiento, cualquier señal que le diera esperanza.

La puerta se abrió suavemente. Amelia giró el rostro y vio a Clariss entrar con un vestido celeste, sencillo pero hermoso.

—Hola —saludó su hermana, acercándose despacio. Amelia le sonrió con desgana—. Sigue igual.

Ella asintió con un suspiro.

—¿Qué dijo el doctor hoy?

—Que está preocupado. Ya debía haber despertado o al menos moverse —respondió Amelia con voz baja.

—He escuchado que muchos casos tardan hasta dos semanas en abrir los ojos —comentó Clariss, buscando darle un poco de consuelo—. También escuché a Marco decir que hubo muchos muertos.

Amelia se estremeció, pero agradeció en silencio que al menos Pierce respiraba.

—¿Pudiste averiguar quién causó la explosión?

Clariss negó con los labios apretados.

—Marco lo tiene muy reservado, y no me atrevo a entrar en su despacho. Últimamente pasa demasiado tiempo ahí.

—Lo mejor es que te mantengas al margen —advirtió Amelia mirándola con seriedad—. Lo digo en serio, Clariss.

—Sí, lo sé.

—¿Y Elaine? ¿Cómo se ha comportado?

—Igual de bruja y entrometida. Cuestiona todo lo que hago. Es como si me odiara por alguna razón que desconozco —dijo Clariss encogiéndose de hombros.

—¿Has hablado con Marco sobre eso?

—Sí, pero siempre termina defendiendo a su madre. Si estuviera con la mujer que realmente quiere, supongo que vivirían lejos de ella, solo para que fuera feliz. Pero como no soy esa mujer, me toca soportar el odio de Elaine.

Amelia la miró fijamente. No estaba tan segura de que Marco fuera tan indiferente con Clariss como ella creía. Iba a decírselo cuando un movimiento en la cama la interrumpió.

Su corazón dio un vuelco. Pierce se removía, sus labios empezaban a balbucear palabras incoherentes.

Amelia soltó el libro y corrió a sentarse al borde del colchón.

—¡Haz que llamen al doctor, Clariss! —ordenó con voz temblorosa.

Su hermana no dudó y salió corriendo.

—Pierce, mi amor… abre los ojos —suplicó Amelia con suavidad, acariciando su mejilla.

Él apretó su mano débilmente. Esa sola presión le devolvió la esperanza.

—Amelia… —murmuró, apenas audible.

Un sollozo se escapó de ella al instante.

—Sí, soy yo, mi amor, estoy aquí contigo —expresó entre lágrimas, agradeciendo al cielo que hubiera despertado… y que, sobre todo, la recordara.

Pierce siguió moviéndose, y poco a poco abrió los ojos, ella sonrió al ver que al fin había despertado.

—Eso es, mi amor… abre los ojos —susurró acariciándole la mejilla.

Pero su alegría se desvaneció en segundos. La mirada de Pierce vagaba perdida, sin fijarse en ella.

—Pierce… soy yo, Amelia —dijo suavemente.

Él parpadeó varias veces, frunciendo el ceño.

—¿Qué… qué está pasando? —murmuró, y de pronto su voz se volvió más dura, más desesperada—. ¡No puedo verte!

El corazón de Amelia se detuvo. Sintió que se congelaba por dentro, y las lágrimas nublaron su vista una vez más. Lo que tanto había temido se estaba volviendo realidad.

—No… no puede ser —gruñó él, intentando incorporarse—. ¡Maldita sea, estoy ciego!

Amelia se abalanzó sobre él para sujetarlo y evitar que se levantara.

—Pierce, cálmate, por favor…

—¡No me digas que me calme! —gritó con la voz rota—. No puedo ver, Amelia. ¿Cómo demonios voy a protegerte así? ¿Cómo voy a cuidar de ti… de nuestros hijos?

Amelia apretó los labios para no romperse en sollozos. Tenía que ser fuerte, aunque por dentro sintiera que el suelo se abría bajo sus pies.

—Escúchame —habló con firmeza, tomándole el rostro entre las manos—. Esto puede ser temporal.

Pierce apartó el rostro con amargura.

—No quiero tu compasión. No necesito que me mires con lástima.

Una lágrima rebelde rodó por la mejilla de Amelia, pero la borró rápido. Se inclinó más hacia él y apoyó su frente en la suya.

—No es lástima, Pierce… yo te amo. Y eso no va a cambiar —expresó Amelia, pero Pierce la apartó.

—Por favor, Amelia, déjame solo —pidió él con voz áspera.

Amelia lo miró unos segundos y negó con la cabeza. Sabía que no podía verla, pero aun así se plantó firme.

—No me iré, Pierce. Ya hemos pasado suficiente tiempo separados como para que me apartes ahora solo porque no quieres mi pena —refutó con seriedad, con tono duro—. Me quedaré. Juntos escucharemos lo que el doctor diga y seguiremos las indicaciones para que recuperes la vista.

Hubo silencio. Pierce permaneció con el rostro vuelto hacia un lado, respirando con dificultad.

—¿Y si no la recupero? —preguntó al fin, casi en un murmullo.

Amelia tragó fuerte, luchando contra el nudo en su garganta.

—Me quedaré igual. Te seguiré amando y te cuidaré. Yo seré tus ojos —expresó con voz más suave, tomando una de sus manos ásperas y llenas de raspones—. Pero no me apartes, no volvamos al camino de la distancia otra vez.

Pierce suspiró hondo, y en ese momento la puerta se abrió. Entró el doctor seguido de Clariss y Emerson.

—¡Pierce! —exclamó Emerson con alivio—. Me tenías muy preocupado. Me alegra verte despierto por fin.

Pierce no respondió. Mantenía el ceño fruncido, los labios apretados.

—¿Me permite, milady? —pidió el doctor, y Amelia se apartó apenas, sin soltar la mano de su esposo.

El doctor se inclinó con cuidado y sacó de su bolso una pequeña lámpara de aceite. Con un movimiento preciso la encendió y la pasó frente a los ojos de Pierce.

—Milord, ¿distingue la luz? —preguntó el médico.

Pierce entrecerró los ojos y apretó los dientes.

—No… no distingo nada. Nada en absoluto.

Un jadeo ahogado escapó de Clariss al fondo de la habitación.

El doctor suspiró y apagó la lamparilla.

—Era lo que temía —expresó con gravedad—. La explosión debió causarle un traumatismo severo en la cabeza. El golpe y la presión pudieron haber afectado los nervios ópticos.

Amelia se aferró más fuerte a la mano de Pierce, sintiendo que el corazón se le rompía en mil pedazos.

—Sin embargo... Este tipo de ceguera, causada por un trauma y no por enfermedad, puede ser temporal. El cerebro y los nervios necesitan tiempo para desinflamarse. Hay pacientes que recuperan la vista en cuestión de días, otros en semanas, incluso meses. Su caso no parece irreversible.

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó Pierce con brusquedad.

—Reposo absoluto, la vista debe permanecer en reposo: evitar forzar los ojos, nada de luz intensa. Mantenga la habitación con cortinas corridas durante el día. Tome infusiones calmantes, sobre todo de manzanilla o valeriana, para que los nervios se relajen. Y lo más importante: paciencia. El cuerpo necesita tiempo para sanar, y presionar solo retrasará la recuperación.

Amelia asintió a cada palabra, grabándolas en su mente. Pierce, en cambio, apretó la mandíbula, como si la paciencia fuera lo más difícil de cumplir.

El doctor recogió sus cosas y añadió:

—Pasaré a revisarlo todos los días. Si siente algún cambio, aunque sea mínimo, avíseme de inmediato.

Cuando se marchó, Amelia volvió a sentarse junto a Pierce, acariciándole la mano con ternura.

—¿Lo ves? No es definitivo, mi amor.

Pierce calló unos segundos antes de apretar la mano de Amelia.

—Perdóname. Parece que no me canso de ser un idiota contigo —musitó Pierce en voz baja. Emerson y Clariss seguían en la habitación—. No quiero que me dejes. Lo que más he deseado estos días es que me perdones y me ames.

Amelia esbozó una sonrisa triste y lamentó que él no pudiera verla.

—Nunca dejé de amarte, Pierce. Solo quería castigarte por todo el daño que me causaste —admitió Amelia, y notó la sonrisa torcida de él.

—Ya lo sabía —dijo él, encogiéndose de hombros. Amelia lo fulminó con la mirada. Sin aviso, Pierce la tomó por la cintura y la atrajo contra su cuerpo.

—¡Ah! —exclamó Amelia, sorprendida—. ¡Pierce, puedo lastimarte!

—Estoy bien, bueno... y ciego.

—Solo temporalmente —añadió Amelia. Justo cuando iba a besarlo, escuchó un carraspeo. Entonces recordó la presencia de su hermana y de Emerson en la habitación; se sonrojó por todo lo que habían presenciado.

—Los dejaremos solos —indicó Emerson, con discreción. Clariss sonrió encantadora y saludó con la mano en gesto de adiós. Ambos abandonaron la habitación.

—¿Ya estamos solos? —preguntó Pierce.

—Sí, pero no por mucho. Hay dos personitas que están deseosas de verte —comentó Amelia, sabiendo lo impacientes que estaban Daph y Louis por ver a su padre.

Pierce sonrió con tristeza.

—Voy a tardar en volver a verlos.

A Amelia le dolió ver la impotencia en su rostro. Lo tomó por la barbilla y lo besó con todo el amor y la pasión que sentía.

—Nosotros estaremos aquí esperándote, mi amor —murmuró entre sus labios.

—¿De verdad no te vas a ir? —preguntó Pierce, con duda y tristeza en la voz.

—Nunca. Pero prométeme que no volverás a olvidarme ni a poner en riesgo tu vida.

Pierce sonrió y asintió.

—Lo juro. Ahora debo cuidarme para protegerlos a ustedes —respondió.

—Muy bien, pero igual te haré firmar un contrato para que no incumplas esa promesa —bromeó Amelia. Pierce soltó una carcajada mientras la apretaba más contra sí.

—¿Quieres vengarte, cierto? —dijo él, divertido. Amelia se encogió de hombros; recordó de nuevo que Pierce no podía ver el gesto.

—Debo hacerte sufrir de alguna forma, ¿no crees?

—La única forma de hacerme sufrir sería que me abandonaras, Amelia. Sin ti mi vida no tiene sentido. Si alguna vez quieres matarme sin un arma, solo tienes que dejarme.

Amelia lo miró unos segundos.

—Eso será difícil. Estás condenado a soportarme el resto de tu vida.

—¿Y eso es una condena? Si lo es, la cumpliré sin quejas.

Amelia rió a carcajadas, disfrutando de esa felicidad tan simple.

—Al final, el respetado y temido Pierce Dankwroth, el Diablo de Nueva Orleans, ha entregado su corazón a esta mujer.

Pierce juntó sus labios a los de ella en un beso profundo, luego se apartó un poco y susurró:

—Ahora solo tú tienes el corazón del diablo.

Volvió a besarla con la misma pasión y la convicción de que nunca volvería a perderla.

Fin.

Epilogo.

Cuando se es feliz, el tiempo pasa rápido. Para Amelia, los últimos dos meses habían volado, y no se quejaba: estaba más feliz que nunca junto a su familia. Todo sería perfecto si sus hermanas también compartieran esa felicidad. Por un lado estaba Clariss, atrapada en su matrimonio con Marco, y por el otro Brianna, que seguía firme en su decisión de vivir sola en Faubourg Sainte-Marie y trabajar, aun cuando podía quedarse con ella y disfrutar de las comodidades de ser cuñada de Pierce.

Al menos, Brianna había aceptado su ayuda para abrir la floristería de plantas medicinales. Hacía varias semanas que la había inaugurado, aunque aún asistía en el puesto médico del barrio como enfermera.

En esos dos meses, Pierce se había dedicado a ella y a sus hijos mientras recuperaba la vista. Con la orientación del doctor, al mes ya había comenzado a distinguir luces y sombras, y esa pequeña esperanza lo animó tanto que comenzó a ser más disciplinado con el reposo y los remedios. Ahora, a los dos meses, ya podía ver con claridad, no perfectamente como antes, pero lo suficiente para valerse por sí mismo. El médico había dicho que lo demás llegaría con el tiempo… o, tal vez, con gafas. Pero para Pierce, volver a ver a Amelia y contemplar la luz del día era más que suficiente.

—Mami, Alex no quiere jugar conmigo —se quejó Daphne, dejándose caer en el regazo de Amelia, que estaba sentada sobre una manta en el suelo.

Amelia rió por lo dramática que era su hija. A veces pensaba que Daphne y Aurora parecían más hijas de Clariss que suyas. Miró a su

hijo, que reía alegremente mientras Pierce lo paseaba en un potrillo negro, fuerte y vivaz, que prometía crecer vigoroso.

Ese día habían decidido salir de paseo a Lafayette Square, un parque concurrido donde las familias de Nueva Orleans solían caminar y disfrutar de la tarde. Habían llevado bocadillos, frutas, limonada, dulces y galletas.

—Tienes tus muñecas para jugar, Daph —señaló Amelia.

—Pero quiero que Alex juegue conmigo. No es divertido sola —refunfuñó la niña con el ceño fruncido. Amelia no pudo evitar sonreír.

—Debes ser paciente, hija. Espera que tu hermano regrese —le dijo con calma, acariciando sus rizos oscuros.

Daph bajó la cabeza, Amelia sabía que era un truco para conseguir siempre lo que quería. Con Pierce funcionaba, él nunca podía resistirse, pero con ella no.

Al cabo de media hora, Pierce regresó con Louis y lo dejó en la manta. Daph, que había comenzado a jugar sola con sus muñecas, lo recibió con los brazos cruzados.

—Tienes a tu hija muy malcriada, ¿sabías? —habló Amelia cuando Pierce se acomodó a su lado y le dio un casto beso.

—Sabes que no puedo negarle nada —respondió él con una sonrisa.

—Pues deberías empezar a hacerlo. No quiero que crezca pensando que merece todo lo que quiere.

—Mi hija merece todo —refutó Pierce, serio.

Amelia negó con la cabeza.

—Claro, pero de vez en cuando hay que decirle que no.

—Para eso estás tú.

Amelia puso los ojos en blanco; estaba claro que con Daphne nunca llegarían a un acuerdo.

Alzó la vista y observó a las demás familias disfrutando del día. Entre ellas, distinguió a Lydia, su madre, acompañada de su esposo, su hija y el marido de esta. Pierce notó la dirección de su mirada.

—No te castigues, cariño —expresó él, tomándole el rostro para que lo mirara.

Amelia sonrió débilmente.

—Siempre digo que lo superé, pero cada vez que la veo tan feliz con su familia, sin remordimientos por haberme dejado… siento una rabia y una tristeza que me consumen. A veces me pregunto si no merecía tener una madre.

—Te entiendo. Yo tampoco disfruté de la mía, pero intento no pensar mucho en eso. Si Lydia decidió no tenerte en su vida, fue ella quien perdió. No conoció a la mujer increíble que eres —dijo Pierce con ternura, Amelia sonrió un poco por el elogio—. Y nuestros hijos lo prueban. Los criaste tres años sola, con trabajo duro, y nunca los abandonaste.

Amelia se estremeció de solo imaginarlo.

—Tienes razón —admitió, aunque en el fondo siempre había deseado que Lydia insistiera un poco más en acercarse. El hecho de que no lo hiciera le confirmaba que nunca la quiso de verdad.

Pierce la abrazó y besó su coronilla. Amelia cerró los ojos, dejando que la ternura de su esposo borrara su tristeza.

—Tengo algo que decirte —habló ella de repente, recordando la sorpresa que llevaba guardada.

Pierce se apartó un poco para mirarla con el ceño fruncido.

—No te voy a dejar ir, Amelia —advirtió, serio.

Amelia rió. Él aún vivía con el temor de perderla, y a ella le divertía esa inseguridad; al menos así equilibraba un poco el daño que él le había causado.

—No, no eso no pasará —lo tranquilizó.

—¿Entonces?

Ella se mordió el labio inferior y lo miró a los ojos.

—Estoy embarazada.

Los ojos de Pierce se abrieron incrédulos, hasta que la emoción le iluminó el rostro.

—Por Dios, Amelia… no sabes cuánto he deseado escuchar eso —expresó con la voz quebrada, acunando su rostro entre sus manos —. Esta vez no me perderé nada.

Amelia sonrió al verlo tan ilusionado. Él siempre lamentaba no haber estado presente en el crecimiento de Daphne y Louis, pero ahora tendría la oportunidad de vivir cada instante junto a ella con el bebé que estaba en camino.

—Te amo, Amelia. Gracias por darme la oportunidad de formar parte de tu vida, de crear esta familia contigo. Gracias por elegirme —declaró con una intensidad que la hizo llorar de felicidad.

—Yo también te amo. Y te elegiría en esta y en todas mis otras vidas.

A Pierce no le importó que estuvieran en un lugar público ni las miradas indiscretas. La besó con amor y sin contención.

∞∞∞

Clariss estaba plácidamente recostada en el diván de la biblioteca que su esposo había llenado de libros para ella, claro, solo después de que se lo exigiera sin mostrar dulzura ni educación.

Él tenía que hacerlo. ¿Quería una esposa temporal? Pues también tenía que pagar el precio.

Clariss no escatimaba en gastos al comprar vestidos y accesorios, y lo curioso para ella era que Marco nunca se quejaba por las enormes sumas que seguramente debía recibir.

—¿Tanto dinero tiene? —se preguntó, pensativa.

Se encogió de hombros sin darle importancia.

Se levantó para tomar un bocadillo de la mesa, pero en cuanto probó la nata, unas náuseas horribles la atacaron. Soltó el dulce, que cayó al suelo, y tapándose la boca corrió hacia la ventana, donde terminó devolviendo todo el almuerzo sobre las hermosas flores del jardín. Miró a todos lados, esperando que nadie la hubiera

visto. No quería que le fueran con la queja a Marco y él pensara que había hecho otra de las suyas.

Últimamente hacía muchas cosas que ni ella misma sabía que podía hacer, aunque estaba convencida de que era obra de su querida suegra. Pero, en el fondo, no le importaba demasiado.

Cerró la ventana con sigilo y salió de la biblioteca apresurada, subió hasta su habitación y cerró la puerta. Se dejó caer en la cama, con el ceño fruncido.

Últimamente estaba vomitando todo lo que comía, tenía más hambre de lo normal y un sueño constante.

Frunció el ceño, pensando que seguramente estaba enferma por algo que había comido. Se recostó en la cama, aburrida de estar encerrada en aquella casa. Marco apenas la dejaba salir desde el accidente en la naviera, aquel en el que Pierce casi moría.

La vida era contradictoria. Ahora que tenía los lujos que tanto había querido cuando trabajaba como lavandera, lo único que deseaba era salir y ser libre como antes, caminar por las calles y disfrutar de la libertad de ir a donde quisiera.

Llevó las manos a su vientre y lo sobó suavemente, notando que había aumentado de peso. Nunca había sido tan esbelta como sus hermanas, pero tampoco era tan gorda.

Frunció el ceño al recordar su última visita a la modista, cuando esta le dijo que sus medidas habían aumentado y hasta bromeó diciendo que tal vez estaba embarazada.

Clariss saltó de la cama aterrada al llegar a la conclusión de lo que realmente le estaba ocurriendo.

—Dios… estoy embarazada —susurró horrorizada, llevándose las manos al rostro.

Comenzó a dar vueltas por la habitación, temblando.

—¿Pero cómo?

Su periodo había llegado a los pocos días, aunque no como de costumbre, sino apenas con algunas manchas. Lo había atribuido al desajuste de haber perdido su virtud con aquel hombre que, hasta

ese momento, seguía siendo un completo desconocido para ella. Sin embargo, al recordar con detenimiento, se dio cuenta de que desde esa vez, no había vuelto a ver su periodo.

—Estoy perdida… —murmuró con angustia.

Marco no lo aceptaría. Seguramente terminaría el contrato en cuanto lo supiera. Estaba claro que no daría su apellido a un niño que no era suyo. Y, si el bebé nacía dentro del matrimonio, no tendría más remedio que hacerlo.

—¿Qué hago? —se preguntó con la voz quebrada.

Ni siquiera podía hacerlo pasar por hijo de Marco. Él no la había tocado nunca.

Tienes que pasar una noche con él. —susurró esa vocecita malvada en su cabeza.

Clariss frunció el ceño. No estaba segura de querer encadenarse a Marco toda su vida. Él no la amaba; él amaba a otra. Y en el fondo, ella tampoco quería ser la villana de esa historia de amor. Tampoco quería vivir toda su vida sin saber lo que era sentirse amada.

Tu hijo no tendrá padre. —volvió a repetir la voz malvada.

Clariss cerró los ojos con fuerza. Era cierto. Su hijo no tendría un padre y sería considerado un bastardo por todos, no quería eso para su hijo.

Suspiró mientras caminaba hasta el espejo de cuerpo entero y se observó detenidamente. La determinación brillaba en sus ojos azules.

—Ya sé lo que tengo que hacer.

Nota de la autora.

Mi querido lector:

Gracias por acompañar a Pierce y Amelia en su *drama* de amor. Muy pronto podrás conocer la historia de Clariss y Marco. Estoy deseosa por escribir la historia de estos dos.

Si te ha gustado esta historia te invito que dejes una breve reseña diciéndome cuanto has disfrutado la historia de Amelia, Pierce y sus hermanas.

Si quieres saber más sobre la trilogía Hermanas Straton y la saga Amores Encadenados, te invito a seguirme en mi Instagram como: ejblack20.

---

[1] La Habana, Cuba: En 1828, Cuba aún era colonia de España y funcionaba como el centro comercial más importante del Caribe español. La isla exportaba azúcar, ron, tabaco y café. La Habana era considerada un puerto seguro y altamente rentable, aunque se pagaban impuestos coloniales españoles.

[2] Puerto Príncipe / Port-au-Prince, Haití. En 1828, Haití era un país independiente desde 1804, tras la revolución de esclavos. Haití exportaba café, caña de azúcar, añil, maderas tropicales y ron. En EE.UU, el comercio con Haití era delicado, ya que muchas élites blancas temían el efecto ideológico de una república negra independiente. A pesar de eso, el dinero hablaba más fuerte, y Nueva Orleans mantenía un flujo comercial estable, especialmente con comerciantes mulatos haitianos.

[3] Saint-Domingue (colonia francesa) / Actual Haití. En 1828, Saint-Domingue ya era Haití pero algunos comerciantes conservadores y europeos seguían llamando Saint-Domingue a la región por nostalgia o racismo, negándose a reconocer la independencia haitiana.

[4] Pierce es supuestamente hijo de Emerson, un conde, muchos lo llaman de "Milord", otros simplemente de "Señor Dankwroth". No es un error de la escritora. ¿Por qué? En la sociedad estadounidense los títulos nobiliarios no eran reconocidos oficialmente. Pero en la sociedad criolla y de élite de Nueva Orleans el prestigio europeo aún causaba impresión, sobre todo entre familias de origen francés, británico o español.

[5] **Lay de comercio marítimo:** Todas las mercancías que entraban o salían del puerto debían ser registradas y pagar impuestos. También había reglas sobre qué barcos podían comerciar, solo los registrados y con licencia. Como Nueva Orleans era uno de los puertos más importantes del país, las autoridades lo vigilaban de cerca para evitar contrabando, manipulación de rutas, pérdida de impuestos o que se fortalecieran monopolios.

[6] Documento justificativo del contrato de seguros, fletamentos, operaciones de bolsa y otras negociaciones comerciales.

[7] Lord Christian antes, en Lazos del pasado, segundo libro de la saga Amores Encadenados, era el marqués de Winchester, pero recuerden que su padre era el duque de Lancaster, en tres años, su padre murió y el título pasó a Christian, por eso ahora es un duque.

[8] En 1828 Versalles ya no era la residencia oficial de la monarquía francesa, pero seguía siendo un símbolo de lujo, elegancia y ostentación cortesana. Por eso, en las fiestas de sociedad, era común inspirarse en la corte de Versalles como sinónimo de refinamiento.

[9] Históricamente, en el siglo XIX, cuando alguien hablaba de un filón, se refería a que habían encontrado una veta de mineral de gran valor, lo que podía significar una verdadera fortuna.

[10] Gang Leader no es tan distinto a lo que, en la actualidad, se conoce como jefe de la mafia, o jefe de una familia mafiosa.